
THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

/

OBRAS POÉTICAS

DE DON

FERNANDO CALDERON.



MÉXICO.

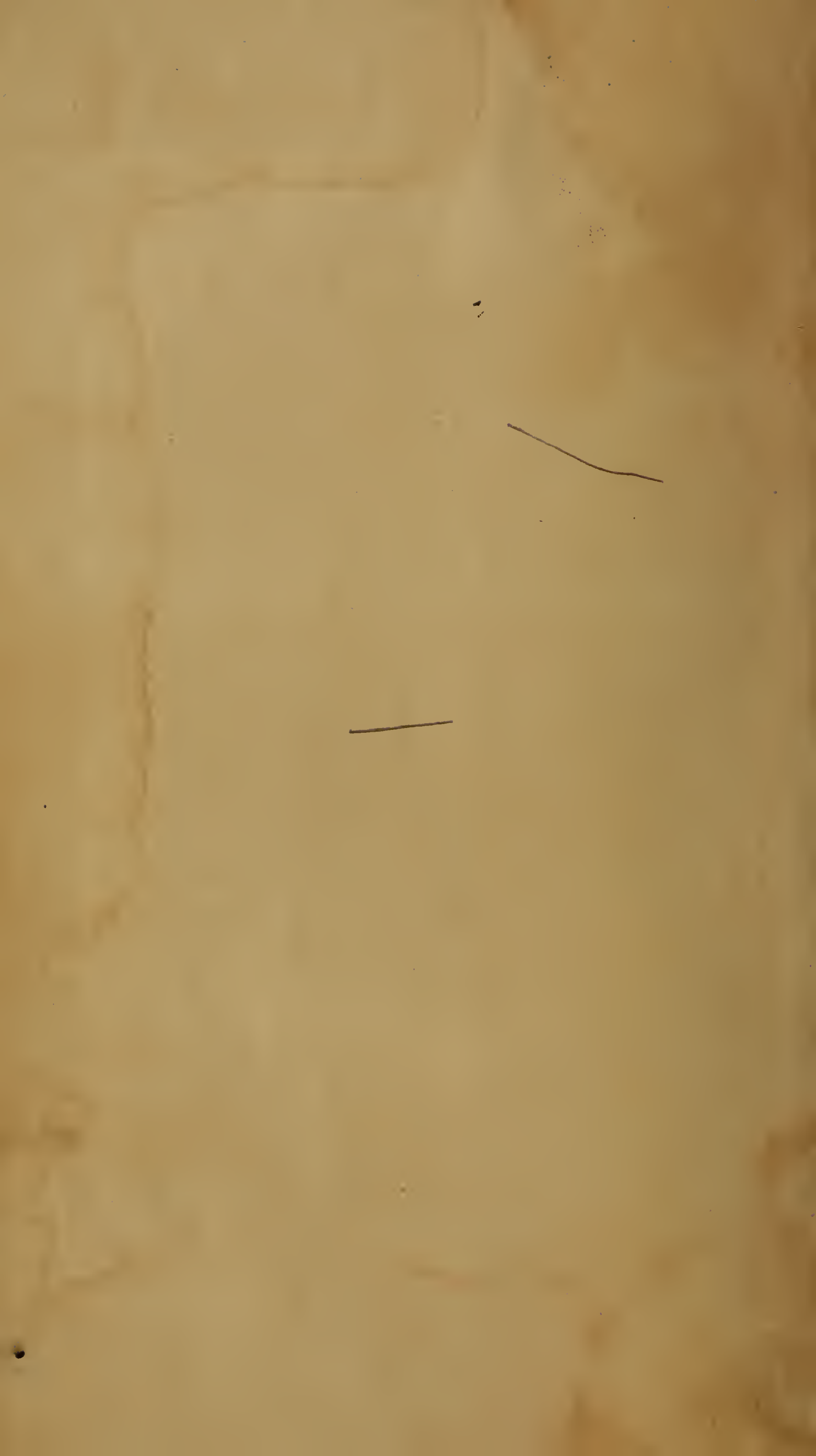
IMPRESO POR EL EDITOR.
Calle de los Rebeldes No. 2.

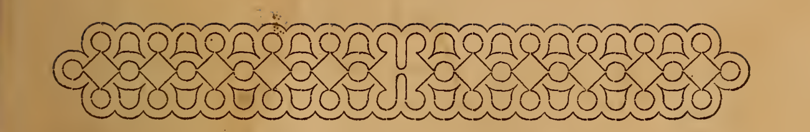
1844.



Lito Callejon de S. Clara N. 8.

Pedro Calderon





Dice Séneca que el poeta necesita quien lo escuche y quien le dé. ¿Quién escucha y quién dá en estos tiempos?—*Lope de Vega.*

Segun refieren los viageros, las casas del Cairo, de Alepo y de otras ciudades del Oriente, son de pobre y mezquina apariencia; mas penetrando á su interior, se encuentran fuentes y salones de mármol, portadas magníficas, adornos llenos de gusto y de suntuosidad. Así sucederá á los lectores con este libro; el prólogo es la pobre fachada, y las poesías que le siguen los pórticos y los salones, brillando con las galas y el esplendor. No es esto culpa mia.

Una noche estábamos reunidos varios amigos, no literatos, como por ironía suelen apellidarnos, sino amantes del estudio, admiradores de los ingenios que han comprendido la belleza del arte y las pasiones humanas, y deseosos de formar en nuestro pais una literatura, que aunque mezquina y raquítica por la esterilidad de nuestros talentos, sea al menos una señal que indique á los hombres del porvenir el escabroso camino por donde intentaron sus antecesores penetrar á ese fantástico y antiguo templo de la gloria. Tal vez ellos llegarán. En cuanto á nosotros, moriremos alimentados solamente con esos sueños mentirosos de la juventud.

En esa noche consultaba el Sr. Calderon el prólogo que debia poner á sus poesías. Unos opinaban que no les pusiera prólogo, fundados en que nadie los lee; otros opinaban por que

fuera muy sencillo, y otros porque lo escribiera muy estenso y razonado. De tan ruidosa y acalorada discusion resulté nombrado para forjar un artículo que sirviera de prólogo, de introduccion, de *avant-propos*, de todo y de nada, aventurándome al ciertísimo inconveniente de que todos los lectores omitieran la lectura de unas páginas en prosa, mientras devoraran con avidéz los versos. Sea como fuere, acepté este trabajo, superior con mucho á mis fuerzas, para dar un testimonio de amistad al poeta ilustre que me ha honrado con la suya. Pase esto por via de introduccion, y permítaseme caminar derecho á mi propósito.

Pregunto, ¿qué compone un pequeño tomo de poesías entre una biblioteca que posea el Panteon Literario, las Obras de Calderon, de Lope, de Moreto, de Tirso de Molina, de Herrera, de Rioja, de Quintana, de Lista, de Melendez, de.... ¿Dónde iré á parar si me propongo nombrar á tantos autores líricos y dramáticos, ingleses, franceses, alemanes y españoles? Pero vuelvo á mi cuestion: un infeliz y aislado tomo de poesías mexicanas ¿qué viene á ser entre ese inmenso número de volúmenes donde brilla el talento, la sensibilidad, la sátira, la melancolía y el estudio de los autores que los escribieron? Yo os diré lo que viene á ser.—Un grano de arena arrojado en un desierto de Arabia.—Una hoja seca abandonada en un bosque.—Una gota de agua caida en el mar.—¿Qué importa al desierto un grano de arena, al bosque una hoja y al Océano una gota de agua? Nada; pues lo mismo importa á una biblioteca, y á la cabeza de un sabio, un tomo mas de versos.—Esta reflecsion descarnada, terrible, desconsoladora, nos agobia con su peso á los hombres de estos tiempos, que queremos escribir cuando se acabaron las costumbres, el drama y la poesía, porque con un furor sin ejemplo se han avalanzado á estas empresas Voltaire, Racine, Corneille y Calderon, Lope y tantos otros que nos han precedido en la aficion al arte de la naturaleza y del alma.

No hay que desconsolarse. El libro solitario de poesías es un triunfo para la literatura mexicana, es una estrella colocada en el firmamento de las bellas letras de México, donde relucen bien pocos astros, merced á que somos niños que ayer nacimos, niños que no hemos recibido educacion, niños que superando la

debilidad de nuestros miembros, pretendemos ponernos al nivel de las naciones de Europa, dando un salto enorme de cuatro ó cinco siglos. ¿Entendeis, amigos mios, lo que os quiero decir con esto?

No obstante, recorreré rápidamente nuestro cielo literario, seré astrónomo por la primera vez de mi vida. Si tomais un telescopio, descubrireis allá lejos, muy lejos, un planeta brillante y radioso como el de Herschell. Este es nuestro paisano D. Juan Ruiz de Alarcon, que escribió tanto y tan bien como Moreto ó Tirso; pero os digo que sin telescopio no puede verse un mexicano que vivió y escribió solo en España, y que á pesar de su talento admirable, no hemos oido una sola vez reproducir en nuestros teatros sus comedias, ni visto anunciado su nombre en un solo catálogo. El resto de nuestra poesía se encierra en las composiciones fugitivas publicadas en los antiguos *Diarios* de México, en dos tomos de Fr. Manuel Navarrete, que tuvo á bien reimprimir en Paris el Sr. Rosa; en un tomo del Padre Ochoa; en las comedias de D. Manuel Eduardo Gorostiza, y en las obras de D. José María Heredia, que por fortuna nuestra perteneció mas á México que á la Isla de Cuba.

Ruiz de Alarcon, juzgado ya por españoles insignes, y sancionado ya el mérito de sus obras, un elogio mio no aumentará su fama, y un sarcasmo no disminuirá una línea la sombra que dan á su ignorada tumba, los laureles de su gloria. Admirar en silencio á ese coloso, es lo único que me toca.

Fray Manuel Navarrete adoleció del candor insustancial que en su época tenia la poesía. Un zapatito de Clori, una pollita de Anarda, daban á un poeta mas vasto asunto, que los sublimes misterios de la naturaleza y del alma. Sin embargo, cuando Navarrete se dejaba guiar de las inspiraciones de la religion, ó de un amor ardiente y puro que habia ocupado la juventud de su corazon, entonces era poeta, entonces desempeñaba su mision y entreveia él mismo que esos versos habian de ser admirados y repetidos por la generacion que le succediera, y que se engendraria una simpatía entre la tumba del fraile desconocido de América, y los espléndidos salones de los literatos de Europa. El génio encerrado bajo una losa del Nuevo-Mundo, seria ensalzado entre los dorados artesones del mun-

do decrépito. Tal es el destino que la justicia de la posteridad reserva á los talentos: así el pobre histrion que cuidaba en la puerta del teatro los caballos de los orgullosos lores, dió la norma á la literatura y al gusto de sus sucesores: así el admirable poeta de quien decia el canciller Whitlocke que era un *ciego que se ocupaba de traducir al latin el tratado concluido con Suecia*, escribia los horrores de un infierno y las delicias de un Eden: así un soldado manco grababa tras de los hierros de una prision, unas páginas de oro que vivirán lo que viva el género humano. ¡Jovenes que os sentis con valor para arrostrar la injusticia y hasta el desprecio de vuestros contemporáneos, pintad la naturaleza con su magnífica sencillez, y el corazon con sus infinitas pasiones, porque hay sin duda, como dice Zorrilla, un cielo reservado para los poetas, y una posteridad que no niega ni un lauro á las frentes pensadoras, ni una piedra para señalar la tumba en que reposen!—Sigamos nuestro ecsámen.

La mayor parte de las poesías insertas en los Diarios de México, están llenas de la insustancialidad y poca gracia que caracterizaba á los tiempos en que no se conocia aún á Quintana, á Martinez de la Rosa y á Saavedra; pero recorriendo con atencion esas páginas amarillentas y mal impresas, se sorprende uno con la armonía y elegancia de algunos versos. Al instante se reconoce un poeta sublime que comprendia la nobleza del arte. Este poeta es D. Francisco Manuel Sanchez de Tagle.

Cuando se ha escrito el nombre de Tagle, es preciso recordar al venerable y sabio Quintana, poeta y escritor que hizo tronar su elocuencia, y despertó al pueblo, como dice Zavala, con aquellos conceptos dignos de Tácito, que escribió en el Ilustrador Americano. La fama del Sr. Quintana Roo es europea, y estas líneas son, no un elegio, porque seria poco un libro para ello, sino un recuerdo de gratitud que consagra el autor de este prólogo, al noble anciano que con tanto cariño é indulgencia acoge las producciones literarias de la juventud.

Hubo en España un poeta dramático, con el juicio de Moratìn y con la gracia de Moliere, que escribió varias comedias y tradujo otras perfectamente. Este poeta educado en España, era reputado por español, y aun el ingenioso Fígaro que no lo perdonó en su sátira, tenia á gran honor que perteneciera á

España tan jocoso y esclarecido talento. Despues, este poeta vino á México, desempeñó varios empleos distinguidos, y no perdiendo el amor al teatro, lo vemos todas las noches en los bastidores y en el café, amenizando la sociedad de sus amigos con sus profundos talentos y maliciosos sarcasmos. Este poeta es el mexicano D. Manuel Eduardo Gorostiza.

El Padre Ochoa sobresalió en el género satírico, mas que en el sério, donde se nota alguna debilidad. Hizo algunas traducciones de Racine; pero la del Facistol de Boileau, es la obra maestra que bastaria para colocarlo en el catálogo de los poetas. Llegamos á D. José María Heredia, al cubano esclarecido que vivió entre nosotros largo tiempo, y que vimos irse consumiendo poco á poco, devorado por el fuego de su imaginacion y por los dolores de su alma, hasta que finalmente murió, dejándonos sus sentidas melodías, como el cisne que espira herido por la bala del cazador. Heredia fué herido por la sociedad. Buscaba religion, y las creencias estaban gastadas, buscaba amor, y esa copa dulcísima de placeres, se le convertia en acibar; buscaba virtud, amistad é inteligencias que comprendieran las sensaciones sublimes de su espíritu, y nada de esto encontró. El hielo del mundo apagó su entusiasmo, y penetró hasta la medula de sus huesos. Pidió al sol un poco de fuego para reanimarse, porque sentia la vida, fria como la cumbre de un volcan. ¡Pobre poeta! Murió devorando en silencio sus pesares, y tal vez sin ser conocido de una sociedad á quien legó sus tiernas cantigas, como la única prenda de valor que tuvo en la vida.

Cuando pensé escribir esta especie de ensayo literario, que sirviera de carátula á las obras de Calderon, todavía ecsistia otro jóven insigne, que era tambien la gloria de México, y el atleta que deseaba plantear en nuestro teatro el drama nacional. Instigado por la hambre y por los sufrimientos, se determinó á servir una plaza en una legacion, y la muerte lo sorprendió en la Habana hace poco. Murió tambien pobre, aislado, sin una ilusion, sin mas consuelo que reclamar la misericordia del Padre de los desgraciados, y la piedad de esa Señora de los cielos que ha servido para consolar á todos los cristianos, y para inmortalizar los nombres de Rafael y de Murillo.

Ignacio Rodriguez, el autor de *Muñoz* y del *Privado del virey*, pobre y abatido como pasó en México su ecsistencia, ocupa un tierno recuerdo en la memoria de sus amigos, y un gran nombre entre la literatura de México.

Nadie juzgue que este es un análisis de los poetas mexicanos. Para eso se necesitaba tener otros tamaños que el cielo no me ha concedido; es solo el tierno recuerdo de nuestros poquísimos recuerdos puros y diáfanos, entre los que no se divisa, ni la sangre, ni la ambicion, ni las pasiones, sino solo el noble trabajo del pensamiento, y las ardientes emociones del corazon. A nosotros, pobres trasatlánticos, educados por una generacion que no fué la de Isabel ni la de Cárlos V, ni la de Cristina, y que hemos salido á vegetar entre sangre, á vivir entre pesares, á crecer entre tormentas revolucionarias, y á sepultarnos en el polvo del olvido, séanos permitido al menos, apartarnos una sola vez del cuadro político, para hacer unas humildes y sencillas memorias de nuestra poesía.

Pero, preguntemos abismados: ¿Dónde está un Shakespeare y un Milton, un Calderon y un Lope, un Moliere y un Racine, un Dante y un Tasso? ¡Oh! todas las naciones tienen en las bibliotecas un monumento de sus poetas y artistas; en los edificios una biografia de sus arquitectos; en las aldeas y ciudades, una historia de sus capitanes. Nosotros nada, nada tenemos, sino unas memorias dolorosas, un mar sin playas, un horizonte sin color, un abismo ante los ojos. Nos hundirémos en él, ó llegarémos á la vejez sin artistas, sin monumentos y sin gloria. ¿Quién es capaz de adivinar nuestra suerte futura?

Mas sigamos nuestro fin. Desde el año de 1830 hasta el de 36, hubo un profundo silencio literario. En el de 37, salió á luz un libro que se llamó *Año nuevo*, fruto de las inspiraciones de varios jóvenes que se reunian todos los jueves en el colegio de San Juan de Letran, y que fueron honrados con la concurrencia de varias personas que aun figuran en México por sus talentos y poder. Esta fué una época que debe notarse en la literatura mexicana, porque ya las innovaciones hechas en Europa en las bellas letras el año de 1821, habian llegado y producido algun efecto entre nosotros.

¡Cuánto se tarda sin embargo, la instruccion, en atravesar el océano y llegar á nuestro conocimiento!

Las nuevas doctrinas despertaron el entusiasmo, y el Año nuevo se publicó. El Sr. D. José Gomez de la Cortina, hizo una severa crítica de él, que disgustó á algunos de los autores, como era de presumir; pero que sirvió de mucho á los mas, para publicar en seguida sus producciones con mas cuidado y correccion. A propósito de crítica. El Sr. Cortina publicó despues el Zurriago, y este periódico crítico, y los profundos estudios filológicos de su autor, han servido de guia y de poderoso ausilio, á los que su génio les inspira escribir; pero que su posicion social no les permite adquirir libros ó dedicarse al utilísimo y esencial estudio de la lengua castellana.

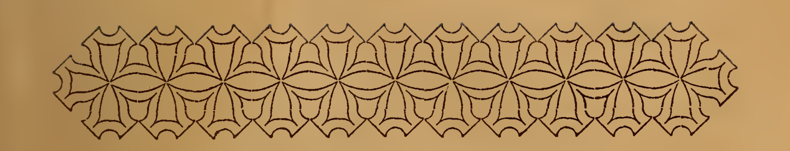
Volvamos á la academia. En ella leyó un dia el Sr. Calderon su hermosa composicion lírica, titulada el *Sueño del tirano*, y fué aclamado y victoreado poeta, con acentos de júbilo.

El año de 1839 vió la luz pública otro libro: Poesias de *D. Francisco Ortega*, y á poco tiempo poesias de *D. Josê Joaquin Pesado.* En las primeras, campea el lenguaje castizo, la correccion, la moral, y eran muy dignas de que hubieran llamado la atencion, no de los jóvenes que habrian deseado mas fuego y mas entusiasmo; pero sí de los hombres maduros que verian el fruto de un estudio concienzudo de la lengua castellana, y la recopilacion de unos trabajos de gran mérito. En las segundas, se nota una piedad, una ternura, una religiosa uncion que arrebata y enagena el alma. *La Jerusalen*, el *Cantar de los cantares*, y mi *Amada en misa de alba*, son obras acabadas, llenas de esa apacibilidad y dulzura que se nota en las vírgenes de Murillo, y con verdad digo que el sublime Leon habria puesto con placer su nombre al pié de tan bellas composiciones.

Despues de diez años de silencio, dos obras originales modeladas al buen gusto, capaces de figurar entre la literatura española, y que presagiaban el establecimiento de la nacional, eran preciosa adquisicion y motivo sobrado para encender el entusiasmo de unos y la vanidad de otros; mas nada de esto sucedió. Las ediciones se hicieron á costa de los poetas, y el uno se retiró al seno de su familia, ignorado y miserable como antes, y

el otro marchitó en el fango del gobierno una hoja de laurel que sus amigos concedieron á su talento. ¿Dónde está la recompensa moral ó física que los poetas sacaron de sus horas de soledad y de meditacion? El público no les acordó ninguna: el gobierno.... ¿Ha creido por ventura alguno de nuestros gobiernos que los poetas y literatos merecen siquiera una mirada suya?

A Dios gracias, he llegado á mi objeto.—Detengámonos por un momento en los umbrales de esta sociedad, y despues de un rato de meditacion digamos francamente si es posible que vivan los artistas en ella. Dígase lo que se quiera, un artista (hablo de los que verdaderamente lo sean) es un ente que gira en una órbita desconocida, donde sus sensaciones no tienen simpatía, donde sus cantos no se escuchan, donde sus pensamientos se ridiculizan, y donde tiene que vivir aislado en medio del bullicio, solitario en medio de un mundo, abandonado y miserable en medio del lujo y de las orgias. Supongamos al poeta en su gabinete lleno de entusiasmo y apurando las sensaciones de su corazon, la ternura de su alma, la energía de su genio para componer un drama ó una pieza lírica. "Mañana, dice, multitud de hermosas querrán conocer al que las ha hecho sentir dulces emociones; mañana ocuparé un lugar entre la gente ilustrada; mañana tendré un nombre y un escudo de nobleza; mañana será otra vida para mí llena de encanto y de ilusion, mañana, si muero, se honrará mi tumba, se venerará la losa que cubra mi cuerpo. ¡Oh Dios mio! La gloria es el mas venturoso sueño de la juventud, la esmaltada ilusion que hace palpitar el alma, la transparente maga que nos acompaña y consuela en la carrera de la vida, el risueño porvenir que nos abre una carrera inmortal." ¡Pobre hombre! Mañana saldrás con tu drama y tu sombrero en la mano, á pedir por favor á los actores que lo representen, y los actores te verán como un importuno que los molesta, mañana irás á suplicar á un librero que lo imprima, y el librero te pedirá trescientos pesos; mañana las hermosas adorarán con mas fervor á sus amantes, porque tú las has enseñado á sentir; mañana te presentarás ante el tribunal de un público, que no contemplando que has carecido de libros, de maestros, de modelos y de estímulo, y que la humilde obra



Poesías Líricas.

EL PORVENIR.

Tú me amas, y yo te adoro;
Pero ha de llegar el dia
En que tú ó yo para siempre
Debemos dejar la vida:
Los espíritus cobardes,
Las almas bajas y tibias,
Desechan esta memoria,
Y al pensarlo se horrorizan:
Creen que acaba en el sepulcro
El amor y sus delicias.
¡Insensatos! ¡no conocen
Su esencia pura y divina!
El alma jamas perece,
Pues del cuerpo desprendida
Pasa á una region suprema
De venturas y de dichas:
Y este dulce sentimiento

Del amor, esta semilla
Que en nuestras almas sembrara
Del Gran Sér la mano misma,
La debe seguir, no hay duda:
El alma en amor respira,
Es su esencia, es su alimento,
Y sin él no ecsistiria.
No temas, Amira hermosa,
De horrible muerte las iras;
Las almas que el cielo junta
¿Quién pudiera desunirlas?
No; nuestro amor será eterno:
A otra mas brillante vida
Renacerán á adorarse
Tus cenizas y las mias.

1825.



gunos años el ástro donde se reflejara la gloria dramática de México. Si entonces hubiera perecido ¿quién habria tributado una lágrima á su memoria? ¿Quién habria concebido que moria al mismo tiempo el hombre y el drama? La muerte de un poeta importa tambien la de un mundo de reyes, de caballeros, de amantes, de coquetas, de heroinas que su soplo animaria, como el soplo de Dios ha hecho vivir al hombre material. Mucho habria perdido el mundo, si la tumba hubiese devorado á Miguel Cervantes, antes de que el génio y la fama hubieran gritado con voz de trueno: "*Aquî está el Quijote.*"

Nuestro poeta, despues de ese tiempo, sufrió bastantes penas y amarguras. El año de 1837 fué desterrado de su patria, y vino á esta capital, donde, como era natural, tenia muy pocos amigos. Era pobre entonces, y esto es un crímen que la sociedad no perdona: pasados algunos meses, tuvo ya espedita la entrada en Zacatecas, mediante una carta del Sr. Tornel, que era entonces ministro de la guerra, en que espresaba que *el gênio no tenia enemigos, y que los talentos debian respetarse por las revoluciones.* Este es un rasgo que honra al Sr. Tornel. Si hubiera vivido entre los franceses cuando la revolucion, y ejercido el influjo que Mirabeau, sin duda no habrian guillotinado al pobre André Chénier. (*)

El destierro le fué hasta cierto punto benéfico á nuestro poeta, pues le proporcionó la ocasion de concurrir á la Academia de San Juan de Letran, donde unos cuantos muchachos con sus capas raidas de estudiantes, con sus bolsillos de estudiantes, sin un centavo, preparaban sin saberlo una nueva era para la tambien pobre y abatida literatura de México.

Habiendo llegado al momento en que se conocieron en México las reformas literarias, es menester indagar la relacion de estas con las obras de Calderon; y como por otra parte la posteridad ha de pedir estrecha cuenta de su conducta á los escritores de este gran periodo de la crísis del arte, veamos de la manera como juzgo estas innovaciones, y al poeta que las adoptó. Las revoluciones políticas son á veces precursoras de las re-

(*) Cuando escribí este prólogo en Zacatecas, el Sr. Tornel estaba en el poder: ahora, que ha llegado la vez de publicarlo, me regocijo de dejar un merecido elogio á este personage que ha dejado de tener influencia en el gobierno.

voluciones literarias, y así ha sucedido nada menos en estos tiempos. Se levantó Mirabeau y dijo: "*El pueblo es rey*," y el pueblo rompió el respeto que por largos años habia rodeado el trono. Luis XVI y María Antonieta fueron sacrificados en abuso de los primeros derechos de un pueblo insurreccionado. —Se levantó Victor Hugo y dijo: "*El gênio es rey*," y los déspotas que por tantos años habian sujetado la libertad del génio, cayeron aniquilados. Sin embargo, el pueblo que regenteaba Mirabeau, no era un pueblo que estableciera las reglas y el ejercicio de una moderada libertad; sino por el contrario, corria frenético, destruyendo y aniquilando como un torrente cuantas instituciones y derechos habia establecido la antigua aristocrácia. De la misma suerte los discípulos de la nueva escuela estaban muy lejos de comprender la verdadera belleza del arte, y de usar justa y moderadamente de su libertad literaria. Hicieron, pues, lo que el pueblo, á saber, llenar de horrores, de sangre y de fantasmas la comedia, la poesía lírica y el romance. El terrible *patêtico* que la retórica concede al escritor para conmover los ánimos, se convirtió en *deforme* que desgarraba el corazon. Hubo mas: se realizó el acsioma que dice, que *del sublime al ridículo no hay mas que un paso.*

Pero al fin esta gran revolucion francesa dió por resultado una positiva mejora para el género humano, como la conmocion literaria preparó una era de progreso y de esplendor para el arte. Veamos en qué consiste hasta hoy. De la sangrienta tragedia y soñolienta comedia, resultó el drama, que es una mez cla de trágico y cómico, que se acerca mas á la naturaleza, puesto que en ella forma su armonía de la mezcla de lo risueño y lo triste, lo hermoso y lo deforme. De la novela insustancial y mentirosa resultó el romance histórico, donde se solaza el entendimiento. A la frívola poesía pastoral, sustituyó el canto religioso, que enternece y edifica. Personificarémos estas clases de literatura con obras que son bien conocidas. La Conjuracion de Venecia.—El Ivanhoe.—El Crucifijo; ó lo que es igual, Martinez de la Rosa, Walter Scott y Lamartine. Si estas obras y si estos nombres no son respetables, no sé qué cosa pueda serlo en el mundo. ¿Qué decís de esto, señores clásicos? ¿Qué decís de esto, señores románticos?

Finalmente, la literatura nueva ha sustituido á las nueve fingidas musas, tres musas que viven en todas las naciones, en todas las sociedades, en todos los corazones de los hombres, á saber: la *religion, la libertad* y *el amor.* Estas tres hermanas, sensibles, tiernas, ardientes y poderosas, que han destruido ciudades, derribado tronos, levantado flotas y ejércitos, puesto y quitado pontífices, cardenales, duques, condes y emperadores, jamas se cansarán de cantar, y sus acentos hallarán eco y acogida hasta en medio de las tribus de salvages que habitan los dilatados desiertos de México.

Ya se concibe bien que con el poder de estas tres musas modernas, puede cambiar la faz del mundo, y quizá no muy tarde. Harto han sentido ya su influjo Voltaire, Diderot, Volney y otros que yacen empolvados en los gabinetes de los sabios, y castigados justamente con el *Génio del Cristianismo, El viage al Oriente, Las voces interiores,* y otras obras, cuyos autores tendrán el doble título de santos y de sabios.

Estas líneas han bosquejado, aunque imperfectamente, la reforma de las bellas letras. ¿Pero cómo comprenderla de este lado del Atlántico? ¿Cómo fijarse en el verdadero medio, cuando solo hay por estos mundos, ó nécios que miren con horror la nueva escuela, ó nécios que desconozcan las bellezas de la escuela antigua? ¿Cómo leer el teatro de Victor Hugo sin alucinarse, ó el de Moratin sin dormirse? ¿Cómo alcanzar la verdadera luz en las disputas del *Café del Progreso* y de la esquina del portal? Estas cuestiones embarazosas, fueron las que por mucho tiempo tuvieron á esos hombres que dizque saben mucho, pero que no han hecho nada, con el azote levantado contra los pobres muchachos que no sabian nada; pero que ya han hecho mucho. Hoy han apreciado los primeros, los débiles ensayos que ha visto el público, y los segundos han encontrado un rumbo que seguir en este caos de disputas y controversias literarias.

En esta época compuso el Sr. Calderon la comedia titulada: *A ninguna de las tres,* y los dramas *El Torneo, Ana Bolena* y *Herman, ó la vuelta del Cruzado,* que forman una parte de la coleccion que se publica.

La comedia es el reverso de la Marcela, de D. Manuel Bre-

ton de los Herreros. Calderon pintó tres caracteres ecsagerados en tres muchachas, y por cuya causa ninguno agradó á un amante juicioso; Breton pintó tres caracteres ecsagerados en tres jóvenes, y por cuya causa no agradaron á una viuda de talento. Algunos dicen que es un plagio la comedia de Calderon. Les quiero conceder que sea cierto. Y esto ¿qué importa? "Son los hombres los que inventan y no el hombre, dice "Alejandro Dumas; cada uno llega á su vez á apoderarse de "las cosas conocidas de sus padres, forma con ellas por medio "de nuevas combinaciones una obra nueva, y muere despues "de haber añadido unas partículas al gran total de los conoci-"mientos humanos. En cuanto á la creacion completa, la creo "imposible. Dios mismo cuando creó al hombre, no pudo, ó "no se atrevió á inventar, y lo hizo á su imágen y semejanza."

La comedia de que se trata abunda en gracias; á pesar de la sencillez del asunto es interesante desde la primera hasta la última escena, y su versificacion es natural como una conversacion familiar, fluida como un arroyo de agua, armoniosa como una sinfonía de Mozart. Y sobre todo, ¿qué mas se puede desear que salir airoso en una pieza que compite con otra de ese gran satírico, de ese gran poeta, de ese grande y amable D. Manuel Breton de los Herreros? El que consigue bajo este aspecto un triunfo como el Sr. Calderon, puede decirse que es algo en el mundo literario.

Parece que el autor de la *A ninguna de las tres,* burlándose de las pasiones y del amor, era imposible que pudiera jamas hacer otra cosa que parodiar como Breton á la pobre especie humana; pero repentinamente el público vió anunciado *El Torneo,* drama que han calificado de romántico; pero que es de esa clase de romanticismo melancólico, tierno, apasionado, virtuoso, que conmueve la alma sin lastimarla. Dos pasiones ardientes luchan con el imposible. Alberto é Isabel se aman; pero no pueden ser esposos, porque el jóven es pobre, huérfano, sin nombre y sin blasones, é Isabel una señorita rica y noble. Estas circunstancias eran mas que suficientes para desviarlos de la senda de la virtud, y precipitarlos en el crímen; pero el autor ha tenido delante el objeto de un fin moral, y por eso resulta que ese torrente de amor ha sido purificado por

la virtud, y el drama no causa el mas leve perjuicio ni á las tiernas doncellas, ni á las virtuosas casadas, ni á los jóvenes impetuosos, ni á los hombres maduros, mientras interesa conmueve y divierte á todos. Este es, pues, el justo medio en la literatura, y el cabal desempeño de la mision del poeta.

Respecto á la Ana Bolena, espuse mi juicio en un artículo inserto en el Siglo XIX del dia 14 de Enero de este año, y por ser demasiado largo no lo copio aquí; pero no puedo dispensarme de insertar el trozo que resume la filosofía y la moral del drama. "A los dramas históricos es imposible darles mas mo-"ral y mas filosofía que la que resulta de la historia misma; así "es que quien haya recorrido con atencion la crónica inglesa, "deducirá fácilmente que el suplicio de Ana Bolena, no fué si-"no castigo merecido á una muger, cuya funesta hermosura "causó un cisma y largas contiendas civiles; pero como en el "drama no se desenvuelven estos acontecimientos, parece á "primera vista que no puede dejar en el ánimo otra idea mas "que la de la compasion que inspira el infortunio.

"Ecsamínese la escena entre Enrique, Percy y Ana, y se en-"contrará la filosofía y la moral. Apelamos en esto á algunas "espectadoras, que al oir los recuerdos que hace Ana de sus "primeros amores, no han podido menos de enternecerse y llo-"rar. ¿Cuál será la leccion profunda que les enseñará esta es-"cena? El convencimiento de que la vida tranquila es preferi-"ble á la que está llena de fausto y de esplendor: de que un "corazon noble es preferible al corazon de un rey, cuando no "lo es: de que los frutos de la ambicion, son la desgracia, el re-"mordimiento, y muchas veces hasta la muerte."

Drama apasionado y escrito con hermosos versos, deleita. Drama histórico, instruye. Drama moral, aconseja. He aquí cómo la Ana Bolena cumplió con el bien sabido, pero significativo decálogo de los telones. *Deleita, instruye y aconseja, &c.* Creo que por mas trivial que sea este dístico, fija de una manera clara y sábia, las obligaciones de un poeta con el público; y aunque estos renglones puedan parodiarse, creo que no podia haber escogido otra manera mas adecuada para dar á conocer las cualidades del hermosísimo drama de Ana Bolena.

Herman, ó la vuelta del Cruzado, fué la última composicion

que se representó en el teatro. Ella fué el objeto de la crítica de uno de los que entonces redactaban el Español; crítica en verdad, justa en algunos puntos; pero rigorosa y terrible. El crítico, bien conocido por su instruccion, particularmente en el arte dramático, se dejó, en mi juicio, conducir por su génio fogoso mas allá de los límites prescritos, para que un artículo de esta clase pueda creerse injusto ó ecsagerado.

No es mi objeto refutar ahora este escrito; diré solamente, que si el Sr. Calderon, incapaz, como todo el género humano, de hacer una obra perfecta, faltó á algunas de las precisas reglas del arte, tuvo el gusto de palpar que su auditorio sintió y se conmovió. El público en lo general es justo y ha dado repetidas pruebas de ello, y era muy dificil que esta vez se equivocara aplaudiendo con entusiasmo una composicion que en concepto del crítico no tiene mas que defectos. El cargo mas terrible que se hace al poeta, es el de la inmoralidad que envuelve el amor de Sofia, y á esto únicamente quiero responder. La virtud y la inocencia son dos cosas, á mi modo de ver, enteramente diferentes: la virtud consiste en vencer las pasiones; la inocencia consiste en no conocerlas. Luego es claro que una muger apasionada que contiene sus deseos ante sus deberes, es virtuosa. El sentimiento ardiente, espresivo, espontáneo que se llama amor, jamas es criminal. Si á este sentimiento se oponen los deberes civiles y religiosos, y estos deberes se traspasan, entonces los hechos, no los sentimientos, serán criminales: mas claro, las consecuencias, y no el orígen. Mas si nada de esto sucede, sino que por el contrario, una muger sacrifica su pasion á los deberes, entonces, ¿dónde está la inmoralidad? ¿dónde el crímen? ¿Qué esposo es capaz de ecsigir mas á su muger? ¿Quién puede escandalizarse de ver en el teatro desarrollado un sentimiento que todos á nuestra vez esperimentamos? ¿Qué perjuicio resulta á la moral, cuando el público ve el sacrificio de un verdadero y ardiente amor, ante la obligacion de ser fiel á un esposo?

Si no ha sido mi propósito el probar que los dramas de Calderon son enteramente perfectos, mucho menos lo es el hacer de ellos un esacto juicio crítico: de un amigo tan tierno, de un poeta tan sensible, de un hombre tan caballero y tan honrado

como el poeta zacatecano, no puede menos sino de juzgarse bien, siempre bien en todos casos; y aun el hombre mas preocupado contra él (si es que ecsiste), no podrá menos de confesar que este poeta da honor á su patria, y un brillante ejemplo á los jóvenes que dedicándose á la poesía lírica ó al drama, traten de formarse un honroso nombre en la república de las letras.

Zacatecas, Agosto de 1842.—Manuel Payno.



que le presentas es debida á tus propias fuerzas, te juzgará con tanta mas severidad, cuanto que eres mexicano. ¿Cuál es la recompensa que encontrarás, despues que te hayas consumido en las vigilias y en la soledad?—Te la diré, y es por cierto la misma que deberás aguardar.—Unas palmadas de tus amigos, la crítica de los envidiosos, la torpe sátira de los ignorantes. ¿Dónde está el laurel que soñabas ceñirte? ¿Dónde el oro con que pensabas aliviar tal vez la miseria de una madre? Ocurre á tu mesa y no hallarás una migaja de pan. Pon la mano en tu frente y la encontrarás ardiente por el despecho, rugada por los pesares, amarilla por la fiebre que consume á tu espíritu. ¿Quién escucha versos cuando resuena el estruendo de las armas y el choque de los partidos? ¿Quién cree, cuando la única providencia de los hombres en el siglo XIX es el oro? ¿Quién se detiene á contemplarte un momento, cuando todos corren en pos de los empleos y honores? ¿Quién puede sentir contigo las cándidas emociones de un amor celestial, cuando este sentimiento, santificado en otros tiempos por la virtud y el honor, yace hoy envilecido con el *mercantilismo* y desprestigiado por la corrupcion? En una palabra, ¿quién oye en México? ¿Para quién escribe el poeta?—¿Para el pueblo? El pueblo no sabe leer.—¿Para la clase media?—La clase media, con pocas escepciones, no lee mas que el Periquillo y la Quijotita.—¿Para la clase elevada? La clase elevada tiene opulencia, y esto apenas le deja tiempo para comer, dormir y vestir.

Poeta, no escribas; agotas en vano tus sensaciones; encaneces sin fruto tu cabeza; te precipitas en un torrente, y caes en el ridículo. En efecto, la indiferencia hiela el entusiasmo del poeta, y rompe desesperado su lira ante una sociedad desgraciada, sin creencias religiosas y sin entusiasmo ni para el bien ni para el mal. Aunque parezca paradoja, los males de la sociedad son idénticos á los del poeta, y sin embargo se rechazan mútuamente. En este estado, juzgo que la voz de La-Martine y la de Chateaubriand no se escucharian como en Europa. La voz de un gran poeta puede sobresalir entre el ruido de las máquinas de vapor y de los almacenes de comercio; pero nunca se escuchará cuando truene la revolucion y cuando el vértigo se apodere de todas las cabezas. Solo un genio mordaz, atre-

2

vido y maligno que cambiara sátiras y sarcasmos con sus contemporáneos, podria ser escuchado.—Voltaire, por ejemplo.

Para seguir esta especie de prólogo, es preciso perder la unidad. El lector clásico me perdonará; pero quiero contarle algo de lo que sé, ya que le dije una parte de lo que pienso.

Por los años de 1824 y 25, habia en Zacatecas un niño que tendria entonces quince años. Gustaba ya en esa edad de la lectura, y aun se dedicaba en sus ratos de ócio á forjar algunos versos líricos: su padre miraba con indiferencia estos trabajos, hasta que el niño suplicó una noche á su padre y á otro individuo que se hallaba de visita en su casa, le concedieran un momento de atencion. El jovencito comenzó á leer un manuscrito, y el padre guardó un profundo silencio hasta la conclusion de la pieza. Entonces ya no pudo contenerse, y con el rostro inundado en llanto se arrojó en brazos de su hijo. El manuscrito era la primera comedia del poeta, titulada: *Reinaldo y Elina*, que fué representada el año de 1827 en el teatro de Guadalajara. Despues compuso, *Zadig*, *Zeila ó la Esclava indiana*, *Armandina*, *Los Políticos del dia*, *Ramiro, conde de Lucena*, *Ifigenia*, y *Hersilia y Virginia*, que fueron representadas en los años de 27 á 36 en los teatros de Zacatecas y Guadalajara.

En el año de 1835, sus íntimas convicciones políticas le hicieron abandonar la lira por la espada, y las dulzuras domésticas por los horrores de la guerra. En una accion fué herido peligrosamente. La espada de un soldado imbécil partió el cráneo de un artista, un cráneo donde se encerraba tanta poesía, tanta imaginacion; un cráneo que era una paleta de colores riquísimos con que habia de pintar admirablemente los cuadros de la sociedad moderna, y los tiempos antiguos de la caballería; el Carlitos fátuo y afeminado, y el Percy valiente y caballeroso; la coqueta arreglando sus flores y peinado en el tocador, y la reina infortunada arrojando sus diamantes y su diadema en el borde de la tumba. Y sin embargo, nadie concebia que el soldado herido habia de ser mañana el poeta que haria verter lágrimas á los espectadores; que el hombre oscuro arrebatado por el huracan de la revolucion, habia de ser despues de al-

A UNA ROSA MARCHITA.

¿Eres tú, triste rosa,
La que ayer difundía
Balsámica ambrosía,
Y tu altiva cabeza levantando,
Eras la reina de la selva umbría?
¿Por qué tan pronto, dime,
Hoy triste y desolada
Te encuentras de tus galas despojada?

Ayer viento süave
Te halagó cariñoso,
Ayer alegre el ave
Su cántico harmonioso
Ejercitaba, sobre tí posando;
Tú, rosa, le inspirabas,
Y á cantar sus amores le escitabas.

Tal vez el fatigado peregrino
Al pasar junto á tí quiso cortarte:
Tal vez quiso llevarte
Algun amante á su ardoroso seno;
Pero al ver tu hermosura,
La compasion sintieron,
Y su atrevida mano detuvieron.

Hoy nadie te respeta;
El furioso aquilon te ha deshojado;
Ya nada te ha quedado
¡O reïna de las flores!
De tu pasado brillo y tus colores.

La fiel imágen eres
De mi triste fortuna:
¡Ay! todos mis placeres,
Todas mis esperanzas, una á una
Arrancándome ha ido
Un destino funesto, cual tus hojas
Arrancó el huracan embravecido!

¿Y qué, ya triste y sola
No habrá quien te dirija una mirada?
¿Estarás condenada
A eterna soledad y amargo lloro?
No; que ecsiste un mortal sobre la tierrra,
Un jóven infeliz, desesperado,
A quien horrible suerte ha condenado
A perpetuo gemir: ven, pues, ¡oh rosa!
Ven á mi amante seno, en él reposa,
Y ojalá de mis besos la pureza
Resucitar pudiera tu belleza.

Ven, ven, ¡oh triste rosa!
Si es mi suerte á la tuya semejante,
Burlemos su porfía;
Ven, todas mis caricias serán tuyas,
Y tu última fragancia será mia.
1828.



LA FELICIDAD.

¿En dónde está la verdadera calma,
Decidme, amigos, que jamas la ví?
Tras ella corre sin cesar el alma,
Y ella ¡oh dolor! huyendo va de mí.

Busco en vano en los salones
Del alcázar poderoso
El dulcísimo reposo
Que llaman felicidad;
Una ilusion agradable
A mis ojos se presenta,
Quiero abrazarla, se ahuyenta,
Y aparece la verdad.

Oigo las alabanzas que al guerrero
Prodiga aduladora poesía:
"Al fin, esclamo, un corazon de acero
A la felicidad será mi guia."

Ya escucho el marcial estruendo;
Dejo la lira sonora,
Y la espada brilladora
Quiero valiente empuñar:
Ya soy feliz; mas ¡oh cielos,
Qué reflecsion tan terrible!

¿Puede un corazon sensible
Ser feliz viendo llorar?

¿Cómo podeis en medio de la guerra
Tranquilos respirar? ¡oh cielo santo!
¿Puede agradaros devastar la tierra,
Y esparcir por do quiera luto y llanto?

En torno de vuestro carro
Solo se escuchan gemidos
De infelices sumergidos
En dolorosa orfandad.
Yo no miro en ese cuadro
Sino un placer horroroso;
No el dulcísimo reposo
Que llaman felicidad.

No hay dicha, en fin, esclaman tristemente,
El sábio, el rey, el hábil cortesano;
¡Necios! venid, y la vereis patente
Sobre la alegre faz del aldeano;

Vuestros deslumbrados ojos
Buscan poder y riqueza,
Y en medio de la grandeza
Quereis la dicha encontrar.
Dejad vuestro error funesto;
Bajad á ese valle umbrío;
Vereis un hombre dichoso
Junto del humilde hogar.

De su amada familia acariciado
Pasa él allí su vida deliciosa;
Su placer es amar y ser amado,
Su riqueza, sus hijos y su esposa.

En su habitacion sencilla
No brilla el mármol ni el oro;
Mas ¿qué importa? otro tesoro
Tiene allí su corazon.

El cariño de su esposa,
De sus hijos la terneza:
Hé aquí toda su riqueza,
Hé aquí toda su ambicion.

No eres un nombre vano, una quimera;
Te hallaré al fin, felicidad amada:
La mano de una tierna compañera
Me ofrecerá tu copa embalsamada.
¡Felicidad, felicidad querida,
Te encuentra al fin mi corazon ardiente!
¡Ven, y consuela mi alma dolorida!
¡Ven, y refresca mi abrasada frente!

1827.



LA VUELTA DEL DESTERRADO.

Triste, afligido, lloroso,
Volvió á su patria un anciano,
A quien el ódio tirano
De sus hogares lanzó:
Párase: tiende la vista
Sobre su paterno suelo,
Alza los ojos al cielo,
Y así el mísero esclamó:

"Al fin ¡oh patria querida!
Al fin mi cansada planta
Vuelve á pisar tu recinto
Despues de tantas desgracias:
Políticas disensiones,
Persecuciones tiranas,
El furor de los partidos
De tu seno me arrancaran:
Yo me acuerdo, sí, me acuerdo,
¡No puede olvidarlo el alma!
De aquel tristísimo dia
En que salí de tus playas:
Yo pisé el bajel funesto
Que de tí me separaba,
Como pisa un triste reo
De su cadalso las gradas:

Yo he vagado cuatro lustros
Por las regiones estrañas,
Sin apoyo, sin asilo,
Sin consuelo ni esperanza:
El miserable alimento
Con mis lágrimas regaba,
Sin tener un solo amigo
Que mis penas consolara;
Mis hijos, mis tiernos hijos,
Mi esposa desconsolada,
Mis amigos, todos, todos,
Se presentaban á mi alma:
Eterno Dios ¡cuántas veces
Te dirigí mis plegarias
Pidiéndote que la muerte
Mis desgracias terminara!
Vuelvo en fin; pero ¡qué miro!
Ni aun ecsiste mi cabaña,
Su lugar quedó desierto
Por el furor de las armas.
¡Hijos.... esposa.... no ecsisten!
Nadie escucha mis plegarias:
¡Han muerto, descansan todos
En su tumba solitaria!
¡Hijos.... esposa.... no ecsisten!
Ni padre, ni esposo.... nada,
Nada soy sino un mendigo,
Un estrangero en mi patria.
Solo queda en este sitio
El árbol que con sus ramas
Cubrió á mi cara familia,
Que á su sombra reposaba:
¡Infeliz! ¡cuántos recuerdos!
Mi esposa allí se sentaba,
Aquí mis pequeños hijos
En mis rodillas jugaban,
Y ahora.... ¡ahora nada tengo
Sino lágrimas amargas!

Árbol, tú solo me quedas;
Mas ni á tí te respetaran,
Pues en tu tronco estoy viendo
Las señales de las lanzas.
¿Y esta mancha? ¡Dios piadoso!
¿Será tal vez esta mancha
Sangre de mis tristes hijos?
¿Su sangre aquí derramada?
¡Oh Dios! esta sangre pura
Sobre las cabezas caiga
De los viles ambiciosos
Que despedazan mi patria."

No pudo mas el anciano,
Abrazó al árbol querido,
Lanzó un lúgubre gemido,
Y junto al tronco espiró....
Despues, algun aldeano
Le dió humilde sepultura,
Y dos leños en figura
De cruz, allí colocó.

1836.



LA RISA DE LA BELDAD.

Bella es la flor que en las auras
Con blando vaiven se mece:
Bello el íris que aparece
Despues de la tempestad:
Bella en noche borrascosa
Una solitaria estrella;
Pero mas que todo es bella
La risa de la beldad.

Despreciando los peligros
El entusiasta guerrero,
Trueca por el duro acero
La dulce tranquilidad:
¿Quién su corazon enciende
Cuando á la lucha se lanza?
¿Quién anima su esperanza?...
La risa de la beldad.

El conquistador altivo
Precedido de la guerra,
Cubre de sangre la tierra,
De miseria y orfandad:
¿Y quién el curso detiene
De su cólera siniestra?
¿Y quién desarma su diestra?
La risa de la beldad.

¿Quién del prisionero triste
Endulza el feroz tormento?
¿Por quién olvida un momento
Su perdida libertad?
¿Y quién, en fin, del poeta
Hace resonar la lira?
¿Quién sus acentos inspira?
La risa de la beldad.

Una suerte inecsorable,
Llena de luto mi vida,
Y mi alma gime oprimida
Por la dura adversidad;
Pero yo olvido estas horas
De tanta amargura llenas,
Cuando suaviza mis penas
La risa de la beldad.

1837.



A MI AMADA LLORANDO.

No llores, amada mia,
Que con tu llanto de fuego
Arrebatas el sosiego
De mi amante corazon;
No naciste para el llanto,
Que el placer es tu destino:
Sobre tu rostro divino
No reine, hermosa, el dolor.

Llore el triste que te adora,
Y que en su dolor no alcanza
Ni consuelo ni esperanza,
A su ardiente y fino amor.
Llore el mísero que lucha
Con una pasion insana;
Llore al que esperanza vana
Engañó su corazon.

Pero tú, muger divina,
No naciste para el duelo;
Perteneces toda al cielo,
Y en el cielo no hay dolor.
En tu boca purpurina
Tenga la risa su asiento:
En tus ojos el contento:
La paz en tu corazon.

No: el llanto, no, de tus ojos
Eclipse la luz fulgente;
Levanta al cielo tu frente,
Ángel de dicha y amor,
Y pasa alegre tu vida
Circundada de ventura,
En tanto que de amargura
El cáliz apuro yo.

1840.



LA DESPEDIDA.

Llegó el fatal instante,
Amira idolatrada:
Tu imágen retratada
Irá en mi corazon:
Ella será el recuerdo
De mi pasada gloria:
Amira, esta memoria
Que calme mi dolor.

Cuando el doliente llanto.
Publique mi desvelo,
Ella será el consuelo
De mi amargo penar:
¡O cuántas veces, cuántas,
Engañaré la ausencia!
Creeré de tu presencia
El gozo disfrutar.

¡Mentidas ilusiones!
De mágia lisonjera,
¿Por qué de esta manera
Me haceis soñar placer?

¡Oh! si acaso durara
Este engañoso fuego....
Pero huye, y queda luego
Tan solo el padecer.

Veránme á mí en tu ausencia
En lágrimas desecho,
Y en tanto de tu pecho
Otro el amor tendrá....
Mas ¿yo creerte inconstante?
Perdona, Amira hermosa;
Puro como la rosa
Tu corazon será.

Pero llegó el momento,
Se acerca la partida....
¡Adios, mi bien, mi vida!
¡Mi adoracion, adios!
No temas que te olvide,
Jamas, Amira amada;
Tu imágen retratada
Irá en mi corazon.

1826.



A UN AMIGO EN MI AUSENCIA.

Amigo, dime si me ama
Aquella por quien respiro;
Si ha ecshalado algun suspiro
Despues que me separé:
Dime si acaso inhumana
De mí se olvida engañosa;
Dime si la ves llorosa,
O si ha burlado mi fé.

Dímelo; la incertidumbre
Es mas triste que el mal mismo:
Saca á mi alma de este abismo
En que sumergida está:
Pero... si fuere inconstante....
Nada digas en mi daño;
Mas vale creer el engaño,
Que el desengaño llorar.

1826.



LOS RECUERDOS.

Estos.... ¡fatal memoria!
Estos los sitios son donde algun dia
De placeres purísimos colmada,
Gozó felicidad el alma mia.
Aquí está todavía
La señal de la huella idolatrada
De mi bien mas querido....
¡Triste recuerdo del plader perdido!

Sitios que en otro tiempo
Mirasteis mi ventura,
Ved ahora mi amargura,
Mi bárbaro dolor.
¿En dónde está mi amada,
Dime, bosque sagrado,
Acaso se ha ausentado,
Acaso me olvidó?

Sí, me olvidó la ingrata,
Me olvidó la perjura;
Yo la juzgué.... ¡locura!
Yo la juzgaba fiel;
¡Ay! ¿quién pensar pudiera
Que aquel ángel mentia?

"Yo te amo, me decia,
Jamas te olvidaré."

¡Qué pronto, ¡desdichado!
Faltó á su juramento!
Tan pronto como el viento
Sus palabras llevó;
¡Y qué me queda, ¡cielos!
En este bosque ahora?
Recuerdo que devora
Mi mústio corazon.

Árbol, en otro tiempo
Bajo tu fresca sombra me sentaba
En el calor del dia,
Y amorosas canciones entonaba,
Que inspirarme solia
La que un amor eterno me juraba:
¿En dónde está este amor? huyó ligero,
¡Huyó, tú ecsistes, y á tu sombra muero!

Árbol, si por acaso
Volviese mi adorada,
De mi rival burlada,
Para llorar su error,
Dile que aun en mi muerte,
Su nombre he repetido,
¡Ay! dile que el olvido
Jamas de mí triunfó.

Árbol, tú puedes verla;
Pero yo, desdichado,
Bajo al sepulcro helado
En mi florida edad;
Y ni el triste consuelo
Le queda al alma mia,
De que á mi tumba fria
Venga nadie á llorar!!!

1827.

LA SOLEDAD.

(Traduccion de la Meditacion 1.ª de Mr. La-Martine)

¡Oh cuántas veces sobre la montaña,
Bajo la vieja encina yo me siento
Cuando se pone el sol, mi vista errante
Por la inmensa llanura dirigiendo,

Cuyo variado y esplendente cuadro,
Desenvolverse ante mis plantas veo.
Ruge aquí el rio en espumosas ondas,
Serpenteando se oculta allá á lo lejos:

Mas allá se descubre el lago inmóvil,
Sus dormitantes aguas estendiendo,
Donde se alza la estrella vespertina,
Sobre el azul hermoso de los cielos.

En la cima elevada de los montes,
Coronados de bosques verdinegros,
El incierto crepúsculo su rayo
Postrero arroja, en tanto que en silencio

De la callada reina de las sombras,
El carro vaporoso va subiendo,

Del horizonte el borde blanqueando
Con el pálido albor de sus reflejos.

De la gótica torre se alza entonces
Sonido religioso, y el viagero
Se detiene: de rústica campana
Se oye sonar el compasado acento,

Que á los rumores últimos del dia,
Se une formando místicos conciertos.
Pero, ¡ay de mí! que á tan hermosos cuadros
Es mi alma indiferente; al recorrerlos

No esperimento encantos ni trasportes;
Y como una alma errante me contemplo
En esta tierra: el sol, ¡ay de los vivos!
No puede, no, recalentar los muertos!

De colina en colina: de la aurora
Hasta do el sol oculta sus reflejos:
Del Sud al Aquilon: por todas partes,
Del espacio los puntos recorriendo,

Llevo en vano mi vista, y triste esclamo:
¡No hay dicha para mí en el universo!
¿Qué me importan las chozas, los palacios,
Estos valles, en fin? ¡vanos objetos!

Su encanto para mí se ha disipado;
¡Oh bosques, rocas, rios turbulentos,
Soledades queridas, un sér solo
Os falta, y todo para mí está yermo!

Que comience ó que acabe el sol su curso,
Con ojo indiferente lo contemplo:
Que las nubes ofusquen su faz pura,
O brille de zafir en claro cielo;

¡Oh! ¿qué me importa el sol? ¿Àlguna cosa
Ya de los dias por acaso espero?
Si en su vuelo pudiera yo seguirle,
Vacío nada mas, tristes desiertos

Vieran mis ojos ¡ay! en todas partes.
¡De cuanto alumbra el sol nada deseo;
Nada le pido al mundo ni á los hombres;
Nada le pido, nada, al universo!

Del mundo mas allá, donde fulgura
El verdadero Sol, en otros cielos,
A la tierra dejando mis despojos,
El objeto encontrara de mis sueños.

Yo me embriagara allí en la fuente pura
A que aspiro, encontrando al mismo tiempo
La esperanza, el amor, aquel bien dulce,
Aquel bien ideal, que es siempre objeto

Del ardiente deseo de las almas,
Y que no tiene nombre en este suelo.
¡Que no pueda, llevado sobre el carro
De la aurora, lanzarme en un momento

Hasta tí, vago objeto de mis votos!
Sobre este triste mundo de destierro,
¿Porqué vivo yo aún? entre él, sin duda,
Y entre mí, nada de comun encuentro.

Cuando la hoja de los bosques cae
Por la pradera, se levanta el viento
De la noche arrancándola á los valles:
Y yo, ¡triste de mi! yo me contemplo
Semejante á esta hoja ya marchita:
Arrástrame tambien, aquilon fiero!

1840.



INVOCACION.

(Traduccion del Sr. Alfonzo La-Martine.)

Tú que te me apareciste
De ese valle en el desierto,
Pasagera en estos sitios,
Habitante de los cielos:
O tú, que brillar hiciste,
De oscura noche en el seno,
Ante mis ojos un rayo
De un amor puro y sereno:
Dígnate á mi humana vista
Mostrarte por fin sin velo.
Dime tu nombre, tu patria,
Tu destino: dí ¿si es cierto
Que fué la tierra tu cuna,
O eres soplo del Eterno?
¿Volveras á ser mañana
El fulgor puro del cielo;
O en este lugar de luto,
De miseria y de destierro,
Debes seguir todavía
Tu fatigoso sendero?
Cualquier que sea tu nombre,

Tu patria y destino, ¡oh génio
De las mansiones divinas!
!Oh hija de la tierra! al menos,
Déjame toda mi vida
Ofrecerte amor é incienso.
Si tú debes, cual nosotros,
Acabar tu curso presto,
Sé mi apoyo, sé mi guia;
Permite que en todos tiempos,
En todas partes, el polvo
Do tus piés estén impresos
Bese ardiente el labio mio;
Pero si elevas tu vuelo,
Si lejos de nuestros ojos,
Dentro de muy poco tiempo,
De los ángeles hermana,
Volver debes á su seno,
¡Ay, despues de haberte amado
Algunos dias al menos
En este mundo, de mí
Acuérdate allá en el cielo!

1840.



EL VETERANO.

Cubierto de mil heridas
Un valiente veterano,
Vuelve de la guerra ufano
A los brazos de su amor:
Con el polvo de las lides,
¡Qué hermoso está su semblante!
En su frente radiante
¡Cuál brilla bélico ardor!

A la puerta de su choza
Sale á encontrarlo su amada,
Ruborosa, alborozada,
Palpitando de placer;
Y él estrechando en sus brazos
A su adorada María,
Siente en llanto de alegría
Sus ojos humedecer.

Ven, le dice, ven, hermosa,
Toca mi frente ardorosa,
¡Oh mi amor!
Mírala, está escrita en ella
Una página muy bella
De sufrimiento y valor.

En la tremenda batalla,
El primero á la muralla
Yo subí,
Y esta mano que te estrecha,
Supo abrir horrible brecha,
Pensando, mi bien, en tí.

Cuando á la lid me arrojaba,
¡Oh, con qué fuerza tronaba
El cañon!
Mas mi patria y mi querida,
En la lucha enardecida
Llenaban mi corazon.

Y á cada tiro escuchaba
Una voz que me gritaba,
Vida mia:
"Corre, y con ánimo fuerte
Lucha con la horrenda muerte
Por merecer á María"

Y lleno de ardor sagrado,
A las filas denodado
Me arrojé;
Mi pecho hirió hierro insano;
Pero el pabellon hispano
Sirvió de alfombra á mi pié.

Ese estandarte orgulloso
Allá en el *Pánuco* undoso
Muestra sea
De nuestro valor, en tanto
Que nuestro estandarte santo
Sobre sus restos ondea.

Yo era pobre; no tenia
Que ofrecerte ¡ó mi María!
Por tu amor;
Ya soy rico; en sangre tinta

Lleva mi pecho una cinta,
Premio de noble valor.

Y con ella engalanado,
Puedo marchar á tu lado,
Y decir:
"Es ya mia esta belleza,
Porque espuse mi cabeza
Por merecerla ó morir."

Esta cinta es un tesoro,
Que en mas que la plata y oro
Precio yo:
Y mi noble descendencia
Dirá: ¡ved la rica herencia
Que mi padre nos dejó!

Así el noble veterano
Lleno de gloria decia,
Y orgullosa su María
Gozaba el triunfo con él;
Y ni por el régio trono,
Ni la púrpura brillante,
Aquel venturoso instante,
Trocara su pecho fiel.

1840.



BRINDANDO A LAS MEXICANAS,

El 16 de Septiembre de 1837.

¡Con que tambien en vuestro cuello hermoso
Cargaba el yugo de opresion impía,
Hermosas mexicanas? ¡Con que pudo
El tirano cubrir de negro velo
Esas frentes divinas
En que se mira retratado el cielo?

Tal era vuestra suerte:
La rodilla doblar ante el tirano,
Que incensaros cual diosas deberia,
Y con el labio en que el amor reía,
Besar humildes la sangrienta mano.
Siglos de ecsageracion; siglos de oprobio
Que pasaron por fin; ya mas sereno
Brilla de libertad el claro dia;
Tornóse el lloro en cantos de alegría,
Y late el corazon de gloria lleno.



Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad.

El artero cortesano,
La grandeza
Busque adulando al tirano,
Y doblando la rodilla;
Mi troton y humilde silla
No daré por su riqueza:
Y bien pueden
Sus salones
Con canciones
Resonar;
Corcel mio,
Yo prefiero
Tu altanero
Relinchar.
Entre hierros, con oprobio
Gocen otros de la paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad.

Vuela, bruto generoso,
Que ha llegado
El momento venturoso
De mostrar tu noble brio,
Y hollar del tirano impío
El pendon abominado:
En su alcázar
Relumbrante
Arrogante
Pisarás,
Y en su pecho
Con bravura
Tu herradura
Estamparás.
Entre hierros, con oprobio
Gocen otros de la paz;

Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad.

Así el guerrero cantaba,
Cuando resuena en su oido
Un lejano sordo ruido,
Como de guerra el fragor:
"A la lid," el fuerte grita,
En los estribos se afianza,
Y empuña la dura lanza,
Lleno de insólito ardor:

En sus ojos, en su frente,
La luz brilla de la gloria,
Un presagio de victoria,
Un rayo de libertad:
Del monte en las quiebras hondas
Resuena su voz terrible,
Como el huracan horrible
Que anuncia la tempestad.

Rápido vuela el caballo,
Ya del combate impaciente,
Mucho mas que el rayo ardiente
Es su carrera veloz:
Entre una nube de polvo
Desaparece el guerrero:
Se ve aún brillar su acero,
Se oye á lo lejos su voz:
"¡Gloria, gloria! ¡Yo no quiero
Una vergonzosa paz;
Busco en medio de la guerra
La muerte ó la libertad!"

1838.



EL SUEÑO DEL TIRANO.

De firmar proscripciones
Y decretar suplicios, el tirano
Cansado se retira,
Y en espléndido lecho hallar pretende
El reposo y la paz ¡desventurado!
El sueño, el blando sueño,
Le niega su balsámica dulzura;
Tenaz remordimiento y amargura
Sin cesar le rodean:
En todas partes estampada mira
De sus atroces crímenes la historia:
Su implacable memoria
Fiel en atormentarle, le recuerda
Las esposas, los hijos inocentes
Que por su saña abandonados gimen
En viudez y orfandad: gritos horrendos
Cual espada de fuego le penetran:
Con pasos agitados
Recorre su magnífico aposento,
Sin hallar el consuelo: en su alma impura
La amistad, el amor, son nombres vanos
Que jamás comprendió: los ojos torna;
Su cetro infausto y su corona mira;
Un grito lanza de mortal congoja;
Con trabajo respira,
Y á su lecho frenético se arroja.

Ya por fin, un sopor espantoso,
Sus sentidos embarga un momento;
Pero el sueño redobla el tormento;
Con visiones de sangre y horror:
A un desierto se mira llevado,
Donde el rayo del sol nunca brilla;
Una luz sepulcral, amarilla,
Allí esparce su triste fulgor.

Tapizado de huesos el suelo,
Va sobre ellos poniendo la planta,
Y al fijarla los huesos quebranta,
Con un sordo siniestro crugir:
A su diestra y siniestra divisa,
Esqueletos sin fin hacinados,
Y los cráneos, del viento agitados,
Le parece que escucha gemir.

Lago inmenso de sangre descubre
A sus plantas furioso bramando,
Y cabezas hirsutas nadando,
Que se asoman y vuelven á hundir:
Y se avanzan, se juntan, se apiñan,
Y sus cóncavos ojos abriendo,
Brilla en ellos relámpago horrendo,
De infernal espantoso lucir:

Del tirano en el rostro se fijan
Sus atroces funestas miradas,
En sus frentes de sangre bañadas,
Del infierno refleja el horror:
Y sus dientes rechinan entonces,
Y sus cárdenos labios abriendo,
Este grito lanzaron tremendo:
"¡Maldicion! ¡maldicion! ¡maldicion!"

Las cavernas de un monte vecino,
El acento fatal secundaron:

Largo tiempo los écos sonaron
Repitiendo la horrísona voz;
Y el crugir de las olas y el viento,
Y el estruendo del rayo espantoso,
Parecia al tirano medroso
Que clamaban tambien: ¡maldicion!

Cambia luego la escena: entre tinieblas
De fuego circundado,
Gigantesco fantasma se presenta:
Con dedo descarnado
Muestra al tirano una espantosa sima:
En su profundo seno
Reventar oye retumbando el trueno,
Y mira un fuego hervir como la boca
De encendido volcan, y por las llamas
Los demonios sacando la cabeza,
Prorumpen en horrendas carcajadas,
Y al réprobo saludan.
Tiemblan sus miembros: hórridas serpientes
Ciñen su corazon, y ni un suspiro
Puede ecshalar, ni respirar siquiera......
¡Sacude el sueño: vagarosos ojos
En torno suyo pavoroso gira,
Y sangre, sangre, donde quiera mira!

Del lecho se lanza
Con grito doliente:
Se inunda su frente
De frio sudor:
Parece que escucha
La voz del destino,
Y el trueno divino
De justo furor.

Sus ojos cansados
Anhelan el llanto;
Mas nunca su encanto
Probó la maldad:

Al cielo levanta
La diestra homicida,
Con voz dolorida
Clamando ¡piedad!

Mas no, que ya dada
Está su sentencia;
En vano clemencia
Demanda su voz;
¡Ya tiene con fuego
Marcada la frente
Del vil delincuente
La mano de Dios!

1837.



A R.*** O.*** EN SUS DIAS.

De virtud y gracias llena,
Pura, inocente y hermosa,
Eres, adorable Rosa,
La reina de la beldad:
Nacen á tus plantas flores,
A cuantos miras inflamas,
Y en torno tuyo derramas
Amor y felicidad.

Los espíritus celestes,
Absortos se contemplaron
A tu nacer, y entonaron
Himnos de gloria y amor:
El nombre puro que llevas,
No al acaso te lo dieron;
Sin duda te lo pusieron
Por celeste inspiracion.

Como en árido desierto,
Flor balsámica se mece,
Y al triste viagero ofrece
Un placer en su beldad:
Así á tí, Rosa querida,
Para ser te formó el cielo,

De tus padres el consuelo
En la triste adversidad.
¿Qué es contigo comparado
El falso brillo del oro?
¿Puede haber mayor tesoro
Que tu risa celestial?
De tus dias los autores
Cifran en tí sus delicias,
Son su ecsistir tus caricias,
Tu amor su felicidad.

Vive, vive muchos años!
Vive feliz é inocente;
Nunca se cubra tu frente
Con el velo del dolor:
Vive, y endulza á tus padres
El cáliz de la amargura,
Objeto de su ternura,
Sus delicias y su amor.

He aquí los votos que al cielo
Por tí, ¡oh Rosa! he dirigido:
Sin duda los habrá oido,
Y venturosa serás,
Pues el Eterno sonrie
Con celeste complacencia,
Si ruegan por la inocencia
Las voces de la amistad.



A LA SEÑORITA

DOÑA M. DE LOS A. Z. Y G.

Parece que tus padres presintieron
Que serias de gracias un tesoro,
Y el nombre hermoso, mágico y sonoro
De María de los Ángeles te dieron:

Sí, los ángeles mismos sonrieron
A tu nacer, y en el celeste coro,
Al son divino de sus arpas de oro
Tu dulcísimo nombre repitieron.

Hoy resuena de nuevo el sacro acento
Como un himno solemne de victoria:
Yo arrebatar de inspiracion me siento,

De tus gracias se llena mi memoria,
Y al grito alegre del comun contento,
Uno mi voz para cantar tu gloria.



A LA SEÑORA MARIETTA ALBINI,

En la ejecucion de la ópera LA NORMA.

¡Cielos! ¿no es ilusion? ¿es ese el bosque
Sagrado de Irminsul? Sí, ved á *Norma*,
Vedla de magestad y fuego llena,
Sobre la piedra druídica elevada:
Brilla en su mano la hoz resplandeciente;
Sublime inspiracion baña su frente,
Es un rayo del cielo su mirada!
Escuchemos su voz.... ¡divino acento!
¡Una débil mortal no puede tanto;
Es del querub el armonioso acento;
Yo arrebatar en éstasis me siento!

¿Mas qué gemido triste
En tu labio ha sonado, *Norma* bella?
¡Ay! el amor tu corazon inflama,
Amor que un tiempo tu ventura hacia;
Pero ya de *Polion* el alma fria,
No corresponde á tu sagrada llama.
¿El padre de tus hijos inocentes
Te pudo así olvidar? ¡Con qué dulzura,
Con qué mágia divina
Espresas, bella Norma, tu ternura!

"¡Ay! vuelve, vuelve, ingrato,
A aquel tu amor primero,
Que un universo entero,
Tu Norma en tí cifró."
¡O muger adorable!
¿Quién puede oir tu canto,
Quien presenciar tu llanto
Sin sentir tu dolor?

Mas un destino bárbaro te aguarda;
El inocente lábio de *Adalgisa*,
Viene á romper tu corazon amante:
La terrible verdad al fin escuchas,
No eres amada ya; ¡no eres amada!
De dolor y de furia combatida,
¡Con cuántos sentimientos, triste luchas!
¡Qué mirada severa
Diriges al infiel! ¡Quién tu semblante,
Quién retratar tu agitacion pudiera!

Trémula luego, en tu fatal delirio,
Sobre tus hijos el puñal levantas;
Mas la naturaleza te detiene:
Tu brazo tiembla al contemplar su encanto,
Sueltas el hierro, y abundoso llanto
A mitigar tus aflicciones viene.

En medio de tus males,
Compadecido el cielo,
Quiere darte el consuelo
De la santa amistad:
Tu rival generosa
Tu atroz tormento calma;
Su labio vierte en tu alma
Dulce serenidad.

La esperanza renace
En tu afligido seno,

Y de esperanzas lleno,
Late tu corazon:
En tu apacible labio
Vuelve á morar la risa,
Y estrechas á *Adalgisa*,
Llena de ardiente amor.

Mas en vano la vírgen generosa
Quiere volverte la pasada dicha;
El ingrato *Polion* ya no te escucha;
El nombre de firmeza
Le dá á su ingratitud el inhumano:
¡Que tu justo furor al fin estalle!
¡Caiga, caiga el impío
Que así tu noble pecho despedaza!
Ya su destino pende
De tu labio no mas: ya te adelantas,
El bronce sacro hieres, y de muerte
La voz resuena: ya llegó la hora
De la venganza, y el perjuro amante
Cree que tu labio nombrará á *Adalgisa*;
¡Ah, no conoce tu alma generosa!
Grande, sublime, de nobleza llena,
Tú sola te delatas,
Y *Polion*, aunque tarde, reconoce
El inmenso tesoro que ha perdido.

"¡Qué corazon, le dices,
Qué corazon vendiste!
¡Qué corazon perdiste,
O romano cruel!"
"¡Tarde, *Polion* responde,
Tarde te he conocido!
¡Qué tesoro he perdido,
O celestial muger!"

La sentencia está dada, triste Norma:
Muerte fatal te espera:
El momento terrible ha ya llegado:

A lo menos el pecho de tu amado,
Vuelve á estrecharte en medio de la hoguera.
Mas ¡ay cuanta amargura
Llena tu corazon en este instante!
¿Qué será de tus hijos inocentes?
¡Soy madre! dices á tu padre triste,
Y ya á sus piés su compasion imploras:
¡Con qué elocuencia tu afligido labio,
¡Son tu sangre! repite dolorido!
¡Qué sublime gemido
Lanza tu pecho de tormentos lleno!
¿Cómo pudiera resistir un padre?
¡Ah! no; ya te promete
Que de tus hijos cuidará piadoso,
Y ya al pisar la losa del sepulcro,
Una dulce sonrisa
Vaga en tu labio maternal: ¡el cielo
Recibió esta sonrisa moribunda!
Ya, ya por fin te cubre el negro velo...
¡Adios, adios, ó *Norma* idolatrada!
¡Mi alma por el dolor despedazada,
No puede ya sufrir!.... Morir me siento,
Y á tu dolor escede mi tormento!....
....

¿Y todo fué ilusion? ¡Y puede el arte
A tal punto llegar? ¡Celeste Albini,
El pueblo mexicano te tributa
Justos aplausos, y en tu noble frente
Ciñen las artes inmortal corona:
¡Yo te saludo de entusiasmo lleno!
¿Quién al oir tu canto no palpita?
¡Jamas, jamas una ilusion tan grata
Llenó mi corazon, Albini bella,
De tan dulce y feliz melancolía!
Recibe, pues, la gratitud que siento,
Y de mi lira en el humilde acento
La sincera espresion del alma mia!

1837.

A HIDALGO.

En sepulcral silencio se encontraba
El pueblo mexicano sumergido:
¡Fatal silencio! solo interrumpido
Por la dura cadena que arrastraba:

Como crímen atroz se castigaba
Del triste esclavo el mísero gemido,
O de los opresores al oido,
Cual música de triunfo resonaba.

Grita Hidalgo, por fin, con voz divina:
"¡México libre para siempre sea!"
Y al tirano español guerra fulmina:

Once años dura la mortal pelea,
El trono se desploma, y en su ruina,
De libertad el estandarte ondea!

1837.



HIMNO PATRIOTICO,

Para cantarse el 16 de Septiembre de 1840.

Oid sonar de los héroes las tumbas,
Y sus sombras ilustres salir,
Y mil écos gloriosos á un tiempo
¡Libertad! ¡libertad! repetir.

I.

Hubo un tiempo de luto y de muerte,
En que solo sonaba la voz
Del tirano que de oro cubierto,
Insultaba á la débil nacion;
Pero se alza en Dolores un astro
Mas fulgente, mas bello que el sol:
¡Libertad, es tu ráfaga pura!
¡Libertad, es tu inmenso fulgor!

II.

Y de un héroe al ejemplo, mil héroes
Alzan fuertes el noble pendon,
En que brilla con fuego, grabada
Libertad por la mano de Dios.
El tirano al mirar esta enseña,
Sobre el trono, cobarde tembló,

Y aunque opone sus últimas fuerzas,
Triunfa al fin del patriota el valor.

III.

¡Salve, ó génio, que el árbol plantaste
Que regado con sangre creció!
¡Salve, Hidalgo, glorioso caudillo!
¡Salve, ó dia de gloria y honor!
Y á Morelos, Allende y Aldama,
Y á mil bravos que llenos de ardor,
Con su muerte su gloria sellaron,
¡Salve! canta del pueblo la voz.



POESIAS

Escritas en los aniversarios de la muerte del Sr.

D. Francisco García.

I.

De patriotismo y de virtud modelo,
Fuiste siempre, magnánimo García,
Fuiste de Zacatecas el consuelo;
Pero marcó el Señor tu último dia,
Y al cielo alzaste tu brillante vuelo.

II.

Miró á su patria el ínclito García,
Miróla en sangre y lágrimas bañada,
Presa inocente de faccion impía,
Y su alma del dolor despedazada,
Te dejó para siempre ¡oh patria mia!

III.

A su padre, á su gefe mas querido,
Hoy Zacatecas llora desolada:
¡Con él sus esperanzas ha perdido!

El pueblo en torno de su tumba helada,
Lanza su triste, lúgubre gemido.

IV.

¡Oh Zacatecas! cúbrete de duelo,
Murió tu padre ya, ¡murió García!
A otro mundo mejor alzó su vuelo.
¡Un héroe falta de la patria mia!
¡Un astro mas fulgura ya en el cielo!

De llanto y de dolor en este dia,
Con lúgubre clamor el bronce suena,
¿Por qué así te entristeces, patria mia?
La patria con su faz de llanto llena,
Calla y muestra la tumba de García.

Génio que alzaste tu brillante vuelo
A otra region de luz y bienandanza;
¿Por qué dejaste nuestro patrio suelo?
De su dicha perdiste la esperanza
Y fuiste á ser su intercesor al cielo.

Ved á la libertad; negro es su manto,
Es triste su mirar, y hondo su duelo:
Al que sostuvo su estandarte santo
No halla en la tierra, y búscanlo en el cielo
Sus ojos llenos de salobre llanto.

Si te quitó el destino, patria mia,
Tu fortuna, tu gloria, tu grandeza;
Si eres juguete de la suerte impía,
A lo menos te quedan por riqueza
La tumba, y los recuerdos de García.

¡UNA MEMORIA!

Salí apenas de la infancia,
Sencillo, puro, inocente,
Con el candor en la frente,
La paz en el corazon:
Cuando te ví, Amira hermosa,
Y en apasionado acento
Me atreví á mandar al viento
Mi primer canto de amor.

De amor puro, eterno, ardiente;
De aquel amor que derrama
En el corazon su llama,
Cual volcan abrasador:
Este amor era el delirio
Que mi ecsistencia llenaba,
Este el númen que inspiraba
Mi primer canto de amor.

Para mí la vida entonces
¡Cuánta dulzura tenia!
¡Cuán grata me parecia
De la tierra la mansion!
¡Miraban todo mis ojos
Con tan bellos coloridos!

Todo, todo á mis sentidos
Estaban diciendo amor.

Cuando tras el cortinage
Magnífico de oro y grana,
En la cándida mañana
Brillaba el fúlgido sol,
Yo alegre lo saludaba,
Que á alumbrar tu faz venia,
Y á tí, Amira, dirigia
Mi primer canto de amor.

¿No te acuerdas cuántas veces
De las aves el arrullo,
Del arroyuelo el murmullo
Escuchábamos los dos?
El aura blanda mecía
Tu cabellera rizada,
Aquella aura embalsamada
Por tus palabras de amor.

Cada gota de rocío,
Cada flor y cada fuente,
Hablaban cuán dulcemente,
A mi tierno corazon!
¡Amor las aves cantaban,
Amor las fuentes decian,
Y los écos repetian
Por todas partes, amor!

¡Prisma brillante, pronto te rompiste,
¡Ilusiones de amor, habeis pasado,
Y al pobre corazon solo ha quedado
Una memoria dolorosa y triste!

¡Todavía tienen para mí las flores,
Y del bosque el magnífico ramage,
Las aves y las fuentes, un lenguaje,
Lenguaje de recuerdos y dolores!

Saludo todavía al sol brillante
Cuando aparece en el rosado oriente;
Mas le saludo con la voz doliente,
Y en lágrimas bañado mi semblante.

¿Qué fué tu amor?... ¡un sueño fugitivo!
¡Tus sollozos, tus lágrimas mentira!
Y yo te amaba, y.... ¿lo creerás, Amira?
Falsa, aun te amo, y de recuerdos vivo!

Y aspiro algunas veces á la gloria,
Porque aunque á ver no vuelva tu semblante,
Digas mi nombre y mandes á tu amante
¡Un suspiro no mas; una memoria!



BRINDIS EN UN BAILE.

A un tiempo, queridos,
Las copas llenemos,
Y alegres brindemos
A amor y amistad:
Del tiempo pasemos
Burlando la saña;
De hirviente Champaña
La copa apurad.

Y todos á un tiempo
Gritad, y á una voz,
¡Que vivan las bellas!
¡Que viva el amor!

¡Qué importa que ahora
El sol no aparezca,
Que no nos ofrezca
Su fúlgida faz?
Oculte sus rayos;
Que brillan mas que ellos,
Los ojos tan bellos
De tanta beldad.

Y todos á un tiempo
Gritad, y á una voz,

¡Que vivan las bellas!
¡Que viva el amor!

¡Oh vino espumoso!
Tú el símbolo eres
De nuestros placeres,
De nuestra ilusion.
Gozosos, amigos,
Las copas vaciemos,
Y alegres brindemos
Al gozo, al amor;

Y todos á un tiempo
Gritad, y á una voz:
¡Que vivan las bellas!
¡Que viva el amor!

Mirad de estas ninfas,
Las cándidas frentes,
Sus bocas rientes
De hermoso carmin:
¿Quién puede, decidme,
Mirarlas sereno,
Sin que arda su seno
En fuego sin fin?

Bebamos, brindemos,
Diciendo á una voz:
¡Que vivan las bellas!
¡Que viva el amor!

1842.



BRINDANDO A UNAS SEÑORITAS

EN EL ANIVERSARIO

DE LA INDEPENDENCIA.

¡A quién no animan vuestros bellos ojos?
¡Quién no palpita al ver vuestra hermosura?
Esa sonrisa pura
Que vaga en vuestro labio purpurino,
Y el noble pecho del patriota inflama,
Es del valiente, premio venturoso.
¡Cómo refleja en vuestro rostro hermoso,
De independencia la sagrada llama!
¡Maldicion al cobarde!
Que para conservar vuestra pureza
Y vuestra libertad, la lid rehusa.
¡Loor eterno al valiente mexicano,
Que ardiendo en llama sacrosanta y pura
La vida ecshala al pié de la hermosura,
Teñido con la sangre de un tirano!

No temais, mexicanas, que abata
La opresion vuestras cándidas frentes,
Antes, antes, de sangre torrentes
En Anáhuac correr se verán.

Compatriotas, brindad á la gloria,
De las bellas en este gran dia,
E inundados en pura alegría,
En su loor vuestra voz levantad.

ADELA.

A mi hermano Guillermo Prieto.

ROMANCE PRIMERO.

LA VIGA.

El que quiera ver la pompa,
La brillantéz y riqueza
Con que en México se viste
La graciosa primavera,
Vaya al paseo de la Viga
En una tarde serena.
La multitud de canoas
Que cubren el ancha acequia;
Que van, vienen, se reunen,
Se separan y atraviesan:
Las graciosas mexicanas,
Que colocadas en ellas
Y coronadas de flores,
Vistosos trages ostentan:
Los acentos melodiosos
Del arpa ó de la vihuela,
Que acompañan las canciones
Que sus amores espresan:

Aquellos dichos agudos
Y oportunas ocurrencias,
Aquel desórden gracioso,
Aquella brisa ligera
Que apenas las aguas riza
Y luego en las flores juega:
La vista de hermosas quintas
Y de risueñas aldeas,
Donde de sabroso pulque
Apuran jícaras llenas:
Aquel contraste gracioso
Que forma la faz severa
De venerables ancianos
Que meditan ó bostezan,
Con el semblante festivo
De las jóvenes traviesas,
Que á sus amantes envian
Miradas de fuego llenas:
Aquellas sagradas aguas,
Que los trabajos recuerdan
(A pesar de tantos años)
De los ilustres aztecas:
El idioma mexicano
Que aquellos indios conservan,
Y en que los remeros hablan,
Y la romántica mezcla
De las memorias antiguas
Con las costumbres modernas,
Forman un todo gracioso,
Que nunca á borrarse llega
Del alma que ha contemplado
Estas mágicas escenas.

En una de las canoas
Iba una tarde de aquellas
Un jóven, tres señoritas,
Y una anciana gorda y fresca,
Aunque bien se conocia

Que rayaba en los sesenta:
Esta ostentaba un vestido
De una antigua y rica tela,
Que conservaba, decia,
Con la mayor reverencia,
Porque lo habia estrenado
En las memorables fiestas
Del advenimiento al trono
De Cárlos IV: tal prenda
Le servia como un libro
De memoria: su cabeza
Entre blanca y negra, estaba
De una gran falla cubierta,
Y por fin, todo su trage
Era una confusa mezcla
De las usanzas antiguas
Con adiciones modernas;
Contraste raro formaba
Con sus hijas, que pudieran
Ser modelo de las Gracias;
Mas la respetable vieja
Era de bello carácter,
Habladora sempiterna,
Buena madre de familia,
Muy amante de las fiestas,
Regocijos y convites,
A donde iba, decia ella,
Tan solo porque sus hijas
De gusto no carecieran:
Lo cierto era, que entretanto
Que las amables doncellas
En el baile ó en el canto
Ostentaban su destreza,
Ella entre muelles cojines,
Junto á alguna compañera
De su tiempo, al grande flujo
De su charlar daba suelta.

Iba, pues, nuestra matrona
En la canoa; junto á ella
Iba un jóven pensativo,
Dando en su semblante muestras
De algun proyecto grandioso
O alguna afliccion secreta:
Veinticinco años tendria
Cuando mas, aunque las penas,
La meditacion contínua,
O literarias tareas,
Parecer mayor le hacian;
Pero en su frente serena,
En su mirar entusiasta
Aunque dulce, en sus maneras
Todas, y en todo su porte
Se leía la franqueza.
La anciana le amaba mucho,
Sabia la correspondencia
Que con Adela tenia,
De sus hijas la mas bella;
Y esperaba que muy pronto
De Himeneo la cadena
Sus vínculos estrechara:
Alfonso (pues este era
El nombre de nuestro jóven)
Oía las historietas
De la anciana, que tenian
Mas de veinte años de fecha,
Con la ligera sonrisa
Que la distraccion espresa:
Algunas veces fijaba
Sus miradas en Adela,
Ella bajaba los ojos
Con sencilléz y modestia,
Y su pecho palpitante,
Y sus mejillas cubiertas
De amable rubor, la hacian
Mas interesante y bella.

Las tres hermanas reían,
Cantaban canciones nuevas,
O de aromáticas rosas
Coronaban sus cabezas:
Ya jugaban con el agua,
Y al inclinarse ácia ella,
Se desprendian las flores
De su hermosa cabellera:
Ya al remero dirigian
En la mexicana lengua
Algunas leves preguntas,
Repitiendo su respuesta.

Poco á poco fué dejando
A sus hermanas Adela,
Porque notó que en su amante
Aumentaba la tristeza,
Y fué á colocarse al cabo
Junto á la madre, que tierna,
Al melancólico Alfonso
Hablaba de esta manera:
"¿Qué tiene usted, hijo mio?
"¿Qué tiene usted? ¡En qué piensa?
"Usted está distraido,
"No me responde siquiera:
"Sabe usted cuánto lo estimo,
"No me oculte usted sus penas,
"Estos jóvenes de ahora,
"Con tantas cosas que piensan,
"Se vuelven viejos muy pronto;
"Mi marido (que Dios tenga
"En su gloria) no pensaba
"Sino en cuidar de su hacienda;
"Pero no lo vi ocuparse
"En escribir tantas resmas
"De papel, y no es decir
"Que tuviese mala letra;
"No, señor, de Palomares

"Escribia: las esquelas
"Verá usted qne me mandaba
"Cuando hice viage á la Puebla,
"¡Qué limpias! no hay un borron
"Desde la cruz á la fecha;
"Pero no hacia discursos,
"Ni versos, ni cosas de esas
"Que se hacen hoy. Vamos, vamos,
"Levante usted la cabeza,
"Cante usted alguna cosa,
"Acompañado de Adela,
"O solo, como usted guste.
"¡Ah! ¿Tal vez usted se encuentra
"Enfermo?"—La buena anciana
Calló en fin: en tanto inquieta
Adela, los ojos fijos
En Alfonso, medio abierta
La rosada boca, el pecho
Palpitando con violencia,
Esperaba de su amado
Sin respirar, la respuesta.
"No señora, dijo el jóven,
"No estoy malo, la vihuela
"Deme usted, Adela hermosa,
"Y cantaré lo que pueda."

El crepúsculo acababa
En este instante: desiertas
Estaban ya las canoas;
En vez del ruido y la gresca
Que se observaba poco antes,
Hora silencio se observa:
El hombre así de la vida
Por la corriente atraviesa,
Primero alegre, agitada,
Despues tranquila y serena,
Cuando la vejez helada
Ya sus pasiones modera.

Trémula sobre las aguas
Brillaba la luna llena,
Que ya á salir comenzaba
Tras la torre de una aldea:
En ella fija los ojos
Alfonso, luego los lleva
A las remotas montañas
Que en el horizonte observa:
Altísimas esperanzas
Su alma generosa llenan,
De Adela estrecha la mano,
Y en voz dulce y halagüeña,
Pero sonora y sublime,
(Que por escucharla dejan
Sus juegos las dos hermanas,
Y el remero su tarea)
Estos versos canta Alfonso,
Que su sentimiento espresan:

"¡Gloria! ¡gloria! ¡Palabra sonora
Que repite la tierra y el cielo;
Del sufrido soldado consuelo,
De los héroes brillante deidad!
Yo tambien por tu nombre suspiro;
Que tus alas me cubran espero,
Y en mi mano tal vez el acero
Con celeste fulgor brillará.

Tal vez pronto el infame coloso
Que hoy oprime con mano inclemente,
En vil polvo sumida la frente,
El escarnio del pueblo será:
Yo tambien á los libres unido
Vibraré denodado la espada,
Y mi frente será coronada
De laurel y de palma inmortal.

Mas si acaso en la lucha perezco,
Bella jóven, mitad de mi vida,

De tí sola y mi patria querida
Mi suspiro postrero será.
Vé á la tumba que guarde mis restos,
Y sobre ellos derrama tu llanto;
Mi afliccion y mi acerbo quebranto:
Con tu sombra tal vez calmará."

Calló Alfonso; sus megillas
Ardientes lágrimas riegan,
Que cayendo sobre el rostro
De la delicada Adela,
Y juntándose á las suyas,
A la helada mano ruedan
De la anciana, que al instante
Pregunta con voz inquieta:
"¿Por qué llorais, hijos mios?
"¡Oh las canciones modernas
"Son muy tristes; las antiguas,
"Las seguidillas aquellas
"Eran mejores; mas todo,
"Todo acaba! Vamos ¡ea!
"Muchachas, vamos á casa,
"Y acábese la tristeza."

Dejaron, pues la canoa,
Toman el coche, y se internan
De México en la ciudad
Por las calles opulentas.

ROMANCE SEGUNDO.

LA PRISION.

Jamás se pasaba un dia
Sin que en las alas llevado
Del amor, no fuese Alfonso
A ver á su bien mas caro;

Sin embargo, en el siguiente
Al paseo de que hablamos,
Son ya las doce.... la una,
Pero Alfonso no ha llegado.
Cuenta Adela los momentos,
Le parece que oye pasos,
La respiracion suspende,
Vuelve la cabeza.... en vano,
No es él: se apura, se aflige,
Mil pensamientos amargos
Se suceden en su mente.
Tal vez se encuentra postrado
Por la enfermedad.... Tal vez
Ha detenido sus pasos
Un asunto de interes;....
Pero no; nunca su amado
Ha preferido otros bienes
A su amor: acaso, acaso
Una muger mas dichosa.....
¡Qué delirio! ¡Ni pensarlo!
Adela tan baja idea
Desecha con desagrado:
Pero Alfonso no parece,
El sol va ya declinando....
¡O buen Dios! ¿le habrá perdido?.....
Sale al balcon, á lo largo
Tiende la vista, cada uno
De aquellos que van pasando
Le parece que es Alfonso;
Su corazon agitado
Casi no cabe en su pecho:
La llama su madre en vano;
Ya voy, dice, y permanece
Por todas partes mirando:
Descubre en fin, á un amigo
De su amante. ¡Algun recado
Le traerá tal vez?.... No hay duda,
Entra en su casa: de un salto

La sala y el corredor
Pasa Adela, y preguntando
Está al amigo de Alfonso.
¡Infelice! de los labios
De aquel oye la noticia
De que está preso su amado:
Pierde su faz los colores,
Tiende los hermosos brazos,
Y faltándole las fuerzas,
Como herida por un rayo,
Cayó: la madre al momento,
Y las hermanas volando
Llegan, la encuentran tendida
En el suelo, y al infausto
Mensagero, cual si fuese
Hecho de insensible mármol.
El les repite de nuevo,
Que su amigo desgraciado
Está en la *cârcel de corte*,
Por el gravísimo cargo
De ser *insurgente*.... ¡Cielos!
La anciana esclamó llorando,
¿Insurgente? —Sí, señora,
Dijo el amigo, y acaso....
Yo me horrorizo al pensarlo!
Ya se le sigue un proceso....
Su funesto resultado....
"No mas, dijo la señora,
¡Me está vd. despedazando!
Vaya vd., vaya al momento,
Dé vd., por Dios, cuantos pasos
Pueda en favor de su amigo,
De ese amigo desgraciado.
¿Necesita vd. dinero?
Yo lo daré: ¿es necesario
Ver al virey, á los jueces?
Pues en el instante vamos.
¡O Santo Dios! hijas mias,

Llevemos luego á su cuarto
A esta infeliz. ¡O qué tiempos!
Todo, todo se ha cambiado.

Largo espacio permanece
Adela en aquel letargo;
Pero, por fin, poco á poco
Va volviendo: abre sus labios,
Y con voz trémula y débil,
De Alfonso el nombre adorado
Repite; los ojos gira
En derredor de su cuarto:
No está pálido su rostro,
Antes un vivo encarnado
Hermosea sus mejillas:
Bate su pulso agitado
Por la fiebre mas ardiente:
Discursos mal concertados,
Palabras vagas, locuras,
Indican el alto grado
De la enfermedad: la ciencia,
Los desvelos, los cuidados;
Todo se ensaya sin fruto;
El cerebro trastornado
De Adela, ve solo sombras;
Y la infelice, mezclando
Las mas contrarias ideas,
En tropel desordenado
Habla de flores y muertes,
De amores y de cadalsos.

Por mil ochocientos trece
Es la época de que hablamos,
Epoca horrible, sangrienta,
Para el triste mexicano:
Cuando el nombre de Venegas,
Repetido con espanto,
Helaba los corazones:

Cuando algunos esforzados,
Arrostrando los peligros,
Independencia gritaron;
Mas no era llegado el dia
Por el Eterno marcado
Para sacudir el yugo
Del español sanguinario.

Venegas sofocar quiso
Aquel incendio sagrado,
Vertiendo sangre á torrentes,
Suplicios multiplicando.
No eran necesarias pruebas
Para mirarse arrastrado
A la prision mas estrecha
El mísero ciudadano;
Bastaban solo sospechas:
Así piensan los tiranos
Afirmar su inicuo trono,
Sin advertir que la mano
Que los golpes multiplica,
Suele fatigarse al cabo,
Y su flaqueza se aumenta
A proporcion del estrago.

En la gran cárcel de corte
Se encuentra un jóven cargado
De fortísimas cadenas,
Y de grillos muy pesados;
Pero en su faz no demuestra
Abatimiento ni espanto:
Es cierto que algunas veces
Por su semblante esforzado
Pasa una ligera sombra
De tristeza, y en sus labios,
De Adela el nombre querido,
Con un suspiro mezclado
Se oye sonar; mas de nuevo,

La serenidad cobrando,
De inmortalidad y gloria,
Brilla en sus ojos un rayo.
Así al claro sol oculta
Algun ligero nublado;
Pero pasa, y reaparece
Con mas pureza brillando:
Así el árbol por el viento
Un instante doblegado,
Vuelve á levantarse airoso,
El huracan despreciando.

Seis dias hace que Alfonso
Sufre su destino amargo,
Sin saber cuál es la suerte
De los objetos amados
De su corazon. Se acerca
Al fortísimo enrejado
De una ventanilla estrecha,
Y sus ojos levantando
Fija en el zafir del cielo.
Cuando el mortal rodeado
Está de gozo y ventura;
Cuando ardoroso su labio,
Entre ilusiones mecido,
Del placer apura el vaso,
Le basta solo la tierra;
Mas cuando la helada mano
Del dolor su pecho rompe;
Cuando la ilusion pasando
Aparecen los tormentos;
Cuando no encuentra descanso
En el mundo, ansioso busca
Otra region, otro estado,
Y sus ojos en el cielo
Fija inundados en llanto.

Era el momento solemne
En que el sol ha terminado

Su carrera: la hora misma
En que Alfonso, acompañado
De Adela, hace siete dias,
En la *Viga* iba soñando
En felicidad, en gloria,
Que en prisiones se han tornado.
Así el viagero divisa
Altas torres y palacios,
En el lejano horizonte,
Que le prometen descanso,
Y en mirarlos divertido,
No ve la sima en que incauto
Se precipita, y perece:
Así ligero surcando
El pajarillo los vientos,
Tocar la copa de un árbol
Cree ya, cuando aguda flecha
Le derriba traspasado.

En el azul de los cielos,
Mas que las otras brillando,
Estaba una estrella bermosa:
Alfonso con entusiasmo
Fija sus ojos en ella;
Como en el luciente faro
El navegante infelice,
Que está con la mar luchando:
Astro hermoso, dice Alfonso,
Astro puro, ¿eres acaso
Tú la funeraria antorcha
Que alumbra mi fin cercano?
¡Pronto tal vez, en mi tumba
Tu blanda luz derramando,
Indicarás á mi Adela
El lugar de mi descanso!
Tal vez la noche siguiente,
Brillarán tus tristes rayos
Sobre su pálido rostro,

Y en las gotas de su llanto
Cambia de pronto de ideas:
De su patria el nombre caro
Viene á su memoria: el fuego
De libertad, que abrasando
Está siempre su alma noble,
Aquel fuego sacrosanto,
Que al amor cedió un momento,
Vuelve á brillar, y doblando
Su entusiasmo, sí; repite,
Alcese pronto el cadalso,
Venga la muerte gloriosa
Que me prepara el tirano.

Así lucha el triste preso,
Entre sentimientos varios,
Hasta que un ligero sueño
Estiende sobre él su manto.

(*Fragmentos*).





EL TORNEO.

PERSONAGES.

ISABEL.
ARABELA.
LEONOR, doncella de Isabel.
EL BARON DE BOHUN.
EL BARON FITZ-EUSTAQUIO.
ALBERTO.
ALFONSO, escudero.
PEDRO.
TIMOTEO.
Caballeros armados.—Criados.

La escena es en el Castillo del Baron Fitz-Eustáquio. Inglaterra. Siglo XI.

ACTO PRIMERO.

LA DESPEDIDA.

Salon gótico ricamente amueblado, con adornos de trofeos militares en las paredes.

ESCENA I.

TIMOTEO, PEDRO.
(*Aparecen limpiando los muebles.*)

Ped.— Grande funcion se prepara;
Pero ¿sabes lo que pienso?
Que á pesar de este aparato
Y preparativos régios,
Creo que tiene la tal boda
Mas bien trazas de un entierro.
Tim.— ¿Un entierro? ¡mentecato!
Con que un baile, y un torneo,

Y un festin, y tantos nobles
Y valientes caballeros,
Que vienen de treinta millas
A la redonda, cubiertos
De brillantes armaduras,
Plumas y galas, y.... Pedro,
Tú no sabes lo que dices.

Ped.— Lo que digo, Timoteo,
Es, que todas esas galas,
Y esas músicas que el viento
Atruenan por todas partes,
Y el convite, y el torneo,
Todo esto de nada sirve
Si la novia....

Tim.— Vaya, necio,
¿Y qué tienes que decir
De Lady Isabel?

Ped.— ¿Qué tengo
Que decir? que es una jóven
Angelical, un portento
De virtud y de hermosura;
Pero que segun entiendo,
Ella tiene tantas ganas
De casarse, como tengo
Yo de morirme.

Tim.— Repito
Que eres un tontazo, Pedro,
Vaya! pues es nada el novio!
El mas rico caballero
De Inglaterra, y el mas noble
Y valiente; nada menos
Que el Baron de Bohún; digo,
El que no hace mucho tiempo
Salvó la vida al monarca,
Cuando lo iba un sarraceno
Allá en Ascalon un dia
A rajar de medio é medio:
Y por lo mismo Ricardo

Le ha concedido por premio,
Que ponga en su escudo de armas,
Aumentando sus trofeos,
Una cabeza de moro
Con sus bigotazos negros,
Que dá gusto.

Ped.— Yo me rio:
¿Puedes pensar, majadero,
Que los bigotes del moro,
Por muy grandes y muy negros
Que sean, hayan podido
Mover á la novia? Creo
Que ni cabezas de moro,
Ni moros de cuerpo entero,
Harán que la señorita
Quiera al tal Baron.

Tim.— Silencio:
Esa es otra cosa: mira,
Hace poquísimo tiempo
Que sirves en el castillo:
Tú no sabes los secretos
De la familia, y yo sí;
Mas no saldrá de mi pecho,
Ni siquiera una palabra
En asuntos de tal peso:
Eso no; soy reservado
Como un poste.

Ped.— Bueno, bueno;
Yo no digo lo contrario;
Pero si eres tan discreto
Y tan honrado, debias,
Por caridad á lo menos,
Ponerme un poco al corriente
De estas cosas: por supuesto
Que no es por curiosidad;
No tengo yo tal defecto;
Pero al fin soy de la casa.

Tim.— Pues sírvate de gobierno,

Que el Baron de Bohún, el novio,
Tiene un endiablado genio:
Es valiente, cierto, y rico,
Y de titulones lleno;
Pero muy vano y altivo,
Regañon.... pero no puedo
Decirte mas.

Ped.— Lo que has dicho
Sirve para que de nuevo
Afirme yo que la boda
No tendrá buen paradero:
¿Cómo nuestra señorita,
Jóven, bella, cuyo génio
Es la bondad misma, puede
Querer á un maldito viejo
Regañon, altivo?.... ¡vaya!
Quemára yo, Timoteo,
Mis papeles, si á esta hora
No palpita ya su pecho
Por algun jóven hermoso
Mas digno de ella.

Tim.— ¡Silencio!
Silencio, lengua maldita,
¿Qué te importa nada de eso?
Aquí se mira y se calla.

Ped.— Bien está; pero no puedo
Dejar de compadecerme
De la señorita; cierto
Que será muy desgraciada
Con el tal Baron, pudiendo
Ser tan feliz con........

Tim.— Pero hombre,
Es imposible; si Alberto
No es mas que un pobre muchacho,
Un espósito; si al menos
Tuviera algun titulillo;
Pero nada; no sabemos
Quiénes han sido sus padres.

En una ocasion, volviendo
De la caza nuestro amo,
Encontró en el duro suelo
Al pobre niño; su llanto
Le enterneció, y al momento
Le trajeron al castillo,
Le dieron por nombre Alberto,
Y está aquí, como quien dice,
Por caridad: si un asiento
En su mesa le da el amo,
Es porque él es un portento
De valor, y porque supo
Ganar con su propio acero
De caballero la Orden,
Que si no, ya estaba fresco:
Si él estuviera atenido
A los pergaminos viejos
De nobleza, te aseguro
Que fuera hoy tan caballero
Como yo.

Ped.— Pues la verdad
¿Quieres que te diga? aprecio
Mucho mas á los que ganan
Por sí mismos sus empleos,
Que no á esos almibarados
Orgullosos, que no han hecho
Cosa alguna de importancia,
Y solo son caballeros
Y se llaman hombres grandes
Porque sus padres lo fueron.
Yo no sé cómo es posible
Que prefieran á ese viejo
Baron, solo porque es noble

Tim.— Y muy rico.

Ped.— ¿Y qué sabemos
De dónde le habrán venido
Sus riquezas? yo me acuerdo
Que hace poco, el tal Baron

Era un segundon hambriento:
Que de repente su hermano
Se encontró en un bosque, muerto
Sin saber cómo: su viuda
Tambien murió á poco tiempo,
Y entró en posesion de todo
Ese Walter: no, yo pienso.....

Tim.— Pedro, Pedro; en los palacios
Se ha de hablar con mucho tiento:
Tú eres novicio, y no sabes
Estas cosas.

Ped.— Pues.....

Tim.— Silencio,
Que alguno viene. ¿No escuchas
Ruido de pasos?

Ped.— El miedo
Que te zumba en los oidos.

Tim.— No, no; viene alguno.

Ped.— Es cierto.

Tim.— ¿Si te habrán oido?

Ped. Mira:
Es el señorito Alberto.
¡Pobrecillo! ¡Cuán mudado,
Cuán pálido y macilento
Está su rostro! ¡qué triste!
Me da lástima: ¡es tan bueno,
Tan afable! no, si acaso
Me hallara yo en su pellejo,
Te aseguro que hoy hacia
Una locura.....

Tim.— Silencio,
Que ya llega.

ESCENA II.

DICHOS, ALBERTO.

Alb.— Amigos mios, (*con un aire muy abatido*).
¿Qué haceis aquí?

Ped.— Sacudiendo
Este salon, porque dicen
Que dentro de poco tiempo
Estará aquí el novio.

Alb.— ¡El novio!

Tim.—Y los otros caballeros,
Que han de asistir á la boda

Alb.— ¡A la boda!

Tim.— Y al torneo:
Ya está todo prevenido
En el gran patio: tendremos
Música, baile.... quién sabe
Cuántas cosas.

Alb.— (¡Yo fallezco!) [*Se deja caer en una silla*].

Tim.—Ya tiene la señorita
Muy adornado su asiento:
Ya la tienda de campaña
Del señor Baron.....

Ped.— ¡Qué necio [*Bajo á Timoteo*].
Eres! ¿no ves lo que sufre?
¿No te acuerdas del proverbio:
En la casa del ahorcado
No mentar la soga?

Tim.— Cierto;
Tienes razon.

Ped.— Pues al punto
Vámonos por allá dentro:
Dejemos al señorito.

Tim.—Oye: en tiempos de festejo,
Nuestro viejo mayordomo
Suele olvidar un momento
De la bodega la llave,
Y el que es vivo.....

Ped.— Ya te entiendo:
Un trago por la mañana
Nunca daña.

Tim.— Pues al hecho:
Vamos.
Ped.— Vamos. ¡Pobrecillo! [*mirando á Alberto*].
¿Ves que triste está?
Tim.— ¡Camueso!
¿Pues qué perder una novia
Es friolera?
Ped.— Por supuesto. [*Se van.*]

ESCENA III.

ALBERTO.

¡Músicas, baile, alegría!
¡En todas partes contento!
¡Todos rien, y el tormento
Despedaza el alma mia!
¡Aciago, funesto dia!
¿Qué me resta? ¡desdichado!
La muerte! desesperado,
Mi ecsistencia maldiciendo,
Iré á buscarla, muriendo
De todos abandonado!

¡La muerte, sí, sí, la muerte!
¡Huérfano infeliz, proscrito!
En tí amar es un delito;
¿Habrá mas horrible suerte?
Isabel, voy á perderte,
Hoy voy á perderte, sí,
Solo porque no nací,
Conde, Duque, ni Baron;
Porque horrible maldicion
Pesa siempre sobre mí!

¿A quién he debido el ser?
Por el delito engendrado

Fuí tal vez, y abandonado
A llorar, á padecer:
Tal vez la triste muger
A quien la vida debí,
Quiso arrojarme de sí
Como objeto vergonzoso,
Y entregarme al que piadoso
Se condoliera de mí.

¿Y qué, puede sin temblar,
Sin fallecer de dolor,
Al objeto de su amor
Una madre abandonar?
¿Tu pecho despedazar
No sentiste, madre mia,
Cuando en orfandad impía
Me dejaste? ¡Desdichado!
¡Tal vez murió, y me ha llamado
En su fatal agonía!

¡Ay, acaso al darme el ser
Perdió la infeliz la vida,
O de miseria oprimida,
Está pronta á fallecer;
¡Oh si pudiera romper
Este velo misterioso!
¡Permíteme, Dios piadoso,
Que la vea un solo instante,
Aunque de su seno amante
Pase al sepulcro espantoso!

Pero si no habita ya
Este valle de dolor;
Si en otro mundo mejor,
De Dios ante el trono está,
Por su hijo rogará,
Porque se cambie mi suerte,
Porque antes, antes de verte,

Isabel, en otros brazos,
De mi ecsistencia los lazos
Rompa piadosa la muerte!

Amada Isabel, en tí
Mi única dicha encontré;
Mis pesares olvidé
Desde el punto en que te ví;
Pero ya, ¡triste de mí!
Ya no es mia tu beldad;
La mano de la verdad
De la ilusion rompe el velo,
Vuelve á condenarme el cielo
A miseria y orfandad.

¡Es ya forzoso partir: [*Yéndose.*]
Adios, castillo dichoso,
Donde un tiempo venturoso
Pensaba siempre vivir!
¡Oh, si á sus ojos morir
A lo menos yo lograra!
Si á sus plantas espirara,
Feliz al morir seria,
Y la humilde tumba mia
Ella con llanto regara!

Pero no; ni este favor
Quiere concederme el cielo;
Morir debo en otro suelo
Consumido de dolor;
El objeto de mi amor
No me verá moribundo;
En abandono profundo,
Moriré sin un testigo;
Ni un pariente, ni un amigo
Dejaré al salir del mundo!

¡Adios, objeto adorado,
Que amé, que amo todavía,

Que siempre en el alma mia
Está con fuego grabado!
¡Adios, dueño idolatrado!
¡Adios! mas.... ¿no es ella? sí,
Es Isabel: ya está aquí;
Huyamos, ¡ay! es forzoso....
No puedo! ¡el cielo piadoso
Tenga compasion de mí!
[*Se deja caer en una silla en el mayor abatimiento*].

ESCENA IV.

ISABEL, ALBERTO.

Isa.— ¡Alberto!
Alb.— ¡Isabel!
Isa.— ¡Yo muero!
Alb.— ¿Con que es cierto, en fin, que vos
Hoy mismo.......
Isa.— ¡Caya, por Dios!
¿Tambien tú el feroz acero,
Que mis entrañas devora,
Quieres empujar, cruel?
Alb.— ¡Ay, tambien mi pecho él
Está rompiendo, señora!
Isa.— ¡Señora! ¿esto mas?
Alb.— He aquí
El nombre que os debo dar.
Isa.— ¿Con que es fuerza renunciar
Aun á la esperanza?
Alb.— Sí:
Ya no miro en vos aquella
Que mis delicias hacia;
Hoy es el último dia
Que veré esa frente bella:

Hoy mismo Isabel será

À las aras conducida,
Y hoy mismo mi despedida
Este asilo escuchará.

No verán mis ojos, no,
De mi rival el contento,
Ni escucharé el juramento
Que la violencia dictó;

Furioso, desesperado,
Sin asilo, sin consuelo,
Vagaré en estraño suelo,
De mis penas agobiado:

Sobre mi caballo fiel,
Compañero de mi gloria,
Llena siempre mi memoria
Con la imágen de Isabel,

La muerte voy á buscar.
Isa. · ¡Y yo aquí la encontraré!
Alb.— Tu nombre repetiré
Al momento de espirar.
¡Oh mi bien el mas querido!
¡Mi delicia, mi tesoro!
La fuerza con que te adoro
Nunca cual hoy he sentido!
¡Tú ves el constante ardor
Que devora el alma mia;
Mas no sabes todavía
El esceso de mi amor!
Isa.— ¡Alberto!
Alb.— Llega, Isabel,
Llega esa mano adorada
Al pecho en que estás grabada
Por un eterno cincel:
¿No sientes este latir,
Este furioso volcan?

¡Ay, de aquí te arrancarán
Cuando deje de ecsistir!
Ese orgulloso Baron
Obtendrá tu helada mano;
Pero nunca el inhumano
Poseerá tu corazon;
Ese corazon es mio,
Lo juraste ante el Eterno,
Y al mundo y al mismo infierno,
Por gozarlo desafio.
Recuerda, cara beldad,
Aquella noche preciosa,
En que tu boca de rosa
Colmó mi felicidad:
Cuando trémula, turbada,
Llena de pudor divino,
Te amo, dijiste.... ¡oh destino
Infeliz!
Isa.— ¡Desventurada!
¡Y podré sobrevivir
A este momento terrible?
¡Alberto, no, no es posible:
Los dos debemos morir:
Sí, mi bien, la tumba mia,
será ese lecho nupcial!
Alb.— ¡Ah! calla, Isabel, ¡qué mal
Me hace esa palabra impía!
¡Lecho nupcial! no: ¡primero
Mi cadáver han de hollar;
Venga el Baron á buscar
Tu mano con el acero:
Véamos si tan fuerte es,
Como altivo y orgulloso!
¡Pronto ese rival odioso
Quedará muerto á tus piés!
¡Pronto verás al traidor
En sangre impura bañado,
Su pecho despedazado

Por mi acero vengador,
Y el sol que debe alumbrar
Su victoria, su ventura,
Una escena de amargura
Vendrá solo á presenciar!
¡No brillará sobre flores
Su rayo resplandeciente;
Sobre sangre solamente,
Sangre, venganza y furores!
¡En vez de cantos de amor,
De muerte se oirá el gemido!
¡Será en luto convertido
Ese soberbio esplendor!
Tiemble, tiemble ese Baron!

Isa.— ¿Y mi padre?

Alb.— ¡Oh Dios!

Isa. ¡Sabrá
Nuestro amor, y en mí caerá
Su terrible maldicion!

Alb.— ¡Ah! qué nombre has pronunciado!
Tu padre, el hombre que un dia
Salvó la ecsistencia mia,
¿Será por mí desgraciado?
¡Y en cambio de su bondad
Y su paternal amor,
Yo llenaré de dolor
Su cansada ancianidad?
¡No, jamas; sabré sufrir
El sacrificio cruel:
Yo te lo juro, Isabel,
Sabré callar y morir!

Isa.— ¡Morir!.....

Alb.— Morir: ¿presumes que pudiera
Vivir sin tí? jamas: tú mi esperanza,
Tú mi consuelo, mi ventura fuiste:
Tú, tú sola pudiste
Adormecerme en dulces ilusiones,
Regar de flores el camino incierto,

Que el destino fatal me señalaba;
Isabel, ya conozco que soñaba;
Y que á la realidad por fin despierto!
¡Una mano de hierro me sacude,
Y á un abismo sin término me lanza:
Vuela desecha en humo mi esperanza!
¡Cómo olvidarme de mi orígen pude!
¡Cómo pensar que un huérfano infelice,
Sin nombre, sin riqueza,
Su destino infeliz unir podia
A la hija de un Baron! ¡desventurado!
¡Ya la suerte castiga mi osadía!

Isa.— Alberto, cesa por piedad: ¿acaso
Necesita blasones
Un hombre como tú? ¿Cuál es mas bello
Que la virtud sagrada que atesoras?
Tu generosidad, tu noble brio,
Mi corazon sencillo arrebataron,
Y mis labios, Alberto, te juraron,
Unir por siempre tu destino al mio.

Alb.— ¡Inútil juramento! ¡Tú olvidabas
Que yo era un miserable, sin fortuna,
De compasion y de miseria objeto:
Olvidaste, Isabel, en tu delirio,
Que de un noble la hija, es una esclava,
Que de su mano disponer no puede,
Ni de su corazon!

Isa.— ¡Verdad terrible!
¡Espantosa verdad! mas al mirarte
¿En otra cosa, Alberto, pensaria,
Que en amarte sin fin? cuando tus sienes
La victoria en el campo coronaba,
Mios tus triunfos y tus glorias eran!
La voz de la esperanza me decia,
Que mi mano tal vez la recompensa
De tu valor y tu virtud seria:
¡Inútil esperar! sin consultarme
Mi padre fija mi infelice suerte,

¡Qué puedo hacer, sino esperar la muerte!
Mil veces he querido
Descubrir nuestro amor ante sus plantas;
Mas me hiela el pensar que acaso airado,
En tí descargue su furor terrible,
Y sin amigos, sin recurso alguno,
De la miseria víctima serias!
¡Alberto, Alberto; tempestad horrible
Sobre nosotros despiadada truena,
Sin poderla evitar! ¡ay! ¿Qué se han hecho
Aquellos dulces venturosos dias
De nuestra infancia? ¡Oh Dios, eran un sueño,
Que ya se disipó!

Alb.— ¡Sí, sí, no hay duda:
A veces se suspenden mis dolores
Con el recuerdo de tan bellos dias!
¿Te acuerdas, Isabel, de aquella noche
En que brillaba espléndida la luna?
Asentados los dos en la ventana
Que dá hacia el bosque, y contemplando mudos
Del firmamento la estension inmensa,
Y á la naturaleza silenciosa,
Una vaga tristeza me oprimia:
Me contemplaba solo, abandonado
Desde que vine al mundo, en mis oidos
No habian sonado los sagrados nombres
De *hijo* ó *hermano;* nunca mi cabeza
Reposó sobre el seno de una madre.
¡Nunca, Isabel! ¡Tan tristes pensamientos
Mi corazon marchito consumian,
La noche aquella, que olvidar no puedo,
Que no quiero olvidar! tú penetraste
Mis tormentos atroces, tú volviste
A mí tus ojos de ternura llenos,
¡Y una mirada, una mirada sola
Calmó la fiebre que en mi pecho ardia!
"¿Por qué lloras, Alberto, me dijiste,
No soy tu hermana yo, mi padre el tuyo?"

¡Tambien llorabas! En aquel instante
Un Dios me pareciste, un Dios clemente,
Que á la vida de nuevo me volvia:
Mi único anhelo fué desde aquel dia,
De laurel puro coronar mi frente:
Blandió mi mano la pesada lanza,
Por mi valor ansiando merecerte,
Volé á la gloria, desafié á la muerte,
Y coronó el destino mi esperanza:
Al lado de Ricardo, en Palestina,
Yo el primero al peligro me arrojaba,
Y enmedio de las lides me animaba
Tu imágen pura, celestial, divina!
¡Oh cuántas veces, cuántas, esta mano
Rompió los musulmanes escuadrones,
Y sobre sus vencidos torreones
Alcé las cruces del pendon cristiano!
A mis hazañas, á mi fuerte acero,
Que no brilló sin gloria vez alguna,
Premió Ricardo, y tuve la fortuna
De verme al fin armado caballero.
Rico de gloria, ardiendo en amor puro,
Volé á tu lado, y de tu labio hermoso
Una sonrisa todos mis afanes
Coronó dulcemente; no envidiaba
La régia pompa y esplendor del trono;
Tú sola fuiste de mi afan el centro:
Adorarte, servirte, ser tu esclavo,
Fué mi gloria, Isabel: si la tristeza
De mi alma alguna vez se apoderaba,
Tu mirar la tornaba en alegría:
Tu voz en mis oidos resonaba
Como el acento de una madre tierna,
Cual de una hermana el cariñoso alhago,
Como el concierto melodioso y puro,
Que ante el trono de Dios el ángel canta.
Isabel, Isabel, ¡cuántas delicias,
En solo un dia me arrebata el cielo!

Acércate: [*Llevándola á una ventana*].
Contempla esas montañas
Que el sol apenas á dorar empieza:
El no se ocultará tras esas rocas
Antes de que se cumpla tu himeneo.

Isa.— ¡Calla, calla por Dios! ¿por qué recuerdas
El momento fatal de mi suplicio?

Alb.— ¡Mañana se habrá alzado una barrera
Eterna entre los dos!

Isa.— ¡Alberto, calla!

Alb.— Mañana, errante, solitario, triste,
Sin porvenir, sin esperanza alguna,
La muerte iré á buscar; y tú entretanto,
De oro y púrpura un lecho ocupar debes!

Isa.— ¿No tienes compasion de mis pesares?
¿Te complaces, cruel, en mis tormentos?

Alb.— Perdóname, Isabel: mi pecho triste
Hiel rebosando está, y el labio mio
Ultraja tu dolor. Adios, amada;
Preciso es ya partir.

Isa.— ¿Te vas?

Alb.— ¡Es fuerza!

Isa.— ¿Y adónde?

Alb.— No lo sé: ¡por todas partes
Irá cual sombra mi dolor conmigo!

Isa.— Detente todavía.

Alb. ¿A qué? ¿Pretendes
Que te mire llegar hasta las aras?
¡Jamas, jamas! si respeté hasta hora
A mi padre adoptivo; si he ocultado
A sus ojos mi amor, ha sido solo
Por un esfuerzo doloroso, grande,
Que concebir no puedes; pero al verte
Tender tu mano á mi rival odioso,
Pronunciar el sagrado juramento,
¿Piensas que pueda reportar mi fúria?
¿Piensas que mi puñal, mil y mil veces,
El corazon del pérfido no rompa?

¡Isabel, Isabel! hoy á lo menos
Solo nosotros infelices somos;
Pero tu padre no: tal vez un dia
El sabrá mi dolor, sabrá cuán caros
Pago sus beneficios.

Isa.— El se acerca:
¡Cómo ocultar mi bárbaro tormento,
Ni detener mi llanto? ¡Cuánto sufro!
¡Sostenme tú, Dios mio!

ESCENA V.

DICHOS, EL BARON FITZ–EUSTAQUIO.

Fitz.— Hija querida:
El momento feliz es ya llegado
De ver asegurada tu ventura:
El Baron de Bohún, tu noble esposo,
Seguido de valientes caballeros,
Pronto vendrá á jurar entre tus brazos
Eterno amor: el patio del castillo
Engalanado está para el torneo;
¿Pero qué miro? tu semblante hermoso,
Triste y pálido está? ¿por qué no cubren
Tu hermoso cuerpo las nupciales galas?
¿Temes este momento?

Isa.— ¡Oh padre mio!
¡Al contemplar que voy á separarme
Para siempre de vos!.....

Fitz.— Ven á mi pecho;
Ven, mi dulce consuelo, mi esperanza;
De mi vejez cansada, único apoyo:
Serena tu semblante, hija querida,
Pronto serás dichosa.

Isa.— ¡Oh padre, padre....

Fitz.—Oyó mis votos el piadoso cielo:
Reflecsiona, Isabel, cuánta ventura,
Cuánto brillo derrama este himeneo

Sobre nosotros! á los altos timbres
De tus abuelos se unirán ahora
Los de un noble Baron, de un gran guerrero
Por el mismo Ricardo distinguido;
Alberto, ¿no es verdad?

Alb.— Sí, padre amado:
Decis muy bien, señor. (Infierno, infierno,
¿Por qué no me sepultas?)—[*A Isabel*] Este enlace
Te llena de esplendor, hermana mia;
Anímate, Isabel.

Fitz.— Hoy me parece
Que son menos mis años; la ventura
Anima el corazon de los ancianos;
Envidia tengo á tu futuro esposo;
Envidia á los valientes caballeros,
Que en el torneo lucirán ahora
Sus soberbios caballos y armaduras.
Hubo un tiempo tambien en que mi brazo
Lanzas rompió en honor de la belleza:
Cuando tu buena madre, en dulce nudo
Se unió á mi suerte; en ese patio mismo,
En que hoy tu nombre sonará glorioso,
Yo el de tu madre con valor sostuve:
Ella mira sin duda desde el cielo
Tu ventura, hija mia: pronto en torno
Circulará la copa en honor tuyo
En el festin magnífico: las bóvedas
De este castillo, mudas tanto tiempo,
Hoy van á resonar.... [*Suena un clarin*].
¿Habeis oido?
Sin duda llegan ya los caballeros:
A encontrarlos volemos, hijo mio:
Y tú, cara Isabel, ve á prepararte:
Cubre de hermosas flores tu cabeza:
Ostenta tu hermosura: que tu esposo
Te encuentre digna de su ilustre mano,
Pura y brillante. Vamos.

Alb.— Sí, ya os sigo.

ESCENA VI.

ALBERTO, ISABEL.

Alb.— ¡El momento tan temido
Ha llegado ya, Isabel!
Ya se acerca vuestro esposo.
Isa.— ¡A sus ojos moriré!
Alb.— No; seguid, seguid, señora,
El camino que al nacer
Os señaló la fortuna;
Haced feliz la vejez
De vuestro padre, del mio,
Sí, mi padre tambien es;
Si no lo fuera.... ¡Infelice!
¡Qué posicion tan cruel!
Cuando el pecho se me abrasa
¿Debo callar? ¡Oh deber!
Tengo una espada y un brazo,
Tengo de venganza sed,
Tengo el infierno en el alma,
¿Y vengarme no podré?
¡Virtud fatal! Fitz-Eustaquio,
Bienhechor mio, ¿por qué,
Porqué salvaste mi vida?
¿Por qué al punto de nacer
No ecshalé el postrer suspiro?
¡Desgraciado!
Isa.— Yo no sé
Lo que se pasa en mi alma:
Yo me siento fallecer:
Arde mi frente, mis ojos
Todos los objetos ven
Tintos en sangre: ¡un abismo
Abrirse miro á mis piés!
Y nadie tiende la mano

Para salvarme de él:
¡Tú te vas, tú me abandonas!

Alb.— ¡Infeliz, qué puedo hacer!
¿Armar mi brazo, y en sangre
Teñir el sitio que fué
De mi desgracia el asilo?
¿Hacer que caiga, Isabel,
La maldicion de tu padre
Sobre tí? ¡Jamas! seré
Desgraciado; pero digno
De tu amor.

Isa.— ¡Suerte cruel!
¿Con que no queda esperanza?

Alb.— Ninguna: ¡adios, Isabel!
Tu padre me espera.

Isa.— ¿Y nunca
Nos volverémos á ver?

Alb.— Es forzoso todavía,
Porque salir no podré
Sin ser visto; pero al punto
Que divertidos estén
En el torneo, yo parto,
Y en mi ligero corcel
Me alejo desesperado
De mi vida, de mi bien.

ESCENA VII.

DICHOS, TIMOTEO.

Tim.—Señor, el Baron mi amo,
En el átrio del castillo
Os espera: ya se acercan
Los caballeros.

Alb.— Amigo,
Voy al instante. [*Se va Timoteo: se oye dentro una música marcial, que indica la llegada de los caballeros*].

Señora,
Escuchad; ese sonido
Anuncia ya la llegada
De vuestro esposo:

Isa.— ¡Dios mio!
¿Y no muero?
[*Cae en el mayor abatimiento en una silla*].

Alb.— Cada acento
De esa música un cuchillo
Es que el alma me traspasa!
Tus horrores, negro abismo,
No pueden ser mas atroces
Que este momento.

Isa.— [*levantándose*]. ¡O martirio,
Peor que la muerte! Alberto,
Un espantoso destino
Me conducirá bien pronto
Al horrible sacrificio:
Mi boda y mis funerales
Se unirán. Adios, amigo
De mi infancia, hermano, amante,
Único á quien he querido,
¡Adios! no olvides el nombre
De esta infeliz.

Alb. ¡No, bien mio,
Ese nombre idolatrado
Será mi postrer suspiro!



ACTO SEGUNDO.

EL RETO.

La decoracion del primer acto.

ESCENA I.

ISABEL [*sentada tristemente con rico trage de boda, y flores en la cabeza*].—LEONOR [*componiéndole una flor*].

Leo.— Dejadme, señora mia,
Que os prenda bien esta rosa:
En verdad estais hermosa;
Hasta la melancolía
Os sienta bien.

Isa.— ¡Ay Leonor!
Si mostrara mi semblante
Lo que sufro en este instante,
Lo amargo de mi dolor!
Pero no; tú conocer
No puedes la pena mia;
Es una larga agonía
Que no es fácil comprender!
Anoche pensé morir,
¡Oh qué noche! hora por hora
Conté, esperando á la aurora,
Sin descansar, sin dormir.
¡O qué penoso es el lecho
Para el que padece tanto!
Ni llorar pude, ¡ay! el llanto

Me hubiera aliviado el pecho:
Al fin, vi llegar el dia,
Pero la esperanza no;
¡Huyó para siempre, huyó!
¿Y aun respiro, Leonor mia?
Leo.— Serenad vuestro semblante,
Considerad que es forzoso
Recibir á vuestro esposo,
Que no tardará un instante.
Tal vez el tiempo podrá
Aliviar vuestro dolor.
Isa.— Tú nunca amaste, Leonor; [*Con enojo*].
Déjame, déjame ya.
Leo.— ¿Os ofendí? sabe el cielo
Que os amo, señora mia:
Perdonadme; yo queria
Procuraros el consuelo:
De nuevo os pido perdon.
Isa.— Es verdad, no me ofendiste;
Tú penetrar no pudiste
Lo que sufre el corazon;
Uno solo conocia
Lo mas secreto de él:
¡Ay! el alma de Isabel
Solo Alberto comprendia.
Aun está aquí: ¿no es verdad?
Que no se vaya, por Dios;
Juntos podremos los dos
Arrostrar la tempestad;
Mas, ¿qué digo? ¡desdichada!
El debe, debe huir,
Y yo mi suerte sufrir,
Y morir desesperada:
Venga, venga ese Baron
Que debe ser mi tirano,
Aquí está mi yerta mano;
Pero no mi corazon:
Yo se lo diré, sabrá

Lo que ha de esperar de mí,
Y que Alberto siempre aquí [*Señalando su corazon*].
Mientras yo viva estará.

Leo.— ¡Se lo direis?

Isa.— Sí, Leonor,
Todo lo sabrá, y despues,
Morir me verá á sus piés,
Ahogada por el dolor!
Tal vez el cielo piadoso
Su corazon moverá;
Tal vez él prescindirá
De esta boda generoso.

Leo.— Desechad esa ilusion;
Esperar, señora, es vano;
De ese hombre el pecho inhumano
No abriga la compasion.

Isa.— ¿Y tan bárbaro seria,
Que mirándome bañada
En llanto, desesperada
En espantosa agonía,
Jurándole que á morir
Me conduce este himeneo,
Insistiera? No lo creo;
No puede un ser ecsistir
Tan odioso.

Leo.— A Dios pluguiera
Que no fuera así, señora;
Pero vais á verlo ahora.

Isa.— Déjame, Leonor, siquiera
La esperanza; tú tambien
Te conjuras en mi daño!
Mi esperar será un engaño;
Pero este engaño es un bien.

Leo.— Es un bien que poco dura.

Isa.— Es un instante de calma,
Que hace revivir el alma,
Sumergida en amargura:
Y..... quién sabe? acaso el cielo

Con un rayo me ilumina:
Tal vez la bondad divina
Se apiada ya de mi duelo:
De la horrible desventura
El último punto, acaso
Es, Leonor, el primer paso
A la paz, á la ventura.

Leo.— ¿Y aunque el Baron apiadado
De vuestro llanto, señora,
Quiera desistir ahora
De ese empeño desgraciado,
Vuestro padre prescindir
Querrá tambien cuando ya
Todo prevenido está?

Isa.— Preciso será mentir:
Fingiré una enfermedad
Que retarde el himeneo,
Y el tiempo despues.....

Leo.— Yo creo
Que la triste realidad
Disipará esa ilusion:
Que prescinda de su empeño
El Baron, señora, es sueño,
Me lo dice el corazon.

Isa.— Eres, Leonor, muy cruel!
Despedazándome estás!
Si este es un sueño no mas,
No me despiertes de él.

ESCENA II.

DICHOS, PEDRO.

Ped.— [*Anunciando*]. El señor Baron.

Isa.— ¡Dios mio!
Llegó, Leonor, el momento
Decisivo. [*A pedro*] Haced que pase. [*Se va Pedro*].

Retírate tú. [*A Leonor*].

Leo.— Los cielos...
Os acompañen, señora,
Y ablanden el duro pecho
De ese hombre. [*Se vá*].

Isa.— ¡Toda mi sangre
Helada en las venas siento;
Ya las fuerzas me abandonan!
Ausíliame, Sér Supremo:
Mi ruego escucha. Oigo pasos....
Es él.... es él! ¡Cómo tiemblo!.

ESCENA III.

ISABEL, DE BOHUN.

[*Con rico trage de guerrero*].

Boh.— Ese criado acaba ahora
De decirme que quereis
Hablar conmigo, señora:
A este mortal que os adora,
Aquí rendido teneis.

Isa.— Sentaos. [*Se sientan*].

Boh.— Al fin os veo
A solas ¡feliz instante!
¡Apenas mi dicha creo!
Hablad, que vuestro deseo
Ley será para un amante.
En vuestra frente divina
Mirando estoy la tristeza:
Hablad, jóven peregrina,
Quizá el cielo me destina
A consolar la belleza.
Tal vez informada estais
De que soy altivo, fiero;
Tal vez de mi amor dudais,

O al ver mi rostro pensais
Que es mi corazon de acero.
No, Isabel; desde que ví
Vuestro rostro encantador,
Mi voluntad os rendí,
Y grabada estais aquí [*Señalando su pecho*].
Por la mano del amor.
Cierto es que nunca os hablé
De este amor, Isabel mia:
Solo á vuestro padre fué,
A quien la llama mostré,
Que el alma me consumia.
El Baron me aseguró
Que vos me amábais, señora;
Decidme si se engañó:
En vuestro labio halle yo
Mi vida ó mi muerte ahora.
Pero antes de pronunciar
El fallo, bella Isabel,
Dignaos considerar
Lo que me puede costar,
Si por desgracia es cruel.

Isa.— Señor....
Boh.— Seguid; ¡qué dulzura
Tiene, Isabel, vuestro acento!
Descubridme esa alma pura.
Isa.— Vereis en ella amargura!
Boh.— ¿Quién causa vuestro tormento?
Isa.— Mi boda:
Boh.— ¡Cómo!
Isa.— Señor,
Miradme. [*Queriendo echarse á los piês del Baron, que la contiene*].
Boh.— ¿Qué vais á hacer?
Isa.— ¡Compadeced mi dolor!
Os respeto; pero amor
Jamas os puedo tener!
Boh.— ¡Jamas! ¿Pues por qué razon [*Con enojo*].
A vuestro padre, señora,

No lo dijisteis?

Isa.— ¡Perdon!

Tened, señor, compasion
De una muger que os implora!
Noble sois y caballero, [*Se arroja á sus piés*].
Mi suerte está en vuestra mano!
No teneis alma de acero!

Boh.— Una esplicacion espero: [*Levantándola*].
Hablad, no soy un tirano.
(¡Qué sospecha.... si otro amor!....
No, no puede ser verdad:
Reprimiré mi furor).
Deponed todo temor, [*Con dulzura*].
Habladme con claridad.
Si nace vuestro desvio
De que no me habeis tratado,
Decídmelo, el pecho mio
Conocereis, y confio
En que de vos seré amado.
Esa palabra, *jamas*,
Es espantosa, es cruel!
Ha sido efecto quizás
De la turbacion no mas;
¿No es cierto, amada Isabel?
Jamas! ¡ah' por compasion
Esa espresion reformad;
No hiciera mas impresion
En mí la reprobacion
Que oyera en la eternidad.

Isa.— Sí, fué demasiado dura,
Lo conozco, ¡qué quereis!
El esceso de amargura....

Boh.— Basta, angélica criatura,
Basta ya; no os disculpeis.
¿Temblais acaso de ser
Esclava en mi compañía?
¡Qué error! ¿lo podeis creer?
Vuestro amor, bella muger,

Será mi norte, mi guia:
¡Mi esclava! no; mi señora,
Mi reina sereis; mandad,
Mandad, jóven seductora:
Vuestra voz encantadora
Es la voz de una deidad.
Altivo he sido ¿por qué
Lo he de negar? hasta aquí,
Este mi carácter fué;
En adelante seré
Lo que vos hagais de mí.
Mis títulos, mi grandeza,
A vuestros piés están ya,
Y servirá mi riqueza
De engalanar la belleza,
Que el orbe me envidiará.
Mármol y oro cincelado
Formarán vuestra mansion,
Diamantes vuestro tocado,
Y vuestro altar consagrado,
Mi sumiso corazon:
Vuestra suerte envidiarán
Las esposas de los reyes:
Mil esclavos temblarán
A vuestra voz, y tendrán
Vuestros caprichos por leyes:
Inciensos y adoraciones
Os rodearán noche y dia:
Pendientes mil corazones
Estarán de las acciones
De la hermosa reina mia:
¡Y yo á sus plantas postrado,
En su mirar embebido,
De sus glorias embriagado
Con su ventura pagado,
Lo demas daré al olvido!
¡Un trono, un mundo valdria
De mi ecsistencia un instante!

Feliz cual nadie seria,
Y mi vida pasaria
Como un ensueño brillante! [*Pausa*].
Pero ¿no me respondeis?
¿Nada os merece mi amor?
¿Ni ver mi rostro quereis?
¡Ah! temblais? ¿No me dareis
Una respuesta?

Isa.— Señor....

Boh.— Seguid.

Isa.— El cielo es testigo
De que agradece mi pecho
La bondad que usais conmigo;
Mas....

Boh.— Proseguid.

Isa.— Si prosigo,
Va á estallar vuestro despecho;
Pero debo con franqueza
Descubriros la verdad.
Los títulos, la riqueza,
Esa gloria, esa grandeza,
No harán mi felicidad.
¿Qué importa que mármol y oro
Formen mi augusta mansion?
Si allí me acompaña el lloro,
Me falta el mayor tesoro,
Que es la paz del corazon.
El corazon que está herido,
Bajo de un manto real,
O de un humilde vestido,
Siempre estará dolorido,
Siempre sufrirá su mal.
¿Qué me importa, ¡cielo santo!
Ocupar un alto asiento,
Si no es menor mi quebranto?
¿Qué importa verter mi llanto
Sobre rico pavimento?
De vasallos numerosos,

Decis, seré respetada:
Me obedecerán gozosos;
Ellos serán venturosos,
Pero yo desventurada:
En su corazon sencillo
Amor me alzará un altar;
Pero ni este amor, ni el brillo,
Arrancarán el cuchillo
Con que me siento clavar.
¡Oh! nada le importa, nada,
El fausto, noble Baron,
A una triste aprisionada!
Será su prision dorada;
Pero es siempre una prision!

Boh.— Mas no sabré....

Isa.— Perdonad!
Tal vez os habrá ofendido
Mi mucha sinceridad;
Pero os dije la verdad,
Porque así lo habeis querido.
Hora yo quiero alcanzar
De vos un favor.

Boh.— ¿Cuál es?

Isa.— Que os digneis renunciar
A este enlace, ó espirar [*De rodillas*].
Me vereis á vuestros piés.

Boh.— Me es muy duro; pero alzad: [*La levanta*].
Yo quiero ecsigir de vos
Otra cosa.

Isa.— Qué? mandad.

Boh.— Que me digais la verdad,
Como la diriais á Dios.

Isa.— Os lo prometo.

Boh.— ¿Teneis
Acaso alguna pasion?
Amais á otro?.... enmudeceis?
Isabel, ¿no respondeis?

Isa.— ¡Ah, sí amo!

Boh.— (¡Maldicion!)
Soy infeliz: ¡pronto en mal
Mi bien convertido ví!
¡Oh qué momento fatal!
Mas decidme ¿mi rival? [*Con dulzura*].
Isa.— Miradle.
Boh.— ¿Es Alberto?
Isa. Sí.

ESCENA IV.

DICHOS, ALBERTO.

[*Entra y se sorprende al ver al Baron*].

Alb.— Isabel.... perdonad, yo imaginaba....
Boh.— Que estaba sola, ¿no es verdad, Alberto?
No os embarace la presencia mia;
¿No sabeis que yo soy amigo vuestro?
Sí, vuestro amigo, ¿lo dudais? ahora
Hablábamos de vos: el labio bello
De vuestra hermana, vuestra *cara hermana*,
De revelarme acaba su secreto;
Pero ¡con qué candor! ¡con qué ternura!
Una virtud tan pura, bajo el cielo
No es fácil encontrar: yo os felicito
De haber ganado un corazon tan bello.
Alb.— Señora....
Isa.— Sí, mis lágrimas amargas
Han conmovido el generoso pecho,
Del ilustre Baron: me ha prometido
Suspender por ahora este himeneo:
¿No es cierto? el corazon me lo decia:
Tan valiente y cumplido caballero,
Abrigar no pudiera una alma baja,
Indigna de su nombre.
Alb.— ¿Es este un sueño?

Isa.— Arrojate á sus plantas, caro amigo,
Arrójate á las plantas del mas bueno,
Del mas digno mortal: ¡ah! que su vida
Haga larga y feliz el Sér Supremo.
¿Pero estás en estátua convertido?
¿Lo dudas todavía?
Alb.— Isabel.... temo....
Boh.— Que yo no sea capaz de un sacrificio
De tanta magnitud? Vano recelo:
Nada mas justo, vuestra *cara hermana*
Os ama, y á mí no; ¿por qué un objeto
Sacrificar, tan cándido, tan puro?
Si vuestra *cara hermana* hubiera puesto
Su amor en un sugeto menos digno;
Pero en vos, jóven, vos en cuyo pecho
Se abriga una virtud acrisolada!
Vuestro padre adoptivo, ese buen viejo,
Que la vida os salvó, ¡de cuánto gozo
Se llenará al saber ese respeto
Que á sus canas teneis! ¡Oh no es posible,
Que quede oculto tan sublime esfuerzo!
¡Sacrificio inaudito, inconcebible!
Vivir al lado de ella tanto tiempo
¡Sin manchar su virtud! ¡Oh! yo lo juro,
Al Baron lo diré, tendreis el prémio
A que sois acreedores, hijos mios:
No lo dudeis.
Isa.— (!Qué escucho!)
Alb.— Ya entreveo
La infernal ironía que respiran,
Orgulloso Baron, vuestros acentos.
¿Qué has hecho, desgraciada? ¿y tú pudiste
Pensar jamas que su insensible pecho
Fuera capaz de rasgo tan sublime?
Isa.— ¡Infeliz!
Boh.— Me injuriais sin merecerlo:
Vuestra *querida hermana*....
Alb.— ¡Basta, basta!

No mas nos insulteis. Un caballero
Usa un lenguage franco; sus acciones
Deben llevar de la nobleza el sello;
Pero vos....

Boh.— ¡Y pensábais, bella jóven,
Que el Baron de Bohún, puede sereno
Un desden escuchar? ¡que renunciara
Con tal facilidad al bien supremo
De ser esposo vuestro? Al alma mia,
Está quemando un espantoso fuego,
Que escita mas y mas vuestro desvío,
Que no puede apagar el mismo cielo.
¡Un rival! un rival! no lo esperaba!
Un huérfano, un espósito!.... ya veo
Qué bien cumplis vuestro deber sagrado:
Un noble anciano de ternura lleno,
Salva vuestra ecsistencia miserable,
Cuida de vuestra infancia, os dá un asiento
En su mesa, os prodiga las bondades
Que al hijo mas querido un padre tierno;
Y vos para pagar sus beneficios,
Cediendo á un loco criminal afecto,
Seducis á una hija hermosa, pura,
Que de su ancianidad era el consuelo.

Alb.— ¡Cállate, miserable! ¿y tú me acusas
De seductor? ¿lo oís? y sufrir puedo
Su presencia? ¡malvado! ¿y tú, tú hablas
De virtud? ¡la virtud! No conocieron
Lo que quiere decir esta palabra
Los monstruos como tú! ¡Poder del cielo!
Yo seductor! yo seductor! ¡Infame!

Boh.— Ved, Isabel hermosa, qué violento
Es vuestro *caro hermano:* una palabra
Lo llena de furor.

Alb.— Te ha descubierto
Isabel un secreto, que debia
Para siempre ocultar un triste velo;
Pero lo sabes ya: sí, yo la amaba,

Yo la amo, la amaré; jamas el tiempo,
Ni el poder ni la muerte han de arrancarla
De este fiel corazon, donde con fuego
Grabada está su celestial imágen:
Desde la infancia, desde aquel momento
Que brilló la razon en nuestras almas,
Tal vez desde antes, nuestros labios tiernos,
Que apenas balbutian las palabras,
Pronunciaron de amor el juramento:
Nos amaremos, sí, por mas que airado
Hoy el destino irresistible y fiero
Nos separe; por mas que tú procures
De Isabel atajar el llanto acerbo,
Y con oro cubrir quieras el yugo,
Bajo el que siempre vivirá gimiendo;
Mas yo no la seduje, nuestras almas
Para adorarse hasta morir nacieron,
Y un torrente de amor irresistible
Nos arrastró á los dos al mismo tiempo;
Mas tú no sabes, no, cómo la amo,
¡Con qué veneracion! con qué respeto!
Como á una cosa pura, sacrosanta,
Como á un sagrado espíritu del cielo,
Como al ángel que manda en nuestro ausilio
La bienhechora mano del Eterno.

Isa.— ¡Alberto! [*Con mucha ternura*].

Boh.— ¡Qué ternura! ¡qué palabras!
¡Qué corazon tan cándido, tan bello!

Alb.— Tú comprender no puedes este idioma;
Los tiranos jamas lo comprendieron.

Boh.— Y valiente ademas! ¡cuántas virtudes!
Es lástima, Isabel, que el nacimiento
De ese jóven no sea conocido:
Porque en verdad, amigo, no sabemos
Quién os ha dado el ser; pero á juzgarlo
Por vuestros elevados sentimientos,
Hijo sereis del mismo rey Ricardo:
¿No es verdad, Isabel?

Alb.— [*sacando la espada*]. Sufrir no puedo.
Defiéndete malvado!
Isa.— [*queriendo contenerlo*]. ¡Alberto!
Alb.— [*á Isabel*]. Aparta.
Tus últimas palabras han abierto
Una profunda herida en mis entrañas,
Que con sangre nomas curarla puedo:
Defiéndete, repito.
Isa.— ¡Alberto mio!
Recuerda dónde estás.
Alb.— [*con horrible despecho*]. ¡Es cierto! es cierto!
Este castillo es para mí sagrado: do *su espada*].
Sagrado! ¡maldicion! Vuélvete, acero, [*Envainan-*
Por la primera vez vuelve á la vaina
Sin vengar el ultrage de tu dueño.
Dá gracias á este asilo: hoy era el dia,
En que ecshalaras el postrer aliento
Al golpe de mi espada, miserable,
Si otro fuera el lugar donde tu acento
Hubiera provocado mi venganza;
Pero saldrás de aquí, y en campo abierto
Se cruzará tu acero con el mio,
Si algun resto de honor hay en tu pecho.
Adios, Isabel mia: fué posible
Reportarme una vez; pero no puedo
Responder ya de mí. Baron altivo,
Abusa del poder, arrastra al templo
A ese ángel puro; con su amargo llanto
Ya tu condenacion se está escribiendo:
Llévala ante el altar, su labio frio
Pronunciará de amarte el juramento;
Mas no su corazon, que en él mi nombre
A tu pesar ha de vivir impreso.
Adios, Baron, mañana vuestra esposa
Viuda tal vez será: ved este acero:
Él esta acostumbrado á la victoria,
Él te abrirá las puertas del infierno. [*Se vá*].

ESCENA V.

DE BOHUN, ISABEL.

Boh.— ¡Pobre jóven! compadezco
Su frenesí! loco está;
Pero confio que pronto
El tiempo le ha de curar.
¡Cómo ha de ser! ha perdido
Una novia, y ademas
Un buen dote: el infeliz
Que lo sienta es natural.
Valor, amada Isabel,
Vuestro hermoso rostro alzad;
No mas llanto, ya pasó
La escena sentimental:
Miradme, yo estoy tranquilo,
Y eso que debiera estar
Celoso: ¡qué desvarío!
Siempre en la primera edad
Hay amorcillos, que luego
El tiempo disipará:
Nos unimos este dia,
Mañana estamos en paz:
Verás, Isabel hermosa,
Qué contento....

Isa.— Por piedad,
Dejadme, ¿no os basta aún
Mi corazon traspasar;
Sino que en la misma herida,
Jugando estais el puñal?
Tanta barbarie, señor,
¡Quién pudiera imaginar!

Boh.— Cuando vuestro padre sepa
Esta escena!.... la sabrá,
No lo dudeis.

Isa.— ¡Ah! por Dios!
(¡Alberto infeliz!) tomad
Mi vida, os la sacrifico;
Pero que yo nada mas
La triste víctima sea:
No querais sacrificar
A un infeliz; yo lo pido
A vuestras plantas. [*Hincândose*].
Boh.— Alzad;
Yo callaré. Ya veréis
Como al fin me habeis de amar:
Mis continuas atenciones
Con el tiempo ganarán
Ese corazon tan bello.
Isa.— ¡Ah, no lo espereis jamas!
La víctima está dispuesta:
Pronto llegaré al altar;
Poco despues á la tumba;
Esto prometo no mas.
Id, señor, id, que mi padre
Tal vez os esperará.
Boh.— Me retiraré, Isabel,
Puesto que me lo mandais.
(¡Qué hermosa está! ¡Me aborrece!
Bien, y despues me amará). [*Se vá*].

ESCENA VI.

ISABEL.

Isa.— ¡Y esta es la vida! ¿y al mirar el féretro
Cobarde tiembla el mísero mortal,
Cuando la tumba es el asilo único
Donde se encuentra verdadera paz?
De la vida ¿cuál es aquella época
Que no conoce el peso del dolor?
¡Tormento siempre, en todas partes lágrimas!
Tal es la suerte que al mortal tocó.

Desde la infancia hasta la edad decrépita,
El niño, el hombre y la infeliz muger,
Corriendo van tras una sombra mágica,
Que llaman dicha, y que jamas se ve.
El triste anciano, de su edad quejándose,
De juventud quisiera disfrutar,
Olvida, imbécil, los tormentos hórridos,
En que se agita esta infeliz edad.
Es una fiebre, es una fiebre indómita,
Es un violento, un loco frenesí,
¡Ay! sus placeres pasan cual relámpago,
Dejando el llanto de su curso al fin.
Siempre deseos, esperanzas pérfidas,
Que nos halagan sin llegar jamas:
Siempre ansiedad, vacío, gozo efímero,
Que se convierte en triste realidad.
Y de la vida en el cercano término,
Del desengaño á la funesta luz,
El corto espacio de la tumba lóbrega....
Un paño negro.... un mísero ataúd!
Tal de la vida es el torrente rápido:
¡Ay! de la mia ya se acerca el fin;
Y yo lo espero como espera el náufrago
La amiga playa en que será feliz.
¡O llanto mio, de mis penas bálsamo,
Ni tú, ni tú me quieres consolar;
Nadie se duele de la triste víctima,
Que de la vida se despide ya!
¡Alberto! Alberto! De mi tumba mísera
La losa, tú con llanto regarás,
Hasta que se unan nuestras almas férvidas
En las regiones de la enernidad!
[*Queda sobre una silla, en el mayor abatimiento*].

ESCENA VII.

ISABEL, LEONOR.

Leo.— Bien dije yo; de ese monstruo
En el pecho no hay piedad:
Tu esperanza, pobre niña,
Se ha desvanecido ya.
Señorita.... no me oye:
Señorita.... qué! si está
En estátua convertida.
¡Quién lo pudiera pensar!
¡Tan amable, tan hermosa!
Y pronto acaso será
Un despojo de la muerte:
¡Horrible fatalidad!
Volved en vos, señorita;
Mirad que van á llegar
Los caballeros.
Isa.— ¡Leonor!
Leo.— Vuestro vestido arreglad,
Cobrad ánimo, señora:
Vuestro padre notará
Esa turbacion.
Isa.— ¡Dios mio!
Mi padre!
Leo.— Pronto estará
En esta sala: venid:
En el estado en que estais
No quisiera yo que os viesen;
Retirémonos; andad,
Que se acercan. (Está visto!
La vida le costará.
Hoy celebrarán su boda,
Mañana su funeral). [*Se van*].

ESCENA VIII.

FITZ-EUSTAQUIO, DE BOHUN, ALBERTO, CABALLEROS ARMADOS.

[*Alberto, un poco apartado de los demas, arroja frecuentemente miradas de furor sobre de Bohún*].

Cab.— ¡Amor á las bellas, y gloria al valor!
Fitz.—Resuenen, amigos, las bóvedas altas
Del viejo castillo, que vuelve á ser hoy
Mansion venturosa de júbilo puro,
Morada brillante de dicha y amor:
Ya todo está pronto: la trompa guerrera
Va á sonar, amigos, oigamos su voz:
Al torneo, vamos! honor al valiente!
Cab.— ¡Amor á las bellas, y gloria al valor!
Boh.— ¿Y quién no se siente de gozo inflamado?
¿Habrá, caballeros, un frio corazon,
En que la hermosura no ejerza su imperio?
A caballo, amigos, al campo de honor!
La lanza sin hierro? muy bien; mas cuidado!
Es fuerte mi brazo, y hoy cuento, por Dios,
Derribar á muchos; cuidado, repito.
Cab.— ¡Amor á las bellas, y gloria al valor!
Boh.— Tal vez se impacienta el freno tascando,
Mi noble caballo, mi fuerte troton:
Vereis qué gallardo; jamas en la guerra
Perder los estribos en él se me vió.
Corcel mas hermoso, Ricardo no tiene,
Mas fuerte, mas ágil, mas vivo y veloz:
No hay otro, lo juro, su choque es terrible!
Cab.— Veremos, veremos: ¡que viva el valor!
Fitz.—¡Recuerdos de gloria! tambien hubo un dia,
Que mi fuerte brazo valiente lidió,
Y mi vieja sangre aun hierve al oiros!
Tambien yo pudiera combatir con vos;

Pero de mi hija sosteneis el nombre:
El cielo os ayude, valiente Baron!
La música suene, los Heraldos griten....

Cab.— ¡Amor á las bellas, y gloria al valor!

Boh.— Y luego las copas en torno volando,
Colmadas de ardiente, sabroso licor,
Vaciemos, amigos, brindando contentos
Por la compañera que el cielo me dió.
De Isabel el nombre glorioso resuene,
De rosas corone su frente el amor.
Noble amigo, gracias por tanta ventura. [*A Fitz*].

Tod.— ¡Dicha á los esposos!

Alb.— (¡Y á mí maldicion!) [*Suena un clarin*].

Fitz.— ¿Ois? han llamado: sin duda se acerca
Otro caballero.

Boh.— Que venga, aquí estoy:
De Isabel me inflaman los ojos divinos:
Yo siento en mis venas desusado ardor!
Voy á armarme al punto: ya estoy impaciente;
Toda la Inglaterra puede venir hoy.

Tod.— A caballo!

Boh.— Vamos, que lidiar deseo,
Hasta que en ocaso se sepulte el sol.

ESCENA IX.

DICHOS, PEDRO.

Ped.— De llegar, señor, acaba
Una señora, cubierta
De luto, y acompañada
De un escudero: desea
Hablaros.

Fitz.— A solas?

Ped.— No;
Pretende, segun se espresa,
De su venida la causa

Decir, ante la asamblea
De los nobles caballeros
Que en el castillo se encuentran:
Pide justicia.

Fitz.— ¿Justicia?
De este castillo las puertas
Al que la pide han estado
A todas horas abiertas,
Mucho mas si es una dama
La que obtenerla desea:
Haced que pase. [*Se vá Pedro*]. Sentaos:
Suspender un peco es fuerza
El torneo. [*Se sientan todos*].

Ped.— [*Entrando*]. Entrad, señora.
(¿Qué nos vendrá á pedir esta?)

Fitz.—Sentaos [*á Arabela*]. Retírate tú [*á Pedro*].

Ped.— (Algo oiré desde la puerta). [*Se vá*].

ESCENA X.

LOS MISMOS, LADY ARABELA.

[*Entra vestida de luto y cubierto el rostro con un velo negro: los caballeros se levantan para recibirla: el Baron Fitz-Eustaquio le ofrece un asiento junto á él; ella lo toma, y todos vuelven á sentarse*].

Ara.— Ilustres Barones, [*Sin descubrirse*].
Honrados guerreros,
De Inglaterra ornato,
De valor modelo!

Boh.— (¡O qué voz) [*Turbado*].

Ara.— Oidme;
Oid los acentos
De una noble dama
Que hace mucho tiempo
Oprimida gime

Por un monstruo.

Boh.— (¡Cielos!
Es ella; mas ¿cómo
Ha roto sus hierros?
¡Me confundo!)

Fitz.— Al punto
Romped el silencio,
Señora: sepamos
Cuál es el objeto
De vuestra venida:
Si, como le creo,
A pedir ausilio
Venis, yo os lo ofrezco:
Y en verdad, señora,
Llegais á buen tiempo:
Aquí veis reunidos
Muchos caballeros,
Que á honrar han venido
El grato himeneo
De mi hija.

Ara.— Y acaso,
Señor, mis acentos
Turbarán su gozo.

Fitz.—No, señora.

Boh.— Creo,
Baron, que no es hora
El mejor momento
De escucharla: todo
Está ya dispuesto:
Esta noble dama
Despues del torneo
Nos dirá....

Ara.— No; ahora.
Sabed, caballeros,
Que hay entre vosotros
Un vil, un perverso,
Que sordo á las voces
Del honor, se ha hecho

Indigno del nombre
Que le trasmitieron
Sus padres.
Tod.— Nombradle.
Ara.— Mirad ahí el reo. [*Señalando á Bohún*].
Tod.— ¿De Bohún?
Ara.— El mismo.
Fitz.— Baron, ¿será cierto?
Boh.— ¡Mentira! impostura!
¿Quién os dá derecho
De insultar mi nombre?
Baron, yo no puedo
Permitir....
Ara.— Malvado,
Cállate: este velo
Que cubre mi rostro
Te dá atrevimiento;
Pues mírame ahora. [*Se alza el velo*].
Boh.— (¡Ocúltame, infierno!)
Ara.— Conocedme todos.
Tod.— Es ella.
Fitz.— ¡Qué veo!
La viuda de Ralfo
De Bohún? ¿es sueño?
Ara.— No, no; soy la misma,
La que ese perverso
Sepultó en prisiones,
Su muerte fingiendo.
Fitz.— Sí, de vuestro hermano [*A Bohún*].
Es la viuda: ¡cielos!
Baron, esplicaos:
Decid qué misterio
Es este? Hace años
Que vos, bien me acuerdo,
Celebrar hicísteis
Con pompa su entierro.
Boh.— Y murió, no hay duda;
Cual vos me sorprendo

De que esta señora....
Ara.— Cállate perverso:
Señores oidme.
Boh.— Calla, ó el aliento
Te arranco, infelice. [*Queriendo echarse sobre ella*].
Fitz.— No, Baron: ¿qué es esto? [*Conteniéndolo*].
Ara.— ¿Y no habrá, señores,
Algun caballero,
Que por mí se bata
Con este soberbio?
¿Cuál de entre vosotros
Me ofrece su acero?
Un cab.— Yo.
Otro.— Yo, yo,
Alb.— No, nadie
Sino yo; y os ruego
Acepteis, señora,
Mi brazo.
Ara.— Lo acepto!
Alb.— Gracias! [*Con entusiasmo*].
Ara.— Vuestro nombre?
Alb.— Mi nombre es Alberto,
Alberto, señora,
Nada mas; no tengo
Títulos brillantes,
Ni ilustres abuelos,
Ni padres, ni nada!
Nada; no poseo
Mas que un pecho honrado
De entusiasmo lleno:
Mi honor es mi padre,
Madre.... ¡no la tengo!
Mis títulos todos
En mi espada llevo.
En la Palestina
Combatí cual bueno:
Allí la fortuna
Coronó mi esfuerzo,

Y Ricardo mismo
Me armó caballero.
Mi nombre, mi gloria, [*Con orgullo*].
A nadie la debo.
Me colmais de gozo,
Señora, admitiendo
Mi brazo, ¡qué dicha!
¡Me concede el cielo
Ser de sus venganzas
Humilde instrumento?
Lo seré; no hay duda:
¡Ya hierve mi pecho!
¡Ya siento en mi alma
Sacrosanto fuego!

Ara.— Baron Fitz–Eustaquio,
Reclamo el derecho
Que le es concedido
A mi débil secso:
Yo pido un combate;
¡Combate sangriento,
En que la justicia
Se muestre del cielo!
De Dios en el juicio
Aparezca el reo:
Señalar os toca
El lugar y el tiempo.

Fitz.— A vuestra demanda
Negarme no puedo:
El terreno mismo,
Que para el torneo
Prevenido estaba,
Servirá al efecto.
Vos direis la hora,
Baron. [*A De Bohún*].

Boh.— ¡Al momento!

Alb.— ¡Bravo! en el instante!

Ara.— Oye, Sér Supremo, [*Se arrodilla*].
De esta desgraciada
El ferviente ruego.

Tú que el fondo miras
De mi triste pecho,
Tú que la justicia
Conoces que tengo,
Patente hazla al mundo,
Lanza desde el cielo
Contra quien te ultraja,
Tu rayo tremendo:
Dale fuerza al brazo
De mi caballero:
Pronuncia tu fallo.
Señor, no lo temo,
Porque tú eres justo:
Sumisa lo espero. [*Se levanta*].
Jóven, al combate
Marchad sin recelo:
En vuestras miradas
La victoria veo.

Alb.— La tendré, señora,
La tendré, lo espero.
Padre, bendecidme. [*A Fitz–Eustaquio, doblando una rodilla*].

Fitz.— Quiera el Sér Supremo
Darte la victoria.

Alb.— Mia será, lo creo.

Boh.— ¡Y sabes acaso,
Incauto mancebo,
A lo que te espones
Con ese ardimiento?
A vengarte aspiras
De agravios secretos;
No un fin generoso
Dirige tus hechos.
¡Qué loca esperanza!
Tu victoria es sueño,
Que cual humo al punto
Veráslo deshecho.
De mi espada ignoras
El terrible peso,
De mi fuerte lanza

El golpe certero.
Sin duda serias
Un infante tierno,
Cuando ya mi nombre
Por el mundo entero
Volaba, sonando
De gloria cubierto:
Mil y mil heridas
Adornan mi cuerpo,
Y siempre en las lides
Triunfante me vieron:
¿Y tú, desdichado,
Que estás aprendiendo
De la guerra el arte,
Tú te jactas, nécio,
De vencerme? ¡á risa
Tu loco denuedo
Me provoca!

Alb.— Basta;
Palabras dejemos,
Y hablen en el campo
No mas los aceros.
Voy á armarme al punto:
Armate tú presto,
Y verás tu orgullo
En polvo deshecho:
Riqueza, blasones,
No podrán tu pecho
Garantir, malvado.
¡Al campo sangriento!

Boh.— A la muerte corres:
¡Ay de tí, mancebo!
¡Tiembla!

Alb.— ¡Nunca!

Boh.— A armarnos,
Que ansioso te espero.

Alb.— ¡Isabel, venganza!

Boh.— ¡A la lid!

Alb.— Marchemos!

ACTO TERCERO.

EL JUICIO DE DIOS.

Gabinete gótico: puerta á la derecha que conduce á lo demas del castillo: puerta á la izquierda, que dá al dormitorio de Isabel: ventana con vidrios de colores en el fondo, que se supone caer al patio del torneo, y cuyas hojas deben abrirse á su tiempo: sillas &c.

ESCENA I.

LEONOR. [*muy alegre*].

¡Qué cambio tan repentino!
¿Con que ya no hay boda? bueno!
Pues el chasco es muy pesado
Para el tal Baron; ¡me alegro!
¡Ah! mi pobre señorita
Estaba casi muriendo
De pesadumbre! ¿A qué hora
Será por fin ese duelo?
De esta ventana que cae
Para el patio del torneo,
Vamos á ver lo que pasa
Por allá. ¡Qué dia tan bello! [*Abre la ventana y se asoma*].
¡Qué bonita hubiera estado
La funcion! Sí, por supuesto,
Para todos los demas;
Pero para el pobre Alberto,

Y mi señorita.... vamos,
Es mucho mejor que en esto
Haya parado. ¡Qué vista
Tan hermosa! allá á lo lejos
Se miran los pabellones
De todos los caballeros:
Aquí el dosel de mi ama
Forrado en terciopelo:
Las gradas en derredor
Para que mirara el pueblo:
Allá están ya los Heraldos,
Y aun algunos caballeros,
Que pasean hablando:
Tal vez estarán sintiendo
No haberse dado porrazos.
¡Jesus, qué pesados juegos,
Tienen los tales señores!
¡Oh! tambien está allí Pedro:
Este que todo lo escucha,
Debe de saber de cierto
La hora del combate; vamos,
Lo llamaré. Hola! Pedro! [*Llamándolo con palmadas y gritos*].
Pedro!.... nada; se hace sordo:
Eh! ya me oyó: sube presto,
Que quiero hablarte. No hay cosa [*Vuelve á la escena*].
Que pase aquí, que al momento
No la sepa este criado;
Tiene el olfato de un perro
De caza. Mi señorita
Se ha entretenido allá dentro
Con Lady Arabela: ¡vaya!
Pues ha venido del cielo
La tal Arabela. ¡Hola!
¿Ya te hallas aquí? ¡me alegro!

ESCENA II.

LEONOR, PEDRO.

Ped.— Señora Leonor, ¿qué cosa
Se ofrece?
Leo.— Mi buen amigo,
Como tú todo lo sabes....
Ped.— ¿Todo lo sé? ¿quién lo ha dicho?
Yo no sé nada, señora:
Es verdad que, como sirvo
En la casa y no soy tonto,
Lo que sucede averiguo,
Porque al fin.... ya me entendeis;
Pero no siempre consigo
Lo que deseo.
Leo.— Yo pienso
Que te hallas muy bien instruido
De lo que ha pasado ahora
En el gran salon.
Ped.— Os digo
Que no sé nada; mi amo
Me mandó salir: no he visto
Mas que entrar á esa señora,
Y que despues ha salido
El Baron muy enojado,
Y un poco descolorido,
Repitiendo: *¡morirá!*
¡Morirá! y el señorito
Alberto, por la otra puerta
Salió muy contento, y dijo
Tambien *¡morirá!*
Leo.— Y no mas?
Vamos, habla.

Ped.— Que ha pedido
La señora Baronesa
Un combate á muerte, un juicio
De Dios: que el Baron mi amo
Todo se lo ha concedido,
Y en el patio del torneo
Va á suceder ahora mismo.

Leo.— Todo eso lo sé; mas quiero
Saber la hora.

Ped.— ¿Pues no digo
Que hora mismo? ya está pronto
El gran caballo tordillo
Del señor Alberto; falta
Nada mas que el señorito
Se acabe de armar. ¡Dios sabe
Quién morirá!

Leo.— Pues te digo
Que eres un tonto! El Baron
Será el que quede vencido.

Ped.— ¿Qué sabemos? tiene un puño,
Que es capaz de hacer añicos
A una encina, y es valiente
Como un leon.

Leo.— Pues yo afirmo,
Que Alberto triunfa.

Ped.— ¡Dios quiera!
¡Es tan bueno el pobrecito!
¡Ah! ¿no sabeis otra cosa
Que me han contado?

Leo.— ¿Qué?

Ped.— Chito!
Por Dios, que nadie nos oiga.
Ese escudero que vino
Con la Baronesa....

Leo.— Vamos,
Habla pronto.

Ped.— Pues me ha dicho

Que el tal Baron es un monstruo,
Un bribon; el asesino
De su hermano, del buen Ralfo,
Que volviendo á su castillo,
Con Alfonso el escudero,
Fué por Walter sorprendido,
En un bosque; porque el monstruo
Las riquezas y los títulos
Envidiaba de su hermano,
Y tambien porque el inicuo
Amaba á Lady Arabela,
Y como fué su cariño
Despreciado, creció el odio
De Walter, hasta que impío
En el pecho de su hermano
Clavó bárbaro el cuchillo.

Leo.— ¡Malvado! ¿Mas por qué causa
Ha estado oculto el delito
Tanto tiempo?

Ped.— El escudero
Era el único testigo
Del crímen, y amenazado
Por Walter, y seducido
Tal vez, ha guardado siempre
El mas profundo sigilo,
Sirviendo al fiero Baron;
Hasta que hoy compadecido
De su señora, ha logrado,
En el instante propicio
De estar el Baron ausente,
Romper los pesados grillos
De Lady Arabela, y juntos
A reclamar han venido
La proteccion de los nobles
Caballeros que reunidos
Se hallan aquí.

Leo.— Quiera el cielo
Dar al infame el castigo

Que merece.
Ped.— Amen. Y ahora
Me voy con vuestro permiso;
Con que hasta luego. [*Se vá*].
Leo.— Que Dios
Te lleve por buen camino.
La señorita se acerca:
Aun está descolorido
Su semblante; no será
Por su futuro marido.

ESCENA III.

Lady Arabela, Isabel, Leonor.

Ara.— Tranquilízate, hija mia:
El écsito del combate
No es dudoso; el mismo cielo
Debe en él interesarse:
A veces el crímen triunfa,
Triunfa, sí; pero aunque tarde,
Las iras del cielo hieren
La cabeza del culpable.
¡Ay de aquel que á su grandeza
Pone cimientos de sangre!
El negro remordimiento
Le atormenta en todas partes,
Y cual serpiente, devora
Su corazon miserable;
Una voz terrible, fuerte,
Que acallar no puede nadie,
En su alma precita suena
Con acento formidable,
Y al fin un rayo del cielo
El abismo á sus piés abre:
Ese Baron orgulloso
Toca al fin de sus maldades.

Isa.— A vuestra voz, ¡oh señora!
Siento el peso aligerarse,
Que mi corazon oprime:
Sois una segunda madre
Para mí, y en vuestro seno
Deposito mis pesares.
La mano de Dios, señora,
Os mandó aquí como un ángel,
Que en el borde del abismo
Viene piadoso á salvarme:
Un dia tal vez, una hora
De dilacion, ya era tarde!
¡Ay! vuestra bondad me anima
A descubriros mis males:
Ese jóven generoso,
Que en el sangriento combate
Va á esponer por vos su vida,
Ese, señora, es mi amante.
Ara.— ¿Y vuestro padre sabia....
Isa.— Nada.
Ara.— ¿Y ante los altares,
En presencia del Eterno,
Ibais á jurar....
Isa.— ¡O madre!
Compadecedme! temia
Que mi padre descargase
Sobre Alberto sus furores.
¡Ay! la maldicion de un padre!....
Ara.— ¿Y la de Dios?.... ¡Pobre niña!
¡Una vida de pesares!
¡Un infierno! ¡y tan hermosa!
Tan buena! Yo á libertarte
Vengo, hija mia, no temas;
Alberto saldrá triunfante
De esta lucha, y luego....
Isa.— Luego
Me limitaré á adorarle
En secreto.

Ara.— Acaso....
Isa.— ¡Oh! nunca
Reveleis, señora, á nadie
Mi amor: á vos solamente
He podido confiarle,
Porque el desgraciado busca
Quien escuche sus pesares.

ESCENA IV.

DICHOS, TIMOTEO.

Tim.— El Baron mi amo, señora,
Os busca; ya prevenido
Está todo.
Ara.— Voy al punto. [*Se vá Timoteo*].
Isa.— ¡Llegó el momento, Dios mio!
Ara.— Mi presencia es necesaria;
Animo, Isabel, propicio
Será el cielo: ¿venis vos?
Isa.— ¿Ir yo? ¡jamas! de este sitio
No puedo moverme!
Ara.— Entonces
Quedaos. ¡Oh Dios benigno,
Haz que la justicia triunfe! [*Se vá*].
Isa.— ¡Calma, Señor, mi martirio!

ESCENA V.

LEONOR, ISABEL.

Isa.— ¡Leonor, Leonor; se acerca ya la hora!
¿Concibes tú mi situacion impía?
Siento despedazarse el alma mia;
Una ansiedad horrible me devora:
¡Fatal incertidumbre! ¡quién pudiera

Adivinar el fin de ese combate!
¡Mi corazon con qué violencia late!
Al pecho el alma abandonar quisiera:
Ven á mi corazon, dulce esperanza,
Tú sola puedes sostener mi vida;
Tu voz consuele mi alma dolorida,
Que al porvenir con inquietud se lanza.
No puedo sosegar.

Leo.— Calmaos, señora,
Dentro de una hora....

Isa.— Una hora todavía!
Es un siglo, Leonor! ¡bárbaro dia!
¡Ay! una eternidad será esa hora.
¿Ha sonado un clarin?

Leo.— No, nada suena;
Todo en silencio está.

Isa.— ¡Gran Dios, qué lucha!
¡No puedo mas! alguno viene; escucha....
El es, que viene á consolar mi pena!

ESCENA VI.

DICHAS, ALBERTO.

Isa.— ¡Alberto!

Alb.— ¡Amada!
Isabel bella!
Enjuga el llanto,
La faz serena;
¿No vez el gozo
Que me enagena?
¡Cuánto ha cambiado
La suerte nuestra!

Isa.— ¡Ay! que mi alma
Siempre se encuentra
Entre zozobras.

Alb.— ¡Oh! nada temas!

Isa.— Ese combate....
Alb.— Mi pecho llena
De una esperanza
Tan lisonjera!
Hace muy poco
Que la tristeza
Me devoraba,
¡Quién lo creyera!
Un solo instante,
Mi suerte adversa
Cambia: ¡Dios mio!
Mi alma se anega
En gozo puro:
Ya por mis venas
La sangre corre
Con mayor fuerza.
Isabel mia,
¿Conque mi diestra
Puede de un monstruo
Purgar la tierra?
¡Gloria, ventura!
¡Dicha suprema!
Rival odioso,
De tu sentencia
Sonó la hora,
Tu fin se acerca!
Ven, que tu sangre
Calme la hoguera
Que arde en mi alma
Con llama eterna.
Y tú, querida
Beldad escelsa,
Bálsamo dulce
De mi ecsistencia!
No temas; alza
Tu frente bella.
¿Y era posible
Que tú sufrieras,

Tú que has nacido
Para ser reina
De los mortales,
Tú que debieras
Ceñir tu frente
De una diadema?

Isa.— ¡Alberto mio!
Tu voz me llena
De una esperanza,
Tal vez incierta;
Si por desgracia....
¡Qué horrible idea!
En el combate
Tú perecieras,
¿Qué fuera entonces
De mí en la tierra?

Alb.— No, no, bien mio;
Por Dios desecha
Esos temores,
Que te atormentan:
El cielo mismo,
La Providencia,
Tu amor, tus ojos,
Me darán fuerza:
Cesen tus lágrimas,
Que está muy cerca
De tu ventura
La hora suprema.
Toca, ¿no sientes [*Llevando la mano de*
Con qué violencia, *Isabel á su corazon*].
El pecho late
Donde tú imperas?
¿Piensas que acaso
De temor sea?
No, no, querida;
Es de impaciencia,
Es que la gloria
Todo lo llena.

¿No ves mis ojos
Cual centellean?
¿No sientes, dime,
La voz secreta
De la esperanza?
¿Ya no te acuerdas
De que á esta espada
Debí en la guerra
De mil victorias
La recompensa?
Mírala, hermosa, [*Saca la espada*].
¿No ves en ella
Feliz presagio,
Victoria cierta?
Esta es la misma
Que me ciñeras
Cuando animoso
Marché á la guerra
De Palestina,
¿No lo recuerdas?
Tócala, hermosa:
Tu mano bella
Le comunique
Celeste influencia.

Isa.— Sí, sí, no hay duda;
Solo con verla,
A la esperanza
Mi alma se entrega:
Siento aliviarse
Todas mis penas.
¿Y tu armadura,
Dime, es aquella
Que antes llevabas?
Déjame verla.
Sí, sí, la misma. [*Ecsaminando su armadura*].
¡Oh! quién pudiera
Ser el escudo
De tu defensa!

Alberto mio,
Acaso es esta
De nuestra vida
La hora postrera;
Pues bien, amigo,
Quiero que sepas
De mi amor puro
Toda la fuerza.
¡Sabes que te amo; [*Con mucho fuego*].
Pero mi lengua
Nunca ha podido
Darte una idea
Del fuego activo
Que aquí me quema.
Hay sensaciones
Que no se espresan,
Que el alma toda
Nos basta apenas
Para sentirlas
Sin comprenderlas!
Nunca los hombres
Tienen idea
De lo que sienten
Las almas nuestras:
En las mugeres
Amor impera,
Cual rey despótico:
Nuestra ecsistencia
Toda él ocupa,
Él solo llena.
Esta mañana....
¡Bondad inmensa
De Dios, perdona
Mi culpa horrenda!
Vértigo insano
De mi cabeza
Se apoderaba:
Mi propia diestra

A dar fin iba
De mi ecsistencia:
Ya de un veneno....

Alb.— ¡Isabel, cesa!
Cesa! tus voces
De horror me llenan!
¿Conque tú misma....
¿Y quién pudiera
Calmar entonces
Mi furia horrenda?
De sangre rios
Correr hiciera,
Y ya cansada
De herir mi diestra,
Contra mí mismo
La dirigiera:
¡Oh! no lo dudes,
Amiga bella,
Tu propia tumba
Mi tumba fuera!
¡Ah! por fortuna,
Ya mas risueña,
De la esperanza
La luz destella:
Verás muy pronto
Cuál tus cadenas
Caen á mi furia,
Rotas, deshechas.
¡Oh cuánto tarda
De la pelea
La hora!

Leo.— A la plaza
[*Desde la ventana en donde ha estado desde el principio de la escena*].
El Baron llega.

Alb.— ¿Llega? ¡qué dicha!

Isa.— ¡Gran Dios! las fuerzas
Me faltan.... [*Sentándose*].

Alb.— Calma,

Calma tu pena:
Voy á vengarte,
¡Adios! no temas.
Leonor querida,
Cuida tú de ella.
¡Adios!

Isa.— Escucha
Por vez primera,
Quiero pedirte....

Alb.— ¿Qué? dilo, ordena:
Yo soy tu esclavo,
Dí qué deseas.

Isa.— Dame un abrazo. [*Con ternura, levantándose*].

Alb.— ¡Ah! dicha escelsa! [*Abrazándola*].
¡En este instante
Morir debiera!
¡Reyes del mundo,
Vuestra diadema
Por este abrazo
Trocar quisierais!
¡Soy invencible!
¡Tirano, tiembla!
Adios, bien mio,
Adios! me espera
Allí la gloria,
Voy á obtenerla! [*Se vá precipitado*].

ESCENA VII.

ISABEL, LEONOR.

[*En toda esta escena hará Leonor grandes pausas, como lo indican los puntos en el diálogo*].

Isa.— ¡Alberto! ya partió, y acaso nunca
Le volverán á ver los ojos mios:
Estos ojos de lágrimas cubiertos,
En vano en esa puerta estarán fijos!

Acaso pronto, revolcado en sangre,
Aquí conducirán su cuerpo frio....
¡Ah! sobre su cadáver adorado,
Ecshalaré mis últimos suspiros!

Leo.— ¿Por qué pensar de un modo tan funesto?
El triunfará, señora; yo confio
En su justicia.

[*Ruido de voces en el patio del torneo, que se oyen como de lejos*].

Isa.— ¿Escuchas esas voces?
La lucha va á empezar, ¡atroz martirio!
Ponte en esa ventana; yo no puedo,
Yo no tengo valor!

Leo.— [*colocándose en la ventana*]. Desde este sitio
Se ve perfectamente lo que pasa:
Yo os lo referiré.

Isa.— ¡Poder divino!
Dale valor á mi angustiado pecho!

Leo.— Lady Arabela ocupa el lugar mismo
Que para vos estaba destinado,
Y vuestro padre la acompaña.... el circo
Mandan los jueces despejar ahora....
Hora lo reconocen.... ya reunidos
A la señora Baronesa se hallan
Los demas caballeros.... hora altivo
Sobre un caballo, como su alma, negro,
Entra el Baron... da vuelta al campo... fijo
En su sitio está ya como una torre.

Isa.— ¿Y Alberto? [*Con inquietud*].

Leo.— No le veo; no ha venido....
Ya, ya llega... ya salta la estacada:
Oid esos aplausos que su brio [*Aplausos dentro*].
Arranca del concurso, ¡bravo! bravo! [*Aplaudiendo*].
¡Qué hermoso está!

Isa.— ¡Gran Dios! oye propicio
De esta infeliz el fervoroso ruego. [*Hincándose*].
Tú á cuyo acento tiembla conmovido
El universo, tú, cuya mirada
El corazon penetra de tus hijos,

Truena, Señor, contra el malvado, truena!
Un rayo lanza contra el hombre impío,
Que ultrajó la virtud; anima el brazo
Del jóven caballero que ha emprendido
De la justicia la defensa. ¡Oh padre!
¡Oh padre justo, omnipotente y pio!
Mírame aquí de lágrimas bañada,
Pronta á desfallecer, ¡ah! sin tu ausilio
No podré resistir á tantas penas:
Escucha de esta mísera el gemido:
Hasta tu trono refulgente suba
De mi dolor el penetrante grito.

Leo.— Ya el señorito Alberto dá la vuelta:
¡Con qué destreza rige á su tordillo,
Cuya rizada crin el viento ondea!
¡Oh qué hermoso caballo!.... todos fijos
Tienen en él los ojos.... ya se para:
Para acá está mirando el señorito:
Sin duda os busca, vedle un solo instante,
Tal vez el alma os manda en un suspiro.
Asomaos.

Isa.— ¡No puedo!

Leo.— Un solo instante, [*Se asoma Isabel*].
Esto lo animará. Ya, ya os ha visto.

Isa.— ¿Será la última vez? ¡Muero al pensarlo!

Leo.— Ya las lanzas enristran ¡oh Dios mio!
Van á dar la señal: por Dios, señora,
Por Dios, no la escucheis.
[*Queriendo taparle los oidos. Suena un clarin*].

Isa— ¡Ah!

Leo.— [*vuelve á la ventana*]. ¡Ya han partido!
Rayos parecen: ya se encuentran.... ¡cielos!
Las dos lanzas han dado á un tiempo mismo
En sus fuertes escudos, y en pedazos
Han saltado las dos.

Isa.— [*con la mayor ansiedad*]. ¡Oh qué suplicio!

Leo.— Vuelven atras, y nuevas lanzas toman....
Ya vuelven á partir: ¿habeis oido [*Ruido dentro*].

El ruido de su choque formidable?
¡Qué furia, Eterno Dios!.... ¡Qué es lo que miro!
¡Santos del cielo!

Isa.— ¿Qué?

Leo.— El señor Alberto....

Isa.— ¿Qué?

Leo.— ¡Le falta el caballo; ya ha caido!

Isa.— ¡Ah! [*Cae desmayada*].

Leo.— Pero no temais, ya se levanta... [*Sin verla*].
Veo que la espada saca enfurecido....
El Baron tambien deja su caballo....
Ya combaten á pié.... ¡oh Dios benigno!
Protégelo, protege su inocencia! [*Ruido de espadas*].
¡Qué golpes! ¿No escuchais, señora, el ruido
De sus espadas? [*viēndola*]. ¡Ay! la desdichada
Al peso cedió de su martirio:
Señorita.... está helada, es un cadáver.

Isa.— ¡Leonor!...

Leo.— Ya vuelve; ¡pero qué estravío
Noto en sus ojos!

Isa.— [*levantāndose*]. ¡El ha muerto! ha muerto!....
¿El no ecsiste, Leonor, y yo respiro?....
¡Aun falta sangre que verter; mi sangre!
¡Ven, odioso Baron, el pecho mio
Rompe, rompe este seno que lo adora!
¡Yo te aborrezco, monstruo, te maldigo! [*Con fuerza*].
Vamos, Leonor, corramos á encontrarlo:
Que su feroz acero, ya teñido
En la sangre de Alberto, en mí se cebe!
¡Acaben con mi muerte mis martirios!
¡Alberto era mi dios! lo idolatraba! [*Con gran ternura*].
¡Vivir no quiero, si con él no vivo!
¡Alberto! mi querer! mi bien! mi gloria!
¡Espérame un momento; ya te sigo!

ACTO CUARTO.

EL HIJO Y LA MADRE.

La decoracion del primer acto.

ESCENA I.

PEDRO, TIMOTEO Y CRIADOS.

[*Conducen desmayado y cubierto de sangre, al Baron de Bohûn, y lo colocan sobre las sillas*].

Ped.— ¡Cómo pesaba el difunto!
Tim.—Como pesa todo muerto.
Vosotros retiraos. [*Se van los demas criados*].
Ped.— ¿No lo dije, Timoteo,
Que la boda parecia
Mas bien que boda un entierro?
Mira si soy algun tonto.
Tim.—¡Yo estoy como loco, Pedro!
A veces en solo un dia
Pasan acontecimientos,
Que en un año no han pasado.
Ped.— Pero viste qué denuedo
De los guerreros, ¡caramba!
Yo estaba helado.
Tim.— ¡Qué recio

Se daban, hombre! te digo
Que no he tenido mas miedo
En mi vida; ni aun de niño,
Cuando me contaban cuentos
De hechiceras y gigantes.

Ped.— Alguno llega: silencio.

ESCENA II.

DICHOS, ISABEL, LEONOR.

Leo.— Deteneos.
Isa.— ¿Dónde está?
¿Dónde está el fiero Baron?
Que rompa mi corazon;
Yo no quiero vivir ya:
¡Destino fatal! impío!
¿Dónde se halla mi adorado?
Quiero morir á su lado,
Sobre su cadáver frio.
Allí está.... mi bien.... [*Señalando el cadáver del Baron*].
Ped.— [*conteniéndola*]. Señora,
¿Qué haceis?
Isa.— Dejadme llegar:
Quiere con él espirar
Esta muger que lo adora.
Tim.—¡Que lo adora! [*Sorprendido*].
Isa.— Sí, sayones,
Esa vida era la mia:
¡Y quién dividir podria
Jamas nuestros corazones!
¡Dejadme llegar, por Dios!
Juntos debimos vivir,
Pues hora juntos morir
Debemos tambien los dos.
¡Ah! si la piedad ois,
Soltadme.

Ped.— ¿Pero qué haceis?
Ese cadáver que veis
Es del Baron.

Isa.— [*Sorprendida*]. ¿Qué decis?
¿Pues Alberto?

Ped.— Se halla hora
Recibiendo el parabien
De su triunfo.

Isa.— [*admirada*]. ¿He oido bien?

Tim.—Sí; no lo dudeis, señora:
En el patio del torneo
Lo proclaman vencedor.

Isa.— ¡Este es un sueño, Leonor!

Leo.— Sí, tambien soñar yo creo.

Isa.— Si es engaño, salir de él
Un punto será, y morir,
¡Cielos! ?mi Alberto vivir?

Ped.— Vive, señora.

Alb.— [*dentro*]. ¡Isabel!

Isa.— Él es ¡oh Supremo Sér! [*Con trasporte*].
Él es: ¡sostenme, Leonor!
¡Antes me ahogaba el dolor;
Hora me agobia el placer!

[*Queda desvanecida en los brazos de Leonor*].

ESCENA III.

DICHOS, ALBERTO.

Alb.— ¡Isabel! Isabel!... ¿Pero qué veo?
Leonor, ¿qué es esto?

Leo.— El gozo la ha postrado.

Alb.— Oye mi voz, ¡oh dueño idolatrado!
¡Los ojos abre, en que mi dicha leo!
¡Isabel! ¡ah! ya vuelve, ¡cuán hermosa!
Ya palpita su seno blandamente:
Una sonrisa vaga dulcemente

En sus labios purísimos de rosa.
Alza esa frente cándida y divina,
Ya eres libre, Isabel.

Isa.— ¡Y es cierto?

Alb.— ¡Es cierto!
Mírame.

Isa.— Deja que te toque, Alberto,
¿Tanta ventura el cielo me destina?
No, no es una ilusion; tu ardiente mano
Torna á estrechar la moribunda mia:
¡En el sepulcro, Alberto, te creia!
¡Oh placer grande, inmenso, sobrehumano!
Pero dime, por Dios, ¿no estás herido?
¡Ah! si vieras, mi bien, cuánto he llorado!
¡Si supieras qué instantes he pasado!
¡No sé cómo sufrirlos he podido!
¡El cielo solo, la bondad del cielo,
Sostenerme ha podido en este dia!
Pero ya vuelvo á verte, ¡qué alegría!
¡Trocó Dios en placer, mi amargo duelo!
Gracias, gracias, Señor; ¡ah! la ventura
Perturba mi razon, Alberto mio:
A hablarme vuelve; dudo, desconfio:
Tanta dicha, ilusion se me figura.

Alb.— No, Isabel; es verdad.

Isa.— Mas tú caiste
Del caballo: Leonor vió tu caida,
Y al saberla pensé perder la vida;
Dime, dime por fin, cómo venciste.

Alb.— Menos fuerte mi caballo
Que el del furioso Baron,
En la segunda carrera
Por desgracia me faltó,
Y caimos; pero al punto,
Levantándome veloz,
Saco mi acero, este acero
Que jamas me abandonó:
A mi contrario me lanzo,

Que sin prever mi intencion,
De su triunfo sonreia,
Lleno de orgullo feroz:
Su caballo desjarreto
En el instante: el Baron
Echa pié á tierra, y la espada
Saca ciego de furor:
Él era, Isabel, mas fuerte,
No mas ligero que yo;
Y sus golpes evitando
Con destreza, la ocasion
Hallé al fin, que deseaba:
De cubrirse no cuidó
Por herirme, y al instante
Le traspasé el corazon.
No pudo mas, y en el circo
Casi sin vida cayó.
General aplauso entonces
Sonar oigo en derredor:
¡Victoria, honor al valiente!
Todo el concurso gritó,
Y los heraldos y jueces
Me proclaman vencedor;
Pero en medio de esos gritos
Yo no escuchaba tu voz,
Tu voz para mí mas grata
Que la de la gloria.

Isa.— Yo,
Entre tanto combatida
De la inquietud mas atroz,
Desde mi estancia escuchando
El espantoso rumor
Del combate: á cada instante
Sintiendo en mi corazon
Mil muertes.... ¡qué no he pasado!
Los dos, Alberto, los dos
Los golpes hemos sentido,
Tú en el escudo, aquí yo. [*Señalándose el corazon*].

Cierto es que tú no escuchabas
Entre las otras mi voz,
Y sin embargo sonaba
Con mas fuerza y mas ardor
Que todas; porque la mia
Por tí se elevaba á Dios.

Alb.— Sí, mi bien, y el Sér Supremo
Tu ruego grato escuchó,
Porque como tú, fué puro,
Ardiente como tu amor!

Isa.— Sí, como mi amor, Alberto;
¡Oh! nunca de mi pasion
He conocido la fuerza,
Hasta el instante de horror,
En que muerto te he creido.

Alb.— ¿Quién mas dichoso que yo?
Aunque jamas nos unamos,
Esa sublime espresion
De tu ternura, es mi dicha:
Te lo juro por mi honor:
Por el imperio del mundo
No cambio mi suerte, no!
Pero ya tu padre llega
Con los demas.

Isa.— ¿Tanto amor
No pagaré con mi mano
Alguna vez? ¡santo Dios!
¡No hay felicidad cumplida!

Alb.— ¡Tal es nuestra condicion!

ESCENA IV.

DICHOS, ARABELA, FITZ-EUSTAQUIO, PEDRO, TIMOTEO, CABALLEROS.

Ara.— Caballeros, ya habeis visto
De mi causa la justicia:
Del écsito del combate

Ninguna duda tenia:
De ese perverso en el cielo
La sentencia estaba escrita,
Llegó por fin, y ha pagado
Los crímenes de su vida.
Recibe, valiente jóven, [*A Alberto*].
La gratitud que me anima:
Tú fuiste el digno instrumento
De la justicia divina:
Tú rompiste mis cadenas:
Por tí cobro en este dia
Mis títulos usurpados,
Y mi libertad perdida.

Alb.— Basta, señora; lo que hice
El deber me lo imponia:
Como honrado caballero,
A la virtud oprimida
Mi espada ofrecí: del cielo
Es la victoria, no mia:
¡Dichoso yo que instrumento
Fuí de las celestes iras!

Ara.— Mas no quedará sin premio,
Jóven, tu noble osadía:
Por mi heredero te nombro;
Sí, yo no tengo familia:
¡Ay! me arrebató el tirano
El solo hijo que tenia!
Tú lo serás desde ahora,
Tú formarás la delicia
De mi vejez.

Alb.— ¡Ah señora,
Tanta bondad!

Fitz.— Merecida
La tienes: como valiente
Te has portado en este dia:
Bien, hijo mio, tambien yo
Te debo mucho; esa víctima
A la desgracia arrancaste,

Tambien te debe mi hija
Su libertad. ¡Ah! cuál fuera
Tu suerte, Isabel querida,
Enlazada para siempre
A ese monstruo de perfidia!
¡Tiemblo al pensarlo! un modelo
De honradez, yo lo creia;
Baronesa, aquí os condujo
La Providencia divina,
Para arrancar al infame
El velo que lo cubria.

Ara.— Sus crímenes espantosos
Sabeis ya: su mano inicua
Fué la que del digno Ralfo
Cortó la apreciable vida.
Ese escudero que traje
Conmigo, y que en otros dias,
Fué complice involuntario
De Walter, la historia impía
Me ha referido.

Ped.— Señora,
Vuestro escudero suplica
Que ante esta ilustre asamblea,
Hablaros se le permita.

Fitz.—Haced que pase al instante. [*A Pedro. Se vá*].
Ven á mi pecho, hija mia,
Démosle gracias ál cielo.
Del precipicio en la orilla
Te ha salvado: sus bondades
Hácia mí, son infinitas.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, Alfonso, Pedro.

Ped.— Entrad.

Ara.— Entrad, el noble Fitz-Eustaquio

De hablar en su presencia os da permiso.
Decid lo que quereis.

Alf.— Noble señora,
Y vosotros tambien, ¡oh esclarecidos
Caballeros! oid: Ya las maldades
De Walter conoceis, del que yo he sido
Cómplice involuntario, y vos, señora
Perdonais generosa mi estravío.
Pero hay otro secreto, un gran secreto,
Que esperaba, señora, descubrirlo
Despues de ese combate; cuando el cielo
Castigara de Walter los delitos.

Ara.— Habla, Alfonso, declara cuanto sepas.

Alf.— El cielo que me escucha es buen testigo
Del gozo que me anima, y que en mi abono
Está escrita en el libro del destino,
Una accion buena: sí, señora, Walter,
De su ambicion frenética impelido,
A toda costa quiso de su hermano
Las riquezas poseer, y grandes títulos.
Vuestro hijo era el legítimo heredero;
Deshacerse intentó del tierno niño,
Y á mí me encomendó su asesinato,
Porque ya entonces me juzgó el inicuo
Incapaz de faltarle: de este modo
Logré tener en mi poder al hijo
De mi buen amo, y engañando al monstruo,
Que su muerte creyó, del tierno niño
Salvé los dias.

Ara.— ¡Como! qué he escuchado!
¿Y vive?

Alf— Vive.

Ara.— Es cierto? Dios benigno!
Cuánta ventura.....! ven, que yo te abrace,
Alfonso: ven.... mas dime, dime el sitio
Donde se encuentra: dímelo.

Alf.— Escuchadme.
Al infante tomé, cuyos gemidos

El corazon mas duro conmovieran,
Y conociendo el corazon benigno
Del noble Fitz-Eustaquio, en el instante
Me dirigí en silencio á este castillo:
No estabais vos en él; [*á Fitz-Eustaquio*]
pero en la senda
Que á él conduce, el depósito querido
Dejé, esperando inquieto el resultado,
Observándolo todo sin ser visto,
Pues la maleza me ocultaba: entonces
Os ví llegar; señor ví que movido
De ternura hácia el niño desgraciado,
Al pecho lo estrechabais compasivo,
Y aquí le condujisteis.

Alb.— ¡Que oigo, cielos!

Fitz— ¿Qué dices? conque Alberto....

Alf.— Sí, ese mismo,
Ese valiente, generoso jóven
Que os ha vengado.....

Ara.— Es él?....

Alf.— Es vuestro hijo.

Ara.— Hijo!... [*estrechando á Alberto*]

Alb.— Madre!.... [*echándose en sus brazos.*]

Fitz.— Que dicha!

Isa.— (No es un sueño? [*con gozo.*]
Es noble? ¡que ventura! será mio!)

[*Por un gran rato queda Alberto abrazado á Lady Arabela, llorando de ternura, y de júbilo: separa un poco su rostro, la contempla con una mirada ávida y llena de amor. Lo que sigue lo dice con muchísimo fuego, y ternura*]

Alb.—Madre!.... madre! repetir
Dejadme ese nombre amado,
Y en vuestro pecho abrasado
Vuestro corazon sentir.
Sí, yo lo siento latir
Contra el mio.... ¡qué placer!

¡Dicha inmensa! ¡Eterno Sér,
Ya puedes tomar mi vida!
¡Oh madre, madre querida!
Al fin te consigo ver.

¡Cuánto, cuánto padecí
Por no conoceros ¡Dios!
Y vos entre tanto, vos,
Llorando tambien por mí?
Ah! ya me teneis aquí:
Apenas mi dicha creo!
¡Oh madre! os escucho, os veo,
En vuestros brazos estoy!
Ya soy feliz, ya lo soy!
Cumplió el cielo mi deseo!

Madre! á la naturaleza,
A mi pecho, al mismo Dios,
Yo preguntaba por vos,
Devorado de tristeza:
Ay! en este instante empieza
Mi ecsistencia, mi alegría....

Ara.—Hijo!.... [*con trasporte vivísimo*]
Alb.— Madre.... hermoso dia!
Mil veces *hijo* llamadme!
Venid todos, abrazadme:
Padre.... Isabel.... Madre mia!

[*Arabela, Fitz-Eustaquio é Isabel lo rodean abrazándolo, y cae el telon.*]





A ninguna de las tres.

PERSONAGES.

DON TIMOTEO.	CLARA.
DOÑA SERAPIA.	DON CARLOS.
LEONOR.	DON JUAN.
MARIA.	DON ANTONIO.

La escena pasa en México, 183. . . en la casa de D. Timoteo.

ACTO PRIMERO.

Sala decentemente amueblada.

ESCENA I.

DON TIMOTEO, DOÑA SERAPIA, [*de gala*].

D. Tim.—Vaya, Serapia, estás hoy
Muy elegante; ¡qué bello!
¡Qué rico vestido! ¡diablo!
Si no fuera por tu pelo
Un poco blanco, y las rugas
De tus mejillas, apuesto
Que ninguno te daria
Mas de treinta y cinco.
Dª Ser.— ¿Cierto?
¿Conque no parezco mal?
D. Tim.—¿Cómo mal? si poco menos
Estás hoy como aquel dia
Que nos casamos: me acuerdo
Como si fuera hoy.
Dª Ser.— Con todo,

Treinta y dos años y medio
Hace que pasó.

D. Tim.— Es verdad,
¡Qué pronto se pasa el tiempo!

Dª Ser.— ¡Y qué tiempos!

D. Tim.— Muy felices;
No se parecen á estos:
¡Ay! hija, por mas que digan
Los pisaverdes modernos,
Aquello era mucho, ¡mucho!
¿Te acuerdas con qué salero
Bailabas una *Gavota*?

Dª Ser.— Y tú tambien, picaruelo,
Aquel *Minuet de la corte.*

D. Tim.—Y el *Calafat.*

Dª Ser.— Y el Bolero.

D. Tim.—No; pero nada, Serapia,
Como el *Campestre:* me acuerdo
Que estaba yo como tonto,
Mirando tus movimientos:
Desde la primera parte,
Sentí dentro de mi pecho
Cierta inquietud... cierta cosa....
Lo que llaman los modernos,
Simpatía: pero ¡vaya!
Cuando hizo tu pié derecho
Aquel molinete, entonces
Se me trastornó el cerebro.
¡Ay! y qué noche me diste!
En toda ella cstuve viendo
Tus piés en mi fantasía;
Y era tan grande el empeño
De recordarlos, que dije
Al punto á mi cocinero,
Que me guisara á otro dia
Unas patitas de puerco.

Dª Ser.— ¡Ah! ah! a h!

D. Tim.— Te ries,

Y con razon, lo confieso,
Si digo que estaba loco,
Loco de remate, y luego
Con tus desdenes malditos
Me hacias rabiar.

Dª Ser.— Lo creo,
Me amabas mucho, me amabas
Como se amaba en mi tiempo;
Y yo tambien te queria;
¿Pero cómo luego luego,
Lo habia de confesar?
No señor.

D. Tim.— ¡Oh! no, primero
Era preciso pasar
Unas noches al sereno,
¿No es verdad?

Dª Ser.— Cabal! Ahora
Todo es mas pronto.

D. Tim.— Se han hecho
Muchos progresos en todo;
Llega un jovencillo lleno
De perfumes; media hora
De charla, suspiros tiernos,
Semblante triste; en la tarde
Una vuelta en el paseo
Junto al coche de la niña:
En la noche algun encuentro
En las *cadenas* ó el teatro:
Si un cómico dice un verso
Que hable de amor, al instante
El rendido caballero
Dirige ardiente la vista
Al palco, como diciendo:
"Esa Julieta, eres tú,
Y yo soy ese Romeo."
Con esto queda concluido
El asunto, y de concierto
Los amantes. A otro dia

Lleva el jóven algun verso
A la novia: poco importa
El que sea suyo ó ageno:
Cambia el nombre si es preciso,
En vez de *Silvia*, poniendo
Anastasia, porque al cabo,
Dos sílabas mas ó menos
Poco importan; la sustancia
Es lo esencial.
Dª Ser.— ¡Por supuesto!
D. Tim.—Por fortuna en estos dias
Hace todo el mundo versos.
Dª Ser.— Pero no en latin.
D. Tim.— ¿Latin?
¡Pues estás fresca! yo apuesto
Que no saben declinar
A *Musa Musæ.*
Dª Ser.— Ya; pero....
D. Tim.—Pero saben italiano,
Frances, ingles.
Dª Ser.— Mas no griego
Como en mis dias.
D. Tim.— Serapia,
Para mí es un mundo nuevo
En el que vivimos hoy;
Ya ves, hasta el coliseo
Ha cambiado: ya no agradan
Las comedias de aquel tiempo:
Juana la Rabicortona,
El Mágico de Salerno,
La Fuente de la Judía,
El Príncipe Jardinero.
Estos eran comediones
Divertidos.
Dª Ser.— Y muy buenos,
Y muy morales.
D. Tim.— ¡Caramba
Si eran morales! me acuerdo

Que una vez salí llorando
Como chico de colegio,
De ver á San Agustin
Quedar convertido.

Dª Ser.— El ciervo....

D. Tim.—Qué ciervo, ni qué....

Dª Ser.— Es verdad;
Tienes razon, ya me acuerdo,
Es en Santa Genoveva
Lo del venado. Ya eso
Acabó, y las tonadillas
Que llamaban *intermedios.*
Hoy está en boga un tal Fugo.

D. Tim.—Hugo dirás.

Dª Ser.— ¿Yo qué entiendo
De esos nombres que no están
En el calendario nuestro?
Hasta en eso entró la moda:
A nadie le ponen Diego,
Ni Jacinto, ni Macario,
Ni Roque, ni Timoteo;
Sino Arepo, Arturo, Adolfo;
En fin, santos estrangeros
Que ni estarán bautizados.
En todo caso me atengo
A los nuestros, que por fin
Son ya conocidos viejos,
Y el refran dice: "Mas vale
Malo conocido, que bueno
Por conocer."

D. Tim.— Calla, calla,
Serapia, ¿qué estás diciendo?
¿Qué disparates ensartas?

Dª Ser.— ¿Pues qué, digo mal? El cielo [*Aflojándose el vestido.*]
Sabe mi intencion. ¡Dios mio!
¡Y qué trage tan molesto
Es el vestido de gala!
Solo por ser, Timoteo,

Dia de tu santo, pude
Apretarme tanto.

D. Tim.— Cierto;
¿Y piensas tú, mona mia,
Que yo no te lo agradezco?
Mucho, mucho; siempre has sido
Un acabado modelo
De esposas: tengo tal gusto,
Que no me cabe en el pecho.
Sí, Serapia, hoy es el dia
En que se van mis deseos
A colmar, con la eleccion
Que haga Juanito. Yo creo
Que le gusta mas Leonor,
Que las otras dos.

Dª Ser.— Yo pienso
Lo mismo; no, y la muchacha
Lo merece.

D. Tim.— Por supuesto.
¡Pobrecilla!

Dª Ser.— ¿Y Don Antonio
Vendrá á comer hoy?

D. Tim.— Lo espero.

Dª Ser.— Aquí viene ya.

ESCENA II.

Dichos, Don Antonio.

D. Ant.— ¡Oh! vecina,
¿Pues qué tenemos de bueno
Que está usted tan adornada?

Dª Ser.— Que diga á usted Timoteo
El motivo: yo me voy
A mirar por allá dentro
Lo que ocurre: ya usted sabe
Que para esto del aseo

De la casa y la cocina,
Yo lo hago todo: no quiero
Que se molesten mis hijas,
A quienes ha dado el cielo
Inclinaciones mas altas.

D. Ant.— Es verdad. [*Con ironía*].

Dª Ser.— Pues hasta luego.

[*Se vá, haciéndole una gran cortesía á D. Antonio*].

ESCENA III.

DON TIMOTEO, DON ANTONIO.

D. Tim.—¡Pobre Serapia! está loca
Con las muchachas, y cierto
Tiene razon: cada una
Es en verdad un portento.
Mariquita toca, canta,
Baila; en fin, es un modelo
De perfeccion: agil, viva,
Siempre de broma y riendo.
Clara, por distinto estilo....
¡Ah! Don Antonio, el talento
De mi Clara, es mucha cosa:
Ya ve usted, siempre leyendo
Periódicos literarios
Y políticos: apuesto
Que sabe mas ella sola,
Que tres ministros.

D. Ant.— [*riendo*]. En eso
No hay mucha ponderacion,
Amigo Don Timoteo.
Adelante.

D. Tim.— ¿Pues Leonor?
¡Oh! Leonor es mucho cuento:
¡Qué corazon tan sensible,
Tan encendido, tan tierno!

¡De cualquiera cosa llora!
Antes de ayer, por ejemplo,
Estaba triste, bajando
Los ojos cada momento:
Otras veces los alzaba
Fijándolos en el cielo;
Y por fin, la pobrecilla
Se puso á llorar: yo lleno
De inquietud....

D. Ant.— [*con ironía*]. Ya; como padre!

D. Tim.—Yo le pregunté el objeto
De sus penas, y me dijo:
"¡Oh padre mio, yo muero
"De dolor! la pobre Clara."
—¡Qué! le dije muy inquieto,
¿Le ha sucedido á tu hermana
Alguna cosa? volemos
A verla. "No, padre mio,
"Me respondió, nada de eso,
"No hablo de Clara mi hermana,
"Clara de Alva... ¡Qué tormento
"Pasó la infeliz! ¡Qué lucha
"Sostuvo entre sus afectos
"Y su deber!"

D. Ant.— ¡Conque todo
Su dolor y desconsuelo
Era por haber leido
Una novela? ¡muy bueno!
¿Y sabe usted por ventura
A qué se reduce el cuento
De ese libro?

D. Tim. No señor;
Pero dicen que es muy bueno.

D. Ant.— ¡Oh, sí, muy bueno! Se trata
De una jóven, que algun tiempo
Resistir supo á un amante;
Pero como el bribonzuelo
Era tenáz, ella en uno

De aquellos fuertes momentos
De ternura, faltó al cabo
Al marido.

D. Tim.— ¡Diablo!

D. Ant.— Pero
Eso sí, no faltó en nada
A la virtud.

D. Tim.— No lo entiendo:
Sin faltar á la virtud
Hacer á un hombre.... San Diego
Nos preserve.

D. Ant.— Pero, amigo,
Si fué tan solo un momento
De estravío.

D. Tim.— Con mil diablos
¿Pues qué no basta con eso?

D. Ant.— No señor, porque fué todo
Sin mala intencion.

D. Tim.— Reniego
De su intencion.

D. Ant.— Pues amigo,
Todo esto ni mas ni menos
Dice la tal novelita.
Sabe usted, Don Timoteo,
La franqueza con que siempre
He hablado á usted: yo no apruebo
Ese modo con que educa
A sus hijas.

D. Tim.— Bueno, bueno;
Siempre está usted con lo mismo.

D. Ant.— Sí señor, siempre: el afecto
Que profeso á usted, me hace
Hablarle así.

D. Tim.— Segun eso,
¿Usted quiere que sofoque
De mis hijas los talentos?
¿Que laven, cosan ó planchen,
Estén siempre en el brasero,

Disponiendo la comida,
Y en fin, que tengan empleo
De criadas?

D. Ant.— No, señor;
Pero que sepan al menos
Aquellas obligaciones
Que son propias de su secso.
La música, la pintura,
El baile, todo es muy bueno,
Y sirve á una señorita
De atractivo y de recreo:
Pero amigo, todo es malo
Cuando se lleva al esceso.

D. Tim.—Muy bien: agradezco mucho
Tan saludables consejos;
Mas yo tengo mis razones:
Conque así, no disputemos:
Supongo que esto no turba
Nuestra amistad.

D. Ant.— Nada de eso:
Mi cariño es siempre el mismo;
Yo digo á usted lo que pienso;
Pero solo á usted le toca
Hacer lo que quiera en esto.

D. Tim.—Bien está: pues á otra cosa:
Usted, segun lo que veo,
No sabe por qué motivo
Estamos hoy previniendo
Una fiesta?

D. Ant.— No, en verdad.

D. Tim.—Pues Don Antonio, yo debo
Quejarme de usted.

D. Ant.— ¿Por qué?

D. Tim.—¿Cómo por qué? usted ha puesto
En olvido que hoy es dia
De mi santo.

D. Ant.— Lo confieso:
No me acordaba.

D. Tim.— Pues bien,
Ya lo sabe usted, y cuento
Que nos acompañará
A comer hoy.
D. Ant.— Lo agradezco.
D. Tim.—Bueno; pues no es esto solo:
Tome usted ahora un asiento,
Y oiga el principal motivo
De mi gozo. [*Se sientan.*]
En otro tiempo,
Cerca de seis meses antes
De casarme, me ví lleno
De miseria, jóven, libre,
Sin algun conocimiento
Del mundo, sin un amigo
Que me mostrara el sendero
De la dicha, y entregado
A juveniles escesos,
Agoté cuantos recursos
Me habian dejado; muriendo,
Mis padres; contraje deudas,
Y por fin, llegué al estremo
De no tener un asilo,
Ni aun el preciso sustento.
Los amigos, que algun dia
Eran siempre compañeros
De mis vicios y locuras,
Que mientras tuve dinero
Solícitos me seguian,
Mis errores aplaudiendo,
Viéndome pobre, abatido,
Y sin recursos, se fueron
Retirando, y quedé solo,
De rabia y vergüenza lleno.
En medio de mi desgracia,
Me quiso mandar el cielo
Un hombre, ó mas bien un ángel,
Porque tal era Don Pedro

De Miranda, rico, noble,
Con un corazon dispuesto
A hacer bien á todo el mundo:
Este amigo de colegio,
Que mil y mil ocasiones
Me reprendió mis escesos,
Viéndome luego abatido,
Me ausilió, me dió los medios
Para salir del apuro;
Y no tan solo le debo
La riqueza que hoy disfruto,
Sino la vida.... no puedo
Recordar sus beneficios
Sin llorar.

D. Ant.— Bueno, muy bueno!
Esas lágrimas, que pocos
Derraman, Don Timoteo,
Honran á usted. [*Aparte.*] En verdad
Es lástima que los cielos
Como le han dado virtudes
No le dén entendimiento.

D. Tim.—En aquellos mismos dias,
Tuve una fiebre, y Don Pedro,
Siempie al lado de mi cama,
Siempre de ternura lleno,
Me sacó, como quien dice,
Del sepulcro.

D. Ant.— Bien, ¿y luego?

D. Tim.—Tuvo que marchar á Europa
Por asuntos de comercio.
Nos despedimos llorando,
Mas no pasaba un correo
Sin recibir carta suya
Y escribirle yo. Don Pedro
Era viudo y tenia un hijo
Que llevó á Europa. A su seno
Llamó, en fin, Dios á mi amigo,
Y durante mucho tiempo,

No supe del hijo suyo
La suerte: hará mes y medio
Que él mismo vino á mi casa
A visitarme, diciendo,
Que al morir su anciano padre,
Le encargó, que en el momento
Que pusiera el pié en su patria
Viniera á verme: no tengo
Que decir á usted el gozo
Que tuve al punto de verlo,
Y lo he alojado en mi casa:
Juanito, á quien tanto aprecio
Tiene usted, ese es el hijo
De mi amigo.

D. Ant.— Y un modelo
De honradez: no se parece
A su tonto compañero,
Al Don Carlitos. ¡Caramba
Jamás he visto un muñeco
Mas fastidioso!

D. Tim.— Yo al punto
Concebí el mejor proyecto
Que me ha ocurrido en mi vida,
Para pagar lo que debo
Al padre de Juan, y dije
A nuestro jóven: yo tengo
Tres hijas, elige una
Para esposa, y heredero
De una parte de mis bienes
Serás.

D. Ant.— Muy buen pensamiento;
Y él ¿qué respondió?

D. Tim.— Me dijo
Que era preciso primero
Conocer bien á mis hijas;
Mas no me bastó con eso,
Y señalamos un plazo
Para que eligiera.

D. Ant.— Bueno:
¿Y cuándo se cumple?
D. Tim.— Hoy mismo,
Que es mi santo.
D. Ant.— Pues veremos
Lo que resulta.
D. Tim.— [*levântándose*] Ya tarda
En llegar.
D. Ant.— ¿Y el embustero
De Don Carlitos vendrá
Con Don Juan?
D. Tim.— Así lo creo.
D. Ant.— Pues no cuente usted conmigo
Para comer hoy: no puedo
Sufrir á ese charlatan.
Sin cesar está mintiendo:
A título de que ha visto
A Paris, todo lo nuestro
Le disgusta, todo es malo
Para él, si no es estrangero.
Criticar siempre de todo
En su pais, es un efecto
De una educacion muy baja:
Si no encuentra nada bueno
En su patria, debiera
Por gratitud, por afecto,
Callarse, disimular,
Y compadecerla: cierto
Que tenemos cosas malas,
A mi pesar lo confieso:
Pero ¿qué nacion, amigo,
Hay que no tenga defectos?
No; yo soy muy mexicano.
D. Tim.—Pero Don Antonio, al menos
Haga usted el sacrificio
Siquiera por hoy: sí, cuento
Con usted: por un amigo
Se pasa un mal rato.

D. Ant.— Cedo
Por usted; pero repito
Que soy muy duro de genio;
Y aunque quiera reprimirme,
No sé si podré. [*Ruido de coche.*]
D. Cárl.— [*dentro*] Cocheros
Mas tontos que los de aquí,
No se encuentran.
D. Ant.— Ya tenemos
Al charlatan en campaña:
Yo me voy por allá dentro
Al corredor, y me iria
Por no verlo, al mismo infierno.
Llevaré algun diario.
D. Tim.— Ya!
Como usted guste.
D. Ant.— Hasta luego.
[*Vase, tomando de sobre la mesa un papel.*]

ESCENA IV.

D. Timoteo, D. Juan, D. Carlos.

D. Juan—Muy buenos dias, amigo. [*á D. Tim.*]
D. Cárl.—Adios, caro ¿cómo va? [*al mismo, apretándole*
Ya nos tiene usted acá. *la mano.*]
D. Tim.—Me alegro mucho.
D. Cárl.— Testigo
Voy á ser de la ventura
De mi Juan, ¡dulce amistad!
Pero vamos, la verdad, [*á D. Juan.*]
¿Quién ha de ser la futura?
¡Vive Dios, que Leonorcilla
Es la que mas te ha petado!
Oh! ¿te pones colorado?
Pues la cosa es muy sencilla,
Sí; me gusta la eleccion;
Parece una parisiense:

No es menester que lo piense,
Tengo gran penetracion:
Es ella ¿es verdad? es ella;
Si lo dije el primer dia:
Aquella melancolía,
Aquel aire ¡cómo es bella!
En fin, es una muger
Comme il faut; tan solo en Francia
Tendrá igual: ¡oh! no es jactancia:
Sé lo bueno conocer:
Solo en la fisonomía
Adivino si una hermosa
Es afable ó desdeñosa,
Si es un ángel ó una harpía.
Miren ustedes: yo ví
Allá en la Plaza de Greve,
Una hermosura, y muy breve
Su carácter descubrí:
Bajo un hermoso semblante
Ocultaba un corazon
Trés mechant, era un dragon.

D. Tim.—No pase usted adelante,
Sin que se sirva decirme
Qué es eso de *trés mechant*.

D. Cárl.—Vaya, si lo he dicho, Juan,
Yo no puedo discurrir
Por un momento siquiera
Sin hablar francés ¡qué diablo!
Es tan bello! yo lo hablo
Sin advertir, con cualquiera.
El idioma castellano
Es tan helado, tan frio:
Diera un brazo, amigo mio, [*á D. Juan.*]
Por ser francés ó britano.

D. Tim.—Pero el *trés mechant*, por fin
¿Qué significa?

D. Carl.— Un *frippon.*

D. Tim.—Menos lo entiendo.

D. Cárl.— Un bribon,
Un hombre bajo y ruin.
D. Tim.—Lo voy comprendiendo ya.
D. Cárl.—Mas ¿dónde están las hermosas?
¿En su toilette?
D. Tim.— En sus cosas
Que tienen ellas allá.
D. Cárl.—¡Sus cosas! Don Timoteo,
Ese es lenguaje muy llano.
D. Tim.—Hablo mal el castellano,
Pero se entiende.
D. Cárl.— Lo creo. [*A D. Juan, que se ha sentado hace algun rato á leer los impresos.*]
¿Y cuál es ese papel?
D. Juan.—Es el Diario del gobierno.
D. Cárl.—¡Vaya el tal Diario al infierno!
Si fuera el *Universel.*
Ese es bueno: ya se ve.... [*A D. Tim.*]
¿Y me quiere usted decir
Quién lo da? Voy á escribir
Un poco de *varieté.*
D. Tim.—¿Quién lo da? el repartidor:
Y no lo dá, que lo vende.
D. Cárl.—Amigo, usted no me entiende:
Que ¿quién es el redactor?
D. Tim.—Ah! no lo sé.
D. Cárl.— ¿Y está aquí? [*Hojeando los papeles.*]
D. Tim.—¿Para qué pagar su abono
Si no lo entiendo?
D. Cárl.— Por tono.
¿Va usted á la ópera?
D. Tim.— Sí.
D. Cárl.—Entónces hace usted mal,
Si el italiano no entiende.
D. Tim.—Fácilmente se comprende.
D. Cárl.—Bravo! y que es universal
De la música el idioma:
¡Cuánto me agrada Rossini!

Pero es mas tierno Bellini,
Mas *tocante:* yo ví en Roma,
No, no en Roma, fué en Milan,
Ví *Pirata*, ví *Estrangera:*
¡Oh qué hermosas! Creo que era
Por la fiesta de San Juan.
¡Cabalmente! Pero nada
Como *Norma* ¡qué belleza!
Habla allí naturaleza.

D. Juan—[*Aparte.*] ¡El tal Cárlos ya me enfada!
¡Qué loco tan hablador!

D. Tim.—[*Aparte.*] ¡Qué jóven tan estupendo!
¡Segun lo poco que entiendo,
Es alhaja de valor!
Si pudiera colocar
A Mariquita con él....

D. Cárl.—Hombre, deja tu papel, [*A D. Juan.*]
Y acércate á conversar.
Me maravillo que en dia
Para tí de tal contento,
Estés ahí macilento,
Lleno de melancolía:
Vamos, hombre, ven aquí.
¡Qué paciencia! ¡Qué cachaza!

D. Juan—Si no dejas meter baza.

D. Cárl.—Pues no hagas caso de mí.
Yo soy completo francés,
Alegre, vivo, ligero:
¡Vaya! Si no hablo, me muero.

D. Juan—Habla cuanto quieras, pues.

D. Cárl.—¿Y esta noche qué comedia
En el teatro darán?
¡A que nos encajarán
Una clásica tragedia!
¡Vaya! no se puede estar
En el teatro, ¡qué feo!
No parece coliseo,
Sino viejo palomar.

No se encuentra una nacion
Mas que México atrasada:
Da vergüenza: aquí no hay nada:
Ni gusto, ni ilustracion.
Ni ornato, ni policía,
Ni finura, ni alegría.
Ni hermosura, ni elegancia,
Repito que solo en Francia
Se vive con alegría.
En los soirées ¡qué finura!
¡Qué dulce afabilidad!
¡Cuánta sensibilidad!
¡Cuánta graciosa locura!
El amable aturdimiento,
El entusiasmo, el bullicio,
Vaya! si yo pierdo el juicio
Al verme aquí ¡qué tormento! [*Mirando*
¿Mas no es aquella Leonor? *adentro.*]
No hay duda que es ella, sí;
Juanito, ya viene allí
El objeto de tu amor.
¿No sientes un dulce afan?
¡Qué elegante! ¡Qué bonita!
¿Tu corazon no palpita?
Eres un clásico, Juan.
Eres hijo del pais,
No, no lo puedes negar.

D. Juan—[*Parándose.*] Ni tampoco remediar.

D. Cárl.—Para amar solo en Paris;
Allí sí se estudia el modo
Hasta de poner el pié,
Los ojos, la boca, ¡qué!
Por principios se hace todo.
Ven, y mírala, entregada
Toda entera á la lectura:
¡Cuánto es bella una hermosura
Distraida, abandonada!

D. Tim.—Siempre usted la verá así,

No conoce otro placer.
D. Cárl.—Divina, *charmante* muger.
¡Qué lástima que esté aquí!

ESCENA V.

DICHOS, LEONOR.

[*Sale leyendo sin ver á nadie, y se sienta en un sofá; despues de una ligera pausa deja el libro y representa.*]

Leonor.—¡Ha muerto, ha muerto el mísero
Jóven desventurado,
Modelo acrisolado
De ternura y amor!
¡Ay! ese pecho cándido
Despojo de la muerte,
Mereció mejor suerte,
¡Oh vida de dolor!
¿Quién no derrama lágrimas
Al leer tu triste historia?
Y ¿quién á tal memoria
No se siente morir?
Recibe, triste víctima,
Recibe el llanto mio:
Yo tu destino impío
Siempre sabré seguir.
[*Deja el libro: queda como meditabunda en el sofá.*]
D. Cárl.—¡Qué pecho tan simpático.
D. Tim.—Sí, es muy sensible, mucho.
Hija....
Leonor— ¡Qué voz escucho!
¡Oh padre! ¿Dónde estoy?
Mrrad.... Su rostro pálido:
Oid.... ese sonido....
¡Ha muerto! ¡Está perdido!
D. Tim.—Escúchame: yo soy:
Vuelve en tu acuerdo ¡mísera!
Su corazon palpita.

¡Paloma!

D. Cárl.— ¡Señorita!

D. Tim.—Háblale tú. [*A D. Juan.*]

D. Juan.— ¡Leonor!

D. Cárl.—¡Leonor! ¡Qué hombre tan frígido!
¡Qué pecho tan helado!
Dile á sus piés postrado:

[*Postrándose delante de Leonor y tomándole una mano.*]

"¡Mi bien! ¡Mi dulce amor!"

Leonor.— Dejadme, dejadme, [*Levantándose y empujando á D. Cárlos.*]
¿Y es esta la vida,
Tormentos, horrores,
Continuo penar?
¿Y el hombre se afana
Por ella? ¡Insensato!
Mas vale á la tumba
Mil veces bajar.

D. Tim.—Escucha, hija mia,

[*Siguiendo á Lesnor, que se pasea agitada por el teatro.*]

La voz de tu padre.

Leonor.— ¡Oh padre! ¿Y es cierto? [*Sosegándose.*]
¿Fué todo ilusion?

D. Cárl.—Ya vuelve en su acuerdo:
¡Miradla qué hermosa!
Acércate, calma [*A D. Juan.*]
Su fiel corazon.
¿No sientes tu pecho
Saltar de ternura?

D. Juan.— No.

D. Cárl.—¿No? Eres un mármol,
Palabra de honor.

Leonor.— ¡Oh padre! Perdona:
La historia de Werter
Mi pecho ha llenado
De horrible dolor.
¡Tan jóven! ¡Tan tierno!
¡Tan bello! ¡Tan fino!
¡Qué suerte tan fiera!

D. Tim.—Olvida eso ya.
D. Cârl.—Amable belleza,
Aquí está Juanito;
Miradle qué triste,
Qué pálido está!
Leonor.— Amigo. [*Tendiêndole la mano*].
D. Juan.—¿Ha pasado el rato funesto?
Leonor.— ¡Oh! sí ha pasado.
D. Tim.—Ya vuelve á reir.
D. Juan.—¿Y por qué leer libros
Que dan á usted pena?
Leonor.— Amigo, sin ellos
No puedo vivir.
El siglo en que estamos
Carece de encantos:
Pasiones comunes
Miramos no mas:
¡Mil veces felices
Los séres dichosos,
Que vieron el mundo
Mil años atras!
Entonces, entonces
Un buen caballero,
Cifraba su dicha
Tan solo en amar:
La voz de una amada
Mandaba en su vida,
Sabiendo por ella
La muerte arrostrar.
Diez años ó veinte
Pasaban sin verse,
Y no se entibiaba
Por eso su amor.
D. Cârl.—¡Terrible constancia!
Leonor.— ¡No se halla en el dia!
D. Cârl.—¿Dos meses? que pase....
Leonor.— ¿Dos meses? ¡qué horror!
No, yo no quiero

La vida presente;
¡Helada ecsistencia!
¡Funesto vivir!
Yo encuentro en mis libros
Un mundo mas bello.
¡Oh Werter! yo debo
Contigo morir!

D. Tim.—¿Morir? ¡San Francisco!
¡Qué dices, muchacha!
¿Y á un padre que te ama
Quisieras dejar?

Leonor.— ¡Oh padre! bajemos
Los dos á la tumba!

D. Cârl.—¡Bien dicho!

D. Tim.— ¡Mal dicho!
No quiero bajar.
Es cierto que á veces
Amarga la vida;
Mas siempre la muerte
Es mucho peor.

Leonor.—¡Ah! no, no, la tumba,
La tumba es el puerto,
El puerto seguro
Do acaba el dolor.

D. Tim.—¡Muy bien! será puerto,
Será lo que quieras;
Mas yo estoy contento
Del mundo en la mar.

D. Cârl.—Amigo, en Europa
No se anda con esas;
Allí cuando alguno
Se quiere matar,
Toma un *pistolet*,
La carga, y al punto
Del pícaro mundo
Se vá *sans façon*.
¡Oh! no hay como Francia,
Se vive contento,

Contento se muere!
Leonor.— ¡Dichosa nacion!
D. Tim.—Muy buena es la moda;
Yo tengo mal gusto:
¿Y usted, Don Carlitos?
D. Cârl.—¡Oh! yo por mi fé,
Os juro que solo
En esta no he entrado.
D. Juan.—¿De veras? [*Riendo*].
D. Cârl.— Te digo
Que no me maté.
No hablemos mas de estò;
De amores, de gozo,
En dia tan bello
Debemos hablar.
María.— [*dentro*]. Muchacha, mis flores.
D. Cârl.—[*cantando*]. *Cual voce io sento*
De joia é di espeme
Mio sen palpitar.
D. Tim.—Muy bien, Don Carlitos. [*Aplaudiendo*].
D. Juan.—De risa me muero.
Leonor.— Dichosos ustedes
Que pueden reir.
D. Tim.—[*á Leonor*]. Aliéntate, vamos.
Leonor.— No puedo, no puedo:
Mis nervios padecen,
Me siento morir.
D. Tim.—Pues vé con Juanito:
El aire del campo
Te hará bien: Juanito,
Llevadla al jardin.
D. Juan.—Iremos. [*Presentando el brazo á Leonor*].
D. Tim.— Despacio.
D. Juan.—[*aparte*]. ¡El cielo me ampare!
Leonor.— Adios, padre amado.
D. Tim.—Adios, serafin.
Leonor.— Adios, Don Carlitos.
D. Cârl.—Adio, cara. [*A D. Juan á tiempo de ir andando: aparte*].

Aprieta,
Al uso de Francia,
Con mucho calor.
D. Juan.—Si llora por Werter. [*Aparte á Cârlos*].
D. Cârl.—Si Werter ha muerto.
Aprieta, te digo.
D. Tim.—¡Qué amable candor!

ESCENA VI.

D. Timoteo, D. Carlos.

D. Tim.—¿Ha visto usted en su vida,
Una jóven mas sensible?
Vaya, vaya, no es posible;
Es muy tierna mi Leonor.
D. Cârl.—¡Es verdad, á fé de Cárlos!
Es la mas tierna belleza:
¡No respira, qué pureza!
¡No son sus ojos, qué amor!
¿Usted no ha estado en Paris?
D. Tim.—No señor.
D. Cârl.— Mucho lo siento:
Allí sí que es un portento...
¡Oh la preciosa ciudad!
Allí no hay una muger
Que sea helada ni egoísta;
Hasta una triste modista
Tiene sensibilidad.
¡Todo es amor en Paris!
¡Cómo se inflama el deseo!
Hasta usted, Don Timoteo,
Fuera víctima de amor.
D. Tim.—Vaya, vaya, yo me rio,
¿Amores yo? y á mi edad?
D. Cârl.—Pues es la pura verdad.
D. Tim.—¿Cierto?

D. Cárl.— Palabra de honor.
D. Tim.—Pero ya ve usted mis canas....
D. Cárl.—¡Bueno! valiente friolera!
Esas las quita cualquiera....
Aun aquí que es buen decir.
D. Tim.—¿Y mis arrugas?
D. Cárl.— Tambien.
Las quitan allí al momento.
D. Tim.—Será por encantamiento.
D. Cárl.—No señor.
D. Tim.— Quiero reir....
¿Con que es decir que en Paris
Entra un achacoso anciano
Y sale un mozo lozano
Lleno de gracia?
D. Carl.— Cabal.
D. Tim.—Pues amigo, digo á usted,
Que ha llegado á mucho el arte.
D. Cárl.—No hay en el cuerpo una parte
Que no suplan muy igual.
¿Le falta á usted una pierna,
Un brazo, un ojo, una mano?...
Pues va usted á un artesano,
Y en un par de horas ya está.
D. Tim.—¿Y las rugas?
D. Cárl.— Un licor
Hace rejuvenecer.
D. Tim.—¡Hay qué gozo! ¡qué placer!
Pues señor, me voy allá.
D. Cárl.—¡Bravo! un hombre como usted,
Que tiene tanto dinero,
Es un tonto, un majadero,
Si no hace un viage.
D. Tim.— Es verdad;
Pero á la mar tengo miedo.
D. Cárl.—¡Tontera! ¿Ve usted aquí
Cómo ando yo? pues allí
Hay mayor seguridad.

(Ojalá caiga este tonto, [*Aparte*].
A ver si me voy con él
Y hago un brillante papel).
D. Tim.—Me voy animando á ir.
D. Cârl.—Bien hecho, amigo, bien hecho;
Pasará usted buena vida.
(Para que al fin se decida, [*Aparte*].
Voy á charlar y mentir.)
Verá usted, Don Timoteo,
Qué calles tan espaciosas,
Todos los pisos de losas
De mármol.
D. Tim.— ¡Cuánto primor!
D. Cárl.—Hay algunas que tendrán
Cuatro leguas.
D. Tim.— ¡Qué! ¿las losas?
D. Cárl.—No, las calles. ¡Y qué hermosas!
En las casas, ¡qué esplendor!
Las hay de mármol, de bronce,
De esmalte, y aun de marfil,
Grabadas por un buril
Que parece celestial:
Teatros hay en que sin duda
Podrán caber dos millones.
D. Tim.—¡Santo Dios! y qué pulmones
De los cómicos!
D. Cárl.— No tal,
Que cualquiera voz se escucha
Por todos perfectamente.
D. Tim.—¿Y cómo?
D. Cárl.— Muy fácilmente,
Por medio de un tornavoz.
D. Tim.—¿Y para ver de tan lejos
Será preciso un anteojo?
D. Cárl.—No señor, que cualquiera ojo
Ve sin él.
D. Tim.— ¡Válgame Dios!
¿Y cómo?

D. Cárl.— Hay ciertos espejos....
Puestos de cierta manera,
Que... pues... así... no fuera
Fácil una esplicacion:
Todo es por máquina, todo.
D. Tim.—¡Qué malditos estrangeros!
Si creyera en hechiceros,
Dijera que ellos lo son.
D. Cárl.—[*aparte*]. A fé mia no encontraba
Cómo salir del apuro.
Amigo, yo os aseguro [*Alto*].
Que hay muchísimo que ver:
Allí dinero es el todo;
Lleve usted el suyo allá,
Y le digo que tendrá
Una vida de placer.
D. Tim.—Mire usted cómo Juanito
Nada de esto me contaba.
D. Cárl.—[*aparte*]. ¡Cielos! ya no me acordaba:
Juan me puede desmentir!!
D. Tim.—Pues señor, estoy resuelto,
Me voy á Francia, me voy.
D. Cárl.—Si útil de algun modo soy....
D. Tim.—Si usted tambien ha de ir.
D. Cárl.—Pues en mí encontrará usted
Un *cicerone*.
D. Tim.— ¿Qué?
D. Cárl.— Un guia.
D. Tim.—¡Ay qué gusto! ¡qué alegría!
Rabiando estoy por marchar.
D. Cárl.—[*aparte*]. Ya cayó en la ratonera.
D. Tim.—¡Oh! muy presto nos iremos.
D. Cárl.—¿Y cuándo?
D. Tim.— Ya, ya veremos,
Yo podré necesitar
Para arreglar mis asuntos...
¡Oh! muy poco, muy poquito...
Veinte años.

D. Cárl.—[*aparte*]. ¡Viejo maldito!
¡Si los pensará vivir!
D. Tim.—Sí; para este tiempo creo
Que estaré desocupado.
D. Cárl.—[*aparte*]. Pues señor, bien he quedado
Despues de tanto mentir.
[*Se oye cantar dentro á Mariquita*].
D. Tim.—Ya viene allí Mariquita;
¿Oye usted? siempre cantando,
Nunca la he visto llorando;
Tiene un bello corazon.
Dejo á usted quien le acompañe,
Yo me voy con Don Antonio. [*Se vá*].
D. Cárl.—*Bien, tres bien:* ¡Anda al demonio!
¡Qué viejo tan socarron!
Me divertiré un momento
Con esta preciosa loca:
Yo pensé viajar de coca,
¡Ay qué chasco tan fatal!
¡Vaya, si tengo razon!
Nada hay en México bueno:
He aquí un viejo de oro lleno,
Pero el mas grande animal.

ESCENA VII.

DON CARLOS, MARIA.

[*Sale ésta cantando, sin ver á D. Cárlos, y va derecha á un tocador que habrá al frente, á componerse el peinado*].

María.— Vamos, vamos, no estoy mal,
Este rizo me va bien;
¡Oh! yo tengo cierta sal....
Una cara angelical:
¿Y quién me resiste, quién?
Si, Mariquita es muy bella,

Dirán muchos elegantes.
Parece luciente estrella,
¡Qué! si no hay otra como ella.
Hoy tendré muchos amantes,
Hasta seis puedo ajustar,
Sin contar con los ausentes;
Es número regular:
¡Qué placer es conquistar!
¡Pobrecillos inocentes!
Véamos si puedo traer
Sus nombres á la memoria.... [*Se voltea, y al ver á D. Cárlos, queda como avergonzada*].
¡Ay Dios!

D. Cárl.— ¿Y no ha de haber
Una plaza que obtener
En esa tan larga historia?

María.— ¡Ah! ¿qué estaba usted aquí?

D. Cárl.—Contemplando esa hermosura.

María.— ¿Y me ha escuchado usted?

D. Cárl.— Sí,
Mas no tema usted de mí,
Encantadora criatura.

María.— ¡Oh! yo hablaba necedades:
Cosas que en verdad no siento.

D. Carl.—Pero hablaba usted verdades.

María.— No, Don Cárlos, vaciedades,
De que despues me arrepiento.

D. Cárl.—No, no; yo puedo jurar,
Por mi propio corazon,
Que no puedo adivinar
Cómo es posible encontrar
Tal gracia en esta nacion.
Casi, casi voy amando
A este mísero pais:
Estoy á usted contemplando,
Y en ese rostro mirando
Un destello de Paris.
Dejadme, ninfa del Sena,

Contemplar tanta beldad,
Esa frente tan serena
Que brilla cual luna llena
De apacible claridad.
Radiante, encantadora,
De gracia y beldad modelo,
¿Quién te mira y no te adora?
¿Eres Venus, ó eres Flora;
O mas bien ángel del cielo?

María.— Soy solo una mexicana.

D. Cárl.—¡Imposible! no es verdad!
Eres francesa, italiana,
O siquiera de la Habana;
Pero no de esta ciudad.

María.— Pues...

D. Cárl.— No me hables castellano,
Destruyendo la ilusion;
Ese rostro soberano
No puede ser mexicano,
Lo dice mi corazon.

María.— [*enfadada*]. Buen modo de enamorar,
¡Despreciar mi patria así!

D. Cárl.—[*sumiso*]. Dígnese usted perdonar:
¡Es tan dificil hallar
Una cosa buena aquí!

María.— Pues abierto está el camino,
¡Qué pesado y qué tenaz!
Llene usted su alto destino;
Vuelva usted por donde vino,
Déjenos usted en paz;
Si usted no está bien hallado
En el suelo en que nació,
Vaya usted al otro lado,
Que un galan almibarado,
No es mucha pérdida, no.
¿Con que quiere usted decir
Que aquí no hay una hermosura?
¿Y esto se puede sufrir?

D. Cárl.—Mas dígnese usted oir....
María.— ¡Pues alabo la finura!
¿Y allá aprendió usted á ser
Tan galan? risa me dá. [*rie*].
D. Cárl.—[*aparte*]. ¡Oh! qué maldita muger!
Todo se ha echado á perder;
Mas todo se compondrá.
Vamos, vamos, señorita, [*Alto*].
He cometido un error:
Mas una jóven bonita,
Perdona; sí, Mariquita,
Calme usted ese furor.
¿Con quién comparar es dado
Esa gracia, esa belleza,
Ese pié tan delicado,
Ese talle torneado,
Esa divina cabeza?
[*Durante este diálogo, se va calmando Mariquita hasta el grado de sonreirse, arrimándose al espejo*].
Maria.— ¡Oh! pues hoy estoy muy mal,
Lo juro á fé de María.
D. Cárl.—[*animado*]. Esta usted....angelical,
Adorable amiga mia.
María.— [*en el espejo*]. Mas, ¿no ve usted? esta flor
Está muy mal, ¡qué desgracia!
D. Cárl.—Mariquita, es un error;
Si la prendiera el amor,
No tuviera tanta gracia.
¡Y ese rizo tan hermoso!....
María.— El rizo está pasadero....
D. Cárl.—¡Oh! muy bello, muy gracioso,
Todo, todo es delicioso.
María.— El maldito zapatero
Nunca me sabe calzar:
Aquí caben mis dos piés; [*mostrando los piés*].
Si casi no puedo andar,
¡Oh! y usted se va á admirar:
El zapatero es frances!

D. Cárl.—¡Vaya! hermosa Mariquita,
No recuerde usted mi error,
Que el corazon me palpita;
Esa boca tan bonita
Hable solo del amor.
María.— Pero si no soy francesa.
D. Cárl.—Pero es usted mexicana.
María.— Es decir, tonta.
D. Cárl.— ¡Traviesa!
Si ya digo que me pesa!
Es usted muy inhumana.
María.— [*al espejo*]. ¡Oh que trage tan mal hecho!
Me hace desairado el talle.
D. Cárl.—No tal: está muy bien hecho,
Palpitará mas de un pecho
Al ver su elegancia.
María.— ¡Calle!
¿Conque mas allá del mar,
Segun lo que estoy oyendo,
Aprendió usted á adular?
D. Cárl.—No; pero es fuerza admirar
Prodigio tan estupendo;
¿Cree usted que es adulacion?
Consulte usted á su espejo,
Verá que tengo razon:
Solo por moderacion
Otras alabanzas dejo.
Vaya, brillante hermosura,
Pues hemos hecho la paz,
Colme usted mi ventura,
Oiga de esa boca pura
Un *sí:*
María.— ¡Y es usted tenaz!
D. Cárl.—¿Quiere usted que no lo sea,
Cuando su rostro he mirado?
¡Ojalá fuera usted fea!
María.— ¡Gracias! ¿habrá quién lo crea?
D. Cárl.—Yo estuviera sosegado,

Pero su rostro divino,
Esos ojos brilladores,
¡Ay! este cútis tan fino [*Tomándole una mano*].
Han fijado mi destino,
Y muriendo estoy de amores.
Míreme usted á sus piés, [*Postrándose*].
Alivie usted mi dolor.

María.— [*riendo*]. ¡Bravo! gracioso frances!
¿A una mexicana?

D. Carl.— Es
El ídolo de mi amor;
Deme usted por Dios el *sí*,
O de pena moriré:
Mire usted, no estoy en mí,
Es fuerza morir aquí.

María.— Amigo....lo pensaré.

D. Cárl.—¡Oh qué respuesta tan fria
Para un pecho tan ardiente!
Por Dios, amable María,
Vuélvale usted su alegría
A este corazon doliente.

María.— Pero si no puede ser,
Si está la plaza ocupada.

D. Cárl.—Un lugarcito ha de haber:
¿Me verá usted padecer
Sin piedad? jóven amada,
El séptimo seré yo
De la lista solamente.

María.— No.

D. Cárl.— Pues el octavo.

María.— No.

D. Cárl.—¿Ya el número se llenó?
Pues hágame usted suplente.

María.— ¿No me quiere usted dejar? [*Queriéndose levantar*].

Clara.— [*dentro*]. Blasa.

D. Cárl.— Perdí la ocasion;
Pero mientras vuelvo á hallar,

Esta prenda he de tomar,
Que alivie mi corazon.
[*Quita á María un anillo de brillantes del dedo*].

ESCENA VIII.

DICHOS, CLARITA.

Clara.— Don Carlitos, buenos dias:
¿Sabe usted algo de nuevo?
¿Qué noticias corren hoy?
¿Se ha ocupado el ministerio?
¿Esa *pauta de comisos*
Se aprobó ya?
D. Cárl.— Nunca leo
Periódicos mexicanos.
Clara.— Pues amigo, muy mal hecho,
Que todo buen ciudadano,
Debiera casi saberlos
De memoria: ¡venturosos
Fueran entonces los pueblos!
La imprenta, la imprenta sola
Es el ancla en que tenemos
Fundadas las esperanzas
De ilustracion.
D. Cárl.— Por supuesto.
Clara.— Pensaba yo redactar
En periódico.
D. Cárl.— ¡Muy bueno!
Y el artículo de modas
Desempeñarlo prometo.
Clara.— ¿Qué modas, amigo mio?
Si justamente pretendo
Criticar eso: si rabio
De ver nuestros diarios llenos
De vaciedades: ocupan
Una columnita, ó menos,

En el asunto importante,
Y lo demas en dicterios,
En insultos insufribles,
En avisos, y algun verso
Tan helado como inútil.
No señor, no es ese el medio
De ilustrar á los mortales:
Si copian, copien al menos
A Juan Jacobo, á Segur,
A Vattel, á algunos de estos
Cuyas magníficas plumas
Han escrito tanto bueno.
Esto sirviera de mucho,
O proponer al congreso
Alguna ley importante,
O hablar algo sobre fueros,
O los códigos antiguos
Arreglar, como el *Digesto.*

D. Cârl.—Me indigesta esa palabra.

Clara.— Pues amigo, muy mal hecho,
Es un cuerpo muy antiguo.

D. Cârl.—Que lo lleven al Museo.

Clara.— *Sed fugit intere, fugit*
Irreparabile tempo.

D. Cârl.—¡Bravo! bravo! Doña Clara, [*Conteniendo la risa*]
¿Parla usted latin?

Clara.— Lo leo
Regularmente, y me agradan
Los clásicos. ¡Qué momentos
Paso leyendo á Virgilio,
A Ciceron, al modelo
De la elocuencia romana!
Vea usted qué trozo tan bello:
Quousque tandem abutere
Catilina.

D. Cârl.—[*aparte, riendo*]. ¡Yo reviento!

Clara.— *Patientia nostra?*

D. Cârl.—[*con ironía*]. ¡Que hermoso!

Clara.— Diga usted, ¿en los modernos
Habrá una cosa tan grande?....
Mas nada como aquel verso
De Ovidio: *Cum subscit illius*....
Vaya, vaya, me enageno.
D. Cárl.—Usted, hermosa Clarita,
Puede ocupar un asiento
En la cámara.
Clara.— Mil gracias;
Algo hiciera de provecho:
No estuviera como algunos,
No mas calentando el puesto.
Yo no sé por qué injusticia
Se ha quitado á nuestro secso
Un derecho tan sagrado
Como legislar. Yo creo
Que lo hiciéramos mejor
Que muchos hombres; y luego
No encuentro razon alguna
Para no tener empleos
En otros ramos.
D. Cárl.— ¡Bien dicho!
Clara.— Como si solo el talento
Fuera esclusivo en el hombre.
D. Cárl.—Lo que es falso, porque vemos
En usted, que bien podia
Ocupar un ministerio.
Clara.— Yo no lo digo por mí....
Soy aficionada, cierto;
Pero nada mas.
D. Cárl.— ¡Caramba!
Si estoy *enchanté!*
María.— Yo pienso [*María, que se ha estado viendo al espejo, entra en conversacion*].
En mis flores, en mis trages,
Y estoy contenta con eso.
Yo no he de estar mas bonita
Porque mande Juan ó Pedro:

Todo es lo mismo.

Clara.— ¡Lo mismo?
¡Jesus! qué poco talento!
No digas eso, María;
¿Qué no sientes en tu pecho
El amor patrio? *Amor patriae*
Como dijo....No me acuerdo
Quién lo dijo.

D. Cárl.— Pero alguno
Lo dijo.

María.— Sí, por supuesto.

ESCENA IX.

Dichos, Don Timoteo, Don Antonio.

D. Tim.—¡Albricias, hijas, albricias! [*Con un periódico*
En esta noche tenemos *en la mano*].
Comedia nueva.

D. Cárl.— ¿Es de Scribe?

D. Tim.—No señor.

D. Cárl.— O de Hugo?

D. Tim.— Menos.

D. Cárl.—¿Es un Bodevil?

D. Tim.— Tampoco:
No señor, no es nada de eso:
Es obra de un mexicano.

D. Cárl.—Puff....¡Qué peste!

D. Ant.— ¿Qué tenemos, [*A D. Cárlos*].
Que hace usted tan mala cara?

D. Cárl.—¿Por un mexicano? cierto
Que será un mamarrachon.

D. Ant.— ¿Por qué ha de ser, caballero?
¿Un mexicano no es hombre
Capaz de escribir en verso
Como cualquiera?

D. Cárl.— ¡Oh! les falta

Todavía mucho tiempo
Para saber discurrir.
D. Ant.— Gracias, por el cumplimiento.
¿Y usted qué es?
D. Cârl.— Yo? por desgracia
Soy mexicano, y lo siento,
Vergüenza me da decirlo,
Porque todo en este suelo
Está atrasado.
D. Ant.— Sin duda:
Y la mejor prueba de eso
Es, que sufrimos, Don Cárlos,
Muchos tontos, que debemos
Arrojar por los balcones.
D. Cârl.—Hay muchos.
D. Ant.— Sí; por ejemplo
Usted.
D. Cârl.— ¡Cómo! poco á poco:
Esplíquese usted.
D. Ant.— Pues creo
Que hablo bien claro.
D. Cârl.— ¡Caramba!
¿Sabe usted que no me dejo
Insultar? *Yo ciño espada*
Y aliento corage.
D. Ant.— ¡Bueno!
D. Cârl.—O el florete, ó la pistola.
D. Tim.—Vaya, señores, ¿qué es eso?
Dejen ustedes por hoy
Las cuestiones.
D. Ant.— Si no puedo
Reprimirme; no es posible.
Que hable mal un estrangero
De algun pais, es muy malo,
Pero señor, á lo menos
Si á la política falta,
No falta al deber mas bello
De un hombre, que es procurar

La fama, el nombre, el concepto
De su patria: yo me voy.
D. Tim.—No señor.
Clara.— No.
María.— No.
D. Tim.— Dejemos
Cosas, Don Antonio.
Clara.— Sí, yo tambien se lo ruego
A usted, y despues acaso
Tratarán ustedes eso
Con calma.
D. Cârl.— Sí, sí, con calma,
Parole d' honneur, lo prometo.

ESCENA X.

DICHOS, DON JUAN, LEONOR.

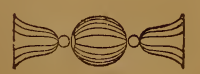
D. Juan.—[*aparte*]. ¡Vaya! por fin respiro.
D. Cârl.—Oh Juanito, ¿aquí estás ya?
Leonorcita, ¿Cómo vá?
Leonor.— Me siento mucho mejor.
D. Tim.—Si digo que hace bien
El aire libre.
D. Cârl.— Es verdad:
No hay como la variedad
Con un poquito de amor.
El semblante está mas bello,
Mas vivo, mas despejado.
D. Ant.— ¡Oh! con que usted se ha enfermado [*A Leonor*].
¿Y de qué?
Leonor.— Del corazon.
María.— Nunca padezco ese mal:
Cuando mas de la cabeza.
D. Cârl.—Es verdad: no, de tristeza
No morirá usted.
María.— Burlon.

D. Ant.— [*A Clara que se ha ido á sentar á leer*].
¿Y usted qué lee, Doña Clara?
Clara.— Una sesion importante.
D. Ant.— Muy bien, muy bien: adelante,
Yo no quiero interrumpir.
(Pues todos en esta casa
Debieran ponerse en cura.
Cada uno con su locura,
Me da gana de reir.)
Leonor.— Amigo, ¿está usted cansado? [*A D. Juan*].
D. Juan.—Un poquito, amiga mia.
Leonor.— ¿Tiene usted melancolía?
Es usted de poco hablar.
D. Juan.—Sí, Leonor, yo soy así,
Casi siempre estoy callado;
Si hablo mucho, creo que enfado.
Leonor.— ¡Oh! no.
D. Juan.— Mas vale callar.
D. Tim.—¿Y qué, no le dá á usted gusto [*Aparte á D. Antonio*].
Contemplar cuadro tan bello?
Todos están bien; en ello
Tengo gran satisfaccion;
Es mi vejez venturosa:
Tres hijas, á cual mas bella:
¡Si cada una es una estrella!
D. Ant.— [*con ironía*]. Tiene usted mucha razon.
D. Tim.—¿En qué piensas, hija mia? [*A Leonor*].
Leonor.— ¡Ah! ¿me hablaba usted? En nada: [*Despues de un rato*].
Tengo la vista clavada
Sin mirar.
D. Tim.—[*á D. Antonio*]. Esto ha de ser,
Segun la esperiencia mia,
Que los dos están celosos:
Pronto serán venturosos.
Vamos, hijos.... [*A ellos*].

ESCENA XI.

DICHOS, DOÑA SERAPIA.

Dª Ser.— A comer;
Ya la sopa está en la mesa.
D. Cârl.—¡Pues que viva la alegría!
Dª Ser.— Pasará usted un mal dia. [*A D. Antonio*].
D. Ant.— Pero con satisfaccion.
Dª Ser.— ¡Eso siempre! Me parece
Que estoy en mis tiempos ahora.
D. Cârl.—¡Viva la buena señora!
D. Tim.—Vamos, como procesion,
Usted, señor Don Antonio,
Dé á mi Clarita la mano:
Tú á Don Juan;—si yo me afano [*A Leonor*].
Por darte el mejor lugar.
Usted, señor Don Carlitos,
A mi preciosa María;
Y yo á tí, paloma mia, [*A Doña Serâpia*].
Hoy te debo cortejar. [*Todos van dando á sus compañeras el brazo, como lo indica el diálogo*].
Dª Ser.— ¿Te acuerdas de los piecitos? [*A D. Timoteo*].
D. Tim.—Bien me acuerdo: estás hermosa; [*Riendo*].
Si pareces una rosa.
Dª Ser.— Y tú un lirio, picaron.
D. Cârl.—*Andiamo, andiamo.*
D. Tim.— A comer.
D. Cârl.—No me gusta el Don Antonio, [*Aparte al salir*].
Tiene cara de demonio!
Todos.— Vamos. [*Haciendo carabana*].
D. Cârl.— Vamos, *sans façon*!



ACTO SEGUNDO.

Sala como en el primer acto.

ESCENA I.

D. Carlos

Vaya, vaya, nunca ví
Un convite mas gracioso:
Cierto que ha estado chistoso:
¡Oh, qué bien me divertí!
Cada loco con su tema:
Con sus chuscadas María;
Clara, la sabiduría,
Y mi suegra con su flema.
¿Mas la heroina de amor?
¡Eso es lo mejor del cuento!
Casi de risa reviento:
—¿Toma usted de esto, Leonor?
—No, Carlitos, me hace mal.
—¿Pues de esto otro?—Nada, nada,
Está mi alma circundada
De una tristeza mortal.—
Haciéndose desdeñosa;
Y tal vez en la cocina
Se ha soplado una gallina.
Pero nadie mas graciosa
Que la vieja. ¡Qué tontera!
¡Qué barbárie! ¡Qué idiotismo!
Si no la oyera yo mismo,
Juro que no lo creyera.
¿Y Juanito? Hecho un patan;
Por nada pierde su calma:
¡Ay que Juan, si tiene una alma,

Una alma, como de Juan!
En fin, he pasado un dia,
Si no bello como en Francia,
Comiendo con abundancia,
Y charlando con María.
Bella Mariquita, yo
Para adorarte nací;
Y me quedaré sin tí,
Mas sin la sortija, no. [*Viendo el anillo.*]
¡Oh prenda del amor mio!
En prueba de mi respeto,
Guardarte bien te prometo....
Mañana en el Monte-pío.
¡Ay! ¿Quién te resiste, quién?

ESCENA II.

D. Carlos, D. Juan,

[*que ha entrado algun tiempo antes, y ha oido los últimos versos.*)

D. Juan.—Pues estará agradecida
Si te escucha, tu querida:
¡Bravo, Carlitos! ¡Muy bien!
Aprecias mucho el valor
De las prendas que te dan.
D. Cárl.—Yo sé aprovecharme, Juan,
De los dones del amor;
Y te aseguro á fé mia,
Que si así no hubiera sido,
Con tantas que he recibido,
Pareciera mercería.
D. Juan.—¿Y no se puede saber
El objeto de tu amor?
D. Cárl.—¡Es una perla, una flor!
¡La mas hermosa muger!
Cierto que es un poco dura,

Algo altiva y desdeñosa;
Pero vaya, es una rosa,
La reina de la hermosura.
D. Juan.—¿Pero es mexicana?
D. Cárl.— Sí:
¿Pues qué pensabas que fuera?
D. Juan.—Juzgué que alguna estrangera,
Pues nada te gusta aquí.
D. Cárl.—Nada me gusta, es verdad,
A escepcion de las hermosas,
Los diamantes, y otras cosas.
D. Juan.—Tú tienes mucha bondad.
¿Pero el nombre de tu bella
Cuál es por fin?
D. Cárl.— Mariquita:
¡Ay! mi corazon palpita
Al nombrarla.
D. Juan.— ¿Conque es ella?
¿Y estás muy adelantado?
D. Cárl.—No; no mucho ciertamente,
Porque apenas soy suplente,
Pues la lista se ha llenado:
Siete propietarios son.
D. Juan.—¿Y cuál será mi lugar?
D. Cárl.—No es fácil adivinar.
D. Juan.—¡Ay qué grande corazon!
D. Cárl.—Un corazon de oficina,
Donde hay muchos pretendientes,
Y cesantes, y suplentes;
¡Vaya una cosa divina!
Pero tú, por fin, Juanito,
¿Elegirás á Leonor?
Tiene un rostro encantador:
Tiene un cuerpo muy bonito.
Vamos, dímelo, maldito,
¡No he visto hombre mas taimado!
Eres, Juan, muy reservado;
Mas no lo seas conmigo,

Soy tu verdadero amigo,
Y estoy por tí interesado.
Vamos, dí con claridad,
¿A cual de las tres prefieres?
D. Juan.—A ninguna.
D. Cárl.— ¡Cómo! ¿Quieres
Ocultarme la verdad?
D. Juan.—Hablo con sinceridad.
D. Cárl.—¿Deveras? pues son hermosas,
Y ricas.
D. Juan.— Estas dos cosas,
Cárlos, no son suficientes.
D. Cárl.—¡Qué malditos pretendientes!
¿Qué buscan en sus esposas?
Clara es buena.
D. Juan.— Tiene gracia,
Y un corazon escelente;
Pero si está eternamente
Hablando de diplomacia!
D. Cárl.—¿Conque aquesta es su desgracia?
D. Juan.—Sí, Cárlos, en mi opinion;
Habla de legislacion,
De hacienda, de policía.
Ocuparse todo el dia
De Ovidio y de Ciceron,
Solamente por pasar
Por erudita; y en fin,
Disparates en latin
A todas horas hablar;
No se puede tolerar,
Amigo, en una muger.
D. Cárl.—¿Conque no puede tener
Una jóven instruccion?
D. Juan.—Sí; pero no esa hinchazon
Que lo echa todo á perder.
D. Cárl.—¡Muy bien! mas de Mariquita
La hermosura....
D. Juan.— Es una flor,

Que el vientecillo menor
La destruye ó la marchita;
No basta, no, ser bonita,
Ser graciosa y elegante,
Para tener un amante
Y fijar su corazon;
Es preciso discrecion,
Y no ser tan inconstante.
La que solo piensa hacer
Diariamente una conquista,
Para tener en su lista
Un nombre mas que poner:
La que no sabe querer,
Y pretende ser querida,
Pronto será conocida,
Y obtendrá en lugar de amor,
Desprecio; siendo el dolor
Patrimonio de su vida;
Aunque sea tan hermosa
Como el estrellado cielo,
Un acabado modelo
De las gracias, una diosa,
Yo no quiero para esposa
Una muger inconstante:
La que no tiene un amante,
Sino siete y un suplente,
¿Quién duda que de repente
Deje al marido cesante?

D. Cárl.—¡Bravo! mas si no te agrada
Por su inconstancia María,
La dulce melancolía
De Leonor....

D. Juan.— Es demasiada:
Siempre se encuentra ocupada
En llorar.

D. Cárl.— ¡Oh! sí, Leonor
Es un ente de dolor
Que se alimenta con llanto.

D. Juan.—Si no derramara tanto,
Fuera sin duda mejor.
¿De qué me sirve tener
Una tan llorona esposa,
Que no piensa en otra cosa,
Que en suspirar y en leer?
No, Cárlos, yo quiero ver
En mi amable compañera,
La sonrisa placentera,
La dulce sinceridad,
Y una sensibilidad
Moderada y verdadera.

D. Cárl.—Dificil de contentar
Eres, Juan: ¿mas no es aquella
Leonor? sí, mira qué bella;
Solos os voy á dejar. [*Tomando su sombrero*].

D. Juan.—No, no; tengo que acabar [*Deteniéndolo*].
Cierto negocio, y así
Con ella te dejo aquí.

D. Cárl.—Eres, Juan, hombre muy frio.

D. Juan.—Tú eres fuego, amigo mio;
Enamórala por mí.
Hasta luego. [*Se vá*].

ESCENA III.

Don Carlos.

¡Qué Juan! muestra una calma
Que no he visto mayor! ¿y quién pudiéra
Al verlo así, pensar que de la Europa
Acaba de llegar? nada aprovecha
A ciertas gentes el viajar: en vano
Gastan en ver el mundo sus pesetas;
Van como en un baúl, vuelven lo mismo;
Siempre lo mismo, cuando no mas béstias;
Pero....llega Leonor: jamas he visto

Mas llorona hermosura: no, con esta
Es preciso tomar otro semblante
Que con la Mariquita: ¡vamos, ea!
Dejemos un momento la alegría;
Ya soy otro hombre: la mirada inquieta,
Semblante melancólico, lenguaje
Lleno unas veces de calor y fuerza;
Otras dulce, estraviado, misterioso;
Un romántico en fin, á la moderna,
Un héroe de Dumas, ó Victor Hugo,
Un Antony, un Rodolfo....mas ya llega;
Póngome en actitud de quien medita.
[*Se sienta pensativo en un sofá*].

ESCENA IV.

DON CARLOS, LEONOR.

[*Sale leyendo Leonor, y se sienta en el mismo sofá en que está D. Cárlos, sin verlo. Un rato de pausa*].

D. Cárl.—¡Pues no repara en mí! ¡cómo se entrega
A la ternura! Si del mismo modo
Que se ocupa en romances y novelas,
Se ocupara en leer libros devotos,
Fuera santa Leonor, hecha y derecha!
Llamaré su atencion con un suspiro. [*Suspira*].
Otro mas fuerte. [*Vuelve á suspirar*].
Nada, ni por esas.
¡Infelice de mí! [*Alto*].
Leonor.— [*Dejando de leer*]. ¡Qué voz! Carlitos,
¿Estaba usted aquí?
D. Cárl.— Sí, Leonor bella;
Pero no he visto á usted.
Leonor.— Ni yo tampoco.
Ocupada en mirar las cartas tiernas
De la sensible Julia, me encontraba

Muy lejos de este sitio; con qué fuerza
Saint-Preux, espresa su pasion terrible.
¿Mas qué milagro es este? ¿La tristeza
Aflige á usted, Carlitos?

D. Cárl.— Sí, señora;
Sí, Leonor adorable; mi alma llena
De amargura....

Leonor.— ¿Amargura? es muy estraño
En usted ese humor.

D. Cárl.— Los hombres piensan
Que otro es feliz cuando en su labio asoma
La risa: ¡cuál se engañan! si pudieran
Descubrir los horrores, los martirios,
Los atroces tormentos que se encuentran
Bajo un rostro festivo!

Leonor.— ¡Desgraciado!
¿Conque padece usted?

D. Cárl.— Horribles penas,
Que procuro ocultar bajo el semblante
De la felicidad.

Leonor.— ¿Podré saberlas?

D. Cárl.—¡No, no; jamas! conmigo á mi sepulcro
Bajará mi secreto: ¡allí me espera
La dulce paz, asilo silencioso!
¡Unico asilo que mi pecho anhela!
¡Cuándo por fin, bajo tu helada losa
Lograré reposar!

Leonor.— ¡Tristes ideas!
Comuníqueme usted sus infortunios:
¿No ha conocido usted cuánto consuela
Confiar nuestros males á un amigo?

D. Cárl.—¡Muger encantadora! el alma tierna
De usted va á conmoverse y.... ¿mas qué digo?
Me arrojará tal vez de su presencia,
Cuando el velo se rompa que me cubre.
Me odiará usted.

Leonor.— ¿Por qué? aun cuando fuera
El secreto de usted un negro crímen,
No le odiaré.

D. Cárl.— Pues bien, amiga bella;
Escuche usted mi desgraciada historia;
Penetre usted los males que me cercan.
En el asilo paterno
Pasaba alegre la vida,
¡No respiraba que gozo!
¡No probaba que delicia!
¡Ilusiones pasageras
Que duran tan pocos dias!

Leonor.— Es verdad, vea usted en Julia....
D. Carl.—¿Julia, ó la nueva Eloisa?
Leonor.— Sí, señor; ¡la desdichada
Unicamente veia
En lo futuro placeres!
Mas prosiga usted.

D. Cárl.— ¡Amiga!
¿Por qué no serán eternos
De nuestra infancia tranquila
Los instantes? Pero viene
La juventud, Leonor mia,
Y con ella los tormentos
Del amor; á nuestra vista
Se presenta este tirano
Como un niño, cuya risa
Nos engaña fácilmente;
Pero despues su perfidia
Conocemos; es ya tarde,
Nuestra calma está perdida!

Leonor.— ¡Perdida; sí, sin remedio!
D. Cárl.—Nunca olvidaré aquel dia,
En que ví por vez primera
Una hermosura divina,
Un ángel en el semblante;
Pero que ocultaba impía,
Un corazon inhumano:
Fué....sí, fué en las Tullerías....
Perdí mi calma al mirarla,
Y mi penetrante vista

Descubrió al fin su morada:
Me eché á sus piés, y creia
Ser ya dichoso: ¡inhumana!
Correspondió á mis caricias
Con palabras engañosas:
Sí, mi Carlitos, decia,
¡Cómo no amar á un Adonis!
(Pues todas, Leonor querida,
Me llamaban así en Francia).
¡Oh muger, muger inicua!
Mientras á mí me engañaba,
Supe que correspondia
A otro, y para mas vergüenza,
Para mayor ignominia,
Era mi rival un viejo
Setenton, que no tenia
Esta pierna, ni este talle,
Ni este corazon, querida;
Este corazon amante
Lleno de honor: la barriga
De mi rival era inmensa,
Eran sus piernas torcidas,
Apagado el ojo izquierdo:
Nariz muy larga y raida:
Usaba siempre peluca,
Pues ni un cabello tenia.
Y lo que es mas, ¡oh tormento!
¡Oh colmo de la ignominia!
Era un clásico.

Leonor.— ¡Qué monstruo!
¡Un clásico!

D. Cárl.— Ardiendo en ira,
Pido una satisfaccion
A mi gordo antagonista:
Salimos al campo; el viejo
Conservaba todavía,
A pesar de sus achaques,
Una fuerza desmedida:

El esceso de corage
Me perdió al fin, y una herida
En el brazo de la espada
Recibí.

Leonor.— ¡Suerte enemiga!

D. Cārl.—Desesperado resuelvo
Abandonar á la harpía
Que fué causa de mis males,
Y pasar siempre mi vida
Engañando á las mugeres.
Enamoré á una modista,
Luego á una vieja marquesa,
Despues á una bailarina....

Leonor.— ¡Qué inconstancia!

D. Cārl.— Sí, Leonor,
Imaginé que podia
Vivir sin amar, ¡en vano!
Que los cielos me destinan
Otras penas; ¡ay! ¡qué poco
Mi corazon conocia!
Una beldad, una copia
Del cielo....ved cuál palpita
Mi corazon: no, no puedo
Vivir en esta agonía;
Yo me abraso.

Leonor.— ¡Desdichado!

D. Cārl.—Pronto acabará mi vida;
Pronto á la tumba bajando,
Terminarán mis desdichas.

Leonor.— ¿Pero quién es el objeto
De vuestro amor? ¿Quién agita
De ese modo vuestro pecho?
Decídselo á vuestra amiga.

D. Cārl.—¡Amiga, amiga! ¡oh tormento!
¡Palabra fatal! impía!!
¿Amiga? no. Para siempre
Adios, Leonor! Compasiva
Derrame usted una gota

De llanto en mi tumba fria.
Leonor.— ¿Pero no sabré?
D. Cárl.— Señora,
Señora, no mas ecsija
Usted que yo le descubra
Lo que en mi pecho se abriga.
¿Mi ya lánguida constancia
Por qué apurar? yo debia
Haber huido para siempre
De usted, fatal enemiga
De mi reposo: este objeto
Que idolatra el alma mia,
Este fuego en que me abraso,
Esta llama que me anima,
Es usted, sí, Leonor bella.
Desde aquel funesto dia
En que ví esos ojos bellos,
Esa boca purpurina,
A que presta mas encanto
Melancólica sonrisa,
Huyó mi razon: en vano
Ocultarlo á usted queria;
¡Era imposible! al instante
Que fijé en usted mi vista,
Olvidé mis aventuras,
Mi desafio, mi herida,
La crueldad de aquella ingrata,
La tienda de mi modista,
Los dones de mi marquesa,
Los piés de mi bailarina:
Todo, todo lo he olvidado,
Queriendo bajo la risa
Ocultar lo que padezco;
Pero en vano....siempre fija
Aquí esa imágen preciosa....
Leonor.— ¡Carlos!
D. Cárl.— En mi fantasía
Está usted en todas partes:

En las calles, en la Viga,
La Alameda, Bucareli,
En el portal; hasta en misa,
Me parece que estoy viendo
Esa mirada divina,
Toujour toujour

Leonor.— Pero Cárlos....
Usted sin duda delira:
Yo pensé que usted amaba
Á mi hermana.

D. Cárl.— ¿A Mariquita?
No, Leonor; es muy ligera,
Es un *papillom* María,
Esto es, una mariposa;
Mi corazon necesita
Sensaciones mas profundas.

Leonor.— Pero como usted decia
Hace poco, que dos meses
Era constancia inaudita....

D. Cárl.—Fué por solo disimulo.
¿Dos meses? ¡ay! una vida
Fuera, Leonor, un momento,
Para amar á usted: amiga,
Deme usted, deme su mano;
¿No siente usted cómo brinca
Este corazon?

Leonor.— Es cierto.

D. Cárl.—Una palabra la vida
Me dará, mi bien amada: [*Arrodillándose*].
Ma bien aimé, dona mia....
¿En qué idioma decir puedo
Lo que tus ojos me inspiran?
Serás mi Julia, mi Clara,
Mi Pamela, mi Malvina,
Mi Andrómaca, mi Zoraida,
Mi Adelaide, mi Etelvina;
Y yo seré tu Abelardo,
Tu Polion, tu Oscar, sería

Hasta trovador sin duda,
Si me amaras, ¿tanta dicha
No gozaré?

Leonor.— No, no Cárlos,
Amo á Juanito.

D. Cârl.—[*Levantándose despechado*]. ¡Ah! maldita,
Maldita mi vida sea!

Leonor.— Cálmese usted.

D. Cârl.— Decidida
Está mi suerte: un momento
De valor se necesita
Nada mas.... Adios, señora,
Adios; viva usted tranquila. [*Yéndose*].

Leonor.— Oiga usted (se va á matar [*Deteniéndolo*].
Como Werter), de rodillas
Suplico á usted que no atente
Contra sus preciosos dias.

D. Cârl.—¡Levántate, ángel del cielo!
¿Tú postrada, tú abatida
A mis plantas? no; tú manda,
Haré cuanto tú me pidas;
Hasta el sacrificio inmenso
De vivir; pero á otros climas
Marcharé, Leonor, y solo
Por consolarme querria
Llevar conmigo una prenda,
Un *souvenir*.

Leonor.— ¡Alma fina!
¡Cuánto engaña la apariencia!
¡Qué mal yo le conocia!
Sí, Carlitos, es muy justa:
Tal vez esta despedida
Será eterna: daré á usted
Alguna flor, una cinta,
Algun rizo de mi pelo.

D. Cârl.—Es mejor esta sortija, [*Quitándole un anillo*].
Que llevándola en mi dedo
La tendré siempre á la vista.

Sí, Leonor, hasta la tumba
Me acompañará. (¡Qué rica!) [*Mirando el anillo*].
Partiré, sí, estoy resuelto,
Dentro de muy pocos dias,....
¿Pero qué voces? se acercan [*Ruido dentro*].
Los demas de la familia:
Es fuerza tranquilizarme;
Vuelvo pronto. Adios, amiga.
(No es un comercio tan malo,
Dar suspiros por sortijas). [*Se vá*].

DSCENA V.

LEONOR.

Pobre muchacho, me dá
Su tormento compasion:
Mi sensible corazon
Se iba conmoviendo ya;
Pero es fuerza ser constante:
¿Qué se dijera de mí
Si cambiar pudiese así
De objetos en un instante?
Se contenta el pobrecillo,
Ya que no tiene mi amor,
Con engañar su dolor,
Llevando solo un anillo:
Haga el cielo venturoso
Su corazon, entre tanto:
Por él verteré algun llanto;
Mas no turbe mi reposo.

ESCENA VI.

LEONOR, CLARA, MARIQUITA.

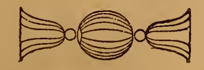
Clara.— Te lo repito, María,
Tambien debe la muger
La política entender,

Y las cuestiones del dia:
¿Por qué tan solo el varon
A esto se ha de dedicar?
Yo puedo muy bien entrar
En cualquiera discusion;
Gracias á Dios, he podido
Los publicistas mejores
Entender, y no hay autores
Graves que no haya leido.
Horacio, el gran Ciceron,
Ovidio, Petrarca, Tasso,
Cervantes, y Garcilaso,
Mariana, Solis, Buffon,
Comedias de Moratin,
Burlamaqui, Pedarlieri,
De-Pradt, Humboldt, Filangieri.

María.— Por Dios que ya pongas fin
A esa lista interminable:
¿Es preciso acaso leer
Tantos libros, para ser
Una jóven apreciable?
Tú con todos tus autores
No tendrás un solo amante;
Yo le conquisto al instante
Con mis rizos y mis flores;
Por las estampas no mas,
El *No me olvides* compré:
De mirarlas me cansé;
No le he vuelto á ver jamas.
Cantar, bailar y reir,
Debe solo la muger:
Esto se llama placer,
Y lo demas es morir.

Clara.— ¡Qué sistema tan fatal!
Pero ha de llegar un dia,
En que conozcas, María,
Que has hecho en esto muy mal:
Pensarás con madurez

En teniendo cierta edad.
María.— Goce de mi mocedad
Mientras llega la vejez:
Entonces podré pensar
En lo que tú me aconsejas,
O como otras muchas viejas,
Me ocuparé en murmurar.
Pero por hoy todavía
Solo pienso en el paseo,
Los bailes, el coliseo.
Leonor.— ¡Cuán feliz eres, María!
Nunca te he visto llorar,
No conoces el dolor.
María.— ¿Por qué afligirme, Leonor?
Leonor.— ¡Quién te pudiera imitar!
Clara.— ¿Y tú qué ganas con leer
Cosas que te afligen tanto?
Leonor.— Hallo en el dolor encanto,
Hallo en el llanto placer.
Clara.— A cual mas incorregible;
Predicar en vano fuera:
Una en estremo ligera,
Otra en estremo sensible.
Mi lectura seguiré [*Toma un libro*].
¡Oh qué tesoro es la historia!
Leonor.— Julia, vuelve á mi memoria. [*Toma un libro.*]
María.— Yo, las estampas veré [*Toma un cuaderno que habrá sobre la mesa*].
En este diario de modas:
¡Qué bonito está este trage!....
Estos adornos de encage
Le dan mucha gracia.



ESCENA VII.

DICHAS, DON TIMOTEO, DOÑA SERAPIA, DON ANTONIO.

[*Observândolas desde la puerta*].

D. Tim.— Todas
Leen; ¡oh qué satisfaccion!
Mírelas usted allí:
Vea usted el efecto aquí
De una buena educacion.
Dª Ser.— ¡Qué tal, si son de importancia!
Tiene razon de decir
Carlitos, que pueden ir
Al mismo Paris de Francia.
D. Tim.—¡Muy bien, hijitas, muy bien!
Escelente ocupacion!
¿Qué tal? [*A D. Antonio, aparte*].
D. Ant.— Tiene usted razon.
D. Tim.—Dios me las conserve.
Dª Ser.— ¡Amen!
D. Ant.— ¿Pero dónde está Don Juan?
D. Tim.—¿Y Carlitos?
Dª Ser.— ¿Qué, se fueron?
María.— Hace poco que salieron;
Pero pronto volverán.
D. Tim.—¡Es dichosa mi vejez!
¿Quiere usted ver la instruccion [*A D. Antonio*
De Clara? una discusion.... *aparte*].
D. Ant.— Juguemos al ajedrez.
D. Tim.—Como usted guste.
Dª Ser.— Sí, sí;
Haber si sacudo el sueño
Viendo jugar.
D. Ant.— El empeño
No era malo.—Usted aquí. [*A D. Timoteo*].
[*Se sientan ájugar*].

María.— ¡Oh qué trage tan magnífico!
Tiene un estilo romántico;
Es precioso, elegantísimo,
¡Si tuviera yo uno igual!
Clara.— ¡A quién no le causa lástima,
Grecia, tu estado tristísimo!
¡Ya no eres hoy mas que un páramo!
María.— ¡Jesus, qué bonito schal!
Clara.— ¿Dónde está tu furor bélico?
¿Dónde tus héroes fortísimos?
Huyeron cual humo rápido,
Al soplo del aquilon.
María.— Esto sí que está muy clásico;
Estos moños son feísimos.
Dª Ser.— Timoteo; ¡cómo, cándido!
Jaque al rey; come el peon.
D. Tim.—Es verdad; soy un autómata.
Dª Ser.— Pues Don Antonio es diestrísimo.
D. Ant.— No tal.
Clara.— ¡Oh pueblo magnánimo,
Tu grandeza acabó ya,
Tus hijos, siervos tímidos,
Inclinan la frente lánguida,
Bajo un yugo despótico:
¿Y Leónidas dónde está?
En el sepulcro.
Leonor.— ¡Mis lágrimas
Corren! ¡oh jóven bellísima!
Pasaron como relámpago
Los placeres de tu amor.
Contra el destino tiránico,
Lucha en vano el hombre mísero,
La tumba es el puerto único
Donde se acaba el dolor:
Bajo su losa benéfica
Se goza un sueño pacífico;
La muerte es el solo bálsamo
Contra tanto padecer.

Ven, muerte; tu aspecto pálido
Llena mi pecho de júbilo:
Adios, contentos efímeros,
Adios, sueños de placer.

Clara.— Europa, Europa, levántate,
Socorre á Grecia, apresúrate,
En todo el mundo respétese
La libertad y la ley.
La negra sangre derrámese,
De guerra el estruendo horrísono
Se alce, y por do quiera escúchese
El grito de....

D. Tim.— Jaque al rey.

Clara.— Sí, sí, que resuene el cántico
De libertad.

María.— ¡Qué diabólico
Está este sombrero!

Leonor.— Víctima
Produce solo el amor.
Eres un sueño fantástico,
Felicidad.

Clara.— ¡Tronos góticos
De Europa, tocais al término!

María.— Este trage está mejor.

ESCENA VIII.

DICHOS, DON CARLOS.

D. Cárl.—Repito que no hay en México
Ilustracion; son muy bárbaros,
Todo aquí es malo, malísimo;
Epouvantable: ¡qué horror!

María.— Carlitos....

D. Cárl.— ¡Estoy frenético!
¡Estoy rabiando de cólera!
¿Una mancha? ¡Santa Bárbara!

¡Una mancha!
Leonor.— ¿En el honor?
D. Cárl.—Mejor fuera; ¡oh calles pésimas!
En mi pantalon finísimo
Cortado en Paris.... ¡Qué pérdida!
Qué pérdida, ¡santo Dios!
¡Oh mexicanos estólidos!
María.— Pues es usted muy político:
Deje usted el tono trágico,
Y diga lo que pasó.
D. Cárl.—No se enfade usted, María;
Voy á contar el suceso,
Y verá usted si hay justicia
Para quejarme.
María.— Acabemos.
D. Tim.—Jaque mate, amigo mio;
He ganado á usted el juego.
D. Ant.— Es verdad.
D. Tim.— ¡Hola! Serápia,
Te has dormido al mejor tiempo.
Dª Ser.— No me duermo, si ya he visto
Que te enrocaste.
D. Tim.— ¡Muy bueno!
Pues estás adelantada.
¿Y sales ahora con esto?
Si he ganado la partida.
Dª Ser.— ¡Ah! ¿la ganaste? me alegro.
¿Aquí está usted, Don Carlitos?
Dió usted la vuelta muy presto.
D. Cárl.—Sí, señora, á pesar mio.
María.— ¿En qué quedamos del cuento?
D. Cárl.—No es cuento.
María.— Pues será historia.
D. Tim.—¿Historia? ¿de qué?
Dª Ser.— Mi asiento
Voy acercando; me gusta
Oir historias: me acuerdo
Que leí hace veinte años

Los Doce pares. ¡Qué buenos
Y qué valientes señores!
Rajaban de medio á medio
Las peñas y los gigantes,
Como pedazos de queso!
Y el bálsamo milagroso,
¿No te acuerdas, Timoteo,
Que curaba las heridas
Como rasguños?

D. Tim.— Dejemos
Que nos refiera Carlitos
Esa historia ó ese cuento
Que le ha pasado. Clarita,
Leonor, dejen un momento
La lectura.

Leonor.— Padre mio,
Tengo comprimido el pecho;
En verdad que necesito
De distraccion.

Clara.— Ya no puedo
Seguir leyendo esta historia
Sin llorar: ¡míseros griegos!

D. Tim.—¡Pues vaya! fuera los libros,
Y á Carlitos escuchemos.

D. Cárl.—Si no es cosa de importancia;
Es un acontecimiento,
Un *évênement* sencillo,
Aunque grande, si atendemos
A otra cosa.

María.— ¡Que cachaza!
Dígalo usted, y acabemos,
Que tengo mi genio vivo.

D. Cárl.—Como yo, ni mas ni menos,
Somos un *couple* dichoso!

D. Tim.—¿Un couple?

D. Cárl.— Un par.

María.— Yo me quemo.

D. Cárl.—Pues señor, salí de casa....

María.— Bien, eso ya lo sabemos.
D. Cârl.—Ya estoy; pero es necesario
Un *pétit* ecsordio.
María.— Bueno
Siga usted, por Dios.
D. Çârl.— Salia
Ocupado en pensamientos
Muy importantes: ¿qué cosa
Piensan que en aquel momento
Me ocupaba?
Leonor.— Algun romance.
Clara.— O la Historia de los griegos.
Dª. Ser.— O la de los Doce pares.
D. Cârl.—No señores; nada de eso;
Pensaba en que la otra noche
Estuve en un baile, de estos
Que aquí llaman del gran tono,
Pues, de gran tono....por cierto
Que fueran en Francia nada....
En Francia, que es un portento
En este ramo, no hay duda,
La Francia que es nada menos
La nacion mas bailadora,
Que ecsiste en el universo;
Pues si la Italia ha logrado
Tener el lugar primero
En talentos de garganta.....
D. Ant.— ¡Ya escampa!
D. Cârl.— El frances ligero,
Es en el baile un prodigio.
¡Qué piruetas! ¡qué meneos!
¡Qué elegancia en las posturas!
¡Qué gusto en los movimientos!
María.— Pero en fin, ¿en qué quedamos
De la historia?
D. Carl.— No me acuerdo:
Como tengo tantas cosas
En mi cabeza, no puedo

Retenerlas todas: creo
Que hablaba á ustedes del baile
De la otra noche, ¿no es cierto?
Dª Ser.— Sí señor.
D. Cár.— Pues como digo,
Ocupaba yo mi asiento
Junto á cierta marquesita
Que tendrá cuando menos,
Su medio siglo.
Dª Ser.— No es mucho.
Clara.— Si tenia algun talento,
Si alguna instruccion, ¿qué importa
Esa edad?
D. Cárl.— Pues yo prefiero
La juventud y las gracias:
Perdone usted si la ofendo
Por no ser del mismo aviso.
María.— Vaya, Carlitos, ya veo
Que en tres dias no llegamos
Al desenlace.
D. Cárl.— Lleguemos;
S'il vous plait.... Como decia;
Estaba yo muy contento
Mirando á mi marquesita,
Que sus descarnados huesos
Ocultaba entre brillantes,
Cuando de repente advierto
Una agitacion muy grande
Y unos gritos descompuestos
Que clamaban: la Mazurca,
La Mazurca; y en efecto,
Se bailó la tal Mazurca;
Pero qué Mazurca, ¡cielos!
¡Horrendo mazurquisidio!
Ya no pude mas, y lleno
De rabia, dije: señores,
No es el baile verdadero
De la Mazurca, el que ahora

Ejecutais. Ya sabemos,
Me dijo un elegantillo,
Que hay diferencias; mas, presto
La legítima Mazurca
Nos vendrá; pues al efecto
Un comisionado ha ido
A la Habana. ¡Bueno, bueno!
Le respondí, y al instante
Me salí de allí, riendo.

María.— ¿Pero quiere usted decirme
Qué tiene que ver con eso
El lance de hoy?

D. Cárl.— Mariquita,
Espere usted un momento,
Que no soy *foudre.*

D. Tim.— ¿Qué cosa?

D. Cárl.—Que no soy rayo.

D. Tim.— Comprendo,
Siga usted.

D. Cárl.— Cuando salia
Hoy de aquí, mi pensamiento
Estaba todo ocupado
De tan importante objeto.
Iba acordando el aire
De la música, y en esto
Sentí un empujon horrible
Por detras: el rostro vuelvo,
Y ví á un aguador maldito
Que me dice muy grosero:
Quítese, Don Alfeñique,
No estorbe con sus meneos
El camino á los que pasan.
Entonces de rabia lleno
Quise castigarle; en vano;
Porque de cólera ciego,
No ví la losa de un caño
Que estaba floja, y cediendo
Al peso, se hundió, llenando

De lodo mi pié derecho.
Y no fué poca fortuna
El no caer: ¡contratiempo
Fatal, que así me ha privado
Del pantalon mas bien hecho
Que se haya visto en Europa!

María.— ¿Y este era todo el suceso?

D. Cárl.—¿Y le parece á usted poco?
No es su valor el que siento:
Mas no sabe usted, hermosa,
Cuántos gloriosos recuerdos
Este pantalon tenia
Para mí; pues á él le debo
Muchas conquistas.

D. Ant.— No he visto
Hombre mas fátuo.

D. Cárl.— ¡Y no tengo
Razones para quejarme
De este pais?

Dª Ser.— Por supuesto.

D. Cárl.—No hay policía, no hay nada;
El mas desdichado pueblo
De Francia, es mucho mejor
Que esta ciudad: si á lo menos
Fueran las gentes tratables!

María.— Gracias por el cumplimiento.

D. Cárl.—Mariquita, yo esceptúo
Esta casa, donde encuentro
Ilustracion y finura,
Sensibilidad, talento;
Pero yo hablo en general:
Aquí hay en el bello secso
Algunas caras hermosas;
Pero sin gracia. No puedo
Dejar de contar á ustedes
Un lance que ha poco tiempo
Me pasó con una jóven.

Dª Ser.— ¡Qué Carlitos! es un fuego,

Como tú cuando tenias
Su misma edad, Timoteo.

ESCENA IX.

DICHOS, D. JUAN.

D. Cârl.—Vamos, aquí está Juanito:
Llegas *á propos:* un asiento
Toma, y escúchame atento;
Es un lance muy bonito.
D. Juan.—Siempre estás hablando.
D. Cârl.— Sí,
No lo puedo remediar:
Vaya! siéntate á escuchar.
Leonor.— Venga usted, Juanito, aquí.
D. Juan.—Mil gracias.
D. Cârl.— Como decia:
Por la gran plaza marchaba
La otra noche, y me entregaba
A dulce melancolía;
Brillaba hermosa la luna
Como una bola *argentée.*
D. Tim.—¿Qué es lo que usted dice? ¿qué?
No entiendo palabra alguna
De la tal lengua francesa;
¡Qué jerigonza del diablo!
D. Cârl.—Pues amigo, yo la hablo
Con mas gusto que la inglesa;
Es mas *coulant*, mas hermosa.
D. Tim.—¿Mas qué?
D. Cârl.— Mas fácil, mas bella;
Instruiré á usted algo de ella.
D. Tim.—Mil gracias.
María.— Por fin; ¡qué cosa
Nos iba usted á decir?
D. Cârl.—Es verdad, se me olvidaba;
Por la gran plaza pasaba....

María.— Ya eso está.
D. Cârl.— Voy á *finir:*
De Catedral la banqueta
De gente se fué llenando;
Yo, con mi lente, pasando
Una revista completa:
Todos fijaban la vista
En mi frac de última moda;
Ví la concurrencia toda,
Et hice mas de una conquista:
Cuál al pasar yo, decia:
"¡Qué jóven tan arrogante!"
"Es un francés elegante,"
La vecina respondia:
"Mira, mira la cadena
En que lleva el lente, hermana,"
Dijo otra....
María.— ¡De aquí á mañana
Acabará usted?
D. Cârl.— Sirena,
No se enfade usted: preciso
Es contar los pormenores;
Pues, como digo, señores....
D. Juan.—Hombre, sé por Dios conciso,
Que ya es mucha pesadez
Ese continuo charlar.
D. Cârl.—Al punto voy á acabar.
D. Ant.— Saldrá con una sandez.
D. Cârl.—En el paseo se hallaba
Con su familia una hermosa,
Tan fresca como una rosa:
Yo enamorarla pensaba,
Estaba de gracia llena,
De blanco lino vestida,
En mecerse entretenida
Sobre una dura cadena;
Ha poco la conocia,
Y á saludarla llegué;

A su lado me fijé;
Dispuse mi batería,
Y en un discurso elegante,
Y como mi pecho ardiente,
Le hice mi pasion patente
Declarándome su amante:
Por mas de un cuarto de hora
Escucharme parecia;
Fijos sus ojos tenia
En la luna brilladora:
Yo su respuesta esperaba,
O una lágrima siquiera,
Que venturoso me hiciera,
Y rendido la miraba.
Pero su meditacion
Por nada se interrumpia,
Y le dije: amada mia,
¿Cuál es tu resolucion?
¿Seré por fin venturoso?
¿Debo bendecir al hado?
¿O estaré al fin condenado
A no encontrar el reposo?
Deja de mirar la luna;
Vuelve á mí tus ojos bellos,
Que encuentre Cárlos en ellos
Su placer y su fortuna;
Paga mi constante afan;
Ella entonces me miró:
¿Tres eclipses, preguntó,
Pone en este año Galvan?
¡Oh alma frígida, esclamé
Entre mí, cómo es posible!
¡Tan bella y tan insensible,
Tan tonta! yerto quedé.

D. Tim.—Le hablaria usted en francés
Y por eso no entendió.

D. Cárl.—No, D. Timoteo, no;
Le hablé en castellano.

D. Tim.— Pues!
Pero será castellano
Mezclado de esos *mêchants*,
Y esos *foudres* y *coulants*,
Y siempie se quedó á mano.

D. Cârl.—No señor, era el idioma
Que hablamos todos aquí:
Yo de pronto presumí
Que le gustaba la broma,
O que el romántico hablar
Al clásico preferia,
Y le dije: amada mia:
No me es posible esplicar
Este volcan, esta hoguera
Que siento en mi seno amante:
Mi corazon palpitante
Salir del pecho quisiera.
Muy temprano esta mañana
Por aliviar mi tormento,
Para mirarte un momento
Fuí al frente de tu ventana;
Mas se engañó mi deseo;
La puerta estaba cerrada,
Tu aun estabas entregada
En los brazos de Morfeo.
Poco á poco, interrumpió,
Poco á poco, caballero,
Ya usted pasa de grosero,
¿Y he de sufrir esto yo?
¿Yo dormir con D. Morfeo?
¿Yo en sus brazos entregada?
No señor, soy muy honrada,
Y no dar motivo creo
Para que traten así
De ajar mi reputacion.
No conozco al picaron
Que usted me ha mentado aquí:
Sí, señor; yo soy doncella

Y muy bien lo saben todos;
Deje usted pues esos modos
De hablar. Basta, basta, bella,
Le dije, y sin esperar
Me retiré muy de prisa,
Pudiendo apenas la risa
En las calles sujetar.

Dª Ser.— ¡Qué Carlitos tan gracioso!
Se conoce luego luego
Que ha estado en toda la Europa,
Y en Paris; ¿ves, Timoteo,
Lo que aprovechan los viages,
Y no que ni hablar sabemos,
Ni contar cuentos graciosos
Los criollos, que jamas vemos
El mundo? No, yo te juro
Que si me quisiera el cielo
Dar otro niño....

D. Ant.— Es difícil!

Dª Ser.— Ya; pero hablo suponiendo;
Aunque mire usted: al cura
Del Sagrario ha poco tiempo,
Le oí hablar de una señora
De la Biblia, no me acuerdo
Si dijo que se llamaba
Clara, ó Lara; mas el cuento fué
Que parió muy grande.

Clara.— Fué Sara, mamá.

Dª Ser.— Yo tengo
Mala memoria, pues, ahora:
Que cuando chica, en un credo
Como quien dice, aprendia
Cualquiera cosa: por ejemplo:
Nada mas que en quince dias
Aprendí los Mandamientos;
En diez y ocho los Artículos,
Y á los dos años y medio,
Ya sabia el Catecismo

De Ripalda todo entero.
Sin contar con que bordaba,
Cosía en blanco; un puchero
Componia, como dicen,
Que se chupaban los dedos.

D. Tim.—Y bailabas, hija mia,
El *Mambrum*, que era un contento.

Dª Ser.— Y cantaba seguidillas,
Muy bonitas.

D. Tim.— Bien me acuerdo.

Dª Ser.—Cuando tú me echabas ojos,
Picaron.

D. Tim.— Sí, sí, ¡qué tiempos!

María.— Pero mamá, ¿en qué ha quedado
Lo del niño?

Dª Ser.— Ah! si, pues bueno:
Como decia, si acaso
Tuviera otro hijo, á un colegio
De Europa, ó si no de España,
Lo mandaba en el momento
Que estuviera mancebito,
Aunque tambien yo recelo
Por otra parte, que allá
Lo hicieran herege.

D. Ant.— ¡Bueno!
¿Conque todos los de Europa
Son hereges?

Dª Ser.— Yo no veo
Que oigan misa, sobre todo
Los angulos.

D. Cárl.— (¡Qué talento
Tiene la buena señora!)

Clara.— Los anglos, mamá: (¡me quemo
De oir hablar á mi madre
Entre gentes, me avergüenzo!
¡Válgame Dios! ¿de qué modo
Cortara yo en el momento
La conversacion)? Señores;

Vamos un rato á paseo
Al jardin.

D. Carl.— ¡Bravo, Clarita!
Despues de *table* es bueno
Pasear.

D. Tim.— ¿Despues de qué cosa?

D. Cárl.—De la mesa.

Leonor.— Sí, yo encuentro
La dulce melancolía
En las flores y en el viento
Embalsamado que corre
En el campo.

María.— Bueno, bueno;
Vamos al jardin, y sirve
De hacer un ramito nuevo
Para mi peinado.

D. Cárl.— Hermosa,
Yo soy quien me encargo de eso:
Le haré á usted el mas hermoso
Bouquet.

D. Tim.— Bu.... ¿qué?

D. Cárl.— Ramillete. (Viejo
Mas pregunton y mas tonto!
Siempre me sale al encuentro.)
Andiamo, andiamo.

D. Tim.— Sí, vayan;
Yo con Juanito me quedo
A tratar de cierto asunto.
Y usted, D. Antonio, espero
Que se quede con nosotros,
Pues estimo sus consejos.

D. Ant.— Como usted guste.

D. Cárl.— Pues, vamos.

Dª Ser.— Vamos, vamos á paseo,
Que empiezo á sentir el cólico
Y el ejercicio es muy bueno. [*Vánse*].

ESCENA X.

DON TIMOTEO, DON ANTONIO, DON JUAN.

D. Tim.—Por fin, Juanito, ha llegado
El momento venturoso
De darte el nombre de hijo,
Que con tanto ardor deseo.
Habla sin rubor, declara
Sin disfraz tu pensamiento;
¿Cuál de mis hijas te agrada?
Dímelo, Juanito, luego.
Don Antonio es un amigo
De confianza, y los secretos
De mi casa le confio
Sin reserva alguna.
D. Juan.— (¡Cielos!
Llegó el momento temido!)
D. Ant.— Sí, Don Juan, yo aprecio
A usted, y estoy pronto
A servirle, si no puedo
En cosas de mas estima;
Siquiera con mis consejos.
Se halla usted, amigo, mio,
En un crítico momento:
Piense usted bien lo que diga;
Piense usted, que son eternos
Esos lazos; que es preciso
Hablar con franqueza.
D. Tim.— Cierto:
Habla sin rubor, querido.
¿Cuál de mis hijas tu afecto
Ha ganado? dilo pronto:
Pon el colmo á mi contento.
D. Juan.—¡Oh padre! si acaso el nombre
De padre, dar á usted puedo,

Cuando rehuso el beneficio
Que me propone: mas debo
Ser franco, y sufrir ahora
Su cólera y menosprecio,
O resignarme á pasar
Una vida de tormentos,
O á lo menos de fastidio,
Con una esposa de un genio
Distinto del genio mio.
Perdone usted si le ofendo;
Sabe el cielo cuánto estimo
Ese cariño: cuán lleno
Mi pecho de sus bondades,
Prueba el agradecimiento.
Toda mi vida no basta
Para pagar lo que debo
Al que me ama como padre;
Pero señor, yo no puedo
Resolverme á ser perjuro.
¡Pronunciaré el juramento
De amor eterno á una esposa,
Cuando en mi pecho no siento
Este amor? es imposible.

D. Tim.—¡Imposible! ¿Conque debo
Renunciar la esperanza
Que alimentaba mi pecho?
Mas, dime ¿qué te disgusta
En mis hijas? ¿Qué defectos
Tienen que yo no he notado?
Yo las juzgaba un modelo
De perfeccion.

D. Ant.— Es preciso,
Amigo Don Timoteo,
Que escuche usted de mi boca
La verdad, aunque su acento
Le parezca duro; acaso
Todavía será tiempo
De corregir unos males,

Que si tomaran mas cuerpo,
Incorregibles serian.
Lo he dicho á usted, y de nuevo
Lo repito. Usted adopta
Un gran error, suponiendo
En sus hijas, cual virtudes,
Lo que solo son defectos.
La falsa instruccion de Clara;
De Mariquita ese genio
Ligero que no se fija
En cosa alguna; el esceso
De la sensibilidad
De Leonor, Don Timoteo,
Son faltas, y faltas graves,
A que usted debiera cuerdo,
Haber atajado el curso;
Un hombre de juicio recto,
Elegirá por esposa
Una muger que cumpliendo
Su deber, cuide su casa:
Que cultive su talento
Con gusto: que si dedica
A la lectura algun tiempo,
No quiera pasar por sábia:
Que no esté siempre gimiendo
Por personages ficticios:
Que no ocupe su cerebro
Solamente con las flores,
Los bailes y el coliseo:
Ser sin ficciones sensible:
Ser instruida, sin empeño
De parecer literata.
La compostura, el aseo,
Usar sin afectacion,
Y vivir siempre cumpliendo
Las dulces obligaciones
De su estado y de su secso,
¡He aquí una jóven amable!

He aquí, amigo, en mi concepto
Las virtudes de una esposa.
Usted sin duda está lleno
De bondad; su noble alma
Merece ser el objeto
De una constante ternura;
Pero escuche usted le ruego,
Los consejos de un amigo;
Corrija usted los defectos
De sus hijas, aun es dable.
Tienen un corazon recto,
Y escucharán de un buen padre
Los saludables preceptos:
Tal vez pronto corregidas,
Serán de todas modelo,
Y harán á usted verturoso,
Tanto, cual merece serlo.
Vaya, enjugue usted el llanto,
Que todo tendrá remedio:
Cuenta usted con un amigo.

D. Juan.—Y con un hijo; yo espero
Merecer tan dulce nombre
Por mi cariñoso esmero;
Jóven soy; aun es posible
Que de otro viage volviendo
Que voy á emprender ahora,
Y pague á usted lo que debo,
Halle en Leonor una esposa,
Tal como yo la deseo;
Si acaso usted, padre mio,
Me juzgare digno de ello.

D. Ant.— Sí, Don Juan, Leonor es jóven
De buen corazon, yo espero
Que si nuestro buen amigo
No desprecia mis consejos,
Será muy pronto una esposa
Inimitable.

D. Tim.— Comienzo

A creer que usted, Don Antonio,
Tiene razon.

D. Ant.— ¡Bueno, bueno!
Ya lo esperaba.

D. Tim.— Juanito,
A pesar del sentimiento
Que tu conducta me causa,
Tienes razon, lo confieso;
Mas mi cariño es el mismo:
Jamas olvidarme puedo
De lo que debo á tu padre:
Y todavía, lo espero,
Te daré el nombre de hijo.

D. Juan.—Sí señor, yo lo deseo.

D. Tim.—Vengan los dos á mis brazos,
Que de esta manera quiero
Manifestar que aunque es dura
La leccion, yo la agradezco·

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, D. CARLOS, DOÑA SERAPIA, LEONOR, MARIA, CLARA.

D. Cárl.—¡Bravo! bravo! esto va bien;
Ya tendremos desposorio;
¿Cuándo es por fin el casorio?
¿Quién es la dichosa, quién?
¿Conque habrá *danse*, festin;
Vaya, qué gusto tendré,
La Mazurca bailaré.
¿Cuál es la *fianzé*, por fin?
Ya están danzando mis piés.

Dª Ser.— ¿A quién eligió?

D. Juan.— Señora....

Todos.— ¿A quién, á quién?

D. Ant.— Por ahora,
A ninguna de las tres.

Ana Bolena.

PERSONAGES.

ANA BOLENA, reina de Inglaterra.
ENRIQUE VIII, rey de Inglaterra.
CROMWELL, ministro del rey.
ENRIQUE DE PERCY, duque de Northumberland.
LORD ROCHFORD, hermano de la reina.
JUANA SEYMOUR, ISABEL PRESTON, } damas de la reina.
JORGE SMETON, page de la reina.
WILLIAM KINSTON, condestable de la Torre.
DUQUE DE NORFOLK, presidente del tribunal.
DOS CORTESANOS QUE HABLAN.
EL VERDUGO.
DAMAS DE LA REINA.
CORTESANO 1.
SOLDADO. 1.

Lóndres, 1536.

ACTO PRIMERO.

EL BAILE.

Gran salon en el palacio de White-Hall, iluminado perfectamente: en el fondo una gran puerta: vidriera que se supone dar á otro salon tambien iluminado, en donde se da el baile: al través de la vidriera se ven pasar algunas veces señores y señoras: se oye á lo lejos la música. En el salon que representa el teatro, hay dos mesas redondas pequeñas á derecha é izquierda del foro: sobre las dos hay juegos de naipes: en la una un grupo de cortesanos juega: sobre la otra, igualmente, otro grupo de cortesanos, entre los que se halla Jorge Smeton, juega y habla alternativamente.

ESCENA I.

SMETON Y CORTESANOS.

Cort. 1º—¡Smeton, á vos os toca
Jugar; ¿pero estais dormido?
Cort. 2º— Es que se halla aquí su cuerpo;
Pero su alma, ¿eh? [*Risa maliciosa de inteligencia, entre los cortesanos que están con Smeton*].

Smeton.— Pues amigos, [*Turbado*].
Os engañais, nunca ha estado
Mi corazon mas tranquilo:
No pienso mas que en el juego.
Cort. 1º— ¿Pero en cuál juego? infinitos
Hay: unos de cartas, otros
De manos, otros....querido,
Ya me entendeis; mas cuidado,
Porque hay algunos prohibidos.
Smeton.— No os entiendo.
Cort. 1º— Vaya, Smeton:
Ese semblante encendido
Os hace traicion: tres veces
La partida habeis perdido,
Porque casi no mirais
Los naipes, y de continuo
Volviendo estais la cabeza
Hácia aquella puerta: os digo
Que sois poco diestro.
Cort. 2º— Bueno;
Si á los naipes ha perdido,
Conseguirá otras ventajas;
Pues dice un proverbio antiguo,
Que es en amores dichoso
El que en el juego....
Los cort.— Bien dicho. [*Riendo*].
Smeton.— Señores, basta de burlas,
Y si quereis divertiros
A costa mia, os prevengo
Que no podreis conseguirlo.
Conque, juguemos.
Todos.— Juguemos. [*Siguen jugando*].
Cort. 3º— Pues señores, como os digo, [*En la mesa de la izquierda*].
Pero guardad el secreto;
Mirad que corro peligro
Si no sois discretos.
Cort. 4º— Vamos,
Hablad sin temor, amigo,

Y contad con la reserva.

Cort. 3º—Pues escuchad. He sabido
Que nuestro buen soberano
Se va cansando un poquito
De su adorada consorte,
Y anda asestando sus tiros
A Lady Seymour. ¡Caramba!
Tiene unos ojos divinos
La tal Juana: lo gracioso
De la historia, es que el ministro,
El astuto Cromwell, tiene
Mas empeño que el rey mismo.

Cort. 4º—La quiere hacer una reina
A su modo.

Cort. 3º— No, querido;
Quiere vengar el ultrage
Que Ana Bolena le hizo
En público una ocasion.

Cort. 4º—¿Cómo?

Cort. 3º— No sé qué le dijo
De plebeyo y despreciable;
Y desde entonces, me han dicho
Que ha jurado la venganza.

Cort. 4º—El es un zorro maldito
Que dará al diablo lecciones.

Cort. 3º—Y como (entre nosotros sea dicho)
Nuestra reina Ana Bolena
Ha dado mas de un motivo
Para atacarla, y se habla
De secretos favoritos,
De Smeton, Norris y Bréreton,
Y hasta de su hermano mismo;
Quién sabe si al fin....

Cort. 4º— Y luego
Debe pagar la que hizo
A nuestra pasada reina,
La que gime en el retiro
De Haptill. ¡Pobre Catarina

De Aragon! Pero el castigo
Caerá sobre Ana Bolena.

Cort. 3º— ¡Oh! pobre Ana! ella ha tenido
Sus faltas.

Cort. 4º— Sí, por su causa
Han muerto ya en un suplicio
Tomas Moris y otros muchos.

Cort. 3º— Tal vez ella no ha tenido
Parte en esto; sus parientes....

Cort. 4º— Pero ella debió impedirlo.

Smeton.— Es mia la basa. [*En la otra mesa*]..

Cort. 2º— No, [*Jugando*].
Que yo tengo al rey conmigo.

Smeton.— ¡Maldito rey! pues parece
Que con él estoy reñido.

Cort. 1º— Con la reina....de los naipes
No fuera Smeton lo mismo,
Pues de las hembras parece
Que sois muy favorecido.

Smeton.— Basta de burlas. El juego
Me va causando fastidio:
Dejémoslo. [*Se levantan*].

Todos.— Sí, sí; al baile.

Cort. 1º— Mas no os enfadeis conmigo;
Ya sabeis que siempre os hablo
Como camarada antiguo
De colegio, y en verdad
Corren ciertos rumorcillos
Sobre vos y cierta dama
De un rango muy distinguido.

Smeton.— ¿Pero quién es esa dama?

Cort. 1º— ¿Y si os enfadais?

Smeton.— Decidlo,
Por Dios, y decidlo pronto.

Cort. 1º— ¿El nombre de ella?

Smeton.— Repito
Que sí: acabad, ó dejadme.

Cort. 1º— Bien, os lo diré al oido.

No os lisonjeis, señores, [*A los cortesanos*].
De saber lo que á mi amigo
Voy á decir: es un nombre
Muy grande para decirlo
En voz alta, ni esponerlo
A vuestros sangrientos tiros:
Adivinad si quereis,
Y en malicias divertios.

Smeton.— Acabad.

Cort. 1º— Pues bien: se llama,
Os lo diré muy bajito,
Ana, reina de Inglaterra.

Smeton.— La palabra que habeis dicho [*Furioso*].
Pide sangre, caballero.

Cort. 1º— No tal, amigo mio, [*Riendo*].
Pide amor, pide ternura,
Pide los versos divinos
De vuestro genio. Ea, vamos,
Vamos al baile, queridos.

[*Se van todos los cortesanos; Smeton quiere seguirlos, y luego se contiene*].

ESCENA II.

SMETON.

Esperad....¿Qué voy á hacer?
¡Oh! maldita sea mi estrella!
Ni aun puedo morir por ella;
Callar debo y padecer.
Y es cierto que la amo, sí:
Yo la idolatro, la adoro;
Su sonrisa es un tesoro,
Es el cielo para mí.
El cetro y pompa real,
¡Oh cuánto son inferiores
De sus ojos brilladores

A la luz angelical!
Sobre su célica frente
Brilla un genio soberano:
Marcóla Dios con su mano
Para hacerla omnipotente;
Y dijo á la humanidad:
¡Ved en el mirar divino
De esa muger, el destino
Del justo en la eternidad!
Y yo, mísero de mí,
Que siempre estoy á su lado
Para amarla, ¡desgraciado!
Sin esperanza nací:
A ver sin cesar en ella
Un objeto sacrosanto,
Y á regar con triste llanto
De su hermoso pié la huella;
Mas su rostro encantador
Por mi mano retratado,
Siempre en mi pecho guardado,
Es mi delicia, mi amor: [*Saca un retrato que trae oculto en el pecho, y pendiente de una cadena de oro*].
Ven, ¡oh sacro talisman,
Ven y consuela mi alma,
Tu poder mágico calma
Mi desventurado afan!
Deja que el lábio abrasado
De un esclavo que te adora,
En tu frente seductora....

[*Desde antes de los tres últimos versos, Cromwell se ha acercado con mucha precaucion detras de Smeton, y ha visto el retrato de la reina: despues se retira con cuidado y le habla á Smeton*].

ESCENA III.

SMETON, CROMWELL.

Cromw.— Cuidado Smeton, cuidado.
Smeton.— ¡Cielos! el ministro.... [*Sorprendido*].

Cromw.— Y bien;
¿Por qué os sorprendeis así?
Contemplábais el objeto
De vuestro amor? bien, vivid,
Y amad: tal es el empleo
De la juventud feliz.
Ese es sin duda el retrato
Del hermoso serafin
Que preside vuestra suerte:
Que le mire permitid.
Smeton.— Conde de Essex, dispensadme: [*Ocultando el retrato*].
Este es mi secreto.
Cromw.— Sí?
Pues guardadlo: sois discreto.
(Es tarde, que ya lo ví).
Pero la reina os buscaba;
Parece que os quiere oir
Cantar: sabeis lo que gusta
De vuestra voz: pronto id,
Que no es justo retardarle
Este placer.
Smeton.— Permitid....[*Tomando su sombrero*].
Cromw.— Id con Dios, hermoso jóven;
Sed en amores feliz. [*Våse Smeton*].

ESCENA IV.

CROMWELL.

Mancebo incauto, ya estás
En el borde y no lo ves;
Con un solo paso mas,
Horrible abismo verás
Abierto bajo tus piés.
¿Tu amas á la reina? sí:
¿Y ella te ama? tal vez no;
No importa; un retrato ví

Que es una arma para mí,
Una arma que busco yo.
Reina orgullosa, insultado
En público fuí por vos,
Por mi orígen ignorado;
Pues bien, quedaré vengado,
Y muy pronto ¡vive Dios!
El plebeyo se alzará:
Este gusanillo vil,
De una reina triunfará:
Serpiente se tornará
Este mísero reptil.
Enrique llega: ¡valor!
Él apasionado está
De Lady Seymour. ¡Oh amor!
Tu serás mi vengador;
Ana Bolena caerá.

ESCENA V.

CROMWELL, ENRIQUE VIII.

Enriq.— Cromwell, yo te buscaba; ¿has visto á Juana?
A esa Juana Seymour, á esa hermosura,
En cuya frente pura
Brilla el pudor con todos sus encantos?
Jamás, jamas tan bella,
Conde, me pareció como este dia:
Atónita mi vista la seguia;
No he podido apartar mis ojos de ella:
Un impulso secreto, sobrehumano,
Un mágico poder irresistible
Arrastra á tu potente soberano,
Y Enrique VIII que á la mar domina,
A cuyo cetro el mundo viene estrecho,
Cediendo al fuego que le abrasa el pecho,
A una débil muger la frente inclina.

Cromwell, ella será tu soberana.

Cromw.— ¿Y Ana Bolena?

Enriq.— ¡Calla! Ana Bolena!
La tempestad sobre su frente truena:
Ella es culpable, Cromwell: esa Ana
En quien mi honor depositaba un dia,
Es infiel.

Cromw.— ¿Es infiel?

Enriq.— Se ha roto el velo
Que mis ojos cubria, y aclarando
Se van ya mis sospechas: ya la corte
Su liviandad murmura.

Cromw.— ¿Y el objeto
De su culpable amor, quién es?

Enriq.— Son muchos
Los que se nombran: Bréreton, Smeton,
Su mismo hermano, ¡oh conde! ¿lo creerias?
Yo lo descubriré, y entonces ¡tiemble,
Tiemble el objeto de las iras mias!

Cromw.— ¡Rochford, su mismo hermano! ¿y es creible?

Enriq.— ¿No has observado tú, no has descubierto
Alguna cosa que aclarar consiga
Del todo la verdad?

Cromw.— Mi soberano:
Os debo lo que soy: el labio mio
Nunca os hará traicion. Ana Bolena....
Yo la amo y compadezco su destino;
Pero ahora mismo....

Enriq.— Acaba pronto, y deja
De piedad esa máscara engañosa;
Yo te conozco, Cromwell. Habla al punto,
Y háblame con franqueza.

Cromw.— En este instante,
De la música huyendo y del bullicio,
En esta sala Smeton se encontraba
A un retrato de lágrimas cubriendo.
Era el de vuestra esposa....

Enriq.— ¡Cómo!

Cromw.— El mismo:
Pude verlo muy bien sin ser notado;
Si V. M. pretende ahora
Comprobar la verdad de mis palabras,
Haga llamar á Smeton: de su cuello
Una cadena pende de oro puro:
En su estremo hallareis ese retrato.
Yo me indigno, señor, al acordarme;
Lo ví, y callé, que solo á vos os toca,
Tamaña injuria castigar: llamadlo,
Llamad á ese traidor: vuestra justicia
En su cómplice y él, sin piedad caiga.

Enriq.— Basta, Cromwell, no pido tus consejos;
Sé lo que debo hacer.

Cromw.— ¡Oh cuán distinta
Es de la reina, la inocente Juana!
Sin artificio, sin doblez alguno
Su puro corazon en sus miradas
Se está leyendo.

Enriq.— Sí, su dulce nombre
Me hace olvidar á todo el universo.
Caiga la que mi honor ha mancillado,
Y Juana suba de Inglaterra al sólio.
Escucha, conde, ya hace muchos dias
Que me ocupa una idea. Enrique Percy,
El conde de Northumberland, amaba
A Ana Bolena, y pienso que contrajo
Esponsales con ella, antes que al trono
Fuese llamada: si esto fuese cierto
Mi matrimonio es nulo.

Cromw.— Sí.

Enriq.— Y entonces
Puedo unirme con otra. El conde se halla
En sus estados, lejos de la corte.
Haz que le llamen, Cromwell.

Cromw.— Voy al punto.

ESCENA VI.

DICHOS, UN PAGE.

Page.— De Northumberland el conde,
De llegar, señor, acaba,
Y hablaros desea.
Enriq.— ¿El conde?
¿Qué casualidad tan rara
Le conduce en tal momento?
Que pase al punto. ¿Qué causa [*Váse el page*].
Le puede traer? Ha tiempo
Que de la corte se aparta.
Cromw.— V. M. al punto
Lo sabrá: ya se adelanta.

ESCENA VII.

DICHOS, ENRIQUE PERCY.

Enriq.— Noble conde, llegad: ¡á qué debemos
El placer de miraros este dia?
Percy.— Señor, ved la tristeza en mi semblante,
Mirad en él la fúnebre noticia
De que soy mensagero: la princesa
Vuestra primera esposa, Catarina,
La augusta desterrada, ha muerto.
Enriq.— ¡Ha muerto!
Percy.— Terminó su carrera de desdichas.
Yo he presenciado su postrer instante
Y yo os traigo, señor, su despedida.
Siempre noble y magnánima, ni un punto
Desmintió su virtud: era la misma
En su lecho de muerte, que en el trono,
En que Inglaterra la admiró algun dia.

Enriq.— ¡Buena muger! Por su piedad inmensa
El Eterno en su seno la reciba.
Percy.— No hay duda: ya su espíritu celeste
En las regiones de la luz habita:
Mucha fué su virtud: amargo llanto
Inundó largo tiempo sus megillas:
Privada de su rango, desterrada
Del trono augusto de que fué tan digna;
Privada en fin, de todo lo que amaba,
Y á vivir entre angustias reducida,
Jamas su labio articuló una queja,
Y al cielo generosa le pedia
Que sobre su hija y sobre vos vertiese
Con franca mano inacabales dichas:
Tal vuestra esposa fué: ya al acercarse
El término temprano de su vida,
Se dignó suplicarme que viniese
Para recomendaros á su hija.
He cumplido, señor, sus voluntades:
Estended vuestra mano compasiva
A esa niña inocente, protegedla,
Recordad que sois padre de María.
Aquí queda mi encargo terminado;
Permitidme volver.
Enriq.— Será cumplida
La voluntad de Catarina, conde;
Mas retardad aún vuestra partida.
Cuestiones de importancia quiero haceros:
Vedme en palacio el venidero dia.
Percy.— Vendré á veros, señor.
Enriq.— El cielo os guarde.
Percy.— Él proteger se digne vuestra vida. [*Váse*].

ESCENA VIII.

CROMWELL, ENRIQUE VIII.

Enriq.— Haz, Cromwell, que cese ya
Ese baile, esos acentos:

De la pobre Catarina
La memoria respetemos.
Mañana, conde, mañana
Será un dia muy funesto
Para muchos: mi justicia
Alzará un brazo de hierro;
No habrá piedad; ¡desgraciados
Los que aparecieren reos!
Cromw.— La reina llega.
Enriq.— Su vista
Me sirve ya de tormento.

ESCENA IX.

DICHOS, ANA BOLENA, JUANA SEYMOUR, ISABEL, DAMAS, CORTESANOS, SMETON.

Ana.— Señor, ¿vos tan retirado?
¿Vos tan triste?
Enriq.— Sí, no tengo [*Con sequedad*].
Motivos para alegrarme.
¿Sabeis, señora que ha muerto
Vuestra reina?
Ana.— ¿Quién?
Enriq.— La heróica
Catarina, la que un tiempo
De Inglaterra sobre el trono
Fué de virtudes modelo.
Ana.— Si la princesa de Gales
No ecsiste ya, sabe el cielo
Que siento su muerte.
Enriq.— Sí,
Sin dificultad lo creo,
¡Porque sois tan compasiva!
No hace en verdad mucho tiempo
Que aquí mismo en esta sala
He visto una prueba de ello.

¿No me entendeis hoy? Mañana
Que me comprendais espero.

Ana.— ¿Mañana? señor, mañana
Está dispuesto un torneo
En Greenwich.

Enriq.— ¡Cómo, señora!
¿Se ha convertido mi reino
En teatro de festines,
Músicas, bailes y juegos?
Diferidlo.

Ana.— No es posible,
Señor; todo está dispuesto.
Norris, Bréreton, mil otros
Están ya en Greenwich, y espero
Que consentireis.

Cromw.— ¿Qué importan [*Aparte*].
Unas horas mas ó menos?
De Greenwich hasta la Torre
De Lóndres, no está muy lejos.

Enriq.— Dices bien. Sea, señora,
Como vos querais. Tendremos
Mas tiempo de hacerlo todo
Con calma. Guárdeos el cielo. [*Váse*].

ESCENA X.

DICHOS, MENOS ENRIQUE VIII.

Ana.— Despejad: Cromwell, oid. [*Vánse todos menos Cromwell*].
¿Por qué causa el rey se muestra
Tan severo? ¿lo sabeis?

Cromw.— ¿Qué quereis que os diga, oh reina?
¡Es tan sombrío el carácter
De Enrique VIII!....Una nueva
Pasion tal vez....¡qué sé yo!
Recordad que Ana Bolena,
Dama era de Catarina,

Y hoy en su trono se sienta:
Vos teneis hermosas damas;
Lady Seymour es muy bella;
No puedo esplicarme mas;
Entended, si sois discreta:
Guárdeos Dios. [*Váse*]

ESCENA XI.

ANA BOLENA.

¡Cielos! qué oí!
Era cierto mi temor:
¿El rey tiene un nuevo amor?
¡Desventurada de mí!
¿O ese ministro feroz,
Ese Cromwell infernal,
Lo supone por mi mal?
Es una venganza atroz;
No puede ser, no será;
El rey me ama todavía,
Calma el temor, alma mia,
Mi hermosura triunfará.
¡Pero esa Juana, esa Juana
Es por acaso tan bella,
Que el rey me deje por ella?
Puede ser, ¡duda inhumana!
Despreció Enrique por mí
A su esposa Catarina;
Quizá el cielo me destina
Una suerte igual, ¡ay! sí.
De esta princesa la muerte
Es una leccion terrible.
Fuí á su dolor insensible....
Yo tendré la misma suerte:
Ana olvidada será;
Pero no; ¡qué desvario!

Levántate, orgullo mio;
Mi hermosura triunfará:
Y pronto al monarca ingles,
Por mi beldad arrastrado,
Le veré al fin humillado
Pedir perdon á mis piés.



ACTO SEGUNDO.

EL SUEÑO.

Soberbio gabinete de Ana Bolena, adornado con magnificencia: á la derecha del foro un forte-piano: á la izquierda una mesa pequeña y un sillon forrado de terciopelo: encima de la mesa estará la corona de la reina, y á los piés del sillon un gran cojin de terciopelo: en el centro del gabinete, una puerta con gran colgadura, que se supone conduce á las demas piezas de palacio: en el costado izquierdo, otra puerta tambien con colgadura.

ESCENA I.

ROCHFORD, ANA BOLENA.

Rochf.— Horrible tempestad nos amenaza
Hermana mia: ese fatal ministro,
Ese Cromwell cruel, se ha conjurado
Contra nosotros.
Ana.— Sí, su orgullo herido
Por mi desprecio, la venganza anhela:
Vil mezcla de bajeza y de perfidia
Es ese hombre feroz; nada perdona
Para perderme: el rey dócil escucha
Sus horribles consejos; ¡pero tiemble!
Enrique me ama aún.
Rochf.— ¡Oh hermana mia!
Tal vez te engañas; esa dama tuya,
Esa Juana Seymour, dicen que á Enrique
Ha sabido agradar: Cromwell fomenta
Está nueva pasion, y pronto acaso,
Ana Bolena bajará del trono,
Como bajó la reina Catarina.
Se te acusa de un crímen horroroso:
¡De adúltera!
Ana.— ¡Gran Dios! Rochford; ¿quién pudo

Esa palabra pronunciar?

Rochf.— Enrique,
El mismo rey se dice que te acusa.
Tus ligerezas se han interpretado
Como muestras de amor: en el torneo,
Ayer mismo en Grenwich, cuando dejaste
Tu pañuelo caer, Cromwell ha dicho
Que era señal de tu pasion á Norris.
El rey se retiró con el ministro
Lleno de indignacion: yo tiemblo, Ana;
A mí mismo me acusan, ¿lo creerias?
De un criminal amor á tu persona.

Ana.— ¿Conque tambien de incesto se me acusa?
Tú deliras, Rochford; el mismo infierno
No pudiera inventar tan vil calumnia.
¡Me haces temblar! escucha! en esta noche....
¿Será un aviso del airado cielo?
Me estremezco Rochford: ¡vision horrible
De mi imaginacion se apoderaba!
¡Sueño espantoso que olvidar procuro,
Y no puedo olvidar! Óyelo, y tiembla.

Yo soñaba que el trono ocupando
A mis piés la Inglaterra veia:
Todo en torno á mis ojos reia,
Todo en torno era dicha y amor:
Cetro de oro en mi mano brillaba,
La corona adornaba mi frente,
Un gran pueblo á mi voz obediente,
Escuchaba temblando mi voz.

Mil guerreros, mil héroes ilustres,
Mis caprichos humildes servian,
En mi risa su gloria veian,
Y venian mi mano á besar:
En mil partes mi nombre grabado,
Centellaba entre piedras preciosas,
Y sentí de jazmines y rosas
Dulce aroma en el viento bajar.

Mas, ¡oh Dios! esta atmósfera pura:

De zafiro este cielo esplendente,
Roja nube cubrió de repente,
Que torreones de sangre vertió:
Un relámpago lívido alumbra
De la tierra el funesto desmayo,
Y retruena mil veces el rayo
Con horrible funesto fragor.
  La diadema que adorna mi frente
En mi cráneo se ciñe, se hunde,
Y mi cetro en mi mano se funde,
Y me abrasa el ardiente metal:
Y mi mantó de púrpura y oro,
Negro paño se torna de muerte:
En horrible dogal se convierte,
De mi cuello el soberbio collar.
  Se hunde el trono con hórrido estruendo,
Veo á mis piés una tumba cavada,
Y una mano asomar descarnada,
Que me muestra el sudario fatal.
¡Catarina! Era suya esta mano.
Ella, ¡oh Dios! maldiciéndome ha muerto.
En sudor inundada despierto,
Sin poder á la calma tornar.

Rochf.— ¡Desventurada! tal vez
Se realizará este sueño:
La tempetad se aprocsima,
Oigo resonar el trueno.
Tres dias hace que solo
Miro presagios funestos.
De Cromwell el regocijo,
Del rey el rostro severo,
El amor que tiene á Juana,
Todo en fin, está diciendo
Que se aprocsima la hora
De la muerte ó del destierro.

Ana.— No, tal vez, hermano mio,
No es tan grande nuestro riesgo.
¡Enrique me amaba tanto!

¿Y podrá en tan breve tiempo
Aborrecerme? ¡imposible!
No, Rochford, yo no lo creo.
Hace tres dias me hablaba
Con el cariño primero:
Antes de ayer en el baile
Y en el crítico momento
De que la muerte escuchaba
De Catarina, el torneo
De ayer le anuncié; queria
Que se suspendiese, y luego
Que le rogué, á mis instancias
Condescendió; sí, yo pienso
Que conservo todavía
Sobre su alma el mismo imperio.
Dicen que á Lady Seymour
Ama Enrique; no lo creo:
Es obra de Cromwell todo,
De ese odioso consejero.
Cuando el rey mire mi llanto:
Cuando con mágico acento
Le recuerde aquellos dias,
Aquellos dulces momentos
De ventura, que en su alma
Tantas delicias vertieron:
Cuando me mire á sus plantas
Invocando al Sér Supremo
Por testigo irrecusable
De mi conducta, y el velo
De la impostura se rompa;
Cuando mire en fin, mi afecto
Siempre puro, inalterable,
En mis lágrimas de fuego,
¿Quién duda que entre sus brazos
Vaya á recibir el premio
De mi inocencia? ¡Oh hermano!
Ligera soy, lo confieso:
Educada en Franc a, acaso

La circunspeccion no tengo
De una inglesa; ¿mas qué importa?
¿Es menos puro por eso
Mi corazon? ¿Dónde, dónde
De esos delitos horrendos
Están las pruebas? ¡Malvados!
Yo con semblante sereno
Desmentiré á los infames
Ante todo el universo.

Rochf.— ¡Y tu inocencia qué importa,
Si ya del rey el afecto
No es el mismo?

Ana.— Hermano mio;
No conoces el imperio
Del llanto en una hermosura
Que se ha amado en otro tiempo.

Rochf.— ¿Sabes que á Lady Seymour
Ha llamado el rey?

Ana.— Yo creo
Que Cromwell la habrá arrastrado
Tomando cualquier pretesto:
Yo lo sabré en el instante.
Lady Seymour.

Rochf.— Yo te dejo
En libertad: profundiza
Su corazon. ¡Quiera el cielo
Que sea cierta tu esperanza
Y mis temores inciertos! [*Váse*].

ECSENA II.

Ana Bolena, Juana Seymour,

[*Que entra al mismo tiempo que sale Rochford. Ana se sienta en el sillon con mucha seriedad*].

Ana.— Acercaos: no tembleis;
Respondedme con verdad.

Juana.— Siempre la sinceridad,
Señora, en mi alma vereis.
Cierto es que tiemblo al mirar
Vuestro semblante severo,
Y saber, señora, espero,
En qué os pude yo agraviar.
Tiemblo, sí, porque tal vez
Sin saberlo os ofendí,
Sin saberlo, ¡oh reina! sí,
A Dios pongo por mi juez.

Ana.— (¿Tan jóven y artificiosa
Hasta tal punto seria?
No puede ser). Hija mia,
Tú eres buena, candorosa:
En tu noble corazon
Solo habita la pureza:
Respóndeme con franqueza,
Calma, Juana, mi afliccion.
¿El rey te ha llamado?

Juana.— Sí,
Ricas joyas me ha mandado,
Y el conde de Essex....

Ana.— (¡Malvado!)

Juana.— Casi me ha arrastrado allí.
Dijo que era mi deber
Dar gracias al soberano;
Dudé yo: tomó él mi mano,
Fué preciso obedecer.

Ana.— (¡Infame!)

Juana.— Ya en la presencia
Del rey, tímida, turbada,
Parecia condenada
Que escuchaba su sentencia.
Yo no sé lo que sentí
Cuando el monarca me habló;
Pero el conde respondió
Con mucha bondad por mí:
¡Es el conde tan afable!

Ana.— ¡Mucho, sí! ¿monstruo infernal, [*Se levanta furiosa, y se pasea por el gabinete*].
Te abortó para mi mal
El averno? ¡Miserable!
¿Posible es tanta bajeza?
¡Pero al rey le pasará
Este capricho y caerá
Ante mis piés tu cabeza!
Tú volverás á la nada,
Cromwell infame y traidor:
¡Tú temblarás al furor
De una muger ultrajada!
¡Veré á Enrique, le veré;
Mis quejas escuchará,
Su gracia me volverá,
Y al fin vengada seré!
¡Vengarme! Vengarme yo?
Él tiene la culpa, él:
Me obligan á ser cruel;
¡Pero no he de serlo, no!
Venga ese ministro, sí,
Venga á implorar su perdon;
Conocerá el corazon
Que siento latir aquí. [*Se sienta*].

Juana.— Tal vez sin saberlo yo,
Señora, os habré ofendido:
Si es así, perdon os pido.

Ana.— Tú no me ofendiste, no:
Tambien tú víctima eres
Como yo, de un vil engaño:
Se conjuran en el daño
De dos míseras mugeres.
Juana, acaso no sabrás
Lo que es ese brillo falso
Del trono: de él al cadalso
Hay un paso nada mas.
Hoy te quieren elevar
Sacrificándome á mí;

¡Ay! tambien despues á tí
Te sabrán sacrificar.

Juana.— Señora, yo al esplendor
Del trono, nunca aspiré.

Ana.— Lo sé, Juana, sí, lo sé;
Abusan de tu candor:
Mas la tempestad sombría
Yo sabré al fin conjurar:
Lo espero: vuelva á reinar
En mi pecho la alegría.
Haz que entre mi corte aquí,
Y de Smeton los acentos,
Disipen los sentimientos
De tristeza que hay en mí. [*Våse Juana*].

ESCENA III.

ANA BOLENA.

¡Oh sueño, sueño cruel!
Déjame por compasion;
No inundes mi corazon
Con tus recuerdos de hiel.
Siempre en mi memoria fiel
Está la vision fatal:
Siento en mi cuello el dogal,
Siento quemarse mi diestra;
Vêo la mano que me muestra
El sudario funeral.
Pero no; no, sueño fué,
Sueño que pasó veloz:
Pronto este recuerdo atroz
De mi pecho borraré;
La calma recobraré,
La dulce paz, el contento;
De la poesía al acento,
Huirá la melancolía:

Vuelva á reinar la alegría;
Demos las penas al viento.

ESCENA IV.

ANA, ENRIQUE VIII, CROMWELL. DESPUES SMETON, JUANA SEYMOUR, DAMAS Y CORTESANOS.

[*Enrique y Cromwell, aparecen en la puerta, á la espalda de Ana, y pasan rápidamente á ocultarse en la puerta del costado izquierdo*].

Cromw.— Nadie nos ha visto: entrad,
Entrad, señor, y vereis
Comprobada la verdad.
Enriq.— ¡Ana Bolena, temblad! [*Al pasar*].
Cromw.— Pronto la conocereis.
Ana.— Venid, señores, hoy siento
Una tristeza mortal:
Smeton, tu dulce acento
Disipe este sentimiento
Con su influjo celestial.
Mi jóven poeta, dí:
¿Sabes alguna cancion
Nueva?
Smeton.— Sí señora, sí;
Una hermosa letra oí,
Que habla con el corazon:
Está llena de ternura;
Es la voz de la verdad,
De una alma tímida y pura,
Que habla llena de amargura
A su adorada beldad.
Es de un pobre trovador
Lleno de melancolía,
Porque á su constante amor,
El rango harto superior

De su dama se oponia.
Ana.— ¿Ella no lo amaba?
Smeton.— No.
Ana.— ¿Sabia ella que era amada?
Smeton.— Él su cólera temió;
Gimiendo siempre, calló
Su pasion desesperada.
Ana.— Él se debió declarar.
Smeton.— Si era un pobre trovador,
Y ella ocupaba un lugar
Tan alto, ¿podia esperar....
Ana.— Todo lo iguala el amor:
¿No es verdad, hermosa Juana,
Que amor no conoce ley?
Todo, su poder lo allana,
Y hasta la distancia es vana,
Que hay desde el vasallo al rey.
Mas recitad la cancion,
Que muy hermosa será
Si la dictó el corazon.
Smeton.— Señora, esa es mi opinion,
V. M. la oirá. [*Se sienta, y recita la siguiente*].

Es hermosa la diadema
Que brilla en tu frente pura;
Pero es mas de tu hermosura
El bellísimo esplendor:
Yo quisiera, amada mia,
Mas y mas engalanarte;
Pero nada puede darte
Un humilde trovador.

Toma el arpa con que canto
Las hazañas de los reyes,
Y de amor las dulces leyes,
Y tu imperio seductor:
Yo no tengo mas riqueza,
Yo no tengo plata ni oro;

He aquí el único tesoro
De un humilde trovador.

Un poder irresistible
Reina, hermosa, en tu mirada,
Y en tu boca nacarada
La sonrisa del amor.
Brilla en tu cándida frente,
Del cielo puro la calma:
Tú eres la vida, tú el alma
De este humilde trovador.

Yo te amo sin esperanza,
Tú eres una gran señora,
Yo soy un triste que llora
Su desventurado amor.
Y á pesar de la distancia
A que nos puso la suerte,
Te ha de amar hasta la muerte
Este humilde trovador. [*Se levanta*].

Ana.— Hermosa letra, y sin duda
La habeis recitado bien.
Smeton.— Por vuestra bondad, señora.
Ana.— Algun premio mereceis:
Esta sortija tomad, [*Le dá un anillo, que él recibe*
Smeton. *de rodillas*].
Smeton.— ¡Tanta merced!
¿Una sortija, señora,
De vuestra mano? ¡oh placer!
Enriq.— Tambien yo quiero, buen page, [*Sale, y Crom-*
Daros algun premio. *well*].
Todos.— ¡El rey! [*Se pone Ana en pié*].
Ana.— ¡Señor!....
Enriq.— Me alegro, señora,
Que tan divertida esteis;
Mas permitidme premiar
Al page. Conde de Essex,

Traed lo que os dije. Smeton, [*Vâse Cromwell*].
Otra habilidad teneis
De que no me habeis hablado:
Sois un buen pintor tambien.
¿No lo sabeis vcs, señora?

Ana.— No, Enrique.

Enriq.— Dejadme ver [*A Smeton*].
Ese retrato que al cuello
En la cadena teneis.

Smeton.— Yo....señor.... [*Turbado*].

Enriq.— Sois muy modesto,
Dádmele: miradlo, es [*Se lo arrebata, y enseña á la reina*].
El vuestro, señora.

Ana.— ¿El mio?

Enriq.— ¿Conque vos no lo sabeis? [*Con risa maligna*].

Ana.— No señor. [*Arroja á Smeton una mirada severa, y este se hecha á sus piês*].

Smeton.— ¡Ah! perdonadme:
Vedme, reina, á vuestros piés.
Sin saberlo vos, señora,
Sin saberlo vos, osé [*Aparece Cromwell con soldados*].
Retratar vuestrad facciones.

Enriq.— ¿Ya estás aquí, Cromwell? Bien;
Prended á la reina, á Smeton,
A todos cuantos estén
Comprendidos en la lista
Que arreglábamos ayer.

Ana.— ¿Qué es esto, señor? oidme.

Enriq.— La cámara oirá despues
Vuestros descargos.

Ana.— (¡Gran Dios!
Aviso mi sueño fué).

Enriq.— Tú de todos me respondes,
¿Lo entiendes, conde de Essex?
Quita á Smeton ese anillo,
Toma el retrato: vereis
Si impunemente se ultraja
A Enrique VIII. Sabed

Que ha mucho tiempo ecsamino
Vuestra conducta, muger.
Norris, Bréreton, Rochford,
Os aman, todo lo sé.
Caerá en todos los culpables
La cuchilla de la ley.
A la torre conducidlos.
Juana hermosa, no tembleis,
Que como la reina dice,
Amor no conoce ley:
De la vasalla al monarca,
Nada la distancia es. [*Vâse*].

ESCENA V.

DICHOS, MENOS ENRIQUE.

Cromw.— Reina, conmigo venid.
Ana.— Ya se cumplieron, traidor,
Tus esperanzas, ya triunfas
Plebeyo infame y feroz.
¡Sáciate en tu triunfo, impío!
¡Tú que no tienes valor
De medir jamas la espada
Con aquellos que ultrajó
Tu lengua mordaz: por cierto
Te ha llenado de esplendor
Esta hazaña, miserable!
Cromw.— No he tenido parte yo,
Y siento....
Ana.— ¡Cállate infame!
Que la cólera de Dios
Te castigue.
Cromw.— ¿Vamos?
Ana.— Vamos,
Que no hay suplicio mayor
Para mí, que tu presencia:

Yo soy la culpable, yo,
Que permití te elevaran
Sobre tu vil condicion.

Cromw.— Gracias, señora.

Ana.— ¡Dios mio!
¡Qué sangre fria! ¡oh furor!
Tú eres el genio del mal.

Cromw.— Pues así lo quereis vos,
Lo seré por complaceros.

Ana.— ¡Te burlas de mi dolor!

Cromw.— Estos señores aguardan; [*Señala á los soldados*].
¿Vamos?

Ana.— ¡Confúndate Dios!!!
[*Tirándole con un guante en la cara*].



ACTO TERCERO.

Gran salon en White-Hall, donde habita Enrique VIII; grandes muebles, y entre ellos una mesa á la derecha con la corona del monarca, y otra igual á la izquierda con recado de escribir, y un gran sillon.

ESCENA I.

ENRIQUE VIII, CROMWELL.

[*El primero escribiendo, y el segundo á la puerta del salon*].

Cromw.— Escribe: acaso se ocupa
En teológicas cuestiones:
Es en verdad muy estraño
El carácter de este hombre;
Tal vez está refutando
Aquel inmenso librote
De los siete sacramentos
Que escribió él mismo; ¡oh pasiones,
Cómo jugais con los reyes!
De católico, tornóse
En protestante: mañana,
Si lo ecsigen sus amores,
Defenderá el Alcoran.
Bien, así te quiere Cromwell.
Enriq.— ¡Oh Cromwell! ¿ya estás aquí? [*Viéndolo*].
¿Están cumplidas mis órdenes?
Cromw.— Sí señor, ya se hallan presos
Los cuatro gentiles–hombres
De la reina.
Enriq.— Bien; ¿quién falta?
Cromw.—Falta solamente el conde
De Rochford: no está en palacio;

Pero irá pronto á la torre,
Porque los guardias le buscan.

Enriq.— ¿Qué dice el pueblo de Lóndres,
De la prision de la reina?

Cromw.—Todos, señor, reconocen
Vuestra justicia.

Enriq.— ¿Me adulas? [*Mirándolo fijamente*].

Cromw.— No señor. [*Bajando los ojos*].

Enriq.— ¡Cuidado, conde!
¿Y Lady Seymour, qué hace?

Cromw.— Lady Seymour es tan jóven,
Tan tímida, que sin duda
La habrá aterrado este golpe
De justicia. ¿Lo creeriais,
Señor? Ha llorado.

Enriq.— Cromwell,
Haz que venga á mi presencia:
Preciso es que sus temores
Con la dulzura se calmen.

Cromw.— La inocente no conoce
Su bien: el trono la asusta.

Enriq.— Pronto probará sus goces.
Haz que citen á los pares
Que la cámara componen,
Para decidir la suerte
De Ana Bolena: sus nombres
Hallarás en esta lista. [*Le dá un papel*].

Cromw.— Se hará como lo dispone
V. M. "El duque [*Leyendo*].
De Norfolk, preside." Este hombre,
Aunque es tio de la reina,
Está irritado, y supone
Que el crímen es cierto. ¡Bien!
"Suffolk, Worcester, el conde
De Derby, Tomás Andley,"
Este es mi criatura, "Morley,
Chinton, Cobhan, Windsor, Sands,
Mordant, Dacres, el lord Poiviz."

¡Bien, muy bien! La mayoría
Es escelente. ¡Oh! ¿el nombre
De Northumberland tambien?
(Tanto mejor: este conde
Es amante despreciado;
Se vengará de ella.)

Enriq.— Cromwell,
¿Que te parecen los jueces?

Cromw.— Pienso que todos conocen
Su deber: todos son rectos.

Enriq.— Que se circulen las órdenes
En el instante; y no olvides
Que venga aquí Juana, conde. [*Váse*].

ESCENA II.

CROMWELL.

Vuela, navecilla mia
Con viento en popa. ¡Qué júbilo!
Ha llegado en fin el dia
Que tanto tiempo anhelé:
Mira ya, reina orgullosa,
Como este plebeyo mísero
Que tú hollaste desdeñosa,
Hoy derriba tu poder.
Bajo mi triunfante planta
Te mirará el mundo atónito:
Así el genio se levanta
Ayudado del rencor.
Vamos, nueva soberana,
Ocupad el trono espléndido;
¡Mas, cuidado, hermosa Juana!
¡Cuidado, que aquí estoy yo!
¡Cuánto he trabajado, cuánto!
¡Lady Seymour es tan tímida!
Fué preciso al ver su llanto,

Esforzarme á no reir.
¡Es tan niña todavía,
Tan inocente, tan cándida!
Mas con la esperiencia mia
Será una gran reina, sí.

ESCENA III.

CROMWELL, ROCHFORD.

Rochf.— A buscaros he venido
Hasta palacio, milord.
Cromw.— Tambien yo os busco, señor;
Encontraros dicha ha sido,
Y de no haberos hallado
Ciertas gentes que mandé,
Me admiro: acaso....
Rochf.— No sé:
Ya nos hemos encontrado;
Mi nombre y el de mi hermana
Habeis manchado, traidor:
Yo soy un hombre de honor,
Y ella vuestra soberana.
Al rey quejarme no quiero,
Por que caballero soy,
Y á vengar mi nombre voy,
Solo como caballero.
En vuestra casa os busqué,
De ella hace poco salí:
Pensé que estábais aquí,
Y por fin os encontré;
Y supuesto que infamais
A quien vale mas que vos,
Pronto veremos por Dios
Si con valor os mostrais;
O si para nuestra mengua,
Para vuestra confusion,

Teneis corto el corazon
Y larga solo la lengua.
Porque un hombre para hablar
Debe primero saber
Si puede al fin sostener
Lo que quiere aventurar;
Ni vuestra clase elevada,
Nada os podrá garantir,
Porque tambien sabe herir
En los ministros mi espada.
Dadme una satisfaccion.

Cromw.— Hablaremos mas despacio:
Ved que hora estais en palacio,
De aquí vais á la prision;
Pero si acaso despues
Que os absuelvan deseais....

Rochf.— ¡A una prision! ¿os burlais?

Cromw.— No señor, la verdad es;
Pero cuando mas un dia
Estareis con vuestra hermana.

Rochf.— ¿Está presa tambien Ana?

Cromw.— No hace una hora todavía:
Viendo estoy que no sabeis
Lo que en palacio ha pasado:
Toda la escena ha cambiado,
Señor conde, ya lo veis.
Privada de libertad,
A mi pesar, vuestra hermana,
Y una nueva soberana,
Segun se dice....

Rochf.— Callad!

Cromw.— Guardias.

Rochf.— Sin duda el infierno,
Hombre inicuo, te abortó,
O á la tierra te mandó
En su cólera el Eterno. [*Aparecen en la puerta las guardias*].

Cromw.— Os perdono: con razon
Hablais, señor conde, así,

Rochf.— ¡Huye, apártate de mí,
Ministro de maldicion!
Cromw.— Como ministro, la ley
Debo á mi pesar cumplir;
Yo la quisiera eludir;
Pero así lo manda el rey.
Una ocasion vuestro labio
En público me ultrajó;
Mas no la recuerdo, no,
Yo sé olvidar un agravio.
Y que en fin, en realidad
¿Qué venia á ser todo ello?
Nada: que yo era plebeyo;
Y bien, esa es la verdad.
Pero ved, señor, la suerte
Qué injusta fué con los dos:
Yo estoy junto al trono, y vos
Tal vez cercano á la muerte.
Pero si mi valimiento....
Rochf.— ¡Y lo puedo tolerar! [*Quiere sacar la espada: Cromwell hace una seña á los guardias, que lo sujetan*].
Vamos, llevadme á espirar
En un potro de tormento.
¡Sí, del abismo el horror
Prefiero al verte, malvado!
Cromw.— Sereis, señor, bien tratado,
Porque sois *hombre de honor*.
Rochf.— Solo así puedes tener
Tanta audacia; si estuviera
Libre yo, temblar te viera
Como cobarde muger.
Haz que me maten, traidor;
Pues si me librara un dia,
Tu sangre no bastaria
Para saciar mi furor.
Ni quedar impune creas,
Aunque muera yo, malvado,
Que el cielo por fin cansado....

Cromw.— Llevadle.
Rochf.— ¡Maldito seas! [*Váse*].

ESCENA IV.

CROMWELL.

Señor conde, este es mi dia;
Yo el vuestro sufrí con calma;
Fortuna es tener una alma....
Una alma....como la mia.
Es preciso activo ser;
Hay mil cosas que arreglar:
Una reina que quitar,
Otra reina que poner.
¡Pueblo, pueblo, qué lecciones!
El rey juega con las leyes,
Los ministros con los reyes....
¿Y lo sufren las naciones? [*Váse*].

ESCENA V.

ISABEL PRESTON, Y UN PAGE.

Isabel.— Decid á S. M.
Que de parte de la reina
Vengo á verle.
Page.— ¿Vuestro nombre?
Isabel.— Isabel Preston. ¡Oh! quiera, [*Váse el page*].
Quiera el cielo bondadoso
Que la triste Ana Bolena
Recobre el favor de Enrique!
¡Quién de tan duro se precia,
Que al ver á esta hermosa jóven
Tan inocente y tan bella
En aquella oscura torre,

Llanto de piedad no vierta!
Tal vez esta triste carta,
Esta carta cuyas letras,
Están regadas con llanto,
La gracia del rey le vuelva.
Gran Dios, estiende tu mano:
Dale á mis palabras fuerza.

ESCENA VI.

ENRIQUE VIII, ISABEL PRESTON.

Enriq.— Lady Preston, bien venida.
Isabel.— Ojalá que en hora buena
Llegase, señor.
Enriq.— Decid,
¿Qué os conduce á mi presencia?
Isabel.— Permitid que de rodillas
Os haga, señor, entrega
De esta carta.
Enriq.— Levantad.
Isabel.— No, gran rey: tambien mi lengua
Por la verdad animada,
La verdad, no la elocuencia,
Quiere, si acaso es posible,
Dar á esa carta mas fuerza.
Enriq.— Levantad, os lo suplico.
Isabel.— V. M. lo ordena.
Enriq.— ¿Qué carta es esta?
Isabel.— ¿Es posible
Que desconozcais la letra,
La letra que en otros dias
Hizo palpitar con fuerza
Vuestro corazon amante?
Abrid la carta, y en ella
Vereis el idioma santo
Conque la verdad se espresa

Es de vuestra fiel esposa,
De la triste Ana Bolena.
Enriq.— ¡Fiel!
Isabel.— Sí señor, yo lo juro [*Hincándose*].
Por ese Dios cuya diestra
Al calumniador castiga;
Lo juro por mi ecsistencia,
Por cuanto hay de mas sagrado
En el cielo y en la tierra.
Enriq.— Levantaos.
Isabel.— Yo he vivido [*Levantándose*].
Ha mucho tiempo con ella:
Sus costumbres, sus palabras,
Sus acciones mas secretas,
He presenciado, y repito
Que es imposible hallar pruebas
Del crímen que se le imputa:
Que la atroz maledicencia,
Y la envidia y la venganza,
Por todas partes la cercan;
Y sin embargo, á escepcion
De una que otra ligereza
Escusable, que ni crímen
Ni aun falta llamarse pueda,
No hallarán en su conducta,
Sino verdad y pureza.
Por desgracia en todas partes
Se alza el odio contra ella,
Porque en su nombre, señor,
Se han cometido violencias.
Cuando el huracan combate
A esta flor cándida y bella,
Que ninguna voz se alza
Para tomar su defensa;
Cuando entre prisiones gime
Sin un amigo siquiera:
¿No le estendereis la mano?
¿En su favor no resuena

Alguna voz en el fondo,
Señor, de vuestra conciencia?

Enriq.— Basta, Lady Preston, basta;
Nada ya que hacer me resta:
La cámara va á reunirse;
Ella dicte la sentencia.

Isabel.— Pero señor....

Enriq.— Basta, digo,
Y á la triste Ana Bolena,
Esto mismo que os he dicho
Repetidle por respuesta.
Guárdeos Dios.

Isabel.— (¡Desventurada!
Ningun recurso le resta:
Solo Dios le hará justicia.
¡Temblad, reyes de la tierra!) [*Váse*].

ESCENA VII.

ENRIQUE VIII.

¿Qué clase de sentimiento
Turba mi serenidad?
¿Es el amor? la piedad?
¡Acaso el remordimiento!
¿Puedes juzgar con razon
Que Ana Bolena es perjura,
Enrique? ¿Quién lo asegura?
Registra tu corazon.
No; tu capricho es la ley,
Hablan solo tus pasiones.
¡Y hay un Dios que las acciones
Juzgará por fin del rey!
Quisiera salvarte, Ana;
Pero es á mí superior
Este frenético amor....

ESCENA VIII.

ENRIQUE VIII, JUANA SEYMOUR, CROMWELL.

Cromw.— Aquí está la hermosa Juana.
Enriq.— Llegad, bella Juana,
Dejad el temor:
¿Temeis mi presencia?....
Juana.— ¡Oh! temerla, no;
Pero....
Enriq.— ¿Tiemblas, Juana?
Qué amable candor;
Mas hermosa eres
Que el brillante sol:
Siéntate, y escucha
Tranquila, mi voz.
Juana.— ¿En vuestra presencia?
Enriq.— Sí, lo mando yo.
Cromw.— El rey os lo manda,
Y es vuestro señor.
Juana.— Obedezco.
Enriq.— ¡Oh Juana!
De mi corazon
Los ocultos senos
A mostrarte voy.
Jóven, yo te amo;
Pero esta pasion
No es de afecto débil
Centella veloz;
Es un incurable
Frenético ardor:
Te amo, como aman
Las flores al sol,
A la madre el hijo....
¿Mas qué digo? No;
Para lo que siento

No hay comparacion.
¡Te amo, como ama
El ángel á Dios!
¿Ves de esa corona
El régio fulgor?
¿Ves ese respeto
Que una gran nacion
Me tributa? ¡Oh Juana!
Por el esplendor
De tus ojos bellos
Los trocara yo!
Sí, por un cayado
De humilde pastor
Dejara mi cetro,
Si tu corazon
En cambio me daba
Dulcísimo amor!
Respóndeme, Juana,
Responde á mi voz.

Juana.— Señor, no merezco....

Enriq.— No digas señor,
Que tú eres mi reina,
Yo tu esclavo soy.
Ha llegado el dia
Que el cielo marcó
Para que ocuparas
Un puesto mejor.
De simple vasalla
No es tu condicion;
Sube al trono augusto
Que te brindo yo.

Juana.— ¡Un trono! ¡Qué escucho! [*Levantándose*].
¡Un trono! ¡Gran Dios!
Siento arder mi frente;
Jamas la ambicion,
Jamas, pobre Juana
En tu pecho entró:
Y hora....de improviso....

Tal declaracion....
Me parece sueño;
No sé dónde estoy.

Cromw.— A la simplecilla
Le falta valor;
Preciso es que acuda
En su ausilio yo.
Señor, la sorpresa
Embarga su voz;
Mas tantas bondades
Pagará su amor.

Enriq.— ¡Oh! mírala, Cromwell:
Con su agitacion,
Sus vagas miradas,
Su hermoso color,
Parece á mis ojos
Celeste vision.
Fantástica forma
Que un mago invocó:
¡Oh sueño brillante
De dicha y amor!
¿Juana, dí, me amas?

Juana.— Pero....si....¡Gran Dios!
¡No sé lo que digo!

Cromw.— ¿Lo escuchais, señor?
Os ama.

Enriq.— Bien; basta:
En otra ocasion
Hablarán sus labios
Sin tanto rubor.

ESCENA IX.

DICHOS, UN PAGE.

Page.— El conde de Northumberland. [*Anunciando*].

Enriq.— Que pase. [*Váse el page*].

Y tú, jóven hermosa, te retira:
Nos veremos despues; pero entre tanto
Recibe de mi mano esta sortija. [*Se la pone*].
Juana.— Gracias, señor.
Enriq.— ¡Oh Cromwell! mas que nunca
Siento arder en amor el alma mia.

ESCENA X.

ENRIQUE VIII, ENRIQUE PERCY,

[*Que entra al salir Juana y Cromwell*].

Enriq.— Llegad, mi querido conde:
Tengo gran placer de veros,
Sabeis que os aprecio.
Percy.— Yo,
Tanta bondad agradezco;
Mas hoy, señor, á quejarme,
Y solo á quejarme vengo.
Enriq.— ¿De quién, conde?
Percy.— De vos mismo.
Enriq.— ¿De mí mismo? no os entiendo.
Percy.— Bien sabeis, señor, que antes
De subir al trono escelso
Vuestra infelice consorte
(Que gime hoy en un encierro),
Fué mi esposa prometida.
Enriq.— Bién lo sé, conde, y sobre esto
Quiero, como os dije ya,
ciertas preguntas haceros.
Proseguid.
Percy.— Yo amé á esa jóven:
La amé con tan grande afecto,
Que es dificil describirlo;
Mas dificil comprenderlo;
Pues decir que la adoraba,

Que ella fué el primer objeto
Que encendió en el alma mia,
De amor el sagrado fuego:
Que mi luz eran sus ojos,
Su sonrisa mi recreo,
Mi cielo su frente pura,
Y mi música su acento;
Son débiles espresiones
De lo que sintió mi pecho;
Que hay cosas que no se esplican
En el humano dialecto.
Solo en Ana estaba fijo
Sin cesar mi pensamiento,
Como en la estrella del Norte
Los ojos del marinero:
De dia era mi esperanza,
Mi ocupacion, mi embeleso,
Y de noche embellecia
Mis dulcísimos ensueños.

Enriq.— ¡Mucho la amábais!

Percy.— ¡Oh! tanto,
Que no basto á encarecerlo.
Mi alma entonces se gozaba
En un porvenir risueño,
Que se disipó cual humo
A los impulsos del viento:
Vos, señor, arrebatásteis
Todos mis goces á un tiempo;
Todo, pues en esa jóven
Se cifraba mi universo.
Se ofuscó la desdichada
Con el esplendor del cetro,
Y por ocupar el sólio,
Olvidó mi amor sincero:
Este amor era tan puro,
Tan fino, tan verdadero,
Que si perderle sentia,
Me consolaba á lo menos

La idea de que era un trono
De sus virtudes el premio.
Su dicha, señor, su dicha
Era mi mayor anhelo,
Aunque yo sufriera en cambio
Una vida de tormentos.
Subió Ana Bolena al trono
Entre públicos festejos;
Yo, triste y desesperado,
Partí para mi destierro.
¿Qué me importaba la corte,
Músicas, bailes y juegos,
Si el alma del alma mia
Me arrebataron los cielos?
Así he vivido, señor,
Rogando siempre al Eterno
Que sobre Ana derramase
La dulce paz y el contento.
¿Y pensais que el que la ha amado,
¡Oh gran rey! con tal estremo,
Pueda tornarse en verdugo?
Al ver este nombramiento [*Saca un papel*].
Que de recibir acabo
Para ser juez....¡vive el cielo,
Señor, que toda mi sangre
Sentí en mis venas ardiendo!
¿Pensais....? Pero no sois vos;
Es el ministro perverso
Qué ha dirigido esta trama;
Él solo quien ha supuesto
Que Enrique Percy podria
Abrigar un sentimiento
Innoble, y que se prestase
A sus infames deseos.

Enriq.— ¡Conde!

Percy.— Sí señor; suponen
Que aquel pasado desprecio
De mi amor, á la venganza

Conduzca mi airado pecho.
Por Dios que no me conoce
Quien tal infamia ha supuesto.
Regístrense los anales
De mi familia, y en ellos
Se verán, señor, virtudes,
Heroicidad, altos hechos,
Y en muchas generaciones
No se encontrará un ejemplo
De bajeza, ni una mancha
Que empañe su brillo terso.
De Northumberland los condes,
Nobles siempre, y grandes fueron;
Y yo que heredé su nombre,
Tambien sus glorias heredo.
Aquí está, señor, mi espada
Pronta para defenderos;
Si es necesaria mi sangre,
Tambien, señor, os la ofrezco;
Pero mostradme enemigos
Dignos de mi noble esfuerzo;
Empresas grandes mandadme,
Que esta mano y este acero,
Ni suscriben una infamia,
Ni hieren al indefenso.
Nombrad para juez á otro;
Pares hay en vuestro reino,
Que con pureza y justicia
Desempeñen este empleo,
Sin tener para rehusarlo
Los motivos que yo tengo.
Pero querer que el amante
Se convierta en juez severo,
Y que en su alma resuciten
Antiguos resentimientos,
Es pretender que mi nombre
Se cubra de oprobio eterno.
Dispensadme.

Enriq.— Os he nombrado
Porque sois, conde, muy recto,
Y el triunfo de la justicia
Es lo único que deseo.
Pero dejando esto á un lado,
Decid, conde, ¿en aquel tiempo
Que amásteis á esa infelice,
Hubo acaso de por medio
Esponsales?
Percy.— No, señor;
Fué un solo sencillo afecto;
Ni otro lazo nos unia,
Que un amor puro y sincero.
Enriq.— Aceptad, pues, os repito,
Aceptad el nombramiento,
Sed superior á las voces
Del amor; así lo espero....
Este es un servicio, conde,
Que le hareis á todo el reino. [*Vâse*].

ESCENA XI.

PERCY.

¡Qué calma! ¡Qué sangre fria!
¿Y pudo el rey un momento,
Imaginar que su intento
Apoyase la voz mia?
El nombramiento de juez
Acepto, ¡oh desventurada!
La verdad será escuchada,
Y te salvaré tal vez.
Sí: será tu defensor
El mismo á quien despreciaste:
Hoy que del trono bajaste,
Hoy te sostendrá mi amor.
¡Ah! si te puedo salvar,

Si hago respetar la ley,
Aprenda de mí ese rey,
Cómo se debe portar.
  No me importa su furor;
Adule otro con bajeza;
Yo perderé mi cabeza,
Pero salvaré mi honor.



ACTO CUARTO.

LA SENTENCIA.

Gran sala en la Torre, llamada *Sala del rey*. En derredor una especie de estrado elevado, y circundado de una balaustrada: dentro de él, asientos para los pares: en el centro, una especie de dosel con las armas de Inglaterra.

ESCENA I.

CROMWELL.

Cromwell, unas horas mas,
Y tu obra será completa:
Ya de los gentiles-hombres
Se pronunció la sentencia.
¡Muerte! ¡Gran Dios! ¡Esta sangre
Tal vez sobre mi cabeza
Caerá! Tiemblo, á pesar mio.
A mi pesar se apodera
Cierta inquietud de mi alma....
Pero no; vanas quimeras.
La fortuna se declara
Por mí: cada instante aumenta
Mi valimiento en la corte.
Pronto esa orgullosa reina,
Aquí mismo en esta sala
Escuchará su sentencia.
La cámara va á reunirse.
Esa soberana nueva
Me deberá su fortuna:
Cuando en el trono se vea,
No puede olvidarse....¡ah! sí,
Sí, no será la primera
Que los servicios pasados

Desconozca en la opulencia.
¡La suerte de un favorito
Suele ser tan pasagera!
Volseo tambien gozaba
Una privanza completa:
Tambien como á mí, del polvo
El rey lo elevó á otra esfera,
Y cayó al fin. Ese Enrique,
Tan inconstante se muestra
En mugeres y en ministros,
Que vivir temiendo es fuerza.
¡Ánimo, Cromwell! De otros
Te servirá la esperiencia,
Y de la fortuna instable
Tal vez fijarás la rueda.

ESCENA II.

CROMWELL, PERCY.

Percy.— Os buscaba.
Cromw.— ¡Vos, señor?
¡En qué puedo yo serviros?
Percy.— Cosas tengo que deciros
De alta importancia, milord.
Cromw.— (Tiene un aire de grandeza,
Una superioridad)....
Percy.— Hablaré con claridad,
Ya conoceis mi franqueza;
La misma espero de vos:
Solos estamos aquí.
¡Me conoceis, conde?
Cromw.— Sí.
Percy.— Nos conocemos los dos.
Ocupais hoy un lugar,
Sin duda muy elevado;
Mas no al ministro de estado,

Sino á Cromwell quiero hablar:
¡A Cromwell! ya me entendeis.
No sois un nécio, milord,
Y al través del esplendor
Que os circunda, os conoceis.
Esa efímera grandeza
En que os hallais, es prestada;
Vos salísteis de la nada....

Cromw.— ¡Yo!

Percy.— Perdonad mi franqueza.
La posicion en que os veis,
Acaso no es duradera,
Y de la misma manera
Que subisteis, bajareis;
Porque de un rey el favor,
Es sombra que pronto huye,
Débil flor que se destruye
Al vientecillo menor.
Hombres de antigua nobleza,
El favor han obtenido,
Y sin embargo, han perdido
El favor y la cabeza.
Así, Cromwell, no podeis
Sobre esta verdad cegaros,
Y otros bienes procuraros,
Para este caso debeis.
Porque hablando con verdad,
Esas palabras, milord,
De patriotismo y honor,
Nada son en realidad
Para vos, y apreciareis
En mas un rico diamante,
Que esa placa deslumbrante
Que sobre el pecho teneis.

Cromw.— ¿Me insultais?

Percy.— No, conde, no:
Os hablo como un amigo;
No tenemos un testigo,

Ni soy indiscreto yo:
Hablad con franqueza, pues,
Para que nos entendamos:
Todos, Cromwell, procuramos
Nuestro privado interes.
En público no hablaremos
De esta manera jamas;
Pero es comedia no mas
Lo que ante el público hacemos.
Grande riqueza teneis;
Pero muy mal adquirida,
Y en caso de una caida,
Vuestros bienes perdereis.
Vos debeis, Cromwell, buscar
Para este caso un amigo.

Cromw.— Sí.

Percy.— Podeis contar conmigo,
Si me quereis ayudar.
No perdais esta ocasion:
Ademas de mi amistad,
De mis bienes la mitad
Ved en esta donacion. [*Saca un papel*].
Vuestra será si quereis.

Cromw.— ¿Con qué condicion, señor,
Debo obtener tal favor?
Espero que os espliqueis.

Percy.— Cromwell, tomad el partido
De la reina.

Cromw.— ¡No, jamas!

Percy.— Os daré mil veces mas
De lo que os tengo ofrecido.
Ya conoceis mi opulencia,
Vuestra será desde hoy;
Todos mis bienes os doy
Si defendeis la inocencia.
Cromwell, Cromwell, bien sabeis
Que no es Ana criminal;
Decidlo en el tribunal,

Y grande y rico sereis.
Pero decidlo, por Dios,
Salvad á esa desgraciada.
Cromw.— No os puedo prometer nada,
Señor, lo siento por vos;
Y pues buscais la franqueza,
Os descubro el alma mia:
Por perder á Ana, daria
Mis bienes y mi cabeza.
Percy.— ¡Qué escucho!
Cromw.— No hay esperanza,
Señor.
Percy.— Me ciega la ira:
¡Bárbaro! ¿quién os inspira
Tanto rencor?
Cromw.— ¡La venganza!
Esa reina y sus parientes
Mi destruccion meditaban.
En público me ultrajaban
Con sus lenguas maldicientes:
Toda la corte reia
Al ver mi ridiculez;
Pues bien, ya llegó mi vez;
Yo aprovecharé mi dia.
Era una lucha, señor:
Si yo la hubiese perdido,
Tal vez no se hubiera oido
Una voz en mi favor.
Como un perro hubiera muerto,
De todos menospreciado;
Pero, señor, he triunfado,
Me aprovecharé por cierto.
Percy.— Reflecsionadlo: yo espero
Que mudareis de opinion.
Cromw.— No: mi eterna salvacion
Porque cambie, no la quiero.
Percy.— ¡Hombre bárbaro y cruel,
Hombre de sangre y horror!

¡Tú provocas mi furor!
¡Guárdate, infeliz, de él!
Tu soberbia aniquilada,
Tu odioso nombre en olvido,
Y tú á polvo reducido
Quedarás si alzo mi espada.
Y pues prefieres así
Mi furor á mi amistad,
¡Tiembla! Ya la eternidad
Se está abriendo para tí.
La sangre que se derrama
Por tu culpa, se alzará,
Y tus huesos quemará
Como abrasadora llama:
La cólera del Eterno
Caerá sobre tí, malvado,
Y allá en su seno abrasado
Te recibirá el infierno.

Cromw.— No estraño vuestro furor:
Si en mi poder estuviera....

Percy.— ¿Y no te veré siquiera,
Triste objeto de mi amor?

Cromw.— (Esa rica donacion,
¡Cómo dejarla escapar!)

Percy.— (Ana, por tí á suplicar,
Me abato en esta ocasion.)
Cromwell, debeis dispensar
Mi funesto frenesí,
Tened compasion de mí,
¿No sabeis lo que es amar?
Os suplico por el cielo,
Ya que tanto os obstinais,
Que al menos me concedais
Dar á esa infeliz consuelo.
Para entrar á su prision
Dadme una órden, os lo pido
Con llanto y agradecido
Os cedo esta donacion. [*Se la dá*].

Tomadla: no me la deis,
Cromwell, no me la volvais.
La órden, la órden, ¿me la dais?
Cromw.— No soy mármol, la obtendreis.
Percy.— ¡Gracias, gracias! Ana mia,
Mia la desgracia te ha hecho:
Yo te estrecharé á este pecho,
Que tú rompiste algun dia.
Yo suspiraré contigo,
Yo recibiré tu llanto,
Consolarán tu quebranto
Las lágrimas de un amigo.
Cromw.— Los pares van á llegar;
Moderad vuestro dolor.
Percy.— Triste objeto de mi amor,
¿Y no te podré salvar?
¡Tormento, tormento atroz!
¡Mundo injusto, mundo impío!
La hora va á llegar, ¡Dios mio!
Dale elocuencia á mi voz.

ESCENA III.

DICHOS, EL DUQUE DE NORFOLK.

Algunos pares que van llegando progresivamente, durante esta escena].

Norf.— Guárdeos Dios: señor conde,
Mucho me complazco en veros.
Hace tiempo que en la corte
No habitábais, Enrique.
Percy.— Es cierto.
Me disgusta tanto el mundo,
Que he preferido el destierro.
Norf.— ¡Tan jóven!
Percy.— Duque de Norfolk,

Desde los años primeros
De mi ecsistencia, he probado
El cáliz del sufrimiento.
Dulcísimas ilusiones
Me halagaron en un tiempo:
Pero pasaron, pasaron
Tan rápidas como el viento.
Un destino inecsorable
Vino con mano de hierro
A romper mis esperanzas,
A despertarme del sueño.
Mis ojos vieron entonces,
En su aspecto verdadero,
Del mundo las ilusiones;
Y su falsedad huyendo
En mis tierras he vivido,
Donde no miro á lo menos,
La perfidia y las maldades
De que la corte es el centro.

Norf.— Jóven, de vuestra familia,
Sois el único heredero:
La gloria debe animaros.

Percy.— ¿La gloria, señor? ¡Es cierto!
Yo probaré que soy digno
Del nombre de mis abuelos.
El valor y la justicia,
Siempre de mi casa fueron
Las principales virtudes:
Yo las tendré, lo prometo:
Animado de la gloria
Haré escuchar mis acentos
En favor del desgraciado.
Me vereis, duque, muy presto
Desafiar los furores
De un rey irritado y ciego.

Norf.— ¿Qué decís?

Percy.— Que no es culpable
Ana Bolena. Yo espero

Que vos tambien, señor duque,
Unireis vuestros esfuerzos
A los mios, y salvarla
Acaso conseguiremos.

Norf.— ¿Salvarla, milord? ¡Salvarla!
¿Estais en vos? ¡Vive el cielo
Que no será! Por lo mismo
Que es mi parienta, deseo
Que lave su sangre impura
La deshonra que ha cubierto
El nombre de mi familia.
Sepa, conde, el mundo entero,
Que inflecsible en la justicia
Fuí superior al afecto.

Percy.— El crímen no está probado,
Señor.

Norf.— Uno de los reos
Ha confesado.

Percy.— ¡Qué escucho!

Norf.— No lo dudeis, conde, Smeton
Lo ha dicho todo.

Percy.— ¡Imposible!

Norf.— ¡Yo, señor conde, no miento!
Mi cabeza ha emblanquecido
En la virtud: mas respeto
Se me debe.

Percy.— Yo no digo
Que mintais; pero sostengo
Que estais engañado, duque.
Esa confesion de Smeton
Será del infame Cromwell
Algun artificio nuevo.
La promesa de salvarle,
La vida tal vez lo ha hecho
Decir cosas que no ecsisten.

Norf.— Bien: ha llegado el momento
De decidirlo: ya el número
De pares está completo.

Ana Bolena bien pronto
Aparecerá: la oiremos.

Percy.— Tú que eres verdad y vida,
Salva á la virtud, Dios bueno!

Norf.— ¡Hola! Pónganse las guardias.
Nuestras sillas ocupemos.

Cromw.— No olvideis, milord, lo dicho.— [*A un par*].
Contad con aquel empleo.— [*A otro*].
El rey es muy generoso,— [*A otro*].
Y está de vos muy contento.

[*Ocupan todos sus asientos sobre el balaustrado: se abre la puerta grande del salon: se colocan centinelas en ella, así como en los estremos de la sala*].

Norf.— Ábrase la sesion. Ilustres pares,
Ya el motivo sabeis que os ha reunido;
Ana Bolena, reina de Inglaterra,
Se encuentra hoy acusada del delito
Espantoso y terrible de adulterio:
El lustre del estado, el puro brillo
De la corona, la moral sagrada,
El nombre de Inglaterra, el honor mismo
De vosotros, Milores, se interesa
En que probado el crímen, sin castigo
No quede, con escándalo del mundo.
Cada uno de vosotros habrá visto
La causa, con la calma y la prudencia
Que ecsige el caso: oigamos al ministro;
Despues á la acusada, y vuestros votos
Recibiré por fin. ¡Ilustres hijos
De Inglaterra! Que el cielo os aconseje!
Obrad sin prevencion. Hable el ministro.

Cromw.— Doloroso es, Milores, en tal causa
Ser el acusador: el labio mio
No sé si articular podrá las voces
Que por órden del rey debo deciros.
Esa reina es tan bella, tan graciosa;
Tiene en torno de sí tal atractivo,
Que parece imposible que su alma

Haya sido capaz de tal delito.
Así el rey lo juzgaba: mucho tiempo
Hace que con prudencia y con sigilo
Sigue los pasos de su infiel esposa.
La noble alma de Enrique no ha querido
Obrar con ligereza; él adoraba
A esa infeliz muger: yo era testigo
De esta gran ternura del monarca.
Un esposo jamas hubo tan fino
Como Enrique lo fué. Pruebas muy grandes,
Pruebas irrefragables del delito
Han sido necesarias á irritarlo.
Enrique, largo tiempo los oidos
Cerró á la acusacion; pero en la corte
Con escándalo grande, en mil corrillos
Se murmuraba ya de su clemencia.
Indagar el orígen fué preciso,
De estas hablillas, y encontró las pruebas.
En la causa, milores, habreis visto
Varias declaraciones, que contestes
Prueban los vehementísimos indicios
Del crímen de la reina, y finalmente,
Mirad este retrato y este anillo
Por el rey mismo á Smeton arrancados.
Ellos prueban, milores, el cariño
Que á su page tenia Ana Bolena.
El mismo Smeton francamente ha dicho
Por su propia conciencia estimulado,
Que de la reina fué correspondido.

Percy.— ¿Y esa declaracion, dónde se encuentra?

Cromw.— La retractó al momento, seducido
Por agentes tal vez de Ana Bolena.
Mi narracion, milores, he concluido:
Decidid este asunto: el rey espera
De vuestra rectitud un fallo digno.

Percy.— Nobles pares, oid: la verdad santa,
La verdad sola dicta mis acentos.
Ana Bolena tiene acusadores;

Pero no un defensor de sus derechos.
Ecsaminad con rectitud la causa,
Ecsaminadla, jueces; que ni el miedo,
Ni la lisonja vil, en vuestras almas
Influyan en tan crítico momento.
Aquel que tenga una alma tan mezquina,
Que la verdad sagrada conociendo
Tema irritar al rey, y la justicia
Tuerza tal vez por tan innoble miedo,
Deje la vestidura respetable,
Y desocupe el elevado asiento,
Que yo no temo al rey ni á sus ministros:
Solo la infamia y la vergüenza temo.
¿Cuáles las pruebas son de este delito
Que en la reina suponen? Yo no veo
Sino sospechas, y sospechas vagas,
Calumnia y nada mas: he aquí el proceso.
¿Qué dicen los testigos? que la han visto
Reir con Waston, elogiar á Smeton,
Que al caer en Grenwich el bravo Norris,
Echó sobre él la reina su pañuelo:
Que han visto algunas veces á su hermano
Junto á la cabecera de su lecho.
¡Grandes pruebas, por Dios! ¿Y ese retrato
Que el rey halló de Smeton en el cuello,
Y esa sortija de que tanto alarde
Ha hecho el ministro, son los documentos
Que prueban el delito? ¿Desde cuándo
Es vedado á una reina dar en premio
Una sortija suya, estimulando
De algun poeta ó músico el talento?
Si esta accion un motivo menos noble
Tenido hubiese, hiciérala en secreto,
No ante toda su corte, que el delito
La soledad procura y el silencio.
¿Y ese retrato?....Fuerza es confesarlo:
El rey tiene un bajísimo concepto
De los nobles ingleses que me escuchan,

Si alegar quiere como prueba este hecho.
Si sin su aprobacion se la retrata,
O con ella tambien, ¿qué prueba esto?
Dése una nueva ley, y en adelante
Lleve siempre la reina con un velo
Cubiertas sus facciones. ¡Ah, milores!
¿Y estas las pruebas son? ¡viven los cielos!
Que si por esta acusacion se juzga
Sin agregar mejores fundamentos,
La sangre de esa víctima infelice
Caerá sobre vosotros, y el Eterno
Terrible cuenta os tomará algun dia.
Jueces, temed su tribunal tremendo;
Temed el deshonor de vuestro nombre;
Temed la escecracion del universo.

Norf.— Que se presente al punto la acusada,
Y lo que tenga que decir oiremos
Para fallar mejor: vos entre tanto
Las suertes repartid.

Percy.— ¡Piadoso cielo,
Qué horrible situacion! Dígnate darme
Para mirarla sin morir, esfuerzo.

ESCENA IV.

DICHOS, ANA BOLENA,

[*Que aparece seguida de sus damas, entre las que están Lady Seymour é Isabel Preston: Ana, vestida de negro y cubierta con un velo negro*].

Norf.— Llegad, señora: ya el crímen
De que os acusan sabeis.

Ana.— Sí señor.

Norf.— Los nobles pares
Que ha comisionado el rey
Para juzgaros, os oyen:

Si defenderos quereis, hablad;
Pero hablad, señora,
Con candor y buena fé;
De este modo el soberano
Os perdonará tal vez.

Ana.— ¿Perdonar? ¿De qué delito?
Si por crímen entendeis,
Milores, leves indicios
Contra el testo de la ley
Y sospechas infundadas
Que á pesar del interes
Que en perder se haya tenido
A esta infelice muger,
Nada pueban: si es acaso
Un crímen alegre ser:
Si reir es un delito,
Si amar á su hermano lo es,
Yo soy criminal sin duda,
Y no me avergonzaré
De confesar estas faltas,
Si por faltas las teneis.
¿Pero esto prueba, milores,
Que esta desgraciada fué
Reo del crímen espantoso
De adulterio? ¡Eterno Sér!
Esta acusacion horrible
Es sin duda mas cruel
Que el suplicio. Nobles pares,
En vuestra mano teneis
Mi suerte: como os agrade
De mi vida disponed.
Pero por el cielo os juro,
Por aquel Supremo Juez,
Ante quien todos nosotros
Debemos comparecer:
Por mi vida y por mi alma,
Os juro que no manché
Mi honor; que nunca un esposo

Tuvo una esposa mas fiel.
Esta es la verdad, milores.

Norf.— ¿Ese anillo conoceis?

Ana.— Era mio: la habilidad
De Smeton con él premié
Públicamente.

Norf.— Sin duda
Reconocereis tambien
Ese retrato.

Ana.— Es el mio.
¿Acaso es delito ser,
Sin saberlo, retratada?
Ni aun sabiéndolo lo es.

Norf.— Smeton ha confesado
Que correspondido fué
Por vos, señora.

Ana.— Mintió,
Y se retractó despues.
Norris, Bréreton y Waston,
Han sabido sostener
La verdad, y aunque el perdon
Se les ofrece tal vez
Por premio de la calumnia,
Quieren antes perecer
Que suscribir á la infamia.
Milores, hay otro Juez,
Que es superior á vosotros:
Si vuestro fallo cruel
Mancha mi nombre, algun dia
Conmigo aparecereis
Entre su eterna justicia.
Jueces, apelo ante él:
Resentimientos injustos
Del señor conde de Essex,
Que ha jurado mi ruina:
Nuevos amores del rey:
He aquí mi crímen ¡oh pares!
Condenadme si quereis:

Me resigno, y os perdono.
Dios os juzgue.

Norf.— ¿No teneis
Mas que decir?

Ana.— Sí, milores,
Que tambien perdono al rey.

Norf.— Salid, señora.

Ana.— Gran Dios,
Que el fondo del alma ves,
Tú mi inocencia conoces;
Dígnate ¡oh Dios! sostener
A esta desdichada. ¡Oh Cromwell!
Yo te perdono tambien.

ESCENA V.

DICHOS, MENOS ANA BOLENA Y SUS DAMAS.

Norf.— Sentenciad ¡oh nobles pares! [*Toca la campanilla, y aparece un page*].
Los votos ya recoged. [*Recoge en una urna los votos y los entregará á Norfolk*].

Percy.— ¡Dios mio! ¡Qué agitacion!
¡Ana, cuál será tu suerte!

Norf.— He aquí la sentencia. [*Vaciando la urna, en que aparecen muchas bolas negras con algunas blancas*].

Percy.— ¡Muerte!!! [*Cae en una silla*].

Norf.— Se levanta la sesion. [*Se levantan todos*].

Percy.— Saciad, bárbaros, saciad
Vuestra furia: hollad la ley,
Doblad la rodilla al rey,
Sus pasiones adulad.

Norf.— Reportaos, conde.

Percy.— No:
Acusadme si quereis,
Mi sangre derramareis;
¡Y bien! eso quiero yo.

La grande obra terminad,
Intérpretes de la ley;
Llevad mi cabeza al rey,
Con ella el favor comprad.

Norf.— Basta ya.

Cromw.— De su afliccion
Compadeceos: venid.

Norf.— Sí, vamos.

Percy.— Cromwell, oid.
Cromwell, Cromwell, ¡maldicion!!!



ACTO QUINTO.

LA TÓRRE Y EL CADALSO.

PRIMER CUADRO.

Prision de Ana Bolena en la Torre de Lóndres: una mesa con un Crucifijo: algunos papeles sobre ella: puerta al fondo, que se supone la entrada esterior: puerta á la izquierda, que se supone el dormitorio de Ana Bolena.

ESCENA I.

ANA BOLENA.

[*Apoyada en la mesa*].

¡No dormir, no descansar!
¡Tener fijo el pensamiento
En este horrible momento
Que no se puede olvidar!
Nada tengo que esperar
De este mundo, y todavía
Ecsiste en el alma mia
La esperanza. ¡Hija del cielo!
Tú eres mi último consuelo,
Tú mi sola compañía.
¡Morir! morir! ¡Es tan dura
Esta palabra! ¡Dios mio!
¡Siento al pronunciarlo un frio!
¡Contiene tal amargura!
¿Conque pronto esta hermosura,
A quien Lóndres admiraba,
Que el cetro de oro empuñaba,
Será en polvo convertida?

¿Le diré adios á la vida
Cuando todo me halagaba?
¡Espantosa situacion!
Siento mi frente abrasada,
Siento aquí una mano helada
Que me abruma el corazon:
¡Oh jueces! por compasion
No me debeis descubrir
Mi sentencia, si á vivir
No me destina la suerte,
Que esperar la horrible muerte
Es muchas veces morir.
¡Ay! morir, es descansar:
¿Por qué temer tal momento?
No sé; pero es un tormento
Si se tiene que esperar.
¿Y te atreves á quejar
De tu suerte, Ana Bolena?
Sufre tú la misma pena
Que otros por tí habrán sufrido:
Tomás Morrus, tu gemido
Hoy en mis oidos truena.
¡Piedad, piedad, Dios de amor!
Perdona á esta desgraciada:
Mírame á tus piés postrada, [*Ruido dentro*].
Compadece mi dolor.
Llega alguno: ¡qué temblor!
Acaso el verdugo....sí:
Aquí está mí cuello, aquí;
Mas no me hagais padecer;
Soy una débil muger,
Tened compasion de mí.

[*Se cubre el rostro con las manos, y queda así algunos momentos*].

ESCENA II.

ANA, SIR WILLIAMS KINSTON.

Kinst.— ¡Héla allí: pálida, triste,
Sin amigos, sin consuelo!
¡Cambio espantoso! Del trono
Bajar al horrible seno
De esta prision: la infelice
No sabe del parlamento
La decision: todavía
Acaso late su seno
Animado de esperanza.
Yo, yo soy el mensagero
De su sentencia. ¡Dios mio!
Dale para verla esfuerzo.

Ana.— ¡Ah! ¿sois vos, Kinston?
Sobre vuestros ojos veo
Una lágrima; si acaso....
Hablad: ese aire funesto....
Ese silencio, ¡Dios mio!
Todo lo adivino, ¡cielos!
¿Conque ya no hay esperanza?

Kinst.— No señora.

Ana.— ¡Oh Sér Supremo!
Sostén la flaqueza mia,
Anímame: yo fallezco. [*Se sienta*].
Dadme la sentencia, Kinston,
Y de una vez apuremos
El cáliz de los dolores.
¡Muerte! muerte! La merezco.
No por lo que se me imputa;
Otros crímenes horrendos
Se han cometido en mi nombre;
No los evité pudiendo....

Los autoricé. Decidme,
¿Ocupábais ya el empleo
De teniente de la Torre,
Cuando aquí estuvieron presos
Rochester y Tomás Morrus?

Kinst.— Sí señora. ¡Qué recuerdos!

Ana.— ¡Los vísteis?

Kinst.— Sí.

Ana.— ¡Desgraciados!
Kinston, ¿no es verdad que debo
Ocupar el mismo sitio
Que antes ocuparon ellos?
¡Dios es justo! Amigo mio,
¿No podré ver á lo menos
A mi hija, á mi triste padre,
A mi hermano, á estos objetos
De mi cariño? Sir Kinston,
Para mí será un consuelo
Su presencia. ¡Oh! no es posible
Deciros lo que padezco:
¿Los podré ver?

Kinst.— No señora;
El rey lo ha prohibido. Tengo
Órdenes tan terminantes,
Que nadie puede á los reos
Ver, sin firma del ministro.

Ana.— Hágase en todo, Dios bueno,
Tu voluntad, y recibe
Este sacrificio nuevo
En espiacion. Sir Kinston,
Decid, ¿cuántas horas tengo
Que vivir aún?

Kinst.— Señora,
Menos de doce.

Ana.— ¡Oh! qué tiempo
Tan corto! Mi buen amigo,
¿Es el verdugo muy diestro?
Yo necesito tan poco

Para morir; ved mi cuello,
Es muy fácil el cortarlo,
Con el golpe mas pequeño.
¿No es verdad, Kinston?

Kinst.— Por Dios,
No me hableis así, os lo ruego.
Me olvidaba de un encargo,
Señora; un servidor vuestro
Que está preso en esta Torre
Quiere hablaros un momento.
Si lo permitís, al punto
Le vereis.

Ana.— ¿Quién es?

Kinst.— Smeton,

Ana.— ¿Smeton? ese cobarde,
Ese traidor, que por miedo
Del suplicio, ha calumniado
Mi nombre? No quiero verlo;
Su presencia me irritara,
Y yo, Sir Kinston, deseo
En mis últimos instantes
Tener otros pensamientos.

Kinst.— Él mis pasos ha seguido:
¡Si viérais con cuánto empeño
Me demandaba esta gracia!
Vedle, señora, os lo ruego:
Quiere morir perdonado.
Sí, llegad, llegad Smeton.

ESCENA III.

DICHOS, SMETON.

Smeton.— Señora, miradme aquí, [*Se precipita á los piés de la reina*]·
En mis lágrimas bañado:
Quiero morir perdonado,
¡Cuánto, cuánto os ofendí!

¡Oh! perdonad mi flaqueza!
Perdonadme, reina mia,
Si manchó mi lengua impía
Vuestra celestial pureza.
Yo me arrepentí....

Ana.— ¡Traidor!
Os arrepentísteis tarde:
Vos me amábais, ¡ah cobarde!
No conoceis el amor.
¿Y piensan que á mi deber
Por vos hubiera faltado?
¡Ah! si á un hombre hubiese amado,
Mas hombre habia de ser.
Tomad leccion de firmeza
De mis otros servidores;
Ellos no serán traidores
Por libertar su cabeza.
A vos reservada estaba
Esta vergonzosa accion.
¿Y es tan débil corazon,
Quien de amarme se jactaba?
¿Cómo en mi presencia os veis
Sin espirar de rubor?
¡Hombre vil y sin honor,
Dejadme, no me insulteis!

Smeton.— ¡Perdon, señora, por Dios,
O espiraré á vuestros piés!
Si grande mi culpa es,
Mucho mas grande sois vos.

Kinst.— Sí, señora; perdonad.

Ana.— Me olvidaba donde estoy,
Y que á comparecer voy
Muy pronto á la eternidad.
Yo os perdono, ¡desgraciado!
¡Cuánto mal me hicísteis vos!
Perdone mis culpas Dios,
Como yo os he perdonado.

Smeton.— ¡Ah señora! ¿y es verdad

Que olvidais la falta mia?
Es hasta el último dia
La misma vuestra bondad.
Ya late mi corazon
Mas tranquilo: ya la muerte
No me es tan dura, y mi suerte
Sufro con resignacion.
Ángel puro, ¿así pagais
Tanto mal con tanto bien?
¡Oh! ¿quién os iguala, quién?
¿Y por mi culpa llorais?
¡Qué débil, qué ingrato fuí!
Y sin embargo, señora,
Vuestra imágen seductora
Era todo para mí.
Un instante de temor....
¡Temor infame! Yo diera
Mil vidas si las tuviera,
Por olvidar este error.

Ana.— ¡Pobre Smeton!

Smeton.— ¿Derramais
Lágrimas de compasion?
¡Oh cuánto á mi corazon,
Cuánto bien le procurais!
"¡Pobre Smeton!" ¡Qué palabra!
Repetidla todavía,
Y luego la suerte impía,
El abismo á mis piés abra.
"¡Pobre Smeton!" ¡Pobre, sí,
Muy pobre, muy desgraciado!
De una fiebre devorado,
Siempre gimiendo viví.

Ana.— Basta, Smeton; olvidar
Debeis ya lo que pasó:
Ya nuestra hora sonó,
En Dios debemos pensar.

Kinst.— Es tiempo ya de partir.

Smeton.— Por el cielo soberano

Dadme á besar vuestra mano.

Ana.— Adios.

Smeton.— Ya puedo morir. [*Vâse, y Kinston*].

ESCENA IV.

ANA BOLENA.

Corre el tiempo presuroso,
La noche se acerca ya.
¡Qué pensamiento espantoso!
Ya tu luz ¡oh sol hermoso!
Para mí no brillará!
Sí, brillará todavía;
Pero por última vez
En la hora de la agonía,
En que vuele el alma mia
Ante su terrible Juez.
Poco tengo que vivir....
Unas horas, ¡oh dolor!
¡Morir tan jóven, morir!
¡Ah! yo no puedo sufrir
Esta idea de terror.
Tú solo, Dios de piedad,
Eres la vida y la luz.
¡Ah! es tanta mi maldad,
Que ni á implorar tu bondad
Me atrevo al pié de la cruz.

ESCENA V.

ANA, PERCY.

Percy.— Ana.

Ana.— ¿Quién es?

Percy.— ¿Desconoceis, acaso,

La voz que en un tiempo os halagó el oido?

Ana. ¿Sois vos, Percy?

Percy.— Yo soy, yo que he venido
A veros, Ana, en la hora del dolor.

Ana.— ¿Vos, cuyo nombre en esa lista veo,
Vos mi juez?

Percy.— ¿Vuestro juez? no, vuestro amigo:
¡Ya no me conoceis? Dios es testigo
De que he sufrido tanto como vos:
Nombróme el rey porque tal vez pensaba
Que una venganza vil fuese mi guia.
Yo acepté por salvaros; la voz mia
Despreciando los riesgos esforcé.
¡Y vos pensais que el que os amó tan fino,
El que por vos perdiera su ecsistencia,
Pudo firmar la bárbara sentencia?
Ana, ¡qué mal, qué mal me conoceis!

Ana.— Percy ¿es posible? ¡Percy, á quien un dia
Yo desprecié por la ambicion cegada!
Vuestra noble conducta me anonada;
Miradme aquí cubierta de rubor:
Digna no soy de afecto tan sublime,
Abandonadme á mi espantosa suerte.

Percy.— Jamas, Ana, jamas: la misma muerte
Entibiar no podrá mi corazon.
Cuando sentada en el augusto trono
Te circundaba el fausto y la alegría;
Cuando en torno de tí todo reia,
Jamas con quejas tu placer turbé.
Yo triste y solo en fatigosa vida,
Horas pasé de amargo desconsuelo;
Siempre invocando en tu favor al cielo;
Llorando siempre mi perdido bien.
Hoy, que tu dicha se trocó en tormento,
Y tanto bien en hórrido quebranto;
Aquí está Enrique; enjugará tu llanto:
Tu llanto es mio, si tu dicha no.

Ana.— ¡Yo no merezco tu piedad, Enrique,

Que criminal, que criminal he sido!
El llanto que mis ojos han vertido
No aplacará la cólera de Dios.
¡Ay! al entrar en esta horrible Torre,
Por esos calabozos he pasado
De Morrus y Rochester: he temblado;
Me pareció escuchar su maldicion.
Sus sombras contra mí se alzan airadas,
Y si á los piés de Dios me precipito,
Parece que oigo un espantoso grito:
"¡No hay para tí misericordia, no!!!"....
Y de mis huesos se apodera un frio
Que hasta en mi corazon mi sangre hiela;
Siento mi frente arder, y todo vuela
En torno mio, en vértigo fatal.
Y mil recuerdos en tropel confuso
Hierven tal vez en mi estraviada mente:
Lo pasado se mezcla á lo presente
Sin poder los objetos separar.
Miro un cadalso, un cetro, una diadema,
Y una frente con sangre á un tiempo mismo,
Un alto trono, un espantoso abismo,
Un regio manto, un mísero ataúd.
¡Ay! porque nada falte á mi desgracia,
Mi razon perderé.

Percy.— ¡Calla, infelice!
Alza tus ojos. ¿Qué, nada te dice
Aquel Dios que por tí murió en la cruz?
Una gota de llanto es suficiente
Para borrar las culpas de la vida.
Recobra tu razon, Ana querida:
Oremos juntos: Dios te escuchará.

Ana.— ¿Recuerdas la cancion que me cantabas
En el pais de Kent? ¡con qué ternura!
¡Yo era entonces tan cándida, tan pura!

Percy.— ¡Qué recuerdos, gran Dios!

Ana.— Aquí, aquí están,
Parece que despierto de un gran sueño,

¡Sueño brillante á un tiempo y espantoso!
Y que vuelvo á encontrar aquel reposo,
Aquella dulce paz que antes gocé.
En mi sueño tambien me parecia
Que era en brillantes himnos celebrada;
¿Pero qué puede compararse? ¡nada!
Con lo que tú cantabas á mis piés.
Ni el incienso que mandan á los reyes,
Con aquellos gratísimos olores
Que despedian las hermosas flores
Con que ornabas mi frente virginal.
Yo era entonces hermosa: cuando el aura
De mi semblante separaba el velo,
¿Ves, me decias, ese hermoso cielo?
No puede compararse á tu beldad.

Percy.— ¡Infeliz! ¡A lo menos un instante
Roban á su dolor las ilusiones!
¡Jóven desventurada!

Ana.— Estos salones
Son de un palacio: vámonos de aquí.
No, no: son las paredes de una Torre,
De la Torre de Londres; ¡desdichada!
Estoy á muerte, á muerte condenada,
Y mañana, ¡gran Dios! voy á morir.

Percy.— (¡Infeliz! ¡Si pudiese yo salvarla!
Al rey veré, y acaso todavía
Esa sentencia revocar podria.
Yo me siento inspirado. Le veré).
Calma tu agitacion, Ana querida,
Abre tu corazon á la esperanza,
Deposita en mi amor tu confianza,
Procuraré salvarte: veré al rey.

Ana.— Será inútil, Enrique; necesaria
A sus nuevos amores es mi muerte;
Ya resignada esperaré mi suerte:
Mas tranquila estoy ya con tu perdon;
Ora por mí: por tu virtud acaso,
Y por mi llanto y largo sufrimiento,

Dios me perdonará y en el momento
Del sacrificio me dará valor.
¡Cuánto agradezco tu bondad, Enrique!
Por tí solo tal vez seré llorada,
Y en mi tumba de todos despreciada,
Vendrás á orar, amigo, alguna vez.
¡Qué injusta fuí contigo! ¡Tú me amabas!
¡Cómo conozco ahora tu ternura!
Y tu alma franca, generosa, pura,
A consolar viene hoy á esta infeliz!

Percy.— ¡Oh si mi sangre por la tuya diera!

Ana.— No, vive, vive, pues vivir mereces,
Y á Dios por mí dirigirás tus preces;
Nunca se olvide tu piedad de mí.
Nada tengo que darte: ha poco tiempo
Que estaba de riquezas circundada;
Hoy me hallo pobre, sola, despreciada....
Ni un anillo que darte me quedó.
Guarda ese Crucifijo en mi memoria:
En él está la fecha en que he nacido;
Tú grabarás aquella en que ha salido
Esta infeliz del mundo engañador.
Ya no veré á mi hermano, ni á mi padre,
Ni á mi hija, ¡oh Dios! á esta hija idolatrada;
Aquí á tus piés en lágrimas bañada
Te recomiendo, Enrique, á mi Isabel.

Percy.— ¡Levántate, por Dios!

Ana.— Amigo mio:
Bendito seas por tu gran clemencia,
Tú, solo tú conoces mi inocencia.
Libra de infamia á esta infeliz muger.

ESCENA VI.

DICHOS, KINSTON.

Kinst.— Perdonad, si á pesar mio
Vengo á deciros, señor,

Que es hora de retiraros.

Ana.— ¡Ay! ya el momento llegó
De perder cuantos objetos
Aliviaban mi dolor.

Percy.— No perdais la confianza;
Todavía espero yo,
Con el ruego (ó con el oro)
Sacaros de esta prision.
Veré al rey: el cielo acaso
Dará poder á mi voz.
Mostraos, ¡oh reina! digna
Del rango á que os destinó
El Eterno: él fortifique,
Señora, vuestro valor.

Ana.— Nada espero, nada, Percy;
Pero en este corazon,
Grabadas vuestras bondades
Estarán, y vuestro amor.
Adios, mi mejor amigo,
Mi ángel tutelar, adios.

Percy.— Nos veremos todavía.

Ana.— En este mundo ya no.

Percy.— Lo espero, sí, nos veremos.

Ana.— En la eternidad....¡Adios!!!



SEGUNDO CUADRO.

Decoracion del acto tercero.

ESCENA I.

ENRIQUE VIII, CROMWELL.

Enriq.— ¿Qué falta, Cromwell?
Cromw.— Señor,
Vuestras órdenes siguiendo,
El conde de Rochford y Norris,
Waston, Bréreton y Smeton,
Han sido decapitados
Dentro de la Torre.
Enriq.— Bueno.
¿Y esa muger?
Cromw.— Ya está todo
Para el suplicio dispuesto.
Hice venir al verdugo
De Calé, que es el mas diestro,
Porque la pobre señora
Tenga que padecer menos.
Enriq.— ¡Eres muy piadoso, Cromwell!
¡Y te negarán tus émulos
Esta virtud!
Cromw.— Es el mundo
Siempre muy injusto.
Enriq.— Cierto.
Cromw.— Traigo á V. M.
Aquel otro documento
Que esperaba.
Enriq.— ¿Cuál?
Cromw.— El fallo
Del primado, cuyo objeto

Es anular vuestro enlace
Con Ana Bolena: vedlo;
Se funda la decision
En que contrajo en un tiempo
Ana Bolena, esponsales
Con Enrique Percy.

Enriq.— Creo
Que esta decision no agrade
A ese bravo caballero;
Pero á mí me importa: ¡bien!
Pon allí ese documento.
¿Qué te parece del drama
Que representamos?

Cromw.— Pienso
Que está cerca el desenlace.

Enriq.— Debe terminarse presto.
¿No tendrá segunda parte?
¿Un ministro, no es un bello
Personage?

Cromw.— Sí señor,
Con tal que el drama funesto
Con su muerte no termine:
Y mejor fuera por cierto
No ejecutar ya mas dramas
Trágicos.

Enriq.— En este has hecho
Un papel muy distinguido.

Cromw.— Sin embargo, ya deseo
Que acabe.

Enriq.— Cuidado, Cromwell;
No sea que en un dia de estos
Halla otro drama, llamado:
Muerte de un ministro.

Cromw.— Espero
Que no lo habrá, porque nunca
Será el ministro indiscreto.

Enriq.— Está bien; pero ya es tarde,
Y muchas cosas tenemos

Que hacer hoy. Haz que apresuren
Esa ejecucion, y luego
Que se arreglen esos trages
De boda: que esté dispuesto
El altar para mañana,
Pues mañana mismo quiero
Unirme á Lady Seymour.
Que haya un aparato régio:
Músicas, bailes, convites,
Espectáculos y fuegos:
Que la nueva soberana
Todo lo encuentre risueño
Y hermoso cual su semblante.

Cromw.— Sereis, señor, satisfecho.

Enriq.— ¿Y cómo sabré aquí mismo
El instante en que haya muerto
Esa muger? Es precisa
Una señal.

Cromw.— El momento
De su muerte, un cañonazo
Os lo hará saber.

Enriq.— Entiendo.
Que asista Juana Seymour;
Este saludable ejemplo
Puede servirla de mucho:
Mi hijo natural, deseo
Que tambien asista, el duque
De Richemond, porque quiero
Que se acostumbren sus ojos
A espectáculos sangrientos.
No olvides la ceremonia
De mañana, conde, y luego
Que la ejecucion termine,
Lávese la sangre: el suelo
Cubrid con hermosas flores;
Que ni el rastro mas pequeño
Quede de lo que ha pasado.

Cromw.— ¿Y dónde sepultaremos

El cadáver? ¿A la vista
Le dejaremos del pueblo
Algunos instantes?

Enriq.— No;
Enterradle en el momento
De la Torre en la capilla.
Parte, Cromwell.

Cromw.— Obedezco.
(¡Qué calma tiene el monarca!
¡Nunca lo ví tan contento!) [*Váse*].

ESCENA II.

ENRIQUE VIII.

¡Anda, Cromwell, que tal vez
Tu hora llegará algun dia!
¡Y la mia! ¡cielos! ¡la mia!
Todos tenemos un Juez.
No importa: este pensamiento
Es preciso desechar;
Debemos vivir, gozar,
Mientras llega ese momento.
¡Cuánto tarda el nuevo dia!
¡Mañana! ¡oh placer, mañana
Serás mia, hermosa Juana;
Para siempre serás mia!
Y arrobado, embebecido,
Contemplando tu hermosura,
Hallaré en tí la ventura,
Del universo en olvido.

ESCENA III.

ENRIQUE VIII, UN PAGE, DESPUES KINSTON.

Page.— Sir Williams Kinston, espera
Para pasar, el permiso.
Enriq.— ¿El teniente de la Torre?
Haced que pase [*Váse el page, y sale Kinston*].
¡Oh mi antiguo
Y buen servidor! ¿Qué nuevas
Os traen por estos sitios?
¿Venís á darme las gracias
Tal vez, porque compasivo,
De vuestra querida Torre
Cinco huéspedes os quito?
Hablad.
Kinst.— Vuestra augusta esposa....
Enriq.— ¿Cuál de ellas? porque he tenido
Dos, y espero que mañana
Otra ha de ocupar el sitio.
Kinst.— La infeliz Ana Bolena,
Que en este momento mismo,
Vuestra voluntad cumpliendo,
Camina para el suplicio,
Me ha encargado que os trajese
Con sus últimos suspiros
Un triste mensage.
Enriq.— ¿Cuál?
Kinst.— Dejadme para decirlo
Hacer lo que me mandó. [*Hinca una rodilla*].
Enriq.— ¿Qué haceis?
Kinst.— La reina me ha dicho:
"De rodillas ante el rey
Postraos, mi buen amigo,
Y decidle que si acaso
Alguna vez á su oido

Fueron dulces mis palabras:
Si un resto, no de cariño,
Sino de piedad, conserva,
Por acaso en favor mio,
Por la memoria sagrada
De sus padres, le suplico
Que sobre mi hija no caigan
Sus furores: que el delito
Qué me suponen es falso:
Que yo de nuevo lo afirmo
En el instante solemne
En que á la tumba camino:
En fin, le direis que sufro
Los mas horrendos martirios;
Pero que yo le perdono."

Enriq.— Gracias. Levantaos, Kinston.

Kinst.— No, gran rey; si de la reina
El triste encargo he cumplido,
Quiero, señor, que escucheis
Lo que yo quiero deciros.
Esa jóven desgraciada
Es inocente: yo he oido
Las palabras que pronuncia
Cuando se halla sin testigos:
He observado atentamente
Si en sus frecuentes delirios
Se le escapaba un acento
Que indicase su delito;
Pero en vano, es inocente,
¡Inocente! Yo lo afirmo
Por mi honor. El sacerdote,
Gran señor, que la ha asistido,
Lo dice tambien. Os ruego
Que suspendais el suplicio,
No caiga luego esa sangre
Sobre vos y vuestros hijos.

Enriq.— Basta, Kinston: levantaos: [*Se levanta*].
Ya ha decretado el destino

La muerte de Ana Bolena.
Cúmplase, pues.
Kinst.— (¡Qué tranquilos [*Suena la campana, que seguirá por intervalos hasta el fin*].
Mandan la muerte los reyes!
¡Oh cielos! ese sonido
Es señal de que la reina
Marcha al cadalso. ¡Ah Dios mio!

ESCENA IV.

Dichos, Isabel Preston.

Enriq.— ¿Quién llega?
Isabel.— Vedme otra vez [*Hincándose*].
¡Oh gran rey! á vuestras plantas.
Y bien que tan poco influjo
Tengan, señor, mis palabras,
Ya resistir no he podido
El impulso que me arrastra.
¡Señor, por el alto cielo,
Por la Omnipotencia santa,
Por vuestros hijos queridos,
Trocad la sentencia infausta
De la reina; es inocente!
En este instante la arrastran
Al suplicio: todo el pueblo
Llanto de piedad derrama.
Salid á verla, señor,
Salid, tal vez vuestra alma
Se conmoverá á su vista.
Oid, oid esa campana
Que los corazones hiela;
Señor, corred á salvarla:
¡Es inocente, inocente!
Que su cabeza no caiga:
Corred, todavía es tiempo.

Enriq.— Basta, Lady Preston, basta. [*Queriēndola levantar*].
Isabel.— ¡Ah! no, monarca clemente,
No dejaré vuestras plantas.
Piedad, señor, piedad piden
De Ana Bolena las damas,
Y otros muchos por mi boca
Vuestra clemencia reclaman.
Kinst.— Sí, perdonadla, señor.
Enriq.— Ya vuestro ruego me cansa
Inútilmente; es preciso
Que muera esa desdichada.

ESCENA V.

DICHOS, PERCY.

Percy.— Enrique, Enrique, es tiempo todavía:
Os vengo á hablar en nombre del Eterno.
Si apreciais vuestro nombre, si los gritos
De la conciencia ois, si al Juez severo
Ante quien parecer debeis un dia,
Algun temor conserva vuestro pecho,
Impedid que esa sangre se derrame,
Impedid que los siglos venideros
Maldigan vuestro nombre, y vuestros hijos
Sufran de la ignominia el duro peso.
¡Justicia! ¡oh rey! justicia! vendrá un dia
En que comprar querreis á cualquier precio
Un momento de paz; ¡será ya tarde!
Un implacable atroz remordimiento
Vuestras entrañas romperá, y en vano
Demandareis piedad al justo cielo.
La sangre de esa víctima infelice,
Se alzará contra vos, y vuestros huesos
Quemará, y gemireis, y esos gemidos
Con risa horrible aplaudirá el infierno.
Enriq.— ¡Basta, conde, callad! Mi tolerancia

Vais apurando ya ¡viven los cielos!
Temed mi indignacion.

Percy.— Nunca he temblado:
Tiemble solo el malvado, tiemble el reo;
Mas yo defiendo la justicia santa,
Yo la inocencia y la virtud defiendo.
Arrancadme la vida si así os place:
Dividid mi cabeza de mi cuerpo;
Temblar no me vereis en el suplicio,
Mi nombre cubrireis de lauro eterno.
¡Oh Dios! ¡oh santo Dios! las horas corren!
¡Ana infeliz! se acerca ya el momento!
¡Oh rey! jamas un Percy la rodilla
Ante un hombre dobló; y á tus piés puesto,
Enrique clama en lágrimas bañado,
¡Piedad! ¡piedad! concibe mi tormento.
No derrameis la sangre de una esposa.

Enriq.— No era mi esposa, conde, he aquí el decreto
Del primado, que anula el matrimonio,
Porque con vos contrajo en otro tiempo
Esa muger solemnes esponsales.

Percy.— ¡Qué escucho! ¡Eterno Dios! ¿No estais contento
Con derramar su sangre, y en su hija
Tambien os vengareis? Pero si es cierto
Ese motivo, la sentencia es nula:
¡Cómo sin matrimonio hay adulterio!
¡Mi esposa! si lo fuese, ¿quién osara
Arrancarla de mí? ni el poder vuestro
Fuera capaz de tanto, sin que antes
Pudiera hollar mi desangrado cuerpo.
Si fuese mia, el universo absorto
Me hubiera visto trastornar un reino,
Antes que á ella en un cadalso infame.
Yo hubiera levantado mil guerreros,
Y ayudado de Dios y de mi brazo;
Hubiera penetrado á sangre y fuego
En la ciudad y en el palacio mismo,
O matando tal vez hubiera muerto.

Enriq.— ¡Pobre conde; ya el juicio habeis perdido:
De vuestro frenesí me compadezco!

Isabel.— Señor, señor, oid esa campana:
Tal vez, tal vez el último momento [*Rumor*].
Es de su vida; esos confusos gritos
Son los tristes gemidos de los buenos.
Acaso sube las horribles gradas.
¡Piedad!! [*Echândose á los piés del rey*].

Kinst.— ¡Piedad!!

Percy.— ¡Salvadla!!....

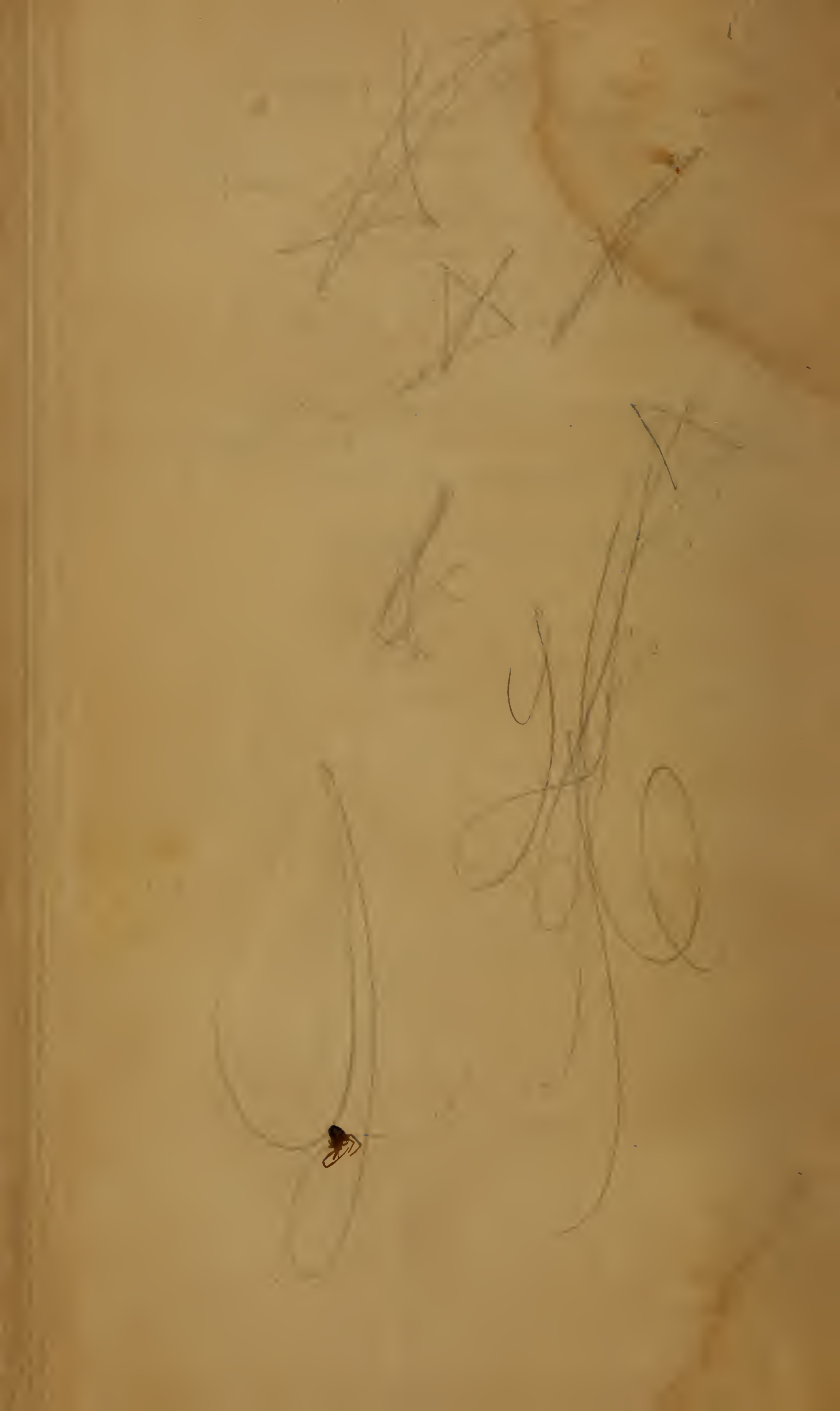
[*Se oye un cañonazo, y cae Percy sobre una silla*].

Enriq.— Ya no es tiempo.
¡No ecsiste Ana Bolena! Juana es mia.

Isabel.— ¡Ah!

Percy.— ¡Confúndate Dios en el infierno!!!







Herman,

O LA VUELTA DEL CRUZADO.

PERSONAGES.

HERMAN.
EL DUQUE.
GUSTAVO.
JORGE.

SOFIA.
ANA.
IDA.
UN PAGE.

GUARDIAS DEL DUQUE.

Alemania, siglo XII.

ACTO PRIMERO.

EL PEREGRINO.

Habitacion gótica en el Castillo del duque: puerta á la izquierda del actor, que figura la entrada esterior: ventana con reja, á la derecha: puerta en el fondo que conduce al interior.

ESCENA I.

SOFIA, ANA.

[*La primera, junto á la ventana; la segunda, á alguna distancia*].

Ana.— No vuelve el duque; tal vez
Distraido con la caza
Se alejó mucho: ya es tarde,
Y el ruido sordo que vaga [*Ruido de viento, no muy fuerte*].
En el bosque, y esas nubes

Una tempestad presagian.
Sofia.—Verdad es: ¡oh cuán hermosa
Es la tempestad!
Ana.— ¡Caramba!
¿Hermosa? ¡Dios nos asista!
Cuando el viento se desata,
Y temblar parece el suelo,
Y el rayo furioso estalla,
¡Ay Dios mio! estar quisiera
De la tierra en las entrañas,
Para no escuchar los truenos.
¿Y á vos, señora, os agrada?
Sofia.—Sí, Ana, sí; cuando los vientos
Silban sobre las murallas
De este castillo, y las nubes
Rayos á la tierra lanzan,
Y oigo el trueno que retumba
En las vecinas montañas,
Me parece que ese ruido
La voz del dolor acalla,
Que en mi pecho á todas horas
Contra mi quietud se alza:
Cuando escucho esa armonía
Salvage, pienso que me habla
Dios mismo, que me recuerda
Qué él ecsiste, y que mis ansias
Tendrán término algun dia,
Ante su presencia santa.
Pero ¡ay! cuando todo en torno
En el silencio descansa;
Cuando nada á turbar viene
Mi reflecsion solitaria,
Solo á mi deber escucho,
Y mil memorias amargas,
Mil ilusiones perdidas,
De mi vida en la borrasca,
Vienen de nuevo á mi mente,
Y mi corazon desgarran:

Tú la calma solo buscas
Porque tu pecho está en calma;
Pero á mí que tanto sufro,
A mí el silencio me mata.

Ana.— ¡Pobre señora! y con todo,
¿Quién al veros no se engaña?
Esposa de un noble duque,
De riquezas circundada;
Hermosa, jóven, y llena
De virtudes y de gracias,
¿Qué mas feliz ser podria?

Sofia.—Ana mia, ¡cuál te engañas!
¡Pobre niña! estás ahora
En la edad afortunada,
En que en dorados ensueños
Se mece tranquila el alma.
Yo tambien, como tú sueñas,
Soñé ventura, esperanzas:
Tambien un tiempo á mis ojos
El horizonte brillaba,
Puro, esplendente y hermoso,
Sin la mas ligera mancha;
Pero se alzaron un dia
Las nubes de la desgracia:
De mis ensueños las flores
El huracan arrebata,
Y la realidad ¡ay triste!
Con su mano descarnada
Me sacude, y mi destino,
Mi horrible destino marca.
¿Piensas tú que de duquesa
Esa corona envidiada,
Estas joyas que me adornan,
Estas esplendentes galas,
Estos salones soberbios
Con sus techumbres doradas,
Y esos vasallos que humildes
Se prosternan á mis plantas;

¿Piensas tú que todo esto
Puede hacerme afortunada,
Cuando el alma gime opresa
Por una pasion insana;
Cuando una imágen querida
Aquí se encuentra enclavada,
Sin que el tiempo haya podido,
Ni mis lágrimas, borrarla?

Ana.— ¿Una pasion?

Sofia.— ¡Sola, eterna!
Una pasion cuya llama
Era mi gozo, mi vida,
Mi porvenir, mi esperanza!
Por mi padre moribundo
Yo juré sacrificarla:
Bajó él tranquilo á la tumba,
Y yo cumplí mi palabra
De unirme al duque; cumplíla:
Corrí de Dios á las aras,
Y allí pronuncié unos votos
Que el corazon reprobaba.
Salí de mi estado humilde,
Dejé mi sencilla casa,
Y allí la paz deliciosa,
Compañera de mi infancia.
Llena de joyas y honores
Fuí á la corte de Alemania,
Con la tristeza en la frente,
Con el infierno en el alma.
Los festines, los torneos,
Y la música y la danza,
No podian ni un momento
Acallar la voz amarga
Del atroz remordimiento.
En todas partes hallaba
De Herman los ojos de fuego,
Que en mis ojos se clavaban.
De Herman que en tanto sufriendo

En Palestina, lidiaba
Para conquistar honores
Que ofrecer ante mis plantas.
Y yo del noble guerrero
Traicionando la esperanza,
Yo, perjura....¡Dios! ¡Dios mio!
¡Esta memoria me mata!

Ana.— ¡Pobrecita! Y yo creia
Que el amor....

Sofia.— ¡Desventurada!
¡El amor, niña inocente!
¡No conoces cuán amarga
Es la copa en que nos brinda
La felicidad! ¡cuán cara!
¡Ay! una hora de dicha,
Con mil tormentos se paga.

Ana.— Pero ese jóven, señora,
Ese guerrero que causa
Vuestros tormentos, ¿no ha vuelto
Desde entonces á su patria?

Sofia.—Nada sé, Ana querida;
Entre las paredes altas
De este lejano castillo,
¿Qué puedo saber? ¡oh! nada.
Tal vez Herman habrá vuelto
Lleno de gloria á Alemania,
Y al saber que soy de otro,
Me aborrece, y á otra ama.
Sus laureles eran mios,
Para mí los conquistaba;
Era mio su cariño,
Era mia toda su alma.
Y ahora....otra....¿y yo respiro?
¿Y Dios un rayo no manda?
¡Celos! celos! yo creia
Que ya otro afecto no entrara
En mi corazon marchito,

Que el del dolor.

Ana.— ¡Desgraciada!
Tranquilizaos: tal vez
El tiempo....

Sofia.— El tiempo! insensata!
Dos años hace que gimo,
Siempre esperando á mañana,
Para ver si el nuevo dia
En mí el consuelo derrama:
Para ver si tantas horas
Que sobre mí lentas pasan,
Me hacen olvidar al menos,
Sus facciones, sus palabras;
Pero en vano: aquí, aquí tengo
Siempre su imágen grabada,
Y su voz en mis oidos,
Y su amor en mis entrañas.
¡Ay! tal vez el infelice [*Truenos sordos*].
Murió en alguna batalla,
Y sus últimos suspiros
Dirigió á Sofia ingrata.
¡Ah! si es cierto, si ya habitas
En las regiones sagradas
De la luz, de allí dirige
A esta infeliz tus miradas:
Verás que si fuí perjura,
Fuí tambien desventurada. [*La tempestad se aumenta: truenos*].

Ana.— Señora, señora....oid;
Ya la tempestad estalla;
La lluvia cae á torrentes.
¡Ay de aquel que en tal borrasca,
Solo y perdido en los bosques,
En esta noche se halla!

Sofia.—¡Ay de aquel que vaga huyendo
De los terribles fantasmas
Del remordimiento, y busca
La quietud, sin encontrarla!

Ana.— ¿Qué será del duque?

Sofia.— El cielo
Con felicidad le traiga.
Herm.—Dad asilo al peregrino. [*Dentro*].
Sofia.—¡No escuchas esa plegaria?
Mira quién es.
Ana.— ¡Imposible!
¡Si la oscuridad es tanta!....
Del relámpago á la luz....
Ya....ya le ví.
Sofia.— ¿Quién es? habla.
Ana.— Es un infeliz, vestido
Como aquellos que llegaban
De Palestina.
Herm.— Un asilo [*Dentro*].
A la caridad cristiana
Pide un pobre peregrino.
Sofia.—¡Desgraciado! Corre, Ana,
Dí que se le abran las puertas,
Y condúcele á esta sala. [*Váse Ana*].

ESCENA II.

SOFIA.

De Palestina, ¡oh Dios! ¡cómo ese nombre
Me hace temblar! Tal vez el peregrino
De allá vendrá; tal vez alguna nueva
Tendré de Herman, que calme mi martirio:
¿Que lo calme? ¡infeliz! ¿De qué manera?
Que viva Herman, ó muera, lo he perdido.
Un bien solo me resta, que es la muerte:
Un consuelo no mas, el llanto mio.

ESCENA III.

Ana, Sofia, Herman,

[*Con trage de peregrino*].

Herm.—Dios mande paz y salud
Sobre la jóven beldad
Que abriga tanta virtud,
Y á la triste senectud
Acoge con tal bondad.
Sofia.— Salud y paz, buen anciano:
Las puertas de este castillo
El pobre no toca en vano,
Y á falta de otra, mi mano
Fuera á levar el rastrillo.
Aquí descanso hallareis;
Y aunque el duque no ha venido,
Servido en todo sereis:
Ved si entre tanto quereis
Cambiaros ese vestido.
Herm.—Gracias, señora, he jurado
No quitarme este sayal,
Hasta que un voto sagrado
Cumpla.
Sofia.— Será respetado
Vuestro voto como tal.
¿Y hácia dónde se encamina
Vuestro paso, padre mio?
Herm.—Voy á la ciudad vecina.
Sofia.— ¿Y venís?....
Herm.— De Palestina.
Sofia.— ¡Ah!
Herm.— ¿Temblais?
Sofia.— Sí, tengo frio.

Herm.—(¡Recuerda con amargura
Tal vez su primer amor!
¿Quién al ver á esa hermosura,
Creerla pudiera perjura?
Es el áspid en la flor.)
Sofia.— ¿Habeis sin duda lidiado
Mucho en Palestina?
Herm.— Sí.
Del emperador Conrado
El estandarte sagrado,
Siguiendo, señora, fuí.
He visto muchas batallas,
Lidiando cual buen guerrero:
Asalté algunas murallas,
Y he pasado fuertes mallas
Con la punta de mi acero.
Mas no siempre la victoria
Coronó nuestro valor;
Cara compramos la gloria:
¡Y yo, infeliz! ¡oh memoria
Que me llena de dolor!
Un fiel amigo tenia
A quien amé como hermano;
¡Ay! su vida era la mia!
Arrebatómelo un dia
Hierro de enemiga mano.
Perdonad mi negro afan,
Señora, le amé tan fino!
Sí, sin cesar correrán
Mis lágrimas, caro Herman,
Por tu funesto destino.
Sofia.— ¡Herman! ¿Herman se llamaba
Vuestro amigo?
Herm.— Sí, señora.
¡Oh qué valor desplegaba!
Qué mucho si lo animaba
Esperanza seductora:
Su premio debia ser

La mano de su querida;
Y nadie supo querer
Como Herman; una muger
Era el Norte de su vida.

Sofia.— (¡Cielos!)

Herm.— De la gloria el prez,
Por ella solo anhelaba;
Conmigo mas de una vez,
De sus proyectos hablaba
Con amable sencillez.
¡Pobre Herman! con qué ternura,
Con qué respeto tan santo,
La prenda que su hermosura
Le dió en señal de fé pura,
Regaba con triste llanto!
Un bucle de hermoso pelo
Era esta prenda, señora,
Que él guardaba con un celo....

Sofia.— (¿Dónde están tus rayos, cielo,
Que no me abrasan ahora?)

Herm.—Bella jóven, perdonad:
¡Os cansa esta narracion!

Sofia.— No, no, anciano; continuad.
(¡Todo el cáliz apurad
Del veneno, corazon!)

Herm.—¡Pobre Herman! caer le ví,
De Cristo soldado fiel;
Mi dicha con él perdí;
Él con gloria yace allí;
Yo vivo á llorar por él.

Sofia.— Y yo, anciano; sí, los dos
Lloraremos noche y dia;
Por ser vuestro amigo, vos,
Y yo porque era mi Dios,
Porque era la vida mia!
¿Tú no sabes, peregrino,
Que eres el genio del mal,
Que te arroja mi destino

De mi vida en el camino
Para clavarme un puñal?
¿Y yo vivo? ¡cielo santo!
Anciano, ¡qué narracion!
Ana, no te acerques tanto,
Que te quemará este llanto
Que brota mi corazon.

Ana.— Calmad vuestro afan, señora,
Vuestra pena moderad.

Herm.—(¿Y llora la ingrata, y llora
Despues que faltó traidora
A sus votos?)

Sofia.— Perdonad,
Anciano, este frenesí
De una alma desesperada.
¡Le adoraba, y le perdí!

Herm.—Mas, ¿cómo si esto es así,
Con otro estais desposada?

Sofia.— Sí; pero lo que ha pasado
No puedes tú comprender:
Con otro me he desposado....

Herm.—Y vuestro amor ha volado;
Amor en fin, de muger.
Si Herman hoy se levantara
De la tumba, ¡qué diria!
En vos sus ojos clavara,
Y terrible os preguntara:
"¿Dónde está tu fé, Sofia?
¿Dónde está el eterno amor
Que al partir me prometiste?
Te ha cegado el esplendor;
Tú, tú el sepulcro me abriste,
Y no el hierro matador.
¡Qué premio diste á mi anhelo!
¡Qué bien pagaste mi afan!
Mira esta prenda, este pelo.
Mírame...." [*Se descubre*].

Sofia.— ¡Valedme, cielo!

¡Él es, él es, es Herman!

Herm.—Herman, Herman que viene á reclamarte
La pura fé que le juraste un dia.
¿Dónde está tu promesa? dí: la hollaste.
¿En dónde está tu amor? ¡Responde, impía!
¿Tú pudiste llegar hasta las aras,
Y ante un Dios de verdad, le prometiste
A otro hombre eterna fé y amor constante?
¡A tu esposo engañaste, ó á tu amante!
Del crímen en la senda me pusiste:
Sí, yo era generoso é inocente,
Tú un ángel de virtud que me guiaba;
Hoy está escrito el crímen en mi frente.
Sí, sí; tu misma mano aquí lo ha escrito:
Virtud un tiempo el adorarte fuera,
Y hoy el amarte ¡ingrata! es un delito.

Sofia.— ¡Herman!

Herm.— ¡Ya no recuerdas aquel dia,
En que de amor y de esperanza lleno,
Vine á decirte: "adios," cuando en tu seno
Me estrechaste, jurándome ser mia?
"Parte, parte á la guerra, tierno amante;
Me dijiste llorando, y vuelve luego
A recibir de mi amoroso fuego
El premio digno de tu fé constante."
Y yo partí, colmado de esperanza,
Y en tu amor puse la confianza mia!
¿Cómo de un ángel desconfiar podia?
¿Cómo esperar tan bárbara mudanza?
Cuando amor me juró tu boca pura,
Cuando mi mano trémula estrechabas,
Cuando copioso llanto derramabas,
¿Quién te pudiera imaginar perjura?
¿Y así se viste la mentira aleve,
Con el ropage de verdad augusta?
¡Ah! si en aquel instante me dijera
El mundo, el mundo entero, que Sofia
Por galardon ingratitud me diera,

Al mundo le dijera que mentia;
Y lo estoy viendo ya, lo estoy mirando,
Y sueño me parece cuanto veo.

Sofia.— Herman, Herman, escúchame siquiera.

Herm.—Es ese mismo el seductor semblante
Del serafin que por mi mal adoro;
Ese su talle esbelto y elegante;
Es ese mismo su cabello de oro;
El mismo cuello de marfil, que un dia
Yo enlacé tantas veces con ternura;
La mano hermosa que estrechó la mia;
La boca que me hablaba con dulzura:
Toda es la misma, y solo.... ¡Desgraciado!
Su corazon infiel solo ha cambiado!

Sofia.— Hombre cruel: escúchame á lo menos,
Y condena despues á esta infelice:
¡Oyeme por piedad!

Herm.— ¡Bella duquesa!
Habitais un magnífico castillo,
Artesones dorados, ricos muebles,
Finas alfombras, oro, pedrería,
Timbres soberbios, armas y blasones:
¡Cuánto vuestro destino se ha cambiado!
Elegísteis muy bien; sois muy prudente.
Es mejor este alcázar esplendente,
Que la pobre cabaña de un soldado.

Sofia.— ¡Oh cielos! ¿esto mas? ¿quieres matarme?
¿Quieres que ahogada de dolor espire?
¿Ni mi llanto de fuego te conmueve?
¿Y ni tu compasion siquiera alcanzo?
¡Ah! por enorme que el delito sea,
Se escucha al criminal...

Herm.— ¿Y qué dirias?
¿Qué puede ¡desdichada! disculparte?

Sofia.— La voluntad de un padre moribundo.
Ausente tú, creyó que su Sofia,
Sola y abandonada quedaria
En el mar borrascoso de este mundo:

Y agitado, frenético, llorando,
En su lecho de muerte se incorpora,
Y sus rugadas y convulsas manos
A mí tendiendo, me conjura y ruega,
Que al duque Othon me uniese en el instante;
Yo resistí, grabada aquí con fuego
De Herman la imágen sin cesar estaba:
Yo resistí; y el cielo me es testigo,
De que la muerte preferido hubiera
A ese enlace fatal.

Herm.— Y bien; prosigue.

Sofia.— Pero mi padre en su postrer instante,
Fijaba en mí sus lagrimosos ojos;
Retorcia sus manos venerables;
Se arrancaba la blanca cabellera;
Y un poderoso esfuerzo haciendo al cabo,
Salta del lecho y ante mí se postra,
Por mi madre pidiéndome cumpliese
Su postrer voluntad. ¡Cómo! ¿Quién puede
Conservar su razon en tal instante,
Y resistir tan espantosa prueba?
Aquel anciano, á quien el ser debia,
Esperando á mis piés, desesperado,
Llenos de llantos sus hundidos ojos,
¡Oh Dios! ¿qué pude hacer? Tú, ausente estabas
Un año hacia, sin noticia alguna
De tu destino; todo se reunia,
Todo contra mi suerte conspiraba.
Mi frente ardiendo, mi razon perdida,
Mi corazon partido en mil pedazos,
Yo á mi padre juré lo que queria,
Y en aquel punto el duque apareciendo,
Mandó mi padre que la mano mia,
De otros testigos ante la presencia,
Se uniese á la del duque, y en los labios
Del moribundo anciano, una sonrisa
Vagó un momento, levantó la mano,
Mi cabeza estrechó contra su pecho,

Y me bendijo, y espiró tranquilo.
Su alma voló de Dios á la presencia,
Y yo quedé para vivir llorando....

Herm.—Y de Alemania luego allá en la corte,
De oro cubierta y ricas pedrerías,
Envuelta en seda y en incienso vano,
Pronto olvidaste el sacrificio horrible;
Y el dulce peso de ducal diadema,
Tu frente refrescó, secó tu llanto.

Sofia.—¡Injusto! injusto! mis megillas mira,
Perdieron su color y su frescura:
Repara de mis lágrimas la huella;
De correr no han cesado un solo dia.
Dejé la corte y vine á este castillo,
La paz buscando en su silencio al menos:
¡La paz! la paz! dos años han pasado
Sin que un momento disfrutarla pueda;
Tu imágen siempre viva me seguia,
Y á Dios iba á rogar que la borrase,
Y entre mí y el altar se interponia.
¡Oh! calcular no puedes mis tormentos!
Si penetrar mi corazon pudieras,
En vez de ese furor que te arrebata,
Solo piedad de mi dolor tuvieras!
¡Piedad, Herman! piedad de una infelice;
Aquí á tus piés humilde te lo ruego:
Ten compasion de quien amaste tanto:
Oiga yo tu perdon, y muera luego.

Herm.—¡Levántate, Sofia!

Sofia.— Una mirada,
Una mirada de piedad te pido:
¿Y me la negarás?

Herm.— ¡Ah! desgraciada!
Ven á mi corazon, todo lo olvido.
Pero salgamos de aquí,
Salgamos luego, Sofia;
Tú me juraste ser mia,
Dios tu jurmento oyó.

Dejemos estos salones:
Sencilla, humilde te quiero,
Como el pobre caballero
A quien le juraste amor.
Tres años en Palestina
Combatí por merecerte,
Por tí despreció la muerte,
¿Y no me querrás seguir?
¿Qué tiene que ver contigo
Esta frívola grandeza?
¿Necesita tu belleza
Del oro para lucir?
Vamos.

Sofia.— ¡Imposible!

Herm.— Vamos.

Sofia.— Recuerda que estoy casada:
Yo moriré desgraciada;
Pero pura moriré.

Herm.—Es verdad: tú me recuerdas
Lo que yo valgo, Sofia:
Y yo nécio que creia....
¡Ilusion, todo ilusion!
¿Cómo has de cambiar tu rango,
Y tu nombre, y tu grandeza,
Por Herman, que otra riqueza
No tiene que su valor?

Sofia.— Herman....! [*Ruido*].

Ana.— Ahí el duque viene.

Sofia.— ¡Santo Dios! eres perdido!
Cúbrete.

Herm.— No; ya he vivido
Bastante, y quiero morir.
Quiero, duquesa mirar
Cara á cara á vuestro esposo;
Le veré.

Sofia.— ¡Dios poderoso!
¡Ya llega; triste de tí!

Herm.—Ved que traje mi armadura.

Ana.— ¿De qué os servirá? De nada.
Herm.—Tengo aquí tambien mi espada
Sofia.— ¡Cúbrete, Herman, por mi amor!
Herm.—¿Tanto me amais?
Sofia.— Te idolatro.
Herm.—¿Me seguirás?
Sofia.— Todavía
No puedo....sí....tu Sofia
Te jura volverte á ver.
Pero cúbrete, por Dios,
Herman, despues hablaremos.
Herm.—En el parque nos veremos
Mañana al anochecer.
Vuelvo á tomar mi disfraz.
Sofia.— Ana, por Dios, el secreto.
Ana.— Sí, señora; yo os prometo,
Que nunca saldrá de mí.
Herm.—Conoceré á mi rival;
Aunque mas bien prefiriera,
Por Dios, que de otra manera....
Ana.— Callad, callad: ya está aquí.

ESCENA IV.

DICHOS, EL DUQUE, JORGE.

Duque.—Estoy empapado, Jorge.
¡Qué tempestad!
Jorge.— Estupenda.
Duque.—¿Quién es este hombre, señora?
Sofia.— Un peregrino que llega
De Palestina: pasaba
Por aquí cuando mas recia
La tempestad desplegaba
Su furor; y yo las puertas
Del castillo mandé abrirle.
Herm.— ¡Es la señora tan buena!

Duque.—¿Y qué cosa habeis traido
De allá? Relaciones nuevas
De batallas, y reliquias
De aquella bendita tierra.
Herm.— Sí, señor duque.
Duque.— Los niños
Y las mugeres, encuentran
Gran diversion en oiros:
Contais cosas que las llenan
De admiracion; y en verdad
Os sale muy bien la cuenta,
Pues así pasais la vida
Sin trabajar; os respetan,
Os hospedan, os regalan,
Y os oyen como si oyeran
Un oráculo: en verdad
Es una vida muy buena.
En fin, llegad en buen hora.
¡No habeis mandado, duquesa,
Que le den alguna cosa
A este anciano?
Herm.— Yo á las puertas
Del castillo no he llamado
Para recibir afrentas,
En cambio del pan que sobra,
Señor duque, en vuestra mesa.
Jorge.— ¿Así respondes al duque?
¡Insolente! todos tiemblan
Aquí de su enojo.
Duque.— Basta:
Yo le perdono.
Herm.— ¡Ah! pudiera....
Mas un soldado de Cristo,
Que por su gloria pelea,
Debe reunir, señor duque,
A su valor la paciencia.
Busqué un asilo entre tanto
Que pasaba la tormenta:

Ha calmado ya: las gracias
Recibid, ¡oh jóven bella!
Voy á seguir mi camino,
Señor, con vuestra licencia.

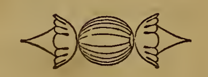
Sofia.— Conduce á ese peregrino. [*A Ana*].
Duque.—Id con Dios.
Herm.— (Que su promesa
No olvide vuestra señora.
Arrojadme por la reja
La llave del parque.)
Ana.— Sí.
Vamos, Jorge nos observa. [*Váse y Herman*].
Sofia.— (Ya era tiempo, que su arrojo
Temblé que le descubriera.)
Adios, duque: Dios os guarde.
Duque.—Dormid bien, bella duquesa. [*Váse Sofia*]

ESCENA V.

El duque, Jorge.

Jorge.— ¿Observásteis, señor?
Duque.— ¿Qué?
Jorge.— Vuestra esposa
Qué abatida y pálida se hallaba
Cuando entramos aquí? y el peregrino....
Su ademan altanero, sus palabras....
No sé; pero se oculta algun misterio
En ese hombre, señor. Cómo clavaba
En vos sus ojos, que brotaban fuego.
O mis sentidos esta vez me engañan,
O he visto en la duquesa algunas señas
De inteligencia.
Duque.— ¡Desdichado! calla! ¡que osas
Tú sospechar?
Jorge.— Perdon os pido.
Mas recordad que la duquesa amaba,

A un tal Herman, que estaba en Palestina,
Antes que vuestra esposa se llamara.
Duque.—Y qué?
Jorge.— De la duquesa ví en el rostro,
De un reciente dolor señales claras,
Y ví que habia en sus hermosos ojos
Una gota de llanto.
Duque.— Y bien; acaba.
Jorge.— Ese anciano tal vez alguna nueva
De su amante le trajo....ó se ocultaba
Bajo el disfraz del viejo peregrino,
El mismo Herman.
Duque.— ¡Qué dices? ¡Desgraciada!
¡Jorge! si fuese cierto!....No es posible.
¡Qué mortal es capaz de tanta audacia!
En mi propio castillo, en mi presencia!
¡Oh! no es posible!
Jorge.— Parecióme que Ana
Con él hablaba al tiempo que salia.
Duque.—Pues bien: sigue al instante sus pisadas;
Observa si se aleja del castillo,
O en el lugar cercano se recata:
Vuela, Jorge. Si fuere....! Jorge, escucha:
Si es él....si se detiene....Observa; nada
Le digas tú....Ven luego á mi presencia,
Que tal temeridad, audacia tanta,
De que ejemplo no ha habido en mis dominios,
A mí mismo me toca castigarla.
Jorge.— Se hará como mandais.
Duque.— ¡Tiembla, Sofia!
¡Tiembla si eres infiel, desventurada!



ACTO SEGUNDO.

LA ENTREVISTA.

Parque en el palacio del duque Othon: reja con puerta en el foro: á la derecha del espectador, un ángulo del castillo gótico, con una escalera practicable, que dá sobre el parque: árboles y arbustos á los lados: un banco de césped: la luna brilla, alumbrando la escena.

ESCENA I.

El duque, Jorge.

Duque.—Jorge, ¿es cierto?
Jorge.— Sí señor:
Yo al peregrino seguí,
Su armadura descubrí
De la luna al resplandor,
Que ya serena brillaba
Despues de aquella tormenta.
Duque.—¿Me engañó, Jorge, y alienta?
¡Oh furor! ¿y me engañaba
Tambien Sofia? Por Dios
Que es mucho su atrevimiento.
Pero se acerca el momento,
Jorge, morirán los dos.
Quien así insulta mi nombre,
Y así mi furor desprecia,
O tiene una alma muy necia,
O debe de ser muy hombre.
¿No sabe que el duque Othon,
Antiguo y noble guerrero,
No trae al cinto el acero
Para servir de irrision?
¿Y aquí han de venir, aquí?

Jorge, ¿no te has engañado?
Jorge.— Para el parque se han citado;
Me oculté, y todo lo oí:
Ese guerrero es Herman.

Duque.—¡El amante de Sofia!
Jorge.— Y robárosla queria!
Duque.—¿Robármela? morirán!
¿Dispusiste alguna gente
Con armas?
Jorge.— Dispuesta se halla
Allí, junto á la muralla,
Y á vuestra voz obediente.

Duque.—No escapará ese traidor;
Pero es fuerza aprisionarle,
Porque de un golpe matarle,
No le basta á mi furor;
Sufra una larga agonía,
La horrible muerte esperando,
Y la suerte contemplando
De su adorada Sofia:
A mis plantas los veré,
Temblando, descoloridos,
Y escucharé sus gemidos,
Y en ellos me gozaré.
Jorge, yo siento un volcan,
Ardiendo en mi corazon.
¡Han manchado mi blason!
¡Lo han manchado! morirán!

[*Se oye abrir la puerta que está al fin de la escalera que baja del castillo: el duque y Jorge se ocultan entre los árboles, despues de sus últimos versos*].

Jorge.— Alguno llega, señor:
Ocultémonos aquí.
Duque.—¡Y ella es la primera, sí!
Jorge.— Reprimid vuestro furor.
Duque.—No los podremos oir.
Jorge.— Pero los podremos ver.

Duque.—¡Oh! tiembla, infame muger!
¡Tiembla, Herman, vais á morir! [*Se ocultan*].

ESCENA II.

SOFIA, ANA.

[*Baja Sofia poco á poco la escalera, apoyándose en Ana*].

Sofia.—Yo tiemblo.
Ana.— Valor, señora.
Sofia.—¡Siente una inquietud mi alma!
Parece que de un abismo
El borde pisan mis plantas.
¿Segura estás de que el duque,
Tranquilo duerme en su estancia?
Ana.— Sí, señora, duerme.
Sofia— Duerme;
Mientras que yo, desdichada,
Velo y gimo, y me consumo,
Sin poder hallar la calma!
¡Qué noche pasé, qué noche!
Mi corazon palpitaba
Con una horrible violencia:
De una fiebre devorada,
Me retorcia en mi lecho,
Maldecia la hora infausta
De mi nacer, y á la muerte
Con voz convulsa llamaba:
Acusaba al cielo, al duque,
Al mundo, á mi padre....¡Ana,
Tú no puedes comprenderme!
¡Ay! morir! morir es nada;
Pero este insomnio, esta fiebre
Que nos quema las entrañas;
Este padecer eterno
Sin alivio ni esperanza,

Es como un clavo de fuego
Que el corazon nos traspasa;
Una maldicion horrible
En nuestra frente grabada:
¡Un demonio que al abismo
Lentamente nos arrastra!

Ana.— ¡Quién al miraros y oiros
No siente vuestras desgracias?
¡Y así la virtud padece?

Sofia.—¡Y cuándo la virtud halla
Su recompensa en la tierra?
¡Qué hice yo, desventurada,
Para que implacable el cielo
Me abrume así con su saña?
Yo de la virtud ni un punto
Dejé la senda sagrada;
Hoy, Ana, es la vez primera
Que mi conciencia se alarma:
Mal hice en venir aquí;
¿Mas qué medio me quedaba
Para evitar que el despecho
De Herman, lo precipitara
A perder por mí la vida,
La vida que veces tantas,
Generoso y noble espuso
Por ser digno de una ingrata?

Ana.— Esto consolaros debe,
Señora: vuestras pisadas
El crímen no ha conducido;
Antes vuestra noble alma
Hace un esfuerzo inaudito,
Un sacrificio á que nada
Es comparable: decirle
Al hombre que se idolatra:
Huye, no vuelvas á verme,
Huye, que el deber lo manda;
Déjame aquí sola y triste,
Sin consuelo ni esperanza.

Sofia.—Sí, se lo diré, y el cielo
Dará valor á mi alma:
Se lo diré, aunque el tormento
Deba matarme mañana.
Y así será, porque ahora
Que sé que vive, que me ama,
Qué he vuelto á verle y á oirle,
¡Oh! yo no sé lo que pasa
En mi corazon! Al menos
Cuando su suerte ignoraba,
Me consolaba la idea
De que allá en la Tierra Santa,
Bajo una tumba gloriosa,
La dulce paz encontrara.
Que no sufriera cual sufro;
Mas ¡ay! que como fantasma,
Amado á un tiempo y temido
Le ví en la noche pasada
Cubierto de honor y gloria,
Reclamando mi constancia,
Pidiéndome ¡ay Dios! el premio
De sus ínclitas hazañas.
Siempre noble y generoso,
¿Le viste? Mi llanto, Ana,
Calmó su enojo terrible,
Y me perdonó mi falta.
¿Y hoy para siempre le pierdo?
¿Y vivo? ¡desventurada!
Ana.— ¡Solo Dios puede, señora,
Consolar vuestras desgracias!
Sofia.—En medio de mis tormentos
Entreveo una esperanza.
Ana.— ¿Cuál es, señora?
Sofia.— He sufrido
Tanto, tanto, que cercana
Debe estar mi última hora.
¿Qué naturaleza basta
Para sufrir lo que sufro,

Sin morir? quizá mañana
Me dará el cielo por premio
Una tumba solitaria.
Esta idea me reanima;
Parece que Dios me manda
Este rayo de consuelo.

Ana.— ¡Callad por Dios! qué palabras
Tan tristes!

Sofia.— Ana, ¿te acuerdas
Cómo en la noche pasada,
Feroz el viento rugia,
Las negras nubes bramaban,
Todo era espanto; y ahora
Mira qué solemne calma
Reina en la naturaleza!
Todo en silencio descansa.
Por el zafir de los cielos
Esa luna plateada
Camina, sin que una nube
Vele su faz: dulce el aura,
Apenas las flores mece
Que duermen tambien: las ramas
A las aves dan asilo:
Todo en la quietud se halla;
¡Y yo entre todos los séres
Solamente destinada
Estaré á sufrir por siempre?
¡Ah! no, ya Dios me señala
El sepulcro como un puerto
De mi vida en la borrasca.

Ana.— ¡Me haceis llorar!

Sofia.— Padre mio,
He cumplido mi palabra.
Pronto me uniré contigo;
Mas qué rumor....¡cielos!

Ana.— Nada,
Nada se mueve, señora.
No temais.

Sofia.— Si por desgracia
El duque me sorprendiese,
¡Cuán criminal me juzgara!
Sobre la triste Sofia,
Y sobre Herman descargara
Su furor! Vuelve al castillo,
Vela por tu triste ama.
Yo entre tanto aquí á los cielos
Dirigiré mis plegarias:
La oracion me dará fuerza
Para sufrir mis desgracias.
Ana.— Sí; nada temais, señora:
Tened en Dios confianza,
Y en mi cuidado.
Sofia.— Ana mia,
Eres para mí una hermana.
Ana.— Me avergonzais; voy, señora.
Que la Providencia Santa
Os dé valor. (Tú, Dios mio,
Su noble proyecto ampara.) [*Váse*].

ESCENA III.

SOFIA.

[*Se hinca al piê de la escalera, y levanta sus ojos y sus manos al cielo*].

¡Vírgen, madre de Dios! Vírgen María!
Tú que miras, Señora, mi agonía,
Mi profunda afliccion:
Escúchame piadosa desde el cielo
Y derrama una gota de consuelo
Sobre mi desgarrado corazon.
A aquel Señor que sus divinas huellas
Estampa sobre el sol y las estrellas,
Ruega, ¡oh Madre, por mí!

Por mí, que devorada de tormentos,
Débil caña, juguete de los vientos,
Siempre en el valle de la tierra fuí!
Mas yo he sufrido la tormenta impía
Sin mancharme jamas; siempre mi guia
Fué ¡oh Vírgen! la virtud.
Ante el lecho de un padre moribundo,
Sacrifiqué los bienes de este mundo,
Y de duelo cubrí mi juventud!
En la fogosa edad de las pasiones,
Sin placer, esperanzas ni ilusiones,
Sola y triste gemí:
Cual flor en el desierto abandonada!
Cual barquilla á las olas entregada!
Nadie ha tenido compasion de mí!
Tú lo sabes, Señora, ¿qué no he hecho
Por borrar una imágen de mi pecho,
Y olvidar un amor?
Inútil todo por mi mal ha sido;
Tu Hijo, Madre de Dios, cerró el oido
Al profundo gemir de mi dolor!
Agobiada de bárbaros pesares
Fuí á llorar hasta el pié de los altares,
Pidiendo compasion:
Y allí abrazada de la cruz, gemia,
Y allí de Herman la imágen me seguia,
Y allí por él lloraba el corazon!
Tú, Omnipotente Dios, que me criaste,
¿Acaso de la nada me sacaste
Para gemir así?
¿Para gozarte acaso en mis martirios?
Perdona, ¡oh Dios! perdona mis delirios,
Mira mi llanto, tén piedad de mí!
Y desde tu alto trono de diamante,
Dirige tu mirada un solo instante
Sobre mí, sobre Herman:
Dale valor, y á mí la tumba fria:
Sí, yo lo espero: el venidero dia

Mis cenizas en paz reposarán!

[*Queda algunos momentos hincada, cubriéndose el rostro con las manos*].

ESCENA IV.

SOFIA, HERMAN, GUSTAVO.

[*Aparecen á la puerta del parque, y contemplan á Sofia*].

Herm.—Mírala, Gustavo, allí,
Como una vision de amor,
Como un ángel de dolor,
Orando tal vez por mí.
¡Y yo de su corazon
Pude dudar un instante!
Mira en su hermoso semblante
Retratada su afliccion.
Gust.— Llega, que es tarde: yo aquí
Los caballos cuidaré.
Prevenido esperaré.
Herm.—Gracias, hermano: por mí
Tu vida espones ahora:
¡Cómo sabré agradecer....
Gust.— Calla, Herman; es un deber:
Llega, que viene la aurora. [*Se retira*].

ESCENA V.

SOFIA, HERMAN.

[*Sofia, á los pasos de Herman se levanta, y vuelve la cabeza á mirarle*].

Herm.—Gracias, gracias, Sofia.
Sofia.— ¡Herman!
Herm.— Te miro,

Te miro al fin, hermosa,
Y mi tristeza olvido, y mis tormentos:
Todo, todo lo olvido
Cuando estoy á tu lado,
Cuando siento el aliento embalsamado
Que tú, mi bien, respiras,
Y al través de tus lágrimas me miras.
Esa inefable, angélica ternura
De tu mirar; tu palidez, tu llanto,
Tienen no sé qué encanto
Melancólico, dulce, indefinible!
Oculto allí, mi bien, te contemplaba,
Tu oracion respetando fervorosa:
Sobre tu frente cándida y hermosa,
El rayo de la luna resbalaba.
Jugaba el aura con tus bucles de oro,
Y con tu blanco trasparente velo:
Tus ruegos elevabas hácia el cielo
Por mí, por mí, Sofia! ¡Yo te adoro!
La lágrima que tiembla en tu megilla,
Es la gota de bálsamo que calma
La agitacion frenética de mi alma.
Ven á mi corazon, toca mi frente:
¡Oh! si vieras mi bien, cuánto he sufrido!
¡Pero te veo, y mi dolor olvido,
Y sueña dicha el corazon doliente!

Sofia.— ¡Dicha! dicha! ¿qué dices, desgraciado?
En este valle de amargura y duelo
¿Qué nos resta, infelices? ¿qué consuelo
Hallará nuestro pecho desgarrado?
Condenados los dos á eterno lloro,
No nos queda siquiera una esperanza.
¿Qué es nuestro porvenir? horribles penas,
Vivir eternamente separados,
Lejos uno del otro, condenados
A arrastrar en silencio las cadenas.
Cadenas pesadísimas que pronto
Acabarán con la ecsistencia mia!

Herm.—¡Ah! no, jamás! unámonos, Sofia:
Yo, ser tuyo juré; por tí he vivido,
Y á arrancarte de aquí solo he venido:
Ven, abandona esta prision dorada:
Dejemos esta atmósfera maldita
Que te sofoca, y tu beldad marchita:
Busquemos otra pura, embalsamada,
Digna de tí, Sofia: de tu frente
Arroja esa diadema que te humilla;
La guirnalda sencilla
De violeta, y jazmin, y mirto y rosa,
Que mi amorosa mano te ceñia,
Brillaba mas hermosa
Sobre tu frente cándida, Sofia!

Sofia.— ¡Ay! verdad es, Herman; aquellas flores
No quemaban mi frente cual la quema
Esa ducal diadema.
Tú no sabes, Herman, lo que ha pasado
En este corazon! gota por gota
Ha ido cayendo en él cuanta amargura
Puede haber en la vida: ¡oh cuántas veces,
Cuántas, pensé que mi razon perdia!
Un recuerdo de fuego me quemaba,
Mi pecho con mis manos destrozaba,
Y tu nombre entre llanto repetia!
Llanto, sí, llanto; pero amargo, ardiente,
Cuya huella jamas el tiempo borra;
Que seca el corazon, ruga la frente!
¡Y tener que ocultarlo, y el contento
Aparentar, y parecer en calma
Cuando está ardiendo y desgarrada el alma,
Cuando toda la vida es un tormento!
Y la frívola corte sonreia
Al verme de brillantes coronada,
Y mi suerte tal vez era envidiada,
Cuando sangrando estaba el alma mia!
Cuando mi trage recamado de oro,
Era un paño de muerte que abrumaba

Mi débil cuerpo; cuando yo regaba
El rico mármol de mi estancia, en lloro!
Y tu imágen aquí, sin que un momento
La pudiera borrar de mi memoria!

Herm.—¡Y yo soñando amor, buscando gloria,
Sin sospechar siquiera mi tormento!
Intrépido al peligro me arrojaba:
Un nombre iluste conquistar queria,
Un nombre que ofrecer á mi Sofia,
Cuya celeste imágen me animaba.
¡Oh! dulces eran para mí las penas,
Y leve la armadura:
De la abrasada Siria en las arenas,
Pensando en la ventura
Que tu amor me guardaba!
Tus últimas palabras repetia;
De mi alazan el cuello acariciaba,
Y el noble bruto ufano relinchaba,
Y yo mi lanza intrépido blandia.
Aprovechando á veces una tregua,
Bajo la sombra de una hermosa palma
Pulsaba mi laúd, y en dulce trova
Mis ardientes suspiros te mandaba,
Que en el desierto inmenso se perdian,
Y mi laúd con lágrimas regaba!

Sofia.— Pero era dulce tu llorar al menos:
La gloria te seguia,
Una grata esperanza te animaba;
Pero yo triste, yo, que ni un momento
Gozaba de quietud; que á todas horas
Escuchaba una voz que me decia:
"¿En dónde está, perjura,
La eterna fé que me juraste un dia?"
Y mis ensueños espantosos eran:
Ya muerto en Palestina te veia;
Ya llegar á tu patria, y despechado,
Mi nombre maldiciendo,
Del fiero duque provocar la saña;

Y tu acero cruzarse con el suyo
En lid horrenda, y salpicada en sangre,
En la sangre de Herman y de mi esposo
Entre tumbas vagar sola en el mundo!
¡Oh Herman, cuánto he sufrido!

Herm.— Sí, Sofia;
Pero ya mas felices viviremos:
De nuestra patria lejos estaremos
Cuando luzca la luz del nuevo dia;
Que allí mi corcel está
Tascando el freno impaciente:
Pronto la aurora vendrá:
Ven, su rayo lucirá
Sobre tu cándida frente.
¡Ven, mi vida, mi tesoro!
Ven, adorada beldad,
Ven, enjugaré tu lloro:
No tendrás mármoles ni oro,
Pero tendrás libertad.

Sofia.— ¡Ah!

Herm.— De tu esposo tirano
Burlaremos el furor:
Sobre mi troton lozano,
Mi fuerte lanza en la mano,
Yo defenderé á mi amor.
No temas, hermosa, ven;
¿Quién puede vencerme, quién?
Nadie; la victoria es mia,
Porque defiendo á Sofia,
Porque lidio por mi bien!

Sofia.— ¡Infeliz!

Herm.— Todo mi afan
Será solo tu ventura,
Y de mirto y de arrayan
Mis manos coronarán
Tu frente angélica y pura.
A tu canto, la armonía
Juntaré de mi laúd.

Yo seré tuyo, tú mia,
Y un ensueño de alegría
Será nuestra juventud.
¿Mas nada respondes, nada?
¿Desoyes mi ardiente ruego?
¿Vuelves de mí tu mirada,
Y siento tu mano helada
Entre mis manos de fuego?
¿Temes ¡ay! participar
De mi pobre humilde suerte?
Sí, yo lo debí esperar:
Tú veniste á este lugar
Para anunciarme la muerte;
Porque mandarme vivir
Sin tí, adorada Sofia,
Es condenarme á morir.....
¿Lo quieres? Voy á partir....

Sofia.— ¡Herman! [*Volviendo el rostro anegado en llanto*].

Herm.— ¡Lloras, vida mia!

Sofia.— ¡Eres, Herman, despiadado!
Mirando estás mi dolor,
Mi rostro en llanto bañado,
¡Y dudas, desventurado,
Del esceso de mi amor?
¿Por quién he venido aquí
Los peligros arrostrando?
¿Por quién ¡ay! tanto sufrí?
Por tí, ingrato Herman, por tí,
Que estás de mi amor dudando.

Herm.—No dudo ya, no, Sofia.

Sofia.— Por tí, Herman, despreciaria
Los peligros y la muerte;
Porque mi delicia es verte,
Tú, el alma del alma mia.
La humilde cabaña fuera
Para mí grata mansion,
Si allí seguirte pudiera,
Si allí tranquilo estuviera

Mi llagado corazon:
Porque no puedo olvidar,
Porque te amo todavía,
Porque te amo á mi pesar,
Porque no puedo arrancar
Tu imágen del alma mia.

Herm.—Ángeles que la escuchais,
¿En la sagrada mansion
De ventura que habitais,
Esta delicia probais
Que prueba mi corazon?
¡Encantadora muger,
Si vieras qué hermosa estás!
Tiene tu llanto un poder
Que no puedo comprender;
Y dime, ¿me seguirás?

Sofia.— Oye, Herman; voy á morir,
Que sin tí no podré yo
Por largo tiempo vivir;
Mas no te puedo seguir.

Herm.—¿No puedes seguirme?

Sofia.— No.

Herm.—¿Quién te lo impide, Sofia?
¿Quién te lo impide?

Sofia.— El deber:
Juré....

Herm.— Juraste ser mia.
Ven.

Sofia.— ¿Y criminal seria?
¿Me quieres envilecer?
Un impuro corazon
No fuera digno de tí:
¡Herman, Herman, compasion!
De un padre la maldicion
No caiga ¡ay Dios! sobre mí.
Hoy puedo por tí rogar
A Dios; hoy puedo mi frente
Sin crímen al cielo alzar;

Hoy puedo en fin, espirar
Infeliz; pero inocente.
Tú en mi sepulcro vendrás
A colocar una flor,
Y mi virtud amarás,
Y enternecido dirás:
Murió digna de mi amor.
En otra mansion un dia,
En otra region de luz,
Inundada de alegría,
Se unirá por fin Sofia
Al soldado de la cruz.

Herm.—Es cierto, tienes razon:
No podemos ya vivir
Juntos en esta mansion
De luto y de maldicion;
Pero podemos morir.
¡Morir, morir por tu amor,
Y á tu lado, vida mia!
¿Dónde habrá dicha mayor?
Hácia otro mundo mejor
Volaremos en un dia.
Siéntate junto de mí:
Pronto la aurora vendrá:
Te buscarán, ¿no es así?
Y vendrá el duque, y aquí
A los dos nos matará.

Sofia.— No, no; yo tengo valor
Bastante para morir
Del fiero duque al furor;
Pero no quiero ¡oh mi amor!
Verte á mis ojos sufrir.
Huye, que ya llega el dia:
Huye al instante por Dios:
Te lo ruega tu Sofia.

Herm.—¿Y adónde iré, vida mia,
Si no partimos los dos?
¿En dónde vivir pudiera

Si mi universo es aquí?
Sofia.— Sigue de Dios la bandera:
Tal vez la gloria te espera. [*Ruido de pasos dentro*].
Herm.—No quiero gloria sin tí.
Sofia.— ¿Escuchas ese rumor?

ESCENA VI.

DICHOS, GUSTAVO.

[*Precipitado*].

Gust.— Hermano, somos perdidos;
Entre esas ramas dos hombres
Se ocultan.
Herm.— ¡Cómo!
Sofia.— ¡Dios mio!
Será el duque!
Herm.— Nada temas;
¿No estás con Herman, bien mio?
Venga el duque, de mi espada
Probará el agudo filo;
¿Ni quién vencerme pudiera,
Si estoy, mi amada, contigo;
Si me anima de tus ojos
El fulgor puro y divino?
Al arma, Gustavo, al arma!
Gust.— Morir antes que rendirnos.
Herm.—¿Dos no mas? ¡desventurados!
Sofia.— Deja que vuelva al castillo,
Y huye tú.
Herm.— ¿Huir? ¡oh! nunca.
Ven, Sofia, ven conmigo,
Que será cierta tu muerte
Si ya el tirano te ha visto:
Logremos ganar la puerta:
Sobre mi alazan querido

Te colocaré, y entonces,
Adios, hermoso castillo,
Adios, prisiones doradas,
Que ya hemos roto los grillos.

Sofia.— Y adios, tambien, virtud santa:
¿Tras de tantos sacrificios
Te perderé? ¡No, no, nunca!
Herman, á tus piés te pido
Que te salves, y me dejes
Sufrir sola mi destino.
Huye.

Herm.— Contigo.

Sofia.— No.

Herm.— Entonces
Sálvate tú, hermano mio. [*Arroja la espada*].
Mira, ya no tengo espada.
Morir aquí determino.

Gust.— ¡Ah! no; toma; á pesar suyo
Sálvala: toma, te digo,
Que ya vienen; ya se acercan.

Herm.—Salvémosla, pues, amigo.

Gust.— Dos para dos, no hay ventaja.

Sofia.— ¡No sé dónde estoy, Dios mio!

ESCENA VII.

DICHOS, EL DUQUE, JORGE.

[*Con espadas desnudas*].

Duque.— ¡No podeis huir, malvados!

Sofia.— Él es, ¡oh Dios!

Duque. Foragidos,
Que de la noche en las sombras
Ocultais vuestros delitos:
¡No escapareis, no, lo juro!
¡Morireis entre martirios!

¡Y pensabais engañarme,
Y burlar el furor mio
Con la fuga? ¡no, cobardes!

Herm.— ¡Cobarde! ¿cobarde has dicho?
Pronto lo veremos, duque.
Paso.

Duque.— ¡Eh; atrás!

Herm.— Paso, os digo,
O lo abriré con mi espada.
A ellos, Gustavo.

[*Lidia Gustavo con Jorge, y Herman con el duque*].

Duque.— ¡Atrevido! ríndete.

Jorge.— ¡Guardias! [*Gritando*].

Duque.— No, calla;
Mire el soldado de Cristo
Que el duque Othon solo basta
A desarmarle y rendirlo.

Sofia.— ¿Dónde estoy? dejadme, bárbaros!

Herm.— No temas, estás conmigo.

Gust.— ¡Muere tú, muere, malvado! [*A Jorge, que cae*].

Jorge.— ¡Guardias!

Gust. Cállate, maldito,
Si quieres que te perdone:
Calla.

Duque.— Pese al furor mio. [*Soltando la espada*].

Herm.— Duque, ¿quién es el cobarde?
Ya tengo libre el camino.
Pronto á caballo, Gustavo.

Duque.— ¡Guardias! [*Gritando*].

Herm.— Aun no te han oido.

Sofia.— ¡Herman, por piedad! [*Queriendo soltarse*].

Herm.— Marchemos:
A su pesar, del peligro
La salvo.

Duque.— ¡Oh infierno! Guardias!

Herm.— Adios, duque Othon.

[*Se van por el foro derecho*].

ESCENA VIII.

EL DUQUE, JORGE.

[*Despues de un instante aparecen los guardias á la reja del parque, y se van en seguimiento de Herman*].

Duque.— ¡Malditos!
¡Estais sordos? ¡Ah! se escapan: [*Salen los guardias*].
Corred, y muertos ó vivos
Vengan aquí: pronto, pronto,
Que Herman toma ya el estribo. [*Se van los guardias*].
¡Jorge, Jorge! mi caballo:
¡Sigamos á los bandidos!

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero.

LA REVELACION.

ESCENA I.

EL DUQUE, JORGE.

Duque.—Si tardamos un instante,
Los fugitivos se escapan.
¡Vive el cielo! no creia
Que tal valor se encontrara
En ese oscuro guerrero:
¡Qué serenidad, qué audacia!
¿Y quién es el otro jóven
Que al cruzado acompañaba?
Jorge.— Un hermano menor suyo,
Segun parece: ¡por mi alma
Que los dos son muy valientes,
Y por poco nos despachan!
Duque.—Es fuerza hacerles justicia:
Manejan muy bien las armas;
Y burlado nos hubieran,
Si mis guardias no llegaran.
Jorge.— Y si no es por vuestra esposa,
La victoria nos costara
Mucha sangre; pero viendo
Que la duquesa se hallaba
En peligro, el mayor dijo:
"Gustavo, deja la espada:
La resistencia es inútil,

No lograremos salvarla;
Rindámonos, quizá el duque
Escuchará mis palabras.''
Entonces llegásteis vos.

Duque.—Y me rindieron las armas:
Quizá esperan que sus ruegos
Desarmarán mi venganza;
¡Ah! si tal esperan, Jorge,
Vive el cielo que se engañan!
El duque Othon sabrá pronto
Lavar con sangre las manchas
De su honor. ¿Y qué dijera
La nobleza de Alemania
Si esta osadía insolente
Yo sin castigo dejara?
No; morirán los traidores,
Pagarán cara su audacia;
Pero antes verlos deseo
En mi presencia; á mis plantas
Arrastrarse, y confundirlos
Con mis severas miradas.
Vé pronto, Jorge, y los presos
Conduce luego á esta sala. [*Se vá Jorge*].
Hola...venga aquí Sofia. [*Llamando á la puerta izquierda*].
Temblar la veré á mis plantas.

ESCENA II.

El duque.

¿Y es esta la muger? vaso precioso
De vil ponzoña, de amargura lleno:
Risa sus lábios, falsedad su seno,
De bien y mal conjunto misterioso.
¡Oh! quién pensar pudiera que Sofia,
Con aquel aire tan ingenuo y puro,
Así ocultase un corazon perjuro,

Que virtud y modestia así mentia!
¡Maldito el hombre que su honor entrega
A una débil muger! ¡Oh! sí, maldito!
Un baldon en la frente lleva escrito,
Y la hora al fin del desengaño llega.
Y yo la amaba, ¡pérfida! la amaba,
Y en su amor puse la confianza mia.
¡Ah! me faltó la infeliz! tiembla, Sofia!
¡Muera la esposa que mi honor manchaba!

ESCENA III.

El Duque, Sofia.

Sofia.— ¿Qué me quereis? ¿Llegó ya
De mi suplicio el momento?
Libradme de mi tormento,
La víctima pronta está.
Duque.—Infiel esposa, tu frente
No se cubre de rubor?
Sofia.— Nunca se cubre, señor,
De rubor el inocente.
Duque.—¡Inocente! tú, Sofia,
Cuando os encuentro á los dos
En una cita? ¡Por Dios,
Tal audacia no creia!
¡Inocente, y de otro dueño
En los brazos te entregabas,
Cuando á tu esposo juzgabas
Hundido en profundo sueño!
Cuando con Herman reias
De mi necia estupidez!
Cuando mi nombre tal vez,
Y tu suerte maldecias!
¿Y por qué? ¿qué te hice yo
Para aborrecerme así?
Riqueza y nombre te dí,

¿Ya lo has olvidado?

Sofia.— No. [*Con firmeza*].

Duque.—¡Recuerdas que en orfandad
Hubieras siempre gemido;
Que sin mí hubieras vivido
En profunda oscuridad;
Que yo me compadecí
De aquel tu penar doliente,
Y lleno de amor, tu frente
Con mi diadema ceñí?
¿Y cuál es el galardon
Que tú me has dado, Sofia?
Una mancha en la honra mia,
Sobre mi timbre un borron!
¡Ah! si no la gratitud,
Falsa y traidora muger,
Te debieran contener
El deber y la virtud;
Mas todo lo has olvidado;
Cubres de oprobio tu nombre,
¿Por qué? por seguir á un hombre,
A un vil y oscuro soldado.

Sofia.— Basta, duque, basta ya.
Que no alcanza el sufrimiento;
Dadme la muerte al momento,
Dios despues nos juzgará;
Pero repito, señor,
Que no he sido delincuente,
Y que puedo alzar mi frente
Sin cubrirme de rubor.
Fuí á una cita; ¿pero vos
No sabeis á lo que fuí?
A decir á Herman: de aquí
Huye: para siempre adios!

Duque.—¡Cuanto heroismo!

Sofia.— Bien sé
Que crédito no me dais:
De mi virtud os burlais.

Duque.—¿Burlarme de ella? ¿por qué? [*Con ironía*].
Digo que estoy convencido
De vuestra lealtad, señora,
Y lo vais á ver ahora:
Injusto con vos he sido;
Mas un momento de error,
¿Quién no lo tiene, Sofia?
Ya vereis en este dia
Cómo pago tanto amor:
Porque no es posible ya
Dudar de que me amas, no;
¡Quién mas dichoso que yo!
Tu esposo te pagará
Ese cariño.

Sofia.— Señor,
Basta; dejad la ironía:
Sé cuál es la suerte mia;
La sufriré con valor.
¿Creis que temerá morir
Quien ha llamado á la muerte
Tres años, porque su suerte
Era llorar y sufrir?
Sí, duque, la vida mia
Era un eterno tormento,
Y anhelaba este momento
Como el fin de mi agonía.
Y puesto que cerca estoy
De tocar la eternidad,
Oye, duque, la verdad,
Oye, á decírtela voy.

En dichosa quietud, en dulce calma,
Bajo del techo paternal vivia:
Un dulce porvenir me sonreia,
Un porvenir de dichas y de amor.
Ese guerrero que llamais oscuro,
Y hoy teneis en prisiones aherrojado,
Era un mancebo noble y esforzado,
Ídolo de mi ardiente corazon.

Le amé, señor, le amé desde la infancia,
Fué de mi juventud el dulce ensueño,
Y juré hacerle de mi mano dueño,
Como era dueño de mi pura fé.
Mas para ser mas digno de mi afecto,
Fué á Palestina en busca de la gloria,
En su pecho llevando y su memoria,
La imágen ¡ay! de su adorado bien.
Vos entre tanto por desgracia mia
Me mirásteis, ¡momento malhadado!
Y de pasion fatal arrebatado,
A mi padre dijísteis vuestro amor.
Y el pobre anciano, prócsimo á la tumba,
Y temiendo que Herman no volveria,
Vuestro amor escuchó con alegría:
¡Ay! tu cariño ¡oh padre! te cegó.
Mil veces me propuso vuestro enlace,
Y mil veces le dijo el labio mio,
Que no era dueña yo de mi albedrío;
Que era mi corazon solo de Herman.
Él insistió, yo resistí, y un dia....
¿Os acordais? su vida se apagaba,
Y ante mis piés, llorando se arrastraba....
Y....yo juré cumplir su voluntad.
Sí, lo juré; mas desde aquel instante
No supe mas de mí; yo fuí arrastrada
Y ante el altar os dí una mano helada,
Sin saber lo que el lábio pronunció.

Duque.—¡Oh! ¿no lo recordais, noble señora?
Jurásteis ante Dios ser solo mia.

Sofia.— A la luz de una fúnebre bugía,
Que alumbraba una estancia de dolor.
Sí, lo recuerdo como ensueño horrible;
Recuerdo que mi frente toqué luego,
Y una diadema me encontré de fuego
Que me quemaba la convulsa sien.
Y comprendí lo que jurado habia,
Y blasfemé, ¡perdóname, Dios Santo!

Y fuí al altar [illegible] con llanto,
Y á vivir infeliz me resigné!
¡Ah! vos vísteis mis lágrimas amargas,
Y me cubrísteis de diamantes y oro:
"Al fin, dijísteis, calmará su lloro
El título pomposo que le doy."
Te engañastes ¡oh duque! tus riquezas,
Las riquezas de un rey, ¿qué fueran? nada!
Para el alma que está despezada,
Por el recuerdo de un perdido amor.
Un corazon mis joyas ocultaban
Por horribles tormentos carcomido:
Mi habitacion magnífica, ¿qué ha sido?
Una prision; mi lecho, un ataúd.
Y sin embargo ¡oh duque! yo lo juro,
Sofocar este amor he procurado;
¡Oh! no lo conseguí; mas no he faltado
Por un instante solo á la virtud.

Duque.—Calla, calla, muger; ¿ya no recuerdas
Que yo estaba allí oculto, y te veia?
Que el cruzado tus manos oprimia,
Que en tu semblante el júbilo brilló?
¡Oh! yo sé bien que las mugeres usan
De mágicas palabras que adormecen:
Que inocentes y puras aparecen,
Cuando el crímen está en su corazon.
Mas no me engañarás, no; de tu amante
Verás rodar primero la cabeza:
Tú morirás despues.

Sofia.— Y con firmeza
Arrostrar esa muerte me verás:
Porque soy inocente: porque solo
En otra vida mi esperanza fundo:
Porque un mar de dolor es este mundo,
Y mi puerto hallaré en la eternidad.
Pero si alguna vez te fuí querida,
Escucha ¡oh duque! mi postrer acento,
Mi último ruego: evítame el tormento

De ver morir al infeliz Herman:
Concédeme, señor, que yo primero
Baje á la tumba, y en aquel instante
Yo rogaré por tí, y en mi semblante
El perdon de tu crímen mirarás.

Duque.—¡Perdon! perdon! señora, os agradezco
Tanta bondad; mas no la necesito:
Vereis morir á Herman, os lo repito,
Y en vuestro acerbo llanto gozaré:
Tú no sabes, muger, lo que sufria
Cuando en el parque oculto os contemplaba!
Mi corazon la fiebre devoraba
Cuando las muestras de tu amor míré.

Sofia.— Señor, señor, ¿mi muerte no es bastante
A saciar vuestra furia?

Duque.— No, señora.

Sofia.— A vuestros piés una muger que llora,
¿No hallará ni este rasgo de piedad?
¡Duque....

Duque.— Dejadme; vuestro ruego irrita
Mas y mas mi furor; el ruego es vano;
No hay piedad para tí.

Sofia.— Pues bien, tirano;
Sacia, sacia tu bárbara crueldad.

Duque.—¡Oh! ya llega tu amante con su hermano,
¿No palpita tu seno de ternura?

Sofia.— ¿Tienes, destino atroz, mas amargura
Que verter en mi pobre corazon?
No puedo mas; las fuerzas me abandonan:
Hasta las fuentes de mi amargo llanto
Agotadas están. ¡Dios justo y santo!
¿No escucharás el grito del dolor?

ESCENA IV.

DICHOS, HERMAN, GUSTAVO, [*con cadenas*]. JORGE, GUARDIAS.

Herm.— Aquí está ¡santo Dios! vuelvo á mirarla!
Duque.—Llegad, noble y valiente caballero:
Digno soldado de la cruz, miradla:
He aquí de vuestro amor el dulce objeto.
Venid, venid, para enjugar el llanto
De este ángel de bondad....pero, ¿qué es esto?
¿Tan frio ahora y tan ardiente antes?....
¿Se apagó tan pronto el dulce fuego
De aquel amor ardiente, inestinguible?....
¿Bajais los ojos y temblais, mancebo?....
¿Un valiente guerrero así se abate?
¿No teneis que decir?
Herm.— Que te desprecio.
Duque.—¿Y nada mas?
Herm.— Que te desprecio, duque:
Que tu ironía y tu ademan soberbio,
Con el que está cargado de prisiones,
Es muy digno de tí. Buen caballero,
Es mas diestra tu lengua que tu mano:
Manda, tirano, manda que estos hierros
Me quiten un instante; al campo vamos;
Solos allí los dos, y cuerpo á cuerpo
Nos batiremos, y verás entonces
Quién tiembla de los dos: ¿así tan presto
Has olvidado, duque, que mi mano
De la tuya saltar hizo el acero?
Te perdoné la vida, miserable,
Eres cobarde, duque, y te desprecio.
Duque.—A una casualidad debiste el triunfo,
A una casualidad, ¡viven los cielos!

Si fueras tú mi igual, si fueras noble,
Yo lidiara contigo en campo abierto,
Y allí la fuerza vieras de mi brazo,
Y el filo allí probaras de mi acero;
Pero el que entra de noche en mi castillo,
Su edad, su nombre, y condicion fingiendo;
El que intenta robarme así la esposa,
De la profunda noche en el silencio,
Debe morir en un cadalso infame;
No cual mueren los nobles caballeros:
Sí, morirás, y morirá contigo,
De tu pasion el criminal objeto.

Herm.— ¡Criminal! criminal! ¡oh! no la ultrages,
Duque; tu esposa un ángel es del cielo,
Es la misma virtud: en este instante
So emne para mí, por el Eterno
Juro que es inocente, sí, lo juro:
De mi vida en el último momento
Lo tornaré á jurar: salva su vida,
Sálvala, Duque, solo yo soy reo:
Yo, sí, que á arrebatártela venia,
Porque desde la infancia un juramento
Nuestras almas ligó: lazo sagrado,
Que tus riquesas, tu poder inmenso,
Un *sí* arrancando enmedio de un delirio,
Nada bastó á romperle, porque el cielo
Grabó el amor en nuestras tiernas almas,
Con caracteres de imborrable fuego.

Duque.— Oh! yo lo borraré! la losa fria
De tu sepulcro, apagará ese incendio;
Y lo que no ha podido la distancia,
Ni el deber, ni el trascurso de los tiempos,
La muerte alcanzará.

Herm.— No, de la tumba
A la region celeste volaremos,
Y allí de Dios en la presencia augusta,
De aquel Dios que en nuestra alma está leyendo,
De aquel Dios, ante el cual el oro es polvo,

Y la grandeza de los hombres, viento,
Premio dulce hallará nuestro martirio,
Y allí por siempre á unirnos volveremos.
Y tú, Sofia, pura como el ángel,
Que gira en torno al trono del Eterno;
Alza tu frente cándida y sublime;
No temas el morir.

Sofia.— ¡Ah! no lo temo:
La muerte es mi consuelo, mi esperanza:
Sí, morir juntos, mi único deseo;
Pero verte sufrir ¡oh! no es posible
Herman; no tengo para tanto, esfuerzo.
¡Duque! Señor! que caiga á un tiempo mismo
La cuchilla fatal en nuestros cuellos.

Duque.—¿No te lo dije ya? soy inflecsible.
Jorge, vuelve á llevar los prisioneros:
Que arreglen los negocios de su alma:
Un cuarto de hora solo les concedo:
Cuando suenen las once en el castillo,
Cumpla el verdugo su deber.

Jorge.— Entiendo.

[*Sofia corre hácia Herman: Jorge y los guardias se lo impiden*].

Herm.— Adios, Sofia.

Sofia.— ¡Herman! á mí llevadme,
Arrastradme con él!

Herm.— ¡Pesados hierros!
¡Ah! si mis brazos estuviesen libres!

Duque.—Separadlos.

Herm.— ¡Confúndante los cielos!
Vamos, Gustavo.

Gust.— (¡Oh madre, madre mia!
¿Quién te consolará?)

Jorge.— Vamos.

Herm.— Marchemos. [*Se van*].

ESCENA V.

El duque, Sofia.

[*Se pasea muy agitada: luego se encara al duque, con la sonrisa de la desesperacion*].

Sofia.— ¿Estás contento ya?
Duque.— Lo estaré pronto. [*Con calma*].
Sofia.— Yo tambien lo estaré, porque los cielos
Harán que alguna fibra se me rompa
Del corazon en su latir violento:
Sí, pronto moriré; pero tú, duque,
De tu riqueza y tu esplendor enmedio,
¿Gozarás de quietud? no; nuestra sombra
Te seguirá, y en torno de tu lecho
Nuestros espectros clamarán: ¡*Venganza!*
Y al fin nos vengará el remordimiento.

ESCENA VI.

Dichos, un page.

Page.— Señor: á vuestro castillo,
Una miserable anciana
De llegar acaba ahora,
Y pide que á vuestras plantas
Arrojarse le permitan.
Duque.—En una ocasion muy mala
Pide audiencia: despedidla;
Vuelva otro dia, mañana,
Hoy á nadie escuchar quiero.
Page.— Es urgente y de importancia
Lo que tiene que deciros,

Segun se espresa.
Duque.— Por mi alma
Que es muy necia esa muger.
Haced que pase á esta sala. [*Se vá el page*].
Oigámosla brevemente.
Page.— Entrad ya, señora.
Ida.— Gracias.

ESCENA VII.

SOFIA, EL DUQUE, IDA.

Ida.— Permitid que de rodillas....
Duque.—Levantad, buena muger:
¿En qué os puedo complacer?
Ida.— Pronto lo sabreis, señor.
Duque.—Sentaos.
Ida.— Así lo haré,
Porque estoy muy fatigada:
Es muy larga la jornada
Que he tenido que hacer hoy.
Duque.—Sed breve, muger, que tengo
Poco tiempo de escucharos.
Ida.— Procuraré no cansaros:
Ya empiezo mi narracion.
A algunas millas de aquí,
Hace tiempo que ecsistia
Una jóven, que vivia
En su tranquila mansion.
Sus padres eran honrados,
Pero pobres; su ventura
Se cifraba en la hermosura
De la hija de su amor.
¡Pobre niña! la inocencia
Sobre su frente brillaba,
Y la risa se ostentaba
En su labio encantador.

Era hermosa como el cielo,
Y como el cielo era pura;
Mas ¡ay! por su desventura
Un señor noble la vió.
La vió, y en su seno ardiente
Latió el corazon malvado,
De un amor desenfrenado,
Y hacerla suya juró.
Y con la risa en los labios,
Un amor puro mintiendo,
Poco á poco seduciendo
Fué su noble corazon.

Duque.—¡Pobre niña!

Ida.— ¿No es verdad
Que fué un infame aquel hombre
Que fingió su estado y nombre
Para encubrir su intencion?
Y ella la pobre, inocente
Alma de cándido niño;
Aquel mentido cariño
Sedujo su corazon.
Tímida, sin esperiencia,
Sin mundo....¡desventurada!
Fué por el noble burlada.

Duque.—¡Dios mio! [*Con agitacion*].

Ida.— ¡Horrible traicion!
No es esto todo; el malvado,
Ya que consiguió su intento,
Huyó, dejando el tormento
En el pecho que rompió:
Huyó, y dejó á la infelice
Con su vergüenza y su luto,
Y en su triste vientre el fruto
De aquel desdichado amor.
¿Temblais, señor? [*Observándolo*].

Duque.— Proseguid. [*Con interes*].

Ida.— La jóven desventurada
Echó al mundo una mirada,

Y vió vergüenza y dolor:
En lo pasado recuerdos
De virtud y de ventura;
En lo presente amargura;
En el porvenir....¡oh Dios!
¿Concebís, señor, la suerte
De esta infelice? gemia,
Y su nacer maldecia,
Y del cielo blasfemó.
Una noche....¡noche horrible!
Las estrallas no brillaban,
Los huracanes bramaban,
Todo era espanto y horror!
La jóven en su vergüenza,
Loca, ciega, delirando,
Huyó, su casa dejando,
La casa donde nació.
Donde sus padres ancianos
Con su cariño vivian,
Y otro hijo ¡ay Dios! no tenian
Que aliviase su dolor!
Donde dormian tranquilos
Junto á su hija descansando,
Tal vez con ella soñando,
Y ella....¡miserable, huyó!....
Y al despertar los ancianos
A la infeliz llamarian;
¡Míseros! no encontrarian
Sino el lecho que dejó.
El lecho humilde en que un dia
Tranquilo sueño gozaba,
Cuando su alma, pura estaba,
Sin crímen su corazon.
¿Llorais?

Duque.— Seguid, buena anciana, [*Con mucha turbacion*].
Seguid esa triste historia.
(¡Es un sueño!....¡Oh! qué memoria!....)
Seguid, anciana, por Dios.

Ida.— La pobre jóven en tanto,
Sin recursos, sin abrigo,
Ni un hermano, ni un amigo
En quien hallar compasion:
Sus cabellos en desórden
Errando á merced del viento,
Con el rostro macilento,
Devorado el corazon.
Lejos de su patrio suelo,
De puerta en puerta buscaba
Un pobre pan, que regaba
Con lágrimas de dolor.
En tanto el tiempo pasaba,
Y llegó por fin el dia
En que dar á luz debia
La causa de su rubor.
En una triste cabaña,
Sin mas testigo que el cielo,
Llorando, en el frio suelo
Un triste niño nació.
Y el angelito de hambre
Junto á la madre gemia....
¡Ay! la madre no tenia
Leche que darle....

Duque.— ¡Qué horror!

Ida.— Y sangre en vez de alimento
Mamaba el niño. [*Se levanta el duque muy agitado: luego se vuelve á sentar*].

Duque.— ¡Dios mio!

Ida.— Hasta que en el suelo frio
La triste madre cayó!

Duque.—Esa historia es espantosa,
Anciana.

Ida.— Sí, y verdadera.

Duque.—Proseguid....¿de qué manera?....
Decid lo que sucedió.

Ida.— Un hombre, ó mas bien, un ángel,
Por allí entonces pasaba;

Oyó al niño que lloraba,
Y en la triste choza entró.
Este hombre, este hombre benéfico
Miró á la madre espirante,
Y al tierno mísero infante,
Y todo lo comprendió.
Este hombre de bondad lleno,
Volvió á la vida la madre,
Y al niño sirvió de padre,
Y con la jóven se unió.
Dios bendijo las virtudes
Del amable y buen esposo,
Y otro hijo el cielo piadoso
Benigno le concedió.
Pero Dios escrito habia
En el libro del destino,
Que la esposa en su camino
Hallara siempre el dolor.
Y un funesto, horrible dia,
La muerte con mano helada,
A la esposa desdichada
Su bienhechor le robó.

Duque.—Infeliz! ¿sabeis el nombre
Que aquella muger tenia?
Decídmelo.

Ida.— Todavía
No acabo mi narracion.
Esta muger, esta madre,
Halló en sus hijos consuelo,
¡Ángeles puros del cielo,
Dignos de suerte mejor!
Pero hay séres infelices
Nacidos para el quebranto,
Amasados con el llanto,
Marcados con el dolor.
Esta madre desgraciada,
En lo último de su vida
Recibió una nueva herida,

Herida la mas atroz.
Aquel noble, aquel malvado
Que la arrastró hácia un abismo,
El mismo, señor, el mismo,
Sus hijos le arrebató:
Sus hijos que eran su escudo,
¡Sus hijos! ¡mísera anciana!
Ya nos los tendrá mañana;
Todo para ella acabó.
Mañana en mísero lecho
Morirá desesperada,
Sin tener la desgraciada
A quien decirle un adios.
Yo vengo á pedir justicia; [*Echándose á sus piés*].
A vuestras plantas la pido,
Contra el malvado, que ha sido
Causa de tanto dolor.

Duque.—Levántate y dime el nombre
De esa muger, por tu vida.

Ida.— Su nombre, señor, es....Ida! [*Con firmeza*].

Duque.—¡Ida! ¿y dónde está?

Ida.— Yo soy.

Duque.—¡Cielos!

Ida.— Conoceis la víctima;
Mas no me habeis preguntado
Por el nombre del malvado:
Se llamaba....el duque Othon.

Duque.—¡Calla, calla! ven aquí,
Déjame ver tu semblante.

Sofia.— ¡Gran Dios!

Ida.— Yo fuí vuestra amante:
¿Me reconoceis, señor?
Dificil es en mi rostro
Que roconozcais á Ida,
Ya rugada, envejecida
Por el tiempo y el dolor.
Pero soy la misma.

Duque.— Sí.

Y aquel niño ¡oh Dios! será....
Ida.— ¿Vuestro hijo?
Duque.— Sí, ¿dónde está?
Ida.— En una oscura prision.
¡Oh fatalidad horrible!
Su mismo padre inhumano
Descarga la cruda mano
Sobre su hijo.
Sofia.— ¡Eterno Dios!
Duque.—¡Jorge! Jorge! ¡padre inicuo! [*Gritando con la*
¡Jorge! Jorge! ¡horrible dia! *mayor ansiedad*].
Será tiempo todavía....
¡Jorge!
Jorge.— Mandadme, señor. [*Saliendo*].
Duque.—Vuela, suspéndase al punto
El suplicio. [*Se vá Jorge*].
Ida.— ¿Qué he escuchado?
¡Conque á muerte condenado!....
Duque.—¡A muerte, á muerte! ¡qué horror!
Pero es tiempo todavía.
No ha sonado la campana. [*Suena un relox*
Todos.—¡Ah! *lejano, las once*].
Ida.— ¡Gran Dios!.... [*Cae desmayada*].
Mísera anciana, [*Despues de un rato*].
Todo para mí acabó. [*Gran pausa*].
Duque.—¡Silencio! silencio! oid!
¡Ah! si á tiempo habrá llegado
Jorge!....callad!....se ha salvado.
Miradle. [*Se oyen pasos á lo lejos, que se van*
Ida.— Gracias, señor. *acercando*].
[*Cayendo de rodillas*].

ESCENA VIII.

DICHOS, HERMAN, GUSTAVO, JORGE, GUARDIAS.

Herm.— ¡Ah! ¿vos aquí, madre mia? [*Corriendo á sus*
Gust.— ¡Madre, madre! *brazos*].

Ida.— ¡Hijos! ¡Dios bueno!
¡Ah! los estrecho en mi seno,
Y lo dudo todavía!
¡Ingratos! dejarme así
En abandono profundo!
Dejarme sola en el mundo
Sin tener piedad de mí!

Herm.— ¡Perdon, madre! Y tú, tirano, [*Al duque*].
¿Por qué suspender ordenas
El suplicio?

Duque.— Esas cadenas [*Con calma*].
A él quitadle, y á su hermano.

Herm.— ¿Qué escucho? ¿es un sueño? [*Le quitan las cadenas*].
¡Madre! ¿á vos os debo el vivir?
¡Ah! no; dejadme morir....
Bárbaro.... [*Al duque*].

Ida.— ¡Calla! es tu padre! [*Pausa*].

Herm.— ¡Mi padre! [*Con sorpresa*].

Duque.— Tu padre....sí....
¿Lo dudas?

Herm.— ¡Mi padre!....vos?

Ida.— Sí, Herman, tu padre.

Herm.— ¡Gran Dios!
¿Quereis burlaros de mí?
¡Mi padre?....¿Es cierto, Sofia?

Sofia.— Sí, Herman: él tu padre es:

Ida.— Hijo, arrójate á sus piés.

Herm.— ¡Perdon!.... (¿Sueñas, alma mia?)
¡Perdon! [*A los piés del duque*].

Duque.— Herman, ven aquí: [*Levantándolo á sus brazos*].
Hijo, ya estás perdonado.
¡Ah! yo tambien te he ultrajado,
¿Me perdonarás tú á mí?

Herm.— ¿Y lo dudais? ¡oh! mi frente
Está sin juicio....abrasada!
¡Oh Sofia desgraciada!
¡Oh padre! ha sido inocente
Vuestra esposa: padre mio

No os ha faltado, lo juro
Por mi madre; es ángel puro.

Duque.—Dios te bendiga, hijo mio.

Herm.— ¡Oh madre! ¿soñando estoy?
¡Qué desdichada es mi suerte!
¡Y mi amor! mi amor! ¡la muerte!
La muerte! á buscarla voy!
¡Oh madre! ¡oh Gustavo! adios!
¡Adios, padre! ¡adios, Sofia!
Olvidad la pasion mia,
Y sed venturosa vos.
¡Oh! yo no debo vivir!
Vuelvo á la tierra sagrada,
Y allí una tumba ignorada
Hallaré donde dormir.

Duq. é Ida.—¡Hijo!

Gust. Sof.— ¡Herman!

Herm.— A tí confio
Nuestra triste madre, hermano:
Dadme á besar vuestra mano. [*De rodillas*].

Ida.— ¿Te vas, te vas, hijo mio?

Gust.—¿Te vas?

Herm.— Para siempre, sí:
Adios, padre.—Hermano.—Madre.
¡Ah!... tu amor para mi padre,
Y un suspiro para mí!

[*Herman va abrazando á todos cuando los nombra: va á abrazar á Sofia....se detiene y dice los últimos versos*].



ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Las graves enfermedades que ha padecido el Sr. Calderon, mientras se estaban imprimiendo sus obras, nos impidió hacerle varias consultas relativas á ellas. Ya al concluirse la impresion, nos escribió una carta, en virtud de la cual, y obsequiando su voluntad, se pone este párrafo.

Al frente de la comedia: A ninguna de las tres, debió haberse puesto:

A su amigo José Ramon Pacheco, dedica el autor este ensayo cómico.

Al frente del Torneo:

A su muy amada esposa Doña Manuela Letechipia, dedica este drama Fernando Calderon.

En la Ana Bolena:

A su querida hermana Doña Guadalupe Calderon, dedica este drama el autor.

El romance de *Adela* se copió trunco por no detener la entrega; mas despues nos remitió el Sr. Calderon la siguiente conclusion.

Mas ¡ay! pronto lo despierta
Un acento destemplado,
Que le intima la sentencia
De muerte....con firme paso
Marcha á la oscura capilla,
Donde un venerable anciano,
Un religioso lo espera,
En caridad rebosando,
Para hacer con sus acentos
El trance menos amargo.

Tres dias despues....unos tiros
En la plaza de Mixcalco,

Y unas campanadas suenan....
A esa misma hora, de blanco
Vestida, y llena de flores,
A su lecho funerario
Llevan una hermosa jóven.
Es Adela, y á su lado,
De su amante, el noble Alfonso,
El sepulcro colocaron.

Enero de 1838.



ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN ESTE VOLUMEN.

Páginas.

Poesías Líricas.

Páginas.

Obras Dramáticas.